



# N. El Kimono Escarlata

CHRISTINA COURTENAY

Hannah viaja como polizona a Japón, donde conoce a un samurái que trastoca completamente su mundo.

Lectulandia

*Inglaterra, 1611.* Hannah Marston envidia la vida aventurera de su hermano, así que se embarca como polizona en el barco de este. Al llegar a Japón, todo su sufrimiento se ve recompensado, pero entonces es raptada por los guerreros de Taro Kumashiro. En el remoto norte del país, Kumashiro aguarda para ver a la joven sobre la que un vidente lo ha prevenido. Cuando se conocen, hay un choque de culturas y de voluntades, pero además ellos luchan contra la atracción inmediata que sienten el uno por el otro. Con su hermano buscándola y una celosa rival desesperada por matarla, Hannah se enfrenta a la mayor aventura de su vida. Y Kumashiro tendrá que elegir entre el amor y el honor.

**Lectulandia**

Christina Courtenay

# **El kimono escarlata**

ePub r1.0  
nalass 19.10.14

Título original: *The Scarlet Kimono*

Christina Courtenay, 2011

Traducción: Beatriz Ruiz Jara

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Richard, Josceline y Jessamy,  
con todo mi cariño.

# Agradecimientos

Siendo una adolescente, tuve la inmensa suerte de vivir durante unos años en Japón. Cuando llegué no sabía nada acerca del país, pero no tardé mucho en enamorarme de todo aquello que tuviera que ver con él. Mientras estuve allí, conocí a gente maravillosa y, pese a que no puedo nombrarlos a todos, me gustaría dar las gracias a todos mis amigos y profesores del ASIJ, la Escuela Americana de Japón, que hicieron tan especial el tiempo que pasé allí. *Domo arigato, mina-san!*

Como siempre, gracias al equipo de la editorial Choc Lit por todo, a mi familia y a mis compañeros de profesión por mantenerme cuerda, y a todos mis amigos de la Asociación de Autores de Novela Romántica, que hacen que ser escritora sea tan divertido.

Y tengo que dedicar un agradecimiento especial a Neil Lloyd por ayudarme a escribir un haiku; ¡espero haber estado a su altura!

## Nota de la autora

Esta historia es una obra de ficción y, que yo sepa, nada igual sucedió jamás en la realidad. La verdad histórica es que las mujeres extranjeras no tenían permitida la entrada a Japón bajo ninguna circunstancia y, por lo tanto, la visita de Hannah y su posterior permanencia en el país seguramente sea un argumento muy fantasioso. No obstante, dado que a lo largo de la historia las mujeres a menudo han obtenido cierto éxito a la hora de fingir ser hombres, decidí que de alguna forma esto podría haber sucedido. Y puesto que lo que tenemos entre manos es una obra de ficción, y no una biografía, di rienda suelta a mi imaginación.

Me inspiré en las aventuras del personaje histórico William Adams (Anjin-san), un inglés que sí acabó en Japón en la vida real, y que se convirtió en el protegido del shogun Tokugawa Ieyasu. Lo que más me intrigaba de él era que, cuando finalmente se le concedió la oportunidad de regresar a Inglaterra (donde tenía esposa y un hijo), optó por no hacerlo. Por el contrario, permaneció en Japón hasta su muerte. Esto probablemente se debiera a diversos motivos, entre ellos el hecho de que la mayor parte de su riqueza estaba ligada a su hacienda japonesa. Pero también se había casado con una mujer japonesa y verdaderamente da la sensación de que la eligió por amor, de modo que tal vez este hecho influyera asimismo en su decisión.

A pesar de haber intentado ceñirme a la mayor cantidad posible de hechos reales, he tenido que tomarme algunas libertades para hacerlos encajar en la narración y dar más emoción a la historia. En realidad, el buque de la Compañía Británica de las Indias Orientales, el Clove, no llegó hasta las costas japonesas hasta el diez de junio de 1613. Esto significa que mi personaje de ficción, el señor Marston, estaba en lo cierto al suponer que sus barcos tardarían menos en llegar a Japón si navegaban en dirección opuesta, por el estrecho de Magallanes. Sin embargo, a tenor de que el hecho histórico es que el capitán Saris, del Clove, fue el primer inglés en arribar a las costas de Japón y el primero al que el shogun otorgó el derecho a comerciar, modifiqué ligeramente su fecha de llegada, para convertirlos en los primeros en llegar también en mi historia.

En cuanto a los hechos históricos japoneses, la ley bautizada como *sankin kotai*, a la que hago mención, en realidad no entró en vigor hasta algunos años después, pero decidí utilizarla aquí por ajustarse a mi argumento. Era un modo ingenuo de controlar a los daimios del país y asegurarse de que no conspiraban a espaldas del shogun, y funcionaba del modo en que lo describo en esta novela.

Para aquel que desee saber más acerca de Will Adams, recomiendo *Samurai*

*Williams: The Adventurer Who Unlocked Japan*, de Giles Milton (ISBN 0340826347). Y si queréis aprender más cosas sobre Japón, os animo a visitarlo. ¡Es un país maravilloso!



# Prólogo

*Norte de Japón, mayo de 1611*

El anciano estaba sentado, con las piernas cruzadas, en la pequeña galería que había en el exterior de la casa, contemplando la tranquilidad de su jardín de rocas. Los últimos y persistentes rayos del sol poniente bruñían su rostro curtido, resaltaban sus innumerables arrugas y hacían que sus altos pómulos parecieran más prominentes de lo habitual. La brisa agitaba su larga barba de chivo y hacía ondear las mangas de su túnica de seda. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás para retener la calidez del sol y dejó que la paz fluyera por dentro y por fuera de su cuerpo. Su respiración se hizo profunda y rítmica.

De lejos le llegaban las voces de los demás habitantes del recinto del castillo, pero se hallaban muy distantes, irreales en la quietud de su refugio. El único sonido, aparte de aquel, era el borboteo de una pequeña cascada que se abría paso entre las piedras vestidas de musgo y líquen, y que iba a parar a un estanque repleto de diminutos peces de colores. De vez en cuando, alguno de los peces chapoteaba levemente, batiendo su cola con demasiado ímpetu cerca de la superficie del agua, pero el ruido no importunaba al anciano. Su mente vagaba hacia otros reinos y dejaba que sus pensamientos erraran a su antojo.

Nunca buscaba activamente las visiones, sino que, simplemente, les daba la oportunidad de llegar hasta él. A veces lo hacían, a veces no. En esta ocasión, no obstante, cuando apareció una imagen, el impacto que le produjo lo insólito de la escena que contemplaba a punto estuvo de sacarlo del trance. No se asemejaba a nada que hubiera visto antes. Había una mujer, de pie, junto al pasamano de un barco; un barco extraño, grande y pesado, con muchos mástiles. El viento acariciaba su melena y la hacía volar tras ella como una vela batiente. Y aquel cabello... del color de un atardecer abrasador e insólitamente curvado, como si estuviera compuesto por un nido de serpientes enroscadas. Se estremeció, imaginándose a sí mismo enredado en esa masa cobriza, quemado por el calor que desprendía, estrangulado por sus tentáculos.

Ella se aproximaba, sin embargo él ignoraba su procedencia o qué distancia habría recorrido en su viaje. Había mirado en dirección a él y el corazón le había dado un vuelco, provocándole un latigazo que le había sacudido el cuerpo entero. Sus ojos eran del color del cielo, y tan claros como el agua de su estanque. Para alguien que nunca se había topado con algo distinto a unos ojos oscuros, se antojaban vacíos

y fríos, y tuvo la sensación de poder mirar a través de ella. El anciano tembló y perdió abruptamente la visión de puro miedo. El latido de su corazón se transformó en un frenético martilleo y le llevó un rato caer en la cuenta de que ya no estaba solo.

—Yanagihara-san, ¿qué sucede? —Taro Kumashiro, el joven amo del castillo, estaba inclinado sobre él, con una solícita mirada en su ojos ambarinos—. ¿Has tenido una mala profecía?

—Yo, yo... quizá, Kumashiro-sama. —El viejo parpadeó, pero la imagen de la mujer de pelo rojo perduraba en su recuerdo—. He visto a una mujer que venía hacia mí.

En el bello semblante del hombre más joven se dibujó una sonrisa. Aquello transformó sus rasgos, de por sí duros, dándole un aspecto de felicidad y despreocupación. Asintió.

—Ah, mi futura prometida. Empezará su camino hacia aquí muy pronto. —Se sentó junto a su viejo criado, recuperando el gesto serio de repente—. Pero ¿por qué parece que hayas visto un fantasma? ¿Tan mal estaba? Su padre me aseguró que posee un agradable rostro y gran elegancia.

—No, no, no era vuestra prometida a quien vi, mi señor, sino a una *gai-jin*, una extranjera.

En anciano se aferró muy alterado a la manga de su amo. El temor que lo agitaba por dentro le hizo olvidar con quién hablaba, pero el señor Kumashiro siempre era más indulgente con su viejo mentor que con los demás. Tiró delicadamente de la seda negra sin hacer ningún comentario.

—¿Una mujer *gai-jin*, dices? Vi extranjeros la última vez que fui a Nagasaki, pero solo había hombres. ¿Estás seguro de que era una mujer? Creí que no tenían permitida la entrada.

—Oh, sí. Vestía de forma extraña, pero no podría equivocarme. Y tenía una larga cabellera roja y brillante.

—¿Roja? —El joven se echó a reír—. No me extraña que estés tan asustado, probablemente la tomaste por un espíritu maligno. Los *kami* acostumbran a tener el pelo rojo, ¿no es así?

Yanagihara se estremeció una vez más.

—Quizá lo pensé en un principio, pero no era ningún espíritu. Era real, y creo que representa una amenaza para nosotros. No hubo ninguna de las señales habituales, pero ¿por qué si no iba a verla? Los extranjeros no han llegado en grandes grupos hasta hace poco. Esto tiene que ser un mal presagio. El shogun nunca debió permitir que se quedaran.

—Vamos, ¿cómo iba a suponer una amenaza para mí una mujer extranjera? Soy un daimio, tengo a miles de hombres bajo mi mando.

El señor Kumashiro volvió a enderezarse y cruzó sus musculosos brazos por

delante del pecho. Incluso sin tener en cuenta el reluciente moño negro, era más alto que la mayoría de los hombres del castillo. También era un formidable guerrero. Yanagihara sabía que nadie podía desafiar a su ilustrísima en lo más mínimo, y menos aún una mujer, pero eso ahora no venía al caso.

—No quería decir que lo sea para vos personalmente, mi señor, sino tal vez para toda la nación. ¿Y si ella es su emperatriz? —El anciano añadió, pasado un instante —: Tenía unos ojos muy extraños. Horribles, en verdad.

Su joven señor arqueó las cejas, con un gesto de escepticismo.

—¡Ah! ¿En qué sentido?

—Eran azules, como pálidos zafiros, muy claros. Eso fue lo que me asustó. Podía ver su misma alma a través de ellos, y no estoy seguro de que me gustara lo que vi.

—Es de lo más intrigante. —El señor Kumashiro volvió a sonreír—. Tendré que verla con mis propios ojos. ¿Estás seguro de que viene hacia aquí? ¿A nuestras costas?

—Bueno, eso creo, pero tened cuidado. No hagáis nada imprudente.

—No te preocupes, Yanagihara-san, solo quiero verla. Además, si es una amenaza habrá que ocuparse de ella. Si soy yo el que consiga truncar sus planes malignos, sin duda eso reforzará mi posición. Tal vez incluso me granjee la gratitud del shogun.

—No, lo cierto es que no me parece una sabia decisión el...

—Enviaré algunos hombres para que la vigilen. Si existe, tendrá que venir al enclave comercial de Hirado, ¿no es cierto? A los extranjeros no se les permite la entrada por ningún otro puerto, de modo que debería resultar fácil detectarla. Gracias por contármelo.

—Quizá tarde en llegar, podrían pasar años.

—No importa, mis hombres son pacientes.

—Sí, pero...

Yanagihara había visto muchas cosas en su vida, había recibido advertencias y consejos tanto de los dioses como de los espíritus, y, naturalmente, era gratificante cuando alguien creía sus profecías. La mayoría de las veces, las personas a las que relataba estas visiones no lo escuchaban, y era en balde. Normalmente esto no le molestaba. Era de la opinión de que cada persona debía tomar sus propias decisiones, y él no podía hacer otra cosa que transmitir el mensaje que le había sido dado. Hoy, no obstante, cuando su ilustrísima había confiado en cada palabra, Yanagihara casi habría preferido haber sido ignorado. Tenía un muy mal presentimiento respecto a todo este asunto.

El señor Kumashiro se hallaba ya a mitad de camino por el jardín, pero el anciano le gritó:

—Por favor, mi señor, andaos con cuidado. Quién sabe qué calamidades pueda acarrear esa mujer. Podría ser muy poderosa.

—Te preocupas demasiado —rió el señor Kumashiro—. Después de todo, he aprendido buenas lecciones de ti y de mi padre. Estaré atento.

Antes de que el viejo pudiera seguir protestando, su ilustrísima se alejó dando grandes zancadas, y Yanagihara se quedó reflexionando sobre qué sería aquello que se había puesto en marcha. Con todo, ya era demasiado tarde para remordimientos. Solo el destino sabía lo que estaba por venir.

*Plymouth, Devon, 1 de junio de 1611*

—¡Maldición! —exclamó Hannah Marston, de un modo impropio para una dama, y arrojó disgustada su lápiz de grafito. Aterrizó en el suelo y salió rodando hasta desaparecer, pero Hannah ni se molestó en ir a recogerlo. No tenía sentido, ya no lo iba a necesitar.

Sentada en el banco de la ventana del pequeño cuarto que compartía con su hermana mayor, Kate, había estado bosquejando de mala gana una vista del puerto de Plymouth. Se veía desde su privilegiada atalaya, la tercera planta de una casa situada en lo alto de una loma y que daba al muelle, que se divisaba a lo lejos. Sin embargo, no era el resultado de sus esfuerzos lo que la enojaba, sino el taconeo que procedía de la escalera exterior. La paz y el sosiego de los que había disfrutado durante la ausencia de su hermana no abundaban en un hogar que solía estar abarrotado de gente, y la soledad le había resultado de lo más grata. Le habría gustado que hubiera durado más.

Desde luego que Hannah debería haber dado a conocer su presencia en el mismo instante en que Kate y otra joven se precipitaron al interior de la estancia, entre risitas algo histéricas. En cambio, se encorvó aún más en su rincón y tiró subrepticamente de la cortina, con la esperanza de pasar inadvertida. Tal vez, con un poco de suerte, su hermana no se quedaría mucho tiempo.

—No te lo vas a creer —susurró Kate, y cerró dando un portazo—. Estuve dando un paseo por la cubierta del barco con el capitán mientras padre inspeccionaba la carga y, al cabo de un rato, fingí que me desvanecía. Naturalmente, el capitán tuvo que cogerme en brazos y llevarme al camarote principal, y me estrechó muy fuerte contra él mientras me trasladaba allí. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—Cielos —siseó la otra muchacha, la mejor amiga de Kate, Eliza, cuya voz Hannah había reconocido de inmediato.

—Sí, pero espera, eso no es todo. Escucha. —Kate bajó el tono, pero Hannah aún podía oírla perfectamente—. Me dejó en su litera y, cuando fingí recuperarme y abrí los ojos, estaba arrodillado muy cerca de mí. Fue increíblemente emocionante, y la expresión de su cara... Bueno, luego me susurró que quería que nos viéramos en el jardín la noche de mi fiesta de compromiso. Padre lo ha invitado, ¿sabes?

Hannah ahogó un grito, pero como Eliza también lo hizo, su hermana no la oyó. Hannah se tapó la boca con la mano para impedir que de ella escaparan más ruidos

involuntarios.

—Pero, Kate, ¿qué pasa con el señor Forrester? —replicó Eliza—. No habrás olvidado tu compromiso, ¿verdad? ¿Cómo puedes verte con otro hombre en semejantes circunstancias?

—Oh, Henry. —Con el tono empleado, Kate lo relegó a un papel de nula importancia—. No sospechará nada en absoluto si soy precavida. Tal vez debería alegar una repentina jaqueca. Sí, o bien rasgar el dobladillo de mi vestido para tener que hacer un arreglo. Henry estará bastante borracho para cuando terminemos de cenar. Ya ha sucedido antes.

—¡Kate! —Eliza parecía estar escandalizada y, detrás de la cortina, Hannah apretó los dientes. Testaruda y egocéntrica, Kate era una experta a la hora de proceder con modos a los que Hannah solo podía aspirar en sueños. Pero ¿esto? Esto se salía de toda norma, pensó Hannah. Definitivamente, esta vez su hermana estaba yendo demasiado lejos.

—No lo entiendo —añadió Eliza—. ¿Por qué te casas con el señor Forrester, si a quien amas es al capitán Rydon?

—Para ascender en la escala social, naturalmente.

Hannah reconoció los términos que había usado su padre para persuadir a su hija mayor de que aceptara el matrimonio. En aquel momento, Kate se había mostrado inclinada a rechazar la oferta del señor Forrester, menospreciando a su pretendiente. No era exactamente la clase de hombre en el que se habría fijado una joven hermosa como Kate. No obstante, su hermana no era sino una mercenaria, y cuando le evidenciaron las ventajas no tardó en cambiar de opinión. Hannah torció el gesto. Ella nunca se habría dejado influenciar por el dinero y un título si su corazón pertenecía a otro. Un hombre como...

—El capitán Rydon, bueno, tal vez tenga todo lo que una mujer desee en ciertos aspectos —continuó Kate, con otra risita—, y te garantizo que Henry no lo tiene; pero se pasa la mayor parte del tiempo fuera, navegando, y nada me asegura que vaya a volver. Me pasaría meses y meses muerta de aburrimiento. Y si me caso con Henry, seré lady Forrester en cuanto muera su padre; mientras que, si me caso con el capitán, mi situación actual no mejorará ni un ápice. De esta forma puedo disfrutar de ambos.

Rio con una sonora carcajada y se arrancó a bailar por la habitación.

—Créeme, Eliza, estoy ansiosa por que llegue el banquete. ¿No es emocionante?

—No has aceptado verte con él, ¿verdad? —La pregunta de Eliza le llegó en forma de un susurro ahogado.

—Oh. —Kate hizo otra pirueta—. No exactamente, pero puede que me aventure a salir al jardín por error y... ¿quién sabe lo que puede pasar?

Hannah oyó que se cerraba la puerta principal y miró por la ventana, hacia la calle. El objeto de la conversación se alejaba tranquilamente de la casa con paso

firme, el pelo rubio reluciente como el oro bajo el sol, antes de ponerse el sombrero ladeado. Debió de haber regresado a la casa con el padre de ella para hablar de negocios, pero ahora el capitán Rydon parecía no tener desvelo alguno. Y, a decir verdad, ¿por qué iba a tenerlo?, se preguntó Hannah, cuando había por ahí mujeres tan estúpidas como su hermana para complacer todas sus necesidades. De habérselo pedido a Hannah, ella jamás habría accedido a verse con él a solas, a no ser que estuvieran, como mínimo, prometidos. Aquello era ir demasiado lejos.

Sofocó un suspiro. Tenía que admitir que era un hombre muy apuesto. Aquellos centelleantes ojos suyos tenían extraños efectos sobre las entrañas de una chica, y cuando te sonreía resultaba del todo imposible no admirarlo. Solo con pensarlo se le aceleraba el ritmo cardíaco.

—Qué mala eres. —Eliza hablaba casi con envidia, aunque su tono también la reprobaba levemente.

—La verdad es que no. Estoy segura de que podré mantener al capitán a cierta distancia por una temporada. Al fin y al cabo, lo que excita a los hombres es la emoción de la caza, ¿no es eso? Así que, tal vez, cuando falte menos para la boda, ya veremos.

—Ten cuidado, Kate, todavía faltan unos cuantos meses para tus nupcias, ¿recuerdas? No querrás que el señor Forrester empiece a sospechar. O sea... ¿estás segura de que tu marido no notará nada durante vuestra noche de bodas?

—No, me aseguraré de que haya bebido lo suficiente, así no se acordará de nada y podré afirmar que cumplí con mi deber. —Kate parecía muy complacida de su propia astucia—. En cualquier caso, todas las novias saben que no está de más llevar un frasquito de sangre de pollo. Ya sabes, para asegurarse de que las sábanas acaben adecuadamente manchadas.

Hannah se alegraba enormemente de que su hermana fuera a casarse, ya que así, por fin, se iría de casa. Ellas dos no eran muy amigas, precisamente. Kate siempre había sido la belleza oficial de la casa, con su reluciente cabello rubio y su escultural figura, mientras que el indomable pelo rojo vivo de Hannah y su constitución menuda quedaban lejos de tamaña perfección. Había procurado no sentir celos de la belleza de su hermana, pero no era fácil, sobre todo cuando sus padres parecían favorecer a su hija mayor a todas horas. No obstante, ahora Hannah también empezaba a compadecerse profundamente del desafortunado señor Forrester. Iba a tener que aguantar a Kate en su lugar, y Hannah se preguntaba si tendría idea de dónde se estaba metiendo.

Una justificada indignación por él, sumada a la envidia que le tenía a su hermana por haber atraído la atención del capitán, la inundó hasta tal punto que se olvidó de su determinación por permanecer oculta. Descorrió la cortina y salió de su escondrijo. Eliza, asustada, profirió un grito, mientras que Kate se limitó pestañear, sorprendida.

—En serio, Kate, no puedes hacer eso, estaría muy mal —protestó Hannah—. Voy a contárselo a madre ahora mismo.

Kate la miró de arriba abajo como si no fuera más que una miserable pulga fastidiosa. Entornó los ojos y puso los brazos en jarras.

—Ah, no, no lo harás o juro que te haré la vida imposible.

—De todos modos, ya me la haces imposible, y esto no está bien. El pobre señor Forrester va a ser un cornudo incluso antes de casarse. Ni siquiera tú deberías caer tan bajo.

El rostro de Kate se sonrojó de ira.

—¿Cómo te atreves a decirme lo que debo o no debo hacer, pequeña ilusa? Y de todas formas, ¿qué sabrás tú de estas cosas? —Veleidosa como era siempre, se paró en seco y puso cara de inocente—. Además, ¿quién ha dicho que fuera a hacer otra cosa que hablar con el capitán Rydon en el jardín? ¿Qué hay de malo en cruzar unas palabras con él?

—No era eso lo que estabas insinuando.

La expresión de Kate volvió a alterarse, mudando a engreída.

—Ya sé lo que pasa: estás celosa. —Se dirigió a Eliza—. Hannah se ha encaprichado con el capitán solo porque una vez le habló gentilmente. Siempre que viene por aquí le lanza miraditas, como un perrito faldero con un amo nuevo. Aunque dudo mucho que él se haya dado cuenta. ¿Por qué iba a hacerlo?

Se echó a reír y miró con intención maliciosa los rebeldes rizos cobrizos que se escapaban de debajo del bonete de Hannah. Eliza rio tontamente.

—No estoy celosa. Me importa un bledo lo que él haga —le espetó Hannah como respuesta, pero sintió que el color que la delataba le teñía las mejillas y Kate enarcó sus delicadas cejas.

—Tal vez debería revelarle el secreto —se mofó—. Estoy segura de que le divertiría mucho saberse objeto de tu afecto. Después de todo, está acostumbrado a las mujeres adultas, y no a las niñas pequeñas.

—Tengo diecisiete años, no soy una niña.

—Bueno, viéndote nadie lo diría. —Kate sonrió satisfecha. Echó una mirada a la delgada figura de Hannah antes de recorrer con las manos la suya propia, tan redondeada. Hannah apretó los dientes. Era cierto que su cuerpo aún no había desarrollado las generosas proporciones del de Kate, y era muy consciente de que la mayoría de los hombres preferirían a su hermana sin asomo de duda, pero eso no la convertía a ella en una niña.

—El capitán Rydon sabe perfectamente la edad que tengo y... —Hannah se interrumpió. De todos modos, no servía de nada discutir ese tema.

—En realidad —le dijo Kate a Eliza, dándole la espalda a Hannah como si ya no estuviera en la habitación—, probablemente Hannah también querría a Henry, viendo



el buen partido que es. Ella jamás podría ni soñar con igualarlo.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué iba yo a querer a tu prometido?

Kate se volvió al punto, con los ojos danzando y conteniendo la risa.

—Porque es mucho mejor que el hombre que padre tiene en mente para ti, por supuesto.

—Padre ni siquiera ha pensado todavía en mi matrimonio, ha estado demasiado ocupado concertando el tuyo.

—En eso te equivocas, hermana querida. Lo oí hablar con madre acerca de este tema hace solo dos días y el nombre de Ezekiel Hesketh surgió en la conversación en no pocas ocasiones.

La sonrisa de satisfacción volvió a dibujarse en el semblante de Kate, al tiempo que Hannah notaba que su rostro se quedaba lívido.

—Ezekiel Hes... No, te lo estás inventando. ¡Te odio!

Hannah se precipitó hacia la puerta con pasos enfurecidos, pero su hermana la alcanzó y le pellizó violentamente el brazo.

—¡Ay!

—Ni una palabra a nadie, ¿me oyes? O lo lamentarás mucho —siseó Kate. Su amenaza vino acompañada de una mirada que prometía un castigo funesto, pero a Hannah eso la traía sin cuidado.

—Haré lo que considere más oportuno —replicó, apretando los dientes.

—¡No lo harás! —Kate levantó la mano, sin duda para administrar un nuevo pellizco, y Hannah alzó las suyas para defenderse. La mala fortuna hizo que Kate se adelantara en el mismo momento en que los nudillos de Hannah impactaban accidentalmente contra la naricita perfecta de su hermana. Brotó la sangre, que chorreó sobre los delicados labios de Kate.

Inmediatamente, esta se puso a chillar con todo lo que le daba su estridente voz, y, por añadidura, a patalear como un bebé enrabiado. Hannah contempló despectiva esos aspavientos por un instante, pero entonces el corazón se le encogió. *Ahora sí que la he hecho buena.* Como para confirmar su pensamiento, se oyeron unos pasos rápidos por la escalera, se abrió la puerta de golpe y entró su madre, algo sofocada por las prisas.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa aquí? —preguntó, analizando la escena con los ojos entreabiertos.

—Oh, mamá, ¡mira lo que ha hecho!

Kate prorrumpió en sonoros lamentos y se abalanzó contra el amplio pecho de su madre. La señora Marston suspiró y sacudió la cabeza mirando a Hannah; luego señaló la puerta, con una expresión de enojo.

—¡Tú, a la cocina! Si no te puedes comportar como una joven dama bien educada, puedes ayudar a la fregona el resto del día. Francamente, estoy perdiendo la

esperanza de que alguna vez vayas a eliminar esos modales hombrunos tuyos.

Con la otra mano acunaba la cabeza de su otra hija por detrás, acariciando su encantadora melena rubia con intención de calmarla.

—Déjame ver, mi vida, no será para tanto.

Levantó con preocupación el rostro de Kate y le echó un vistazo a la nariz enrojecida.

Hannah se mordió el labio.

—Pero, madre, ella iba a... —empezó a decir, pero la cortaron de inmediato.

—No quiero oír ni una palabra más. De verdad que estoy empezando a dudar seriamente que vayas a tener alguna vez algo de sesera. ¿Cómo has podido? Y con la fiesta de compromiso de tu hermana tan próxima. Deberías avergonzarte de ti misma.

—¡Eso no es justo! Es Kate la que no tiene vergüenza.

Hannah tragó saliva, procurando contener las lágrimas de frustración que amenazaban con derramarse.

—¡Vete, te digo! Te emplearás en las tareas de la cocina durante lo que queda de semana.

El imperioso dedo señaló otra vez la puerta y Hannah se volvió hacia ella, suspirando. Sabía que no servía de nada. Si hubiera sabido controlar su enfado, podría haber tenido ocasión de convencer a su madre de la perfidia de Kate, pero ahora ya era demasiado tarde. Su hermana había vuelto a ganar.

En su último acto de desafío, Hannah cerró la puerta tan fuerte como pudo, luego se quedó apoyada contra la pared de fuera, frotándose, ausente, su nuevo cardenal. Enfurecida, apretó los puños, sintiéndose impotente.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué siempre consigue que se haga todo a su manera?

Sabía que iba en contra de los mandamientos de Dios, pero en ese momento odiaba a su hermana como nunca.

¿Y Ezekiel Hesketh? ¿Podía estar realmente segura de que sus padres nunca habían considerado semejante alianza? Aquel hombre bien podía ser un viudo y un respetable abogado, pero tenía cinco hijos maleducados y era lo bastante viejo como para ser el padre de Hannah. Bueno, casi. Hannah temblaba violentamente y echó a correr escaleras abajo como si la llevaran todos los demonios del infierno.

—No me casaré con él —musitó—. No me pueden obligar.

Pero ella sabía que sí podían.

*Norte de Japón, junio de 1611*

La señora Hasuko Takaki era increíblemente exquisita, y Taro Kumashiro no podía quitarle los ojos de encima mientras ella caminaba lentamente hacia él.

Pequeña y delicada, su futura esposa procedía con una elegancia que parecía no demandarle esfuerzo, aunque él sabía que debía de haberle costado años perfeccionarla. Desde sus diminutos pasos hasta el modo en que desplegaba el abanico, era el epítome de la dama de alta cuna. No obstante, el intrincado peinado, las peinetas elaboradas con las más finas lacas doradas, e incluso el suntuoso kimono escarlata, todo palidecía en comparación con la propia dama.

Ella era sencillamente arrebatadora.

Siguió mirándola mientras se aproximaba, resistiendo un súbito impulso de dar un salto y correr hacia ella, algo que habría sido impensable. Su largo y pálido cuello, tan esbelto como el de una grulla, ascendía desde la abertura de su túnica, y sus ojos eran luminosos y tenían la forma justa. A decir verdad, no logró hallar ni un solo defecto en ella y tuvo que impedir que una enorme sonrisa se adueñara de su rostro mientras pensaba en su buena fortuna.

No solo era la señora Hasuko bien parecida, ella le reportaba muchas otras ventajas. Más tierras y riqueza, así como relaciones con algunas de las familias más poderosas del norte. Lo cierto era que esas eran las cosas que más había codiciado cuando hubo cerrado aquella alianza, pero ahora se daba cuenta de que había mucho más. Era un hombre afortunado.

Mientras Hasuko avanzaba por el gran salón del castillo, Taro dejó de reparar en lo que lo envolvía y no oyó ninguno de los comentarios que se hacían entre susurros a su alrededor. Su padre caminaba algunos pasos por delante de ella, ataviado con ricas sedas azules y fieros dragones rojos y amarillos bordados por todas partes, pero Taro solo tenía ojos para Hasuko. La novia, su familia y sus criados se detuvieron frente al estrado e hicieron una reverencia. Primero el padre de Hasuko (la mínima inclinación de su cabeza indicaba su elevada posición), a continuación la propia dama, y finalmente el resto de la comitiva. Taro tuvo que evitar fruncir el ceño cuando advirtió que la cabeza de Hasuko no bajaba más que la de su padre. Se suponía que debía mostrar deferencia hacia su futuro esposo, pero ¿acaso ella los consideraba iguales en este, el día de su boda? Decidió no hacer ningún comentario respecto a este gesto suyo y dejarlo pasar por esa vez. No quería echar a perder el momento.

—Bienvenidos a mi hogar.

Taro se puso de pie y les devolvió la reverencia; seguidamente, llevaron a cabo los saludos formales, según dicta el antiguo ritual.

Ejecutó todos los pasos como inmerso en un sueño, mientras Hasuko mantenía la mirada modestamente baja, como haría cualquier joven dama educada como es debido. Cuando por fin se le dio permiso para intercambiar unas palabras con ella, la joven alzó la mirada hacia él por un brevísimo instante y él inhaló bruscamente. Era aún más imponente en las distancias cortas. Él sonrió y le señaló un asiento. Ella avanzó a paso ligero junto a su futuro marido y se arrodilló sobre un suave cojín, metiendo las manos en las mangas de su kimono rojo.

—Señora Hasuko, es un placer conoceros al fin —dijo, deseoso de que volviera a mirarlo.

—Para mí también —murmuró, y le dedicó otra breve mirada. Él se percató de que su expresión era estudiadamente neutral, sin mostrar ningún sentimiento. También esto era lo correcto y apropiado, aunque él habría agradecido alguna señal que le indicara que ese matrimonio no la repugnaba. Que lo hallaba lo suficientemente atractivo. Tampoco importaba mucho. Se trataba de un matrimonio provechoso para ambas familias, nada más; aun así...

—Espero que os encontréis cómoda aquí —continuó—. Mi gente hará todo lo que esté en su mano para satisfacer todas vuestras necesidades.

—Estoy segura de que así será.

Sus ojos seguían firmemente clavados en el suelo. Taro estaba empezando a preguntarse si su timidez era genuina o si simplemente era reticente por tratarse de su primer encuentro. Puso coto a su frustración, convencido de que, fuera cual fuera el caso, pronto se relajaría en su compañía.

Con intención de darle tiempo para que se acostumbrase a su presencia, se dirigió ahora a la hermana de ella, Reiko, que estaba sentada muy cerca. Tras haber enviudado recientemente, viviría con ellos en su hogar durante el primer año.

—Vos también sois bienvenida, señora Reiko —dijo con cortesía.

—Gracias, mi señor.

Hizo una profunda inclinación como reconocimiento a su amabilidad por haberla tenido en cuenta. Una auténtica reverencia, rayando en lo obsequioso, advirtió. Le brindó la ocasión de estudiarla con detenimiento.

La señora Reiko también era digna de admiración y su aspecto era tan elegante como el de su hermana, sin embargo, había algo en ella que lo inquietaba. No podía concluir con exactitud de qué se trataba, pero no sentía ninguna atracción por ella, pese al hecho de tener el atrevimiento suficiente como para mirarlo con un ademán seductor. Aparte de considerarlo un gesto muy poco apropiado, especialmente en un día como este, le suscitó una inmediata aversión por ella. No le correspondía

presentarse de tal modo, y no toleraría semejante comportamiento en su casa. Le dedicó una mirada altanera para demostrarle su disgusto, pero lo único que consiguió con esto fue que ella sonriera por detrás de su abanico. Frunciendo levemente el ceño ante su desconcertante respuesta, dio silenciosamente gracias a los dioses por no ser ella la mujer con la que iba a casarse.

Un tumulto cercano interrumpió súbitamente el acto. Taro alzó la vista y vio que una multitud se había congregado alrededor de alguien que yacía en el suelo. Se excusó y fue a ver qué sucedía. Sabía que debía haber enviado a un criado, en lugar de ir personalmente, pero las dos damas lo habían dejado consternado y agradeció la oportunidad de recuperar la compostura lejos de ellas.

—*Doshite ano?* ¿Qué ocurre? —Torció el gesto cuando vio que era su viejo sensei el que se había desplomado—. ¿Yanagihara-san?

El anciano parecía haberse desmayado y alguien le estaba abanicando la cara para intentar reanimarlo. Era un día caluroso, pero Taro no creía que la temperatura en la sala fuera tan sofocante. Aunque tal vez fuera distinto para los ancianos. Se arrodilló junto a su viejo sirviente, un singular honor que habría rendido a muy pocos de ellos.

—Yanagihara-san, ¿puedes oírme?

—Mi señor... —De los labios del viejo salió un débil hilo de voz y Taro tuvo que inclinarse para discernir sus palabras—. No os caséis con ella, os lo suplico.

Taro se apartó, sorprendido.

—¿Cómo? Pero tú dijiste...

—No importa lo que dijera. Lo único que os dije fue que no había visto nada malo, y así fue, lo juro, no hasta ahora mismo.

Su voz seguía siendo un susurro, sin la intensidad necesaria para llegar más allá del oído de su amo.

—¿Qué has visto? —Ahora Taro procuraba con todo su afán no fruncir el entrecejo, aunque habría querido sacudir al hombre. Maldita sea, no era este el momento para sus profecías.

—No puedo decíroslo aquí, pero, por favor, creedme. —Yanagihara levantó el brazo y agarró a Taro por la muñeca con sus dedos nudosos. Taro reprimió el impulso de zafarse de él.

—Es demasiado tarde, ahora ya no puedo echarme atrás. Lo siento, pero tendrías que haber hablado antes.

Taro miró por encima de su hombro en dirección a la mujer que esperaba pacientemente en el estrado, con un leve gesto de contrariedad enturbiando sus rasgos perfectos, mientras asimilaba el insólito panorama de un daimio arrodillado en el suelo junto a uno de sus criados. No había modo humano de hacerlo renunciar a ella, ahora que la había visto. El anciano debía de estar loco. De hecho, probablemente su cerebro se estuviera debilitando con la edad, de lo contrario, ¿por qué no lo había

prevenido con anterioridad?

—Debo seguir adelante con este matrimonio, tú lo sabes. Todo está dispuesto. Ahora ve a descansar, mis hombres te ayudarán a llegar a tu casa.

Yanagihara abrió la boca para protestar, pero debió de leer la determinación en los ojos de su amo, porque volvió a cerrarla, asintiendo en señal de acatamiento.

—Muy bien, que así sea. Veo que ese es vuestro destino.

Cuando se volvió hacia su prometida, Taro olvidó instantáneamente al anciano, al tiempo que disfrutaba de la primera sonrisa de la dama. Pese a no ser él el destinatario del gesto, sino el padre de ella, en cualquier caso ya era algo. Pronto la haría sonreír para él con el mismo placer, no le cabía la menor duda.

Era, en efecto, un hombre afortunado.

*Plymouth, Devon, 1 de junio de 1611*

Hannah se encaminó hacia el jardincito trasero, cruzando por la cocina a toda velocidad, en lugar de quedarse allí, como le habían ordenado. Le traía sin cuidado que eso le acarreará un castigo aún más severo. La cocina y el lavadero sobresalían del resto de la casa, formando una ele, con un pequeño patio a un lado. Estaba bordeado por un alto muro, con una puerta que conducía a un diminuto callejón. El despacho de su padre también estaba orientado a esa zona, con una ventana que daba allí, mientras que la otra se abría hacia la fachada delantera de la casa.

Se dejó caer en una parcela de césped que había debajo de la ventana, sin pararse siquiera a mirar si se ensuciaba el vestido. *Y qué importa, pensó, de todas formas ya estoy metida en un lío.* Se reclinó contra la pared de la casa y dobló las piernas, abrazándose las rodillas y apoyando en ellas la frente. El sol veraniego le caldeaba la coronilla. Después de inspirar profundamente las fragancias del jardín por un instante, se le calmó el pulso y la agitación empezó a remitir.

—Paciencia —musitó. En muy pocas semanas, Kate se habría ido. En cuando a Ezekiel Hesketh...—. No, Kate se lo habrá inventado. Estoy segura de que no me obligarían a casarme con él. Si lo hacen, huiré.

Hannah apretó los puños con decisión, aunque no tenía idea de adónde podía ir.

De pronto una de las ventanas se abrió de un golpe justo por encima de la cabeza de Hannah y corrió a apartarse, por si fuera a caer algo de naturaleza nociva. No sucedió nada, pero poco después oyó voces. Distinguió la de su padre, inconfundiblemente profunda y retumbante, y la de su hermano Jacob.

—Le he dicho a Rydon que lo vamos a hacer. Los barcos deben estar listos lo antes posible —estaba diciendo su padre.

Hannah aguzó el oído ante la mención del apuesto capitán y se incorporó a medias, agazapándose bajo la ventana para poder oír mejor.

—¿De modo que, definitivamente, vas a seguir adelante con tu aventura, aun con la ventaja que os lleva la Compañía de las Indias Orientales? —preguntó Jacob.

—Sí. Sé de buena tinta que van a ir a las Indias Orientales por Bantén para comerciar con especias. El amigo de Rydon que trabaja para la compañía le dijo que tienen intención de recalar allí durante un período considerable de tiempo y que eso nos dejará más vía libre, si cabe.

—Pero ahora es junio y ellos salieron en abril. Nunca llegaremos antes que ellos a

Japón, por mucho que lo intentemos.

—Tonterías. Además, nuestros barcos navegarán en la otra dirección, que en principio es una ruta más rápida.

—¿Qué otra dirección? ¿El paso del Norte? Pero si todavía no lo ha encontrado nadie.

—Por el amor de Dios, no seas tan tarugo. Estoy hablando de la otra ruta, la del sur, por supuesto.

Hannah percibió claramente la exasperación de su padre, pero Jacob no se dio por enterado.

—Ah, ¿por el estrecho de Magallanes? —Jacob parecía dudar—. No me parece una buena idea. Hay razones que justifican que casi nadie vaya por allí.

—Rydon ha obtenido las indicaciones necesarias y un piloto para que dirija el barco. Asegura que puede hacerse. Después de todo, el capitán Drake ya lo consiguió hace años.

—Sí, pero, padre, incluso con un marino experimentado, los riesgos son enormes.

—No más que ir por el cabo de Buena Esperanza. Por ahí hay más peligro, según me han dicho. Por un lado, está plagado de portugueses, por no hablar de las condiciones climáticas, que son, cuando menos, variables.

—Bueno, en ese aspecto, el estrecho de Magallanes no es precisamente un remanso de paz, por lo que he oído decir. —Jacob guardó silencio por un momento, para luego añadir—: En cualquier caso, ¿qué tiene Japón para que de repente todo el mundo quiera ir allí? ¿Por qué no cualquier otro país?

—¿No te has enterado? Al parecer, hay un inglés llamado Will Adams que está viviendo en ese país actualmente. Se ha establecido allí, en cierto modo, y se dice que goza del favor del rey de la nación.

—¿Qué? ¿Cómo iba un simple inglés a congraciarse con una persona de tan elevado rango? Es una idea ridícula —se burló Jacob.

—Escucha, obviamente los oficiales de la Compañía de las Indias Orientales dan por bueno el rumor. No irían si dudaran de los hechos.

—Bien, tal vez no, pero...

—Aquí no hay peros que valgan, Jacob. Te lo digo yo, conozco a esa gente desde hace mucho y, créeme, no arriesgarían su dinero en una empresa que no les reportase un beneficio o fuese sólida. Son demasiado avaros.

Jacob carraspeó y preguntó bruscamente:

—Entonces, ¿qué se comercia con los japoneses?

—Bueno, dicen los rumores que hay grandes reservas de plata, aunque nada de oro, desafortunadamente. Por lo visto, los portugueses se han enriquecido mucho como resultado de su actividad comercial allí. ¿Por qué no íbamos a hacer nosotros lo mismo?



—¿Y si no hay plata?

Jacob dejó escapar un suspiro, como si casi hubiera cedido en la disputa. No había mucha gente que pudiera salir airoso de una discusión con su padre, y normalmente era inútil intentarlo siquiera.

—No podemos saberlo con certeza, desde luego, pero está claro que tiene que haber algo de valor allí, puesto que los portugueses son indudablemente ricos. Además, si descubrimos que las gentes de Japón no tienen nada que ofrecer, no costaría mucho continuar hasta China o cualquier otro país del Lejano Oriente. Siempre habrá alguien en alguna parte dispuesto a comerciar.

Hannah dio un respingo cuando su padre dio un puñetazo sobre la mesa y gruñó.

—Tenemos que aventurarnos más allá de la costa berberisca y de las Indias Occidentales. No nos podemos quedar detrás de todo el mundo, sencillamente. Nuestras últimas empresas no nos han reportado nada. No se puede continuar con las actuales rutas comerciales, hay demasiada competencia. Tenemos que encontrar algo nuevo o nos vamos a la quiebra.

—Lo sé, lo sé.

—Una pequeña empresa nunca ha hecho daño a nadie, hijo mío. Es hora de que veas el mundo tal y como es realmente, un lugar feroz y competitivo. El negocio no requiere mucho refinamiento. Si quieres prosperar, tienes que ser implacable.

Hubo una pausa mientras Jacob, de forma evidente, digería todo aquello, y Hannah no se decidía entre irse o permanecer en silencio y seguir escuchando. Se sentía incómoda escuchando una conversación a escondidas por segunda vez en un mismo día, pero la fascinación que le producía Rydon la hizo quedarse donde estaba. En su mente se formó una visión del gallardo capitán erguido a bordo de su barco, con la brisa acariciando sus bronceadas mejillas mientras gobernaba la nave hacia tierras extranjeras. Se imaginaba junto a él, entre sus brazos mientras navegaban juntos...

Jacob suspiró.

—Muy bien. Veo que vuestra decisión está tomada, padre. ¿Cuándo zarpo?

—¿Estás seguro de que deseas ir? Será peligroso y Rydon seguramente podría arreglárselas solo. Además, dijo que buscará dos barcos más que se sumen a la empresa. Cuantos más seáis, menos peligro habrá.

—No, quiero navegar con ellos.

—Bien. Esperaba que dijeras eso. Saldréis dentro de unas semanas.

—¿Tan pronto?

En ese punto, cerraron la ventana y la conversación se volvió ininteligible para Hannah, aunque ya había oído suficiente. Sus pensamientos se concentraron en aquel otro inglés, Will Adams, que vivía tan lejos de su patria. Se preguntaba si verdaderamente gozaría de favor del rey japonés y cómo diablos habría logrado

tamaño proeza. Si había establecido allí su hogar, debía de gustarle esa tierra y sus gentes. Sin embargo, ¿no sufriría por la añoranza?

Hannah se preguntó cómo se sentiría ella estando tan lejos de su familia y amigos, y de todo lo que le era conocido. Dejó escapar un bufido. Ahora mismo, sería una bendición. De todos modos, nadie se interesaba por ella. Todo giraba en torno a Kate.

—¿Y a mí cuándo me tocará ser importante? —murmuró Hannah—. Probablemente, nunca.

Unos días después de la pelea de Hannah con su hermana, todos sus parientes y amistades habían sido invitados a un banquete para celebrar el compromiso de Kate con Henry Forrester. Los cocineros y sus ayudantes llevaban días trabajando y, cuando bajó las escaleras, el estómago de Hannah protestó en respuesta a los apetitosos aromas que invadían la casa. Siempre estaba hambrienta, y ella esperaba que eso se debiera a que seguía creciendo. Se asomó al salón de la primera planta, donde estaban disponiendo la comida sobre una mesa de servicio. Como no había nadie mirando, echó mano a un plato para llevarse un pastel y evitar que sus tripas la pusieran en evidencia en un momento inoportuno.

—¡Ja, te he visto! —Su hermano pequeño pasó a su lado a toda velocidad, cogiendo otro pastel para él, mientras le dedicaba una sonrisa maliciosa. Con quince años, era tan alto como Hannah, e igual de flaco, y su apetito hacía algo más que igualar el de ella.

—Calla, gusano, o nos van a pillar a los dos —le chistó Hannah. Tenían una camaradería que surgía de manera natural. A menudo Hannah se escapaba de casa, en cuanto su madre se descuidaba, para pegarse a su hermano y a los amigos de este cuando se iban a la costa. Le encantaba estar al aire libre, mucho más que encerrada y aprendiendo a dominar las tareas del hogar. Le habría gustado haber nacido varón. Edward gozaba de la libertad con la que ella solo podía soñar.

Procuró ahuyentar esos pensamientos. Era un día de celebración y se había puesto su mejor vestido para la ocasión, de un bonito tono azul que hacía juego con sus ojos. Por desgracia, no conseguía ni por asomo realzar su figura. Si acaso, ocultaba las pocas curvas que poseía, recordándole las duras palabras de Kate. Hannah torció el gesto. No había nada en absoluto que pudiera hacer al respecto, de modo que no servía de nada darle vueltas al asunto. Tal vez, si comía mucho, pudiera desarrollar alguna curva más. Con ese fin, robó otro pastel y se lo comió de un bocado.

—¿Hannah? ¿Pero qué estás haciendo ahora? —La voz crispada de su madre sobresaltó a Hannah y la obligó a engullir tan rápido que se le atragantó el pastel. Empezó a toser y su madre la golpeó en la espalda sin excesiva delicadeza—. Eso te pasa por glotona. ¿No te mandé que tuvieras controladas a las criadas? Venga, vamos abajo.

—Sí, madre. —Hannah dejó de toser a medida que descendían al salón principal, que se encontraba en el centro de la casa. En cuanto su madre se dio media vuelta, no obstante, se dirigió a la penumbra que había debajo de la escalera, en lugar de ir a la cocina, como le habían ordenado que hiciera. En su opinión, las pobres criadas ya habían sido suficientemente hostigadas, y ella no tenía intención de sumarse a su ya de por sí pesada carga.

Los invitados empezaron a llegar poco después, y los padres de Hannah les iban dando la bienvenida al pie de la escalera. Josiah Marston era un gran hombre, en todos los sentidos de la palabra. Tenía una forma de fruncir el ceño que normalmente le granjeaba una obediencia instantánea por parte de la familia y los amigos en igual medida. Sin embargo, esa tarde sonreía y saludaba a sus invitados con ostensible placer, y Hannah suspiró.

—¿Por qué a mí nunca me mira así? —murmuró por lo bajo. Sabía que no era fácil que algo semejante sucediera. La única persona de toda la casa que lo hacía sonreír de esa manera era Kate, su favorita. Nada que Hannah pudiera hacer cambiaría eso, estaba segura.

Su madre, tan formidable como su esposo, aunque de estatura muy inferior, permanecía de pie a su lado. Lanzaba miradas por doquier, sin descanso; nada escapaba a la vigilancia de la señora Marston. Más de uno de los sirvientes fue objeto de alguna mirada enfurecida que lo hizo escabullirse a atender sus asuntos. Hannah se encogió aún más en las profundidades de la oscuridad. Su madre estaba, obviamente, decidida a que todo saliera a la perfección esa noche, y Hannah prefería que no la volvieran a sorprender perdiendo el tiempo ni una sola vez más.

—¡Sir John! Y lady Forrester, ¡qué maravilloso volverlos a ver!

De repente, la madre de Hannah se volvió toda sonrisas con la llegada de los invitados de honor y su hijo (o heredero) a remolque. Hannah se arriesgó a asomar la cabeza y escudriñó al prometido de su hermana con desaprobación. Ya lo había visto antes, desde luego, pero nunca le había prestado demasiada atención, puesto que no era para ella. Ahora que se fijaba en él, vio que era de mediana estatura y un poco fornido, de boca pequeña y barbilla retraída. Tenía que admitir que tenía un aspecto bastante estúpido, tal y como había dicho Kate. Con todo, tras un examen más concienzudo, advirtió que sus ojos no tenían la mirada vacía que caracterizaba a los imbéciles. Por el contrario, observaba todo con agudeza, asimilando cuanto veía. Hannah se convenció de inmediato de que el señor Forrester era muchísimo más astuto de lo que Kate la había inducido a pensar.

En su ansia por curiosear, Hannah se inclinó hacia delante un poco más y notó, demasiado tarde, que Henry Forrester había reparado en ella por el rabillo del ojo. Para su alivio, no la delató, sino que se dio la vuelta y le dedicó una leve sonrisa y una inclinación de cabeza. Era casi como si fueran conspiradores aliados. Hannah le

sonrió a su vez y, mientras sus padres se ocupaban en otros menesteres, él se acercó furtivamente a saludarla.

—¿Se esconde, señorita Hannah? —dijo en voz baja—. No le será muy útil, ¿sabe?, si usted también quiere encontrar esposo.

—Oh, no tengo prisa en ese aspecto, señor Forrester.

—Puede que sea usted lista. El matrimonio no es algo a lo que deba uno precipitarse a la ligera.

Era la primera vez que Hannah hablaba en privado con el prometido de Kate, y se dio cuenta de que le caía bastante bien. Comoquiera que no deseaba la compañía de Kate ni a su peor enemigo, se encontró en un dilema. ¿Debería advertirlo sobre lo que tenía reservado si se casaba con Kate, o sería mejor guardar silencio? Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de decidirse, él ya se había vuelto para saludar a su prometida, que en ese momento bajaba por las escaleras, la viva imagen de la hermosura en rosa y blanco. Hannah contempló a la pareja y se mordió el labio cuando presenció que Henry tomaba la mano de Kate y se la llevaba al pliegue del codo. Pero cuando Kate trató de zafarse, la mano de él permaneció firme sobre la suya y Hannah parpadeó, sorprendida.

Tal vez su hermana no lo encontrara tan fácil de manipular como había imaginado, pensó Hannah. Rezó porque así fuera, aunque solo fuese por el bien de Henry. Parecía demasiado amable para su hermana.

—¿Hannah? ¡Hannah! —El siseo enojado de su madre la arrastró de nuevo al presente—. ¿Por qué te escondes ahí detrás? Creí haberte dicho que fueras a la cocina.

—Sí, madre.

Con un suspiro, dio media vuelta e hizo lo que le mandaban.

La cena se hizo interminable para la inquieta Hannah, a pesar de la amplia variedad de manjares a elegir.

Tras los platos principales, compuestos por apetitosas carnes asadas, pescados, empanadas y otras exquisiteces, sacaron los postres; frutas escarchadas, tartas, bizcochos y gelatinas rivalizaban entre sí para tentación de los invitados. Para deleite de Hannah, también estaba su dulce preferido: mazapán. Al igual que el resto, bebió una copa o dos de vino selecto, ofrecido especialmente para la ocasión, sin embargo, seguía aburrida y se removía en su asiento. A ambos lados se sentaban dos ancianas tías suyas, ambas sordas como tapias, y le habría gustado que su madre le hubiera permitido sentarse junto a Edward, en lugar de con ellas. Así, al menos habría tenido a alguien con quien hablar.

Estaban en el salón, que era la estancia más grande de la casa. Amplios miradores, compuestos por pequeños cristales emplomados, daban a la calle,

permitiendo que la luz del sol entrara a raudales. Los rayos de luz se posaban sobre los paneles de roble, finamente tallados, haciendo que brillaran y que parecieran menos oscuros y austeros. Unos cuantos tapices añadían una nota de color.

Aun siendo el salón tan vasto, la aglomeración se hacía evidente cuando todo el mundo estaba ya sentado a las mesas de caballete que se habían instalado especialmente para ese banquete. Una vez terminada la cena, no obstante, se retiraron los muebles y un par de músicos entraron para dar inicio al baile.

—Vamos, baila conmigo, Hannah.

Jacob tiró de ella para que se levantara por fin de su asiento y la arrastró hasta el círculo que se estaba formando para el branle. Hannah no tuvo ningún problema a la hora de dar los pasos laterales, pero de tanto girar y girar, al final se mareó. Cuando acabó la danza, se apartó a un rincón y se sujetó la cabeza hasta que dejó de darle vueltas. *Ese vino debía de ser más fuerte de lo habitual*, pensó. Normalmente, lo habría aguantado un poco. Decidió que a partir de entonces se limitaría a observar a los demás. Le pareció más seguro.

—Así que aquí es donde os escondéis, jovencita.

La voz del capitán Rydon la sacó súbitamente de su contemplación de los bailarines y alzó la vista para encontrárselo tomando asiento a su lado. Vestía un jubón de terciopelo verde que combinaba con su cabello rubio. La barba había sido recortada, perfectamente puntiaguda para la ocasión, y el bigote estaba igual de cuidado. Hannah se apresuró a apartar la mirada, al recordar las palabras de su hermana. A punto estuvo de preguntarle por qué no estaba con Kate, pero él habló primero.

—¿No bailáis? —Sus ojos brillaban aún más que de costumbre y parecía muy contento.

—No, yo... o sea, estoy descansando un rato.

Sintió enrojecer sus mejillas bajo su atenta mirada.

—Bueno, eso no se puede tolerar. ¿Me concedéis este baile?

Hannah ahogó un grito.

—¿A vos? —exclamó, sin apenas dar crédito a su suerte.

Él sonrió.

—Sí, ¿a quién si no? ¿Qué me decís? —Se puso de pie y le tendió la mano.

Hannah se quedó mirándola un instante, antes de levantarse como sumida en un trance. Puso su mano sobre la de él, que era grande y cálida al tacto, y dijo, tartamudeando:

—Yo no, no sé...

Pero él no esperó a oír el final de su respuesta y la sacó directamente a bailar, acompañándola hasta la fila que se estaba formando para la siguiente pieza, que era una danza escocesa llamada *Strip the Willow*. Se colocaron frente a frente, los

hombres formando una fila y las mujeres otra, y dado que eran la primera pareja, entrelazaron los brazos y empezaron a dar vueltas. Hannah contó mentalmente hasta dieciséis, luego fue bajando por la fila, alternando el emparejamiento entre el acompañante de otra y Rydon. Al final del grupo, volvió a unir sus brazos con los de él y giró hasta contar ocho, antes de que fuera el turno de Rydon de desmontar, por así decirlo, el recorrido de regreso al inicio.

Era maravilloso bailar con él, contemplar su rostro y sus ojos sonrientes cada vez que se enlazaban. Hannah decidió que eran verdes, no azules, como había creído. O tal vez plateados, atravesados por chispas azules. Hannah se entregó sin reservas al placer del instante, e ignoró la mirada avinagrada que distinguió en los ojos de Kate en un momento dado. Su hermana le susurró algo a Eliza, que estaba sentada junto a su amiga, como acostumbraba, y Hannah vio que esta fruncía el ceño y asentía. *Bueno, que hablen*, pensó. Rydon se lo había pedido a ella, y no a Kate, y el regocijo le dibujó una amplia sonrisa en el rostro y les otorgó a sus pies un ímpetu añadido. Deseaba que el baile durara toda la vida.

Cuando terminó, Rydon fue a buscar bebidas para los dos y le guiñó un ojo al darle la copa.

—Entiendo que tenéis edad suficiente para beber vino generoso —dijo burlón.

Hannah balbuceó una respuesta incoherente y sintió un gran alivio cuando él cambió de tema. Cuando hubo recuperado la compostura, le suplicó que le contara de su reciente viaje a tierras extranjeras y él la complació con varias anécdotas espeluznantes. Le habló de olas más grandes que casas. Enormes criaturas marinas y nativos hostiles en tierras extrañas.

—No os estaré asustando, ¿verdad? —le preguntó al cabo de un rato, con los ojos aún chispeantes.

—No, en absoluto. Suena todo maravillosamente emocionante. —Ella le sonreía, aferrándose a cada una de sus palabras.

—Tal vez ahora, que estoy en tierra firme. —Rydon torció el gesto.

—He oído que en el próximo viaje iréis al Lejano Oriente.

El fuerte vino le daba a Hannah el coraje de flirtear un poco con la mirada, como había visto hacer a Kate, aunque a él, por desgracia, no parecía estar causándole un gran efecto. Continuó sonriendo insulsamente, como hasta entonces, ahora, quizá, con los ojos algo vidriosos.

—Habéis oído hablar de eso, ¿no es cierto?

—Padre y Jacob lo estuvieron hablando anoche a la hora de la cena.

—Sí, vuestro hermano y yo vamos a embarcarnos en un largo viaje para intentar llegar a Japón. —Frunció un poco el ceño, pero continuó—: Los malditos portugueses descubrieron esas islas hace algunos años y nosotros también queremos comerciar con los nativos. Podría resultar tremendamente beneficioso. Vuestro padre

nos ofrece su respaldo. Partiremos pronto, ya está todo dispuesto.

—Eso he oído. —De hecho, Hannah había dedicado no poco tiempo a pensar en ello en el transcurso de los últimos días. Habría sido imposible no hacerlo.

—¿Podéis guardar un secreto? —susurró, y se le acercó al oído. Hannah asintió, entusiasmada. Su cercanía hizo que por su cuerpo corriera un escalofrío, pero se obligó a concentrarse en sus palabras—. Vamos a intentar llegar antes que otros comerciantes, de la Compañía Británica de las Indias Orientales, que también se dirigen allí. Si logramos ser los primeros, podremos asegurar un acuerdo comercial y así la Compañía no tendrá el monopolio.

Asintió, como si ya el trato estuviera cerrado.

—¿Queréis decir que será como una especie de concurso? ¿Una carrera?

—Algo así, sí. Solo que esto es en serio.

—Suenan apasionante. Oh, cómo me gustaría ir con vos. —Hannah suspiró. Surcar el océano hasta tierras remotas, vivir nuevas experiencias, ver gentes distintas; sonaba todo mucho mejor que su propia y tediosa vida. ¿Qué ilusiones podía albergar ella? Casarse con alguien de la elección de sus padres y asumir el papel de esposa y madre. No era una idea en absoluto sugestiva, a no ser que su esposo resultara ser el capitán Rydon, claro está. A diferencia de su hermana, Hannah estaría bien dispuesta a esperarlo el tiempo que hiciera falta. Aunque preferiría pasar el resto de su vida con él, siguiéndolo allá donde fuera.

Rydon rio y estiró el brazo para revolverle el pelo, y a punto estuvo de hacer que su bonete saliera volando. Hannah se lo recolocó sin pensarlo.

—Es demasiado peligroso —dijo él—. Lástima que no seáis un varón, tenéis espíritu, os lo aseguro.

El corazón de Hannah se desplomó. Kate tenía razón, al fin y al cabo. El capitán Rydon la veía como una niña. Una niña graciosa, tal vez, pero una niña, en definitiva. Claro que no esperaba que le dijera que lo podía acompañar, pero una pequeña parte de sí misma había albergado la esperanza de que le prometería algo más. Volver a ella, y solo a ella, quizá.

—Pero os voy a proponer una cosa: ¿os gustaría conocer a un chino?

—¿Un chino?

—Sí, uno auténtico, de carne y hueso. No es peligroso, os lo aseguro —sonrió Rydon.

—Bueno, sí, pero...

—Bien, pues iré a buscároslo y os lo traeré. Pensándolo bien, estoy seguro de que a todos los demás también les encantará verlo.

—Pero ¿dónde encontrará uno aquí, en Plymouth? —Hannah estaba empezando a dudar de si el vino le había nublado el juicio. O el de él, posiblemente.

Él le guiñó un ojo y se echó a reír una vez más.

—Esperad y veréis.

Se despidió a toda prisa y lo vio salir tranquilamente. ¿Habría estado divirtiéndose a su costa? ¿Seguía en pie su plan de reunirse con Kate más tarde?, ¿se reirían los dos de la ingenuidad de Hannah? No pudo soportar ni tan siquiera pensarlo y salió abruptamente de la estancia. Sin embargo, justo a la entrada, chocó contra su madre, que iba en sentido contrario, entrando con un invitado rezagado.

—Cielos, niña, ¿adónde vas con tanta prisa?

Hannah abrió la boca para dar cualquier explicación que se le ocurriera, pero cuando reparó en quién era la persona que venía tras su madre, las palabras se le quedaron atoradas en la garganta.

—Señorita Hannah, qué agradable volver a veros.

Ezekiel Hesketh, con un aspecto pulcro y cuidado, vestido con un atuendo sobrio pero bien cortado, confeccionado con la mejor seda negra, la estaba mirando con una sonrisita. Hannah tenía que reconocer que no resultaba físicamente repulsivo en modo alguno. De estatura y constitución medias, con un espeso cabello castaño y unos pálidos ojos verdes hundidos, era casi apuesto. No obstante, había algo en aquellos ojos que le helaba la sangre y la impelían a salir corriendo para ponerse a salvo. Miró a su madre y al señor Hesketh alternativamente, y vuelta a empezar. Parecían llevarse extremadamente bien, casi como si hubiera una especie de entendimiento entre ellos. Esa idea incomodó visiblemente a Hannah.

—Se... señor Hesketh.

Tartamudeó al pronunciar su nombre, pero por su vida que no conseguía hacer que su mano se alargara para estrechar la que él le había tendido. En lugar de eso, se quedó plantada en su sitio como un árbol, mirándolo fijamente.

—¿Dónde están tus modales? Saluda a nuestro invitado como es debido, Hannah.

Su madre le dio un airado empujoncito por detrás, prácticamente propulsando a su hija a los brazos de aquel hombre. Hannah se apresuró a alzar la mano y él se inclinó sobre ella para depositar un beso en sus nudillos. Ella la apartó bruscamente y se la llevó a la espalda, restregándosela con vigor contra el vestido para eliminar cualquier huella. Él no pareció advertir el infantil gesto, sino que siguió sonriéndole de un modo que a Hannah le recordó vivamente a un buitres, una vil criatura de la que había visto una ilustración en un libro.

Su corazón empezó a latir más rápido por el miedo. Su forma de mirarla era calculadora y... triunfante. No había otra palabra que pudiera describirlo. Hannah sintió que un escalofrío le recorría la espalda. ¿Qué estaba pasando aquí?

—El señor Hesketh va a hacerte el honor de bailar contigo, querida. Precisamente me estaba diciendo lo mucho que ha estado esperando esta celebración.

Hannah apenas si oyó las palabras de su madre a través del martilleo que tenía en los oídos.



—Oh, pero es que iba a la cocina.

—Ahora no. Toma del brazo al señor Hesketh y acompáñalo.

Su madre aderezó este requerimiento con otro empujón, que no daba margen a errores de interpretación. Hannah miró a su alrededor, desesperada, buscando alguna escapatoria. ¿Dónde estaba Jacob cuando lo necesitaba? ¿Edward? ¿Alguien?

—Hannah.

El tono de su madre fue perentorio, no admitía discusión alguna.

Hannah tragó saliva con dificultad y volvió a sacar la mano de nuevo. Cerró los ojos mientras el señor Hesketh le ofrecía el brazo y apretaba sus dedos con la mano que le quedó libre.

—He estado esperando este momento mucho tiempo, señorita Hannah —susurró—. Mucho tiempo...

*Norte de Japón, julio de 1611*

—Desearía que me dieras una explicación, Yanagihara-san.

Taro se arrodilló junto al futón del anciano, atento a su rostro cansado y demacrado. Habían pasado varias semanas desde la boda, pero Yanagihara permanecía postrado en su cama y nadie sabía exactamente qué mal lo afligía. Tal vez no fuera más que la edad, pensaba Taro. Al fin y al cabo, el sensei era el hombre más viejo de todo el castillo.

—Por favor —se sintió compelido a añadir, pese a tener derecho a exigir todo lo que quisiera. Había demorado su visita por miedo a oír lo que el anciano había descubierto a través de su visión, pero sabía que no podía demorarlo más. Tenía que averiguarlo.

—Ya no importa. Probablemente será mejor que no os los cuente, mi señor. —La voz de Yanagihara sonaba frágil, un mero hilo en la quietud matinal.

Esa había sido la opinión del propio Taro al principio, pero la incertidumbre de qué era lo que había visto Yanagihara lo acuciaba y se negaba a abandonar su pensamiento.

—¿Y si te lo ordeno? Tengo derecho a saber lo que viste si nos concierne a mí o a mi esposa. —Taro desvió la mirada hacia el jardín, observando a través de la puerta corredera *shoji* entreabierta, tensando la mandíbula en un esfuerzo por mantenerse paciente.

—Muy bien, veo que no tendréis descanso hasta que lo sepáis. —Yanagihara cerró los ojos, como para reunir fuerzas—. En verdad no era una visión como tal, no como las que tengo normalmente, sino que, cuando vuestra señora esposa y su familia entraron en la sala, sentí como si me hubieran golpeado contra un frío muro.

—¿Un frío muro? ¿Qué quieres decir?

Percibí hostilidad, ira, confusión, tal vez incluso odio, y no supe si estaba dirigido a vos o a otra persona. Creo que la dama estaba... muy contrariada.

Taro se frotó la barbilla inconscientemente y suspiró. Eso ya lo había notado él, si bien, cuando había intentado abordar el tema, Hasuko negaba que algo fuera mal. Sencillamente, esbozaba aquella increíble sonrisa que lo hacía desear olvidarse de todo lo demás, y dejaban de lado el asunto hasta la próxima ocasión.

En realidad no podía poner reparos a su comportamiento, cumplía a la perfección con todas sus obligaciones de esposa, y era aparentemente obediente y solícita. Pero

sentía que faltaba algo. Algo que no sabía identificar con exactitud. Era como si solo su cuerpo estuviera presente y actuara por inercia. Tenía la mente en otra parte y él no podía alcanzarla. Resultaba increíblemente frustrante. Había esperado mucho más de su unión, pese a ser consciente de que eso no era lo habitual.

Todos los conocidos de Taro que se habían casado con quienquiera que hubieran escogido sus padres para ellos carecían de voz y voto en el asunto. Suponía que él era afortunado en ese aspecto: dado que sus padres estaban muertos, la elección la había hecho él personalmente. Con todo, no llegó a conocer a Hasuko antes de la boda, de modo que no había tenido ocasión de juzgar su carácter.

A la mayoría de los hombres les traía sin cuidado lo que sus esposas o cualquier otro pensaran de ellos, pero Taro era distinto. Había deseado de todo corazón que su esposa se sintiera bienvenida y que aprendiera a respetarlo por sus méritos, no porque estuviera obligada a ello. Cuando vio lo adorable que era, decidió demostrarle asimismo lo encantado que estaba con el emparejamiento, esperando que también ella lo estuviera. Hasta el momento, esas demostraciones habían chocado contra un muro de piedra. El desequilibrio era notable.

—¿Has tenido alguna visión desde entonces? —preguntó.

—Solo una vez, cuando oí su voz en el jardín, junto con la de su hermana. Esa es otra a la que hay que vigilar.

Taro también había llegado a esa conclusión. La señora Reiko permanecía constantemente junto a su hermana, asegurándose de que Hasuko disponía de todo lo que necesitara. Las dos eran prácticamente inseparables y parecían mantener una estrecha amistad. Y sin embargo, siempre que Taro posaba la vista en su cuñada, ella le dedicaba miradas insinuantes que lo desconcertaban infinitamente.

Pese a ser una viuda cuyo marido había muerto poco después de su boda, su osado comportamiento lo incomodaba. No se le ocurría qué era lo que esperaba conseguir con ello, a no ser que deseara que él la tomara como consorte oficial para poder ocupar también una posición en su hogar. Legalmente, podía tener esposa y cuantas consortes quisiera, pero ¿para qué iba a quererla a ella, teniendo a Hasuko? Ninguna otra mujer podía compararse con su esposa. Además, su padre sin duda querría casar a Reiko para cimentar una alianza con alguna otra familia.

—¿Y cuál fue tu segunda visión? —dijo ahora.

Yanagihara volvió la cara.

—Fue la misma.

—¿A qué crees que se podría deber?

Yanagihara no hizo ningún comentario respecto al hecho de que ahora su amo parecía darle crédito, cuando antes había desestimado su visión tan abruptamente. Volvió a girar la cara para mirar a Taro a los ojos.

—Yo supongo que la señora Hasuko se cree superior a vos, y tal vez le ofende

que su padre os haya escogido para ser su esposo. Se habló de casarla con el sobrino del shogun, por lo que he oído decir, pero eso se quedó en agua de borrajas. Podría estar decepcionada. Algunas mujeres son igual de ambiciosas que los hombres, si no más. Sin embargo, naturalmente, no pueden actuar según sus preferencias, salvo por medio de la sutileza. Otra posibilidad es que se sintiera físicamente atraída por el sobrino del shogun. He oído que es el favorito de las damas.

—Bueno, ya sé que no tengo parentesco con el shogun, pero mi linaje no tiene nada que envidiar al suyo y, aunque esté mal que sea yo quien lo diga, he tenido mi buena ración de miradas insinuantes por parte de otras damas que he conocido. Y poseo fortuna y tierras más que suficientes. Puedo darle cualquier cosa que desee, solo tiene que pedirlo.

Taro frunció el entrecejo. No quería creer al viejo, pero lo que decía tenía sentido. Desde luego, su esposa tenía un elevado concepto de sí misma, y también Reiko. Ese extremo lo había deducido por el modo en que trataba a sus criados. Y, decididamente, a él no había dado muestras de encontrarlo atractivo.

—Su linaje es más antiguo que el vuestro y su propia familia está emparentada con el shogun. Podría haberse casado con cualquiera. Su padre os eligió a vos solo porque sois su vecino y él es vago. No puede ni mover un dedo para hacer nada fatigoso. —Yanagihara bufó como señal de desdén ante semejante indolencia, y añadió—: No deseo ofenderos, mi señor. Eligió bien cuando se decidió por vos, pero dudo que reflexionara mucho sobre el matrimonio, así que fue pura suerte. Su hija pensará de otra forma.

—Mmm. —Taro cruzó los brazos sobre el pecho. En efecto, esa había sido la impresión que se había llevado de su suegro, pero aun así...—. Bueno, no hay vuelta atrás, ¿verdad? Y tampoco lo deseo, la verdad. Lo único que le pido es respeto, tal vez incluso cierta admiración o aprecio por mis virtudes. ¿Crees que es pedir demasiado? ¿O estás insinuando que debería tomar otra esposa?

—No, no. Ella no ha hecho nada malo, no tenéis motivos para repudiarla. —Yanagihara negó lentamente con un gesto—. Lo siento, mi señor, pero tendréis que sacar el mayor partido posible de la situación. Como ya he dicho, es vuestro destino. Mientras seáis consciente de los riesgos, eso debería bastar para protegeros.

—¿De qué? ¿Crees que me hará daño?

—No. A no ser que... No, no lo creo. Debéis fingir que no ocurre nada malo y tratarla siempre como es debido. Nunca la desairéis a ella, ni a su hermana. Por favor, recordad eso.

—Muy bien, lo haré lo mejor que sepa. —Taro volvió a suspirar, con un profundo sentimiento de desilusión tras un período tan corto de matrimonio—. No esperaba que las cosas salieran así.

—En la vida nunca se espera que así sea.

*Plymouth, Devon, 4 de junio de 1611*

Fue el baile más largo de su vida.

Hannah se movía mecánicamente con una falsa sonrisa pegada en la cara, pero no podía reprimir un escalofrío cada vez que sus manos entraban en contacto con las del señor Hesketh. Este parecía ajeno a su desventura y seguía sonriéndole con aquella peculiar expresión de triunfo, que persistía en sus ojos. A cada oportunidad que se le presentaba, sus dedos se demoraban en algún punto durante más tiempo del necesario. Hannah tuvo que morderse la lengua para no lanzarle una dura reprimenda.

Por fin la música cesó. El señor Hesketh colocó en la base de la espalda de Hannah una mano protectora de la que, en medio de la multitud como estaban, no consiguió escapar enseguida. Echó un vistazo a su alrededor una vez más, tratando de hallar algún motivo para apartarse de él, pero no vio nada.

—He estado intentando visitaros, señorita Hannah, pues tengo un asunto en particular del que os quería hablar —estaba diciendo Hesketh—, pero por desgracia los negocios me lo han impedido.

—Ah, ¿sí? —Hannah apenas si prestaba atención a sus palabras y siguió escudriñando la sala en busca de Jacob o algún otro conocido al que usar como excusa.

—Sí, iba a...

Un silencio expectante cayó entre los allí reunidos, seguido de un apagado clamor colectivo. El señor Hesketh también se quedó callado. Su boca se abrió de par en par por el asombro. Al igual que todos los demás, estaba mirando hacia la puerta del salón. Hannah se volvió a mirar a su vez.

—Ahí está —musitó alguien—. Oooh, ¿verdad que tiene un aspecto muy extraño?

—Muy raro, desde luego.

—Madre, ¿por qué es tan oscuro?

—Mirad esos ojillos maléficos. Pura malicia, si quieren que les diga mi opinión.

El que así hablaba musitó una breve oración.

Hannah estiró el cuello para ver a aquel misterioso ser. En cambio, divisó al capitán Rydon de pie junto a la puerta, con su pelo dorado brillando bajo un rayo de sol. Al principio pensó que estaba solo, pero entonces reparó en que se encontraba junto a un hombre que, en comparación, se veía pequeño y moreno. El extraño iba

vestido con una especie de calzones bombachos y una raída chaqueta de seda con cinturón. Hannah jamás había visto ropajes como aquellos.

—Aquí está, buena gente. Este es Hodgson, el pequeño chino que me traje en mi último viaje. Le salvé la vida, así que ha jurado servirme hasta que él salve la mía.

El capitán sonrió orgulloso a los invitados, la mayor parte de los cuales miraban ahora groseramente al hombre, como si fuera un engendro de la naturaleza. El propio extranjero se limitó a inclinar educadamente la cabeza.

—¿Hodgson? ¿Qué clase de nombre es ese para un chino? —murmuró alguien.

—No es su verdadero nombre, por supuesto, el suyo nos resultaría demasiado difícil de pronunciar —rio Rydon, mientras el extranjero permanecía impasible.

Hannah miraba igual que hacían los demás. Debía admitir que el hombre tenía un aspecto extraño. Poseía unos ojos poco corrientes y una naricilla respingona, pero a ella no le parecía feo, exactamente. Diferente, sí, pero no feo.

—No me gustaría encontrármelo en un callejón oscuro —susurró alguien a su espalda—. Me daría un susto de muerte.

Hannah miró con el ceño fruncido en dirección a quien había hablado, una robusta mujer de amplias proporciones. El hombre no daba tanto miedo, a decir verdad era diminuto en comparación con la señora. Hannah estuvo tentada de defenderlo, pero se las arregló para mantener la boca cerrada. En lugar de eso, se zafó por fin de la mano del señor Hesketh con un gentil:

—Disculpadme, pero debo hablar sin falta con mi hermano Edward.

—Pero, señorita Hannah, no había acabado de deciros...

Fingió no haberlo oído y se abrió paso entre la muchedumbre, sopesando la idea de intentar rescatar al chino. Sabía lo que era que te miraran tan fijamente (su pelo rojo se encargaba de ello) y se compadecía de él. No obstante, no tardó en darse cuenta de que no sería necesario. La atención de la que era objeto no parecía estar afectándolo lo más mínimo. Hodgson permanecía sereno y se limitaba a escudriñar la sala con curiosidad. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Hannah, ella esbozó lo que esperaba que fuera una sonrisa de complicidad. Creyó verlo inclinar levemente la cabeza como signo de agradecimiento. Entonces él sonrió para sí y Hannah se extrañó. ¿Qué podía encontrar tan divertido en una situación tan incómoda como esa?

—¿Dónde dijo que lo encontró?

—¿Lo mantiene encerrado a cal y canto?

—Cuéntenos más cosas sobre sus viajes, capitán Rydon.

Llegaban exclamaciones y preguntas desde cada rincón, ahora que los invitados se habían puesto a hablar a la vez. Todo el mundo quería que les relatara la historia de cómo había salvado la vida del extranjero y todos querían oír hablar a Hodgson. Hannah se fijó en que su hermana hacía un puchero, sin duda enojada por haber dejado de ser el centro de atención. Aun así, incluso Kate pareció fascinada cuando el

chino dio un paso al frente para complacerlos.

—Buena noche —dijo, y acompañó estas palabras con una cortés reverencia. Añadió algunas palabras vacilantes, la mayor parte de las cuales sonaron como un galimatías. Los invitados las recibieron con risitas tontas y sofocadas.

—Es de lo más pintoresco, sin duda.

—Bueno, qué esperaban de un bárbaro.

Hannah sacudió la cabeza y se retiró a un rincón una vez más, asegurándose de perder de vista al señor Hesketh. Volvió a torcer el gesto cuando vio que tocaban al señor Hodgson subrepticamente en varias ocasiones. Era como si los invitados no se creyeran que fuera real, y se preguntó si afrontaría ella semejante situación sin perder los estribos.

Oyó fragmentos del relato del capitán y escuchó el relato, en contra de su voluntad inicial.

—Hodgson trabajaba como mercenario... sí, al servicio de un comerciante portugués... emboscada en la oscuridad... oí los gritos, de modo que acudí al rescate, por supuesto...

La imagen del gallardo capitán abalanzándose contra los ladrones con su espada en alto tomó forma en la mente de Hannah, y suspiró. Habría sido algo digno de ver, estaba segura, y no era de extrañar que los ladrones hubiesen huido.

Al final los invitados se aburrieron del tema y le dieron permiso a Hodgson para que deambulara por allí. Hannah lo estuvo observando un rato, mientras él trazaba un circuito por la sala, analizando con interés todo lo que veía. Se detuvo a palpar algunos tapices. Hannah advirtió que su madre entornaba los ojos con suspicacia, pero él volvió a dejar las colgaduras en su sitio con extrema delicadeza. Sin embargo, siempre que tropezaba con alguno de los invitados, o apenas se acercaba a ellos, estos retrocedían, prorrumpiendo en indisimuladas exclamaciones. Parecía como si su sola presencia supusiera alguna clase de contaminación. Hannah no daba crédito. Para ella no era más que un hombre normal y corriente.

Dejó reposar su cabeza contra la pared y cerró los ojos. Un dolor punzante le golpeaba la frente. Con un desesperado anhelo por escapar, fue a situarse junto a su madre.

—Mamá, ¿puedo retirarme ahora, por favor? Me duele terriblemente la cabeza.

—No, no, ni hablar. Sería una grosería para con los prometidos. Ve a la cocina y que Emma te haga una tisana. —La señora Marston despachó a su hija de mala manera—. Venga, date prisa. Nuestra querida Kate se lo está pasando maravillosamente, estoy segura de que no te echará de menos un ratito. Y me consta que el señor Hesketh querrá pedirte otro baile.

Hannah miró en dirección a la mesa a la que Kate estaba sentada junto a su futuro esposo. Advirtió que Henry tenía uno de sus brazos alrededor de los hombros de

Kate, del que esta trataba de desembarazarse sin mucho éxito. Hannah vio que Kate le lanzaba una mirada implorante al capitán, que ahora estaba apoyado contra la pared, a pocos metros de distancia. No obstante, él no parecía tener mucha prisa por acudir al rescate de la joven, y se encogió levemente de hombros.

Hannah suspiró y enfiló hacía el pasillo, inundado por la corriente. Allí se desplomó en el último peldaño de la escalera y apoyó la cabeza en la pared. No podía soportar ver a su hermana o al capitán ni un segundo más. Solo conseguirían hacerla pensar en su supuesta asignación.

—Disculpa, dama, ¿no sientes bien?

Hannah dio un brinco y alzó los ojos para ver el rostro del chino. Abrió la boca para contestar, pero de ella no salió ningún sonido.

—¿Enferma? —volvió a preguntar, alargando la mano para tocarle la frente. Ella retrocedió un escalón, apartándose bruscamente de su alcance inmediato, antes de caer en la cuenta de que su actitud no era mejor que la de las personas que habían hecho crueles comentarios acerca de él. Se deslizó de nuevo hasta el último peldaño.

—¡No! No, yo... es decir, sí. Me... me duele la cabeza.

Él dio un paso atrás y sonrió, luego se inclinó educadamente.

—No tienes miedo, solo quiero ayudar.

Hannah se relajó un poco mientras él se ponía a hurgar en una pequeña bolsa que llevaba colgada del cinturón.

—Ah, *koko ni aru*. Ten. —Sacó una ampollita y se la tendió—. En bebida, pones tres gotas, dolor de cabeza se va.

Sonrió y volvió a inclinarse, ofreciéndole la ampolla.

—Oh, vaya, gracias, pero no estoy segura de poder aceptarlo.

—Por favor, dama. Pondrás mejor, te prometo. —Asintió y volvió a inclinarse una vez más—. Voy a buscar, ¿sí?

Hannah tomó el diminuto recipiente con recelo, entonces esperó mientras él iba a buscar una bebida. Regresó, sorprendentemente rápido con una cerveza ligera y administró él mismo la dosis con gran ceremonia. Hannah no tuvo el valor de rechazarlo y se lo bebió.

—Bien. Ahora, descansa, pronto sentirás mejor —dijo Hodgson.

—Gracias. Sois muy amable.

Hannah lo miró y se sintió de nuevo avergonzada por el trato que había recibido anteriormente.

—Yo, bueno, siento que todo el mundo se quedara mirándoos —le espetó, con la intención de que sus palabras lo compensaran. Para su sorpresa, él dibujó una enorme sonrisa en su rostro.

—Está bien —dijo—. Yo también los miro. Tu gente... muy feos, pero ahora ya acostumbrado.



Hannah ahogó un grito. ¿Los encontraba feos a todos?

—¿Lo dice en serio? —exclamó, y de repente estalló en una sonora carcajada. Ahora entendía por qué se había reído. Y añadió—: Supongo que eso significa que estamos empatados.

Ya había dejado de palparle la cabeza y la habitación ya no le daba tantas vueltas como antes. Él asintió.

—Sí.

Le chispeaban los ojos y Hannah se sintió aún más cercana a él.

—¿Volvemos al salón? —dijo—. ¿U os gustaría que os buscara algo para comer? Os habéis perdido la cena de antes.

—Gracias, pero ya comido. Debo ir. Capitán dice no me quedo mucho rato.

—Ah, ya veo.

Hannah quería pedirle que se quedara un poco más, a hacerle compañía, pero sabía que no podía actuar en contra de los deseos del capitán. Después de todo, Hodgson era su sirviente.

—Muy bien. Gracias otra vez por acudir en mi ayuda.

—*Dozo onegai shimasu* —dijo él, palabras que ella interpretó como un «no hay de qué»—. *Sayonara*.

Con otra profunda reverencia, se fue.

Hannah estuvo sentada en las escaleras durante mucho rato, viéndolo marchar y deseando que hubiera podido quedarse.

Al día siguiente al banquete, fue convocada para acudir al despacho de su padre, a quien encontró detrás de su escritorio y, como de costumbre, con la madre de Hannah rondando cerca.

—Ah, aquí estás.

Hannah notó un falso regocijo afectado, como si eso fuera a predeterminarla a favor de lo que quiera que fuera a decirle. Como ya había adivinado de qué se trataba, la estratagema estaba condenada al fracaso.

—¿Me mandasteis llamar? —Se detuvo a unos metros de su mesa y entrelazó las manos a la espalda, para evitar que temblaran.

—Sí, en efecto. Tengo noticias excelentes. He recibido una halagadora petición de matrimonio para ti, y tu madre y yo hemos decidido aceptarla en tu nombre. El señor Hesketh ha estado aquí esta mañana, como no me cabe duda que ya sabrás, y hemos acordado los términos. Y debes saber que son muy generosos.

—Entiendo. ¿No tengo elección? Después de todo, soy yo lo que va a tener que casarse con él.

—No seas impertinente —le recriminó su padre—. Sabes perfectamente que son los padres quienes disponen estas cosas.

—Siempre has sido la predilecta de tus primos más pequeños —intervino su

madre—, te adoran. Y dado que el señor Hesketh necesita una esposa que se ocupe adecuadamente de sus hijos, todos pensamos que serías la persona ideal.

—Yo quiero mis propios hijos, no los de otra persona —musitó Hannah.

—También tendrás los tuyos. Unos cuantos más o menos da lo mismo, ¿no crees? Ahora ya sabes que nos preocupamos por tus intereses —añadió su madre, tratando de sonar tranquilizadora, aunque solo consiguió molestar a Hannah aún más.

—¿Mis intereses? ¿Casarme con un hombre lo bastante viejo como para ser mi padre? ¡Es repugnante!

—¡Hannah! —Su madre parecía estar escandalizada, pero su padre alzó una mano para evitar que añadiera nada más.

—Solo tiene treinta y dos años —dijo—, no es una edad tan avanzada. Puede que ahora te lo parezca, pero dentro de unos años pensarás de otra forma. Tu madre y yo somos de la opinión de que necesitas una mano que te apacigüe. El hecho de que el señor Hesketh tenga más experiencia en la vida que tú solo puede ser un factor positivo. Eres demasiado testaruda para tu propio bien. No creas que no te hemos visto corretear descontroladamente con Edward, pese a que ya eres demasiado mayor para esa conducta. Debes aprender a guardar un poco de decoro.

—Yo no corro «descontroladamente», solo...

—Hannah, sencillamente no es decente para una joven de tu edad. No eres una niña, es hora de que actúes con responsabilidad. Sospechamos que necesitas algo que te distraiga, y cuidar de los hijos del señor Hesketh te mantendrá ocupada.

—¡Pero yo no quiero casarme con él! Ya ha enterrado a dos esposas y yo tendría cinco hijastros. ¡Cinco!

—Eso no tiene nada de excepcional. La responsabilidad te ayudará a madurar.

—No me gusta —dijo Hannah con los dientes apretados—. Tiene que haber alguien más con quien pueda casarme. ¡Cualquiera!

—No te pongas tan melodramática. Hesketh es un tipo excelente. Lo conozco desde hace años. No me cabe duda de que te acostumbrarás a él, y tiene capacidad de sobra para manteneros a ti y a su prole. ¡Pero si tiene una bonita casa y muchos criados! No te faltará de nada.

Hannah pestañeó para contener las lágrimas. Quería seguir protestando, pero sabía que no habría consecuencias. Una vez que sus padres decidían algo, se negaban a escuchar argumentos contrarios. A partir de ahora, podía luchar todo lo que quisiera, que al final ellos ganarían. Siempre era así.

Cerró los ojos e intentó escuchar la voz de la razón. Sus padres decían desear lo que fuera mejor para ella y habían escogido al señor Hesketh. Su obligación era aceptar esa elección con buena disposición. Y padre había dicho que el hombre era un «tipo excelente». Él debía de saberlo.

Quizá no fuera tan malo, al fin y al cabo.

Pero, entonces, ¿por qué se sentía como si la llevaran al cadalso?

*Norte de Japón, julio de 1611*

Cuando Taro fue a hacerle a su esposa una visita vespertina, pasados algunos días desde su conversación con Yanagihara, aún seguía meditando las palabras del anciano. Había decidido acometer un cambio de estrategia, y por eso estaba allí. Normalmente, la habría mandado llamar a sus habitaciones, pero esta noche había pensado darle una sorpresa. Dentro de la manga llevaba un obsequio, una exquisita peineta ornamentada con piedras preciosas que había hecho traer especialmente desde Edo, la capital. Tenía la esperanza de que, al ofrecerle una chuchería tan especial, ella relajaría finalmente su actitud hacia él y se abriría plenamente, en cuerpo y también en alma.

¿Cómo no iba a apreciar a un marido que la trataba tan espléndidamente?

Sin embargo, en lugar del habitual cortejo de sirvientas, se sorprendió al encontrarse cara a cara únicamente con Reiko en la antesala de los aposentos de su esposa. Su rostro se iluminó al verlo, obviamente complacida, pero por mucho que lo intentó, él no pudo corresponderla ni con una sonrisa. Procuró que la irritación no se reflejara en su voz cuando anunció:

—He venido a ver a mi esposa. —Hizo un gesto en dirección a las puertas correderas—. ¿Está dentro?

—Lo siento, mi señor, pero mi hermana se encuentra indispuesta. —Reiko hizo una profunda reverencia—. ¿Se trata de algo en lo que yo pueda ser de ayuda?

—¿Qué le pasa? —preguntó, mirándola ahora con el ceño fruncido sin disimulo e ignorando su pregunta. No parecía estar preocupada ni lo más mínimo, de modo que Hasuko no podía estar muy enferma. De hecho, Reiko tenía una expresión engreída que lo irritó intensamente. Le habría gustado dar con alguna excusa para enviársela de vuelta a su padre, pero aparentemente Hasuko no podía pasar sin su hermana, de momento. O eso era lo que decía. Y fiel a su temperamento, el señor Takaki no había movido un dedo para encontrarle a Reiko un nuevo marido. Ya estaba fuera de su vista, fuera de su mente, tal vez. *Ojalá yo tuviera esa suerte...*

—Bueno, ya sabéis, cosas de mujeres —replicó Reiko, con una sonrisa esquiva.

Taro se preguntaba por qué era ella la única persona que dormía en la antesala. Debería haber otras damas presentes, pero presumiblemente habían sido relegadas a distintos dormitorios porque su señora estaba delicada. Reiko permanecía arrodillada en su futón mientras él seguía mirándola, la camisa de dormir que llevaba puesta

resbaló, descubriendo un pálido hombro. Él pestañeó, consciente de que lo había hecho a propósito.

¿Qué pensaba hacer ahora? No creía que tuviera intención de seducirlo con su hermana tan cerca como para oírlos... Las paredes eran finas como el papel y hasta el más mínimo ruido bastaría para despertar a Hasuko. Pero eso no parecía disuadir a Reiko. Ella avanzó hacia él de rodillas y levantó la barbilla para mostrar la larga y blanca columna de su cuello. Taro se tragó un improperio ante la provocativa postura. No quería nada de ella. Y menos aún su cuerpo.

La idea de que Hasuko pudiera estar confabulada con su hermana le hizo apretar los puños bajo la manga de su túnica. No podía haber otra explicación para esta violenta situación, y se puso furioso. Si pensaban que sucumbiría a los encantos de Reiko, obligándolo de esta forma a hacerla consorte oficial, estaban muy equivocadas. Sería él quien escogiera a sus mujeres, y no se dejaría coaccionar.

¿Y cómo iba a tolerar Hasuko el compartirlo con su propia hermana? Solo podía haber una razón: ella no lo quería en absoluto. Yanagihara debía de tener razón; Hasuko deseaba a otro hombre, uno que no podía tener.

Inspiró profundamente para no delatar emoción alguna.

—Bueno, por favor, decidle a mi mujer que le deseo una pronta recuperación — dijo, y se volvió para marcharse. Cuanto antes estuviera de regreso en sus propios aposentos, mejor.

—Esperad, mi señor, por favor. —Reiko se puso en pie más rápido de lo que Taro habría creído posible. Estiró el brazo para ponerle la mano en el antebrazo y detenerlo —. Pueden pasar varios días antes de que mi hermana vuelva a estar bien.

Lo miró de soslayo, de un modo que le hizo sentir muy incómodo, y continuó:

—Estoy segura de que ella no querría que esta situación os cause molestias entretanto. A decir verdad, me lo ha dicho ella misma, y me ha pedido que... os distraiga.

Taro apretó los dientes. Reiko era extremadamente obtusa, o bien muy persistente. Le daba igual. Lo único que sabía era que tenía que salir de allí, y rápido.

—Es muy amable por parte de las dos, pero soy un hombre paciente y Hasuko es lo único que necesito. Es la esposa perfecta. Puedo esperar. Buenas noches, Reiko-san.

Salió por la puerta apresuradamente antes de que ella pudiera decir nada más. No podía haber dejado más claro, sin caer en la grosería, que no quería lo que ella le estaba ofreciendo. Las palabras de Yanagihara resonaban en su cabeza mientras recorría los pasillos a toda prisa, seguido de sus guardaespaldas.

«Nunca la desairéis a ella, ni a su hermana», había dicho el anciano.

Bueno, lo había hecho lo mejor que sabía, pero un hombre tenía sus límites. Reiko se bastaba ella sola para poner a prueba la paciencia de los mismísimos dioses

y, a no ser que se hubiera dado por aludida esa noche, se vería obligado a hacer algo drástico.

Esa mujer era una amenaza.

*Plymouth, Devon, 28 de junio de 1611*

—¡Jacob! ¡Jacob! ¿Dónde está, maldita sea?

Hannah acababa de salir de la cocina, unas semanas más tarde de su funesto anuncio de compromiso, cuando su padre apareció por la puerta del despacho, gritando a voz en cuello. Su torva mirada se quedó fija en ella.

—¿Has visto a tu hermano? Tengo un asunto que tratar con él.

—No, padre. Pero me gustaría tener unas palabras con usted.

—Ahora no, ¿no ves que estoy ocupado?

—Pero he de hablarle acerca del señor Hesketh.

Desde la pedida extraoficial, el hombre había visitado regularmente la casa, y sus atenciones para con Hannah aumentaban cada día que pasaba. Ella había intentado explicarle a su madre que se comportaba de un modo impropio, pero la señora Marston se negaba a escucharla.

—No seas infantil —le había dicho a su hija—. Claro que es atento. Así es como debe ser. El hombre está loco por ti. Puedes considerarte afortunada.

*Afortunada, ¡ja!*

Su padre tampoco estaba de humor para escucharla, al parecer.

—Te vas a casar con él y se acabó —refunfuñó—. No quiero oír ni una palabra más sobre este asunto, ¿está claro?

—Pero, padre, de verdad que...

—Aquí estoy. —Jacob bajaba las escaleras a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos, y a punto estuvo de trastabillarse en el último—. ¿Qué ocurre?

El señor Marston padre se olvidó automáticamente de la presencia de Hannah.

—¡Aquí estás! Aún nos queda mucho que planear. No es momento de estar haraganeando en la cama.

Jacob parecía avergonzado, pero protestó.

—No estaba en la cama.

—Bueno, sea como sea, ahora estás aquí. Empecemos.

Los dos hombres desaparecieron en el despacho y cerraron la puerta. Hannah vaciló un momento, luego echó un rápido vistazo por el pasillo para asegurarse de que no había nadie alrededor. Caminó de puntillas y pegó la oreja al ojo de la cerradura. Esto de escuchar conversaciones ajenas a escondidas se estaba convirtiendo en una mala costumbre y se prometió a sí misma que dejaría de hacerlo.

Pronto. Sin embargo, por ahora era necesario.

—Ya sabes que la rapidez es esencial —estaba diciendo su padre—. No puede haber desvíos, aunque encuentres mercancías lucrativas por el camino. Pueden esperar hasta otra ocasión.

—Sí, padre, por supuesto que lo sé, pero sigo pensando que deberíamos tomar la ruta normal y aguardar a que los vientos nos sean favorables.

—No, lo que hay que hacer es arribar a Japón antes que los comerciantes de la Compañía de las Indias Orientales. En cuanto llegues allí, tienes que contactar con ese señor Adams.

—Pero si los buques de la Compañía zarparon hace meses, no hay garantía de que vayamos a llegar antes que ellos. ¡Si nos llevan una ventaja de casi dos meses!

—Podéis hacerlo, estoy convencido. Además, ¿quién ha dicho que vayan a llegar hasta allí? En el mar puede pasar cualquier cosa. Debemos arriesgarnos.

—Pero ¿por qué, padre? Sin duda tiene que haber otros planes que resultarían más seguros y a la vez más rentables.

—No discutas, está decidido. Quiero ser el primer inglés en comerciar con la nación japonesa y no es algo baladí. Puede que incluso me otorguen el título de caballero por esto; sí, seguro. ¿Están listos los barcos?

—Prácticamente. Deberíamos encontrarnos en condiciones de salir con la marea pasado mañana, pero ¿qué hay de las nupcias de Kate? Ella deseaba expresamente que yo asistiera.

—Es inevitable. Esto es más importante. Me aseguraré de que lo comprenda, puedes contar con ello. Es una buena chica, hará caso a su padre. Ojalá pudiera decir lo mismo de Hannah...

Hannah no se quedó para seguir escuchando, ya había estado más tiempo del que debía. Con pasos silenciosos, se retiró hacia la parte trasera de la casa y se escabulló al jardín.

Estaba sumida en la desesperación y se tragó las lágrimas. El mero recuerdo del modo furtivo en que el señor Hesketh la había tocado, tal y como había hecho el día anterior mientras su madre estaba ocupada con alguna otra cosa, fue suficiente para hacerla sentir enferma. Pero ¿acaso era ella la que se estaba comportando de un modo infantil y ridículo?

Cualquier hombre con el que fuera a casarse tendría derecho a hacer lo que quisiera con ella. Era una verdad irrefutable y no tendría más remedio que aceptarlo. El señor Hesketh, sencillamente, estaba tan ansioso por casarse que no podía reprimirse. Con toda honestidad, ¿podía culparlo por ello? Como decía su madre, debería sentirse halagada porque él la deseara hasta tal extremo. Tal vez ninguna otra persona lo haría jamás. Tampoco es que ella fuera una belleza como Kate.

Pero no se sentía halagada. Ni remotamente.



—Ahí estáis, querida mía. Vuestra madre me ha dicho que os encontraría aquí, disfrutando del sol de verano.

Hannah sofocó un grito de sorpresa cuando su prometido se reunió con ella en el banco que había junto la pared más alejada del jardín, donde estaba sentada. Ese rincón no se podía ver desde la casa ya que unos arbustos de jazmín realmente voluminosos lo tapaban y tenía la esperanza de que nadie se percatara de su presencia allí durante lo que quedaba de tarde. Obviamente, no iba a ser así.

—Sí, vaya, ¿no es magnífico? —titubeó, sintiendo que se le encendía el rostro, como siempre le sucedía cuando el señor Hesketh se ponía demasiado cerca. Le había dicho que ahora podía llamarlo Ezekiel, pero ella no se avenía a hacerlo. Se le revelaba un trato demasiado familiar.

—Magnífico, sin duda —murmuró, mirándola del mismo modo, imaginaba ella, que un lobo hambriento observaba a su presa. Sus ojos se deslizaron desde lo alto de la cabeza de Hannah hasta la cintura, e incluso más abajo, y volvieron a subir. Aquellos extraños ojos verde musgo suyos brillaban a causa de no sabía muy bien qué emoción, que Hannah entendía inconscientemente, pero que prefería ignorar. Su intensidad le provocaba sudores fríos.

Notó que se le aceleraba la respiración y estuvo pensando en la excusa que podría ponerle para huir de nuevo a la seguridad de la casa. No obstante, antes de que le diera tiempo a elaborar un plan, de pronto él la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. Bajó su boca hacia la de ella con cierta rudeza y, cuando Hannah profirió un grito de protesta, aprovechó la ocasión para introducir la lengua entre sus labios. Hannah a punto estuvo de sufrir una arcada.

Intentó apartarlo de un empujón y consiguió girar la cara para alejarse de él, pero el hombre le sujetó la barbilla con una mano, aferrándola en un agresivo gesto, y la devolvió a su sitio.

—No te resistas, cielo —susurró—. Ya no hace falta fingir recato de doncella, es como si estuviéramos casados.

Sus labios volvieron a descender hacia los de ella y afianzó el otro brazo alrededor de su espalda para que no tuviera escapatoria. Hannah empezó a asustarse y una falta de aire muy real hizo que viese puntitos negros bailando ante sus ojos. Trató nuevamente de oponer resistencia, pero él era mucho más fuerte, y ella tenía los brazos a los costados, inmovilizados con firmeza. No tenía ninguna posibilidad.

Cuando Hannah creyó estar al borde del desfallecimiento, él dejó por fin de besarle la boca, pero no era más que un breve aplazamiento. En lugar de eso, sus labios empezaron a deslizarse por la mejilla y el cuello, dejando un rastro de baba, como un caracol, lo cual le dio ganas de vomitar. Sus manos empezaron a pasearse por su cuerpo. Hannah las apartaba, consiguiendo únicamente que se aposentaran en

alguna otra parte de su anatomía. Él estrujó uno de sus pechos, arrancándole un gemido de dolor.

—No, por favor, no —replicó, pero al parecer él se tomaba sus palabras a modo de estímulo, más que lo contrario, y no hacía sino agredirla con más vehemencia.

—Sabía que te gustaría —musitó, excitado, abriéndose paso con la otra mano bajo sus faldas para acceder a sus muslos desnudos—. Tienes tanto ímpetu.

A Hannah se le escapó un sollozo, e intentó una vez más zafarse con uñas y dientes, pero fue en vano. Buscó por los alrededores alguna clase de arma que emplear en su defensa, pero no vio que estuviera al alcance de su mano.

—¡Pare, por favor! —suplicó, pero el señor Hesketh parecía no oírla. Estaba emitiendo extraños ruidos que emergían del fondo de la garganta y que la asustaban aún más.

—¡Ejem! Oh, les pido que me disculpen. ¿Estoy interrumpiendo algo?

Hannah levantó la vista y vio, con desenfrenado alborozo, el grato rostro de Jacob, mirando con los ojos entornados la escena con la que se había tropezado. El señor Hesketh soltó un vituperio entre dientes, pero apartó las manos de Hannah y volvió a bajarle las faldas.

—¿Qué quiere? —gruñó, con la respiración entrecortada y mirando a su futuro cuñado con expresión de fastidio—. A mi prometida y a mí nos gustaría tener un poco de intimidad.

—Lo siento muchísimo, pero me envían a buscar a Hannah. La requieren en la casa. —Jacob se encogió de hombros—. Algo concerniente a atavíos femeninos, ya sabe cómo son estas cosas.

Hannah advirtió el gesto grave de su hermano, aunque mantenía la ficción de que todo estaba dentro de la normalidad.

Hannah oyó al señor Hesketh respirar profundamente y musitar algo que sonó parecido a «idiota», sin embargo no podía decir nada en voz alta sin resultar descortés. No esperó a que se manifestara en ningún sentido, se puso en pie de un salto y enfiló hacia la casa como alma que lleva el diablo. El corazón le latía como un tambor y la aterraba la posibilidad de que le impidieran alcanzar la seguridad de su cuarto. Solo esperaba que sus piernas la llevaran hasta allí. Temblaban hasta tal punto que empezaba a dudarle. Cuando se aproximaba a la puerta trasera, Jacob la alcanzó.

—Nadie te requiere, límitate a desaparecer escaleras arriba —siseó.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué? Ah... Gracias. Yo... no tienes ni idea de lo mucho que agradezco tu ayuda.

—La verdad, creo que sí me hago una idea. Intentaré volver a hablar con padre, pero dudo mucho que me escuche. Lo siento. —Sonrió con tristeza—. Ahora ve, rápido.

Hannah no necesitó que se lo dijera dos veces.

¿Qué podía hacer? Hannah estuvo deambulando por el diminuto dormitorio, demasiado alterada para sentarse.

Simplemente no podía seguir adelante con ese matrimonio. Sin embargo, ¿tenía alternativa?

A lo largo de los últimos días una idea se había aposentado en su cabeza y se negaba a abandonarla: tenía que escapar, y cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que solo tenía una opción, tenía que aprovechar la ocasión e irse con Rydon y su hermano. Si no actuaba ya, sería demasiado tarde.

—¿Por qué no iba a ir? —musitó.

Si se negaba a casarse con el señor Hesketh, caería en desgracia igualmente. Además, nadie la extrañaría, salvo Edward, aunque también él se echaría pronto a la mar en alguno de los barcos de su padre. Su hermana la odiaba, su padre la ignoraba la mayor parte del tiempo, y para su madre no daba más que problemas. «Necesitas una mano que te apacigüe», había dicho su padre. Bueno, Hannah no estaba de acuerdo, si esa mano pertenecía a Ezekiel Hesketh.

Los barcos zarpaban pasado mañana y su intención era estar a bordo cuando lo hicieran.

—Hannah, alcánzame la cera de abejas, si eres tan amable. Las doncellas han hecho un trabajo espantoso con esta mesa, hay que repararlo. ¿Y se puede saber a qué viene esa sonrisa?

Hannah había estado merodeando por el pasillo, esperando una oportunidad para colarse en el almacén sin ser vista. Ahí estaba, servida en bandeja de plata, por lo que le costaba lo suyo mantener su expresividad bajo control.

—Sí, madre.

Puso un poco más de empeño en recolocar sus facciones para adoptar un gesto más solemne.

—Criados haraganes, hoy en día no se puede confiar en nadie —musitó la señora Marston—. Y tú, ¿por qué te escondes? ¿Acaso no tienes quehaceres pendientes que atender? Me maravilla que puedas estar tan ociosa cuando hay siempre tanto por hacer.

—Ya he terminado con mis obligaciones, madre.

—Ya las has terminado, en efecto. ¿Por qué no has dicho nada? Pues entonces, ve. ¿A qué estás esperando? Y luego vuelves, te buscaré alguna otra cosa en la que ocuparte. Hazme caso, no tendrás tiempo que perder cuando estés casada.

Hannah fue a cumplir el recado con una inusual presteza y su madre la miró,

suspicaz. Normalmente, la señora Marston solo podía esperar una reticente disposición por parte de su hija. Pero hoy Hannah estaba de buen humor, ya que la tarea de reunir los enseres imprescindibles para su aventura le había resultado asombrosamente fácil.

Con la casa alborotada a causa de las próximas nupcias de Kate, nadie le prestaba demasiada atención a Hannah. Por el momento, había conseguido todas las cosas que creía que podía necesitar y las había escondido dentro de un saco, en el fondo de un arcón para la ropa, en su dormitorio. Había guardado una manta, un peine y un cuchillo, una cuchara y un cuenco de madera. También la ropa de chico que pensaba llevar puesta y que había robado de la habitación de Edward.

Todo lo que le quedaba por robar era algo de comida y bebida. Sabía que no podría llevar mucho, solo lo que fuera absolutamente imprescindible para sobrevivir. Algo de pan y queso, una empanada, tal vez, y un pedazo de jamón ahumado o embutido. Calculaba que con que las viandas le duraran tres o cuatro días sería suficiente. Y ahora se le presentaba la ocasión. Fue a buscar la cera de abejas, así como a llevar a cabo su propio recado.

Muy pronto estaría todo dispuesto para su fuga.

Aquella misma tarde se dispuso a superar el siguiente obstáculo: salir de la casa sin ser vista. Como el barco zarparía con la marea matutina, Hannah sabía que tendría que arreglárselas para subir a bordo a lo largo de la noche. Sin embargo, escapar de la casa después de que anocheciese no era tarea fácil. Su padre cerraba todas las puertas y las revisaba cada noche antes de acostarse, y había un perro guardián al que dejaban suelto y merodeaba por el jardín. Las puertas cerradas con llave podía sortearlas saliendo por una ventana, pero el perro era un asunto muy distinto. Era una bestia de lo más agresiva, en el mejor de los casos.

—Un hueso debería servir —murmuró para sí, y robó de la despensa una pierna de cordero, a medio comer, justo antes de irse a la cama—. Si a ese estúpido perro no le tienta esto, tendré que atizarle en la cabeza con algo.

Pero aún quedaban varios problemas por resolver. Por una parte, compartía la cama con Kate, que tenía un sueño muy ligero, y por otra, ¿y si se quedaba dormida y no se despertaba hasta la mañana siguiente, después de que el barco ya hubiera zarpado? La sola idea la aterrorizaba, pero estando tendida en la cama, escuchando los ruidos nocturnos, se dio cuenta de que estaba demasiado nerviosa como para dormir.

—¡Ay, muévete para allá, venga! Ocupas demasiado espacio —rezongó Kate, y le clavó a Hannah un puntiagudo codo en el costado. Ella estaba a punto de tomar represalias, como era su costumbre, pero se refrenó justo a tiempo. Cuanto antes se durmiera Kate, mejor.

—Muy bien.

Se relegó a la esquina opuesta de la cama y rezó por que Kate estuviera agotada por los preparativos para la boda. A Hannah el corazón le latía tan fuerte que tenía la sensación de que su hermana podía oírlo, pero Kate se dio la vuelta y no tardó en empezar a respirar suavemente, dejando a Hannah a merced de sus propias emociones.

Ella fingió dormir hasta que estuvo segura de que su hermana no se despertaría. Entonces esperó un poco más. Al final, Hannah estaba a punto de salir sigilosamente de debajo del cobertor cuando, para su sorpresa, Kate dejó de roncar y se dispuso a hacer lo mismo. Hannah se quedó petrificada y procuró hacer que su respiración sonara profunda y constante. Pierna a pierna y brazo a brazo, Kate se arrastró fuera de la cama y cruzó la habitación de puntillas. Bajo la luz de la luna, Hannah vio a su hermana echar mano del chal y de unos zapatos antes de desaparecer, y entonces todo quedó en silencio.

Se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento, y exhaló con fuerza antes de incorporarse. Apenas daba crédito a su suerte, y esperaba que Kate no regresara demasiado pronto. Por si acaso, no obstante, cogió una manta del armario y la colocó debajo de la colcha, de forma que pareciera una figura humana. Con un poco de fortuna, engañaría a Kate, al menos hasta por la mañana. Aun entonces, probablemente no notaría nada, dado que a duras penas miraba a Hannah ni por casualidad.

*Apuesto a que ha ido a flirtear con el capitán Rydon*, pensó Hannah, y una punzada de tristeza la atravesó. *Bueno, que vaya. Pronto estará casada con Henry Forrester, y espero que descubra sus artimañas bien pronto*, añadió mentalmente con crueldad. De alguna forma, la idea de un Henry implacable le levantaba el ánimo, aunque todavía se apenaba por él. Esperaba que supiera lo que estaba haciendo.

Recuperó su fardo del arcón de la ropa y salió de la habitación. Varios listones del suelo crujían, pero Hannah sabía por experiencia cuáles debía evitar. Consiguió abrirse camino hasta la planta baja en silencio. Se preguntó por dónde habría ido Kate y rezó porque su hermana hubiera elegido la ruta del jardín. Un repentino estallido de ladridos confirmó este extremo, y Hannah sonrió cuando el ruido cesó abruptamente. Por lo visto, también Kate había estado robando sobornos.

No tardó más que un instante en escapar por una de las ventanas de la cocina, que había dejado convenientemente abierta. Hannah aceleró al abrigo del muro hasta el matorral más cercano. El gran perro peludo yacía en medio del césped, royendo con satisfacción la ofrenda de Kate. Apenas levantó un poco la cabeza para mirar hacia donde ella se encontraba, pero Hannah le arrojó su propio regalo para estar más segura. Entonces oyó unos susurros cercanos y se quedó quieta.

—Rafael, no deberías estar aquí. ¿De verdad tienes que irte?

—Kate, mi adorable Kate, sabes que tengo que hacerlo. Y no puedes ser tan cruel como para dejarme ir sin algo que me recuerde a ti. Mi amor, llevo semanas pensando solo en ti. Tus ojos, tu sonrisa... No puedo aguantar ni un minuto más sin...

—No, de verdad que no debería... ¡Oh, Rafael...!

Los susurros se convirtieron en leves gemidos y gruñidos, y Hannah apretó los dientes con fuerza y se alejó. Le importaban un bledo los favores que Kate decidiera hacerle al capitán. Pronto su hermana estaría casada, mientras que Hannah tenía que apresurarse.

Rápidamente, cambió su ropa por la de Edward. La camisa le quedaba un poco grande, pero con un chaleco por encima disimulaba las pocas curvas que poseía. También los calzones eran de generosas proporciones, pero estaban bien asegurados por medio de un cinturón. Lo único que le quedaba por hacer era cortarse la larga melena, que le llegaba hasta la cintura, a la altura de los hombros y trenzarla. Había traído un par de tijeras con ese objetivo, y embutió los mechones sobrantes en un agujero del tronco de un árbol que había cerca de allí. Después, para acabar de asegurarse, se caló un sombrero en la cabeza y se tiznó las mejillas con tierra, aunque dudaba que nadie le prestara demasiada atención, ataviada de esta guisa.

Avanzó de puntillas hacia la verja que daba al pequeño callejón y descorrió los cerrojos. Afortunadamente, se abrió una rendija sin que los goznes chirriaran demasiado. Hannah atravesó la pequeña abertura y volvió a cerrar a su espalda. No podía hacer nada respecto a los cerrojos, pero, como la casa estaba cerrada con llave, no creía que importara mucho. Con el saco en una mano, echó a correr en dirección al puerto.

Solo una vez miró hacia atrás.

*Norte de Japón, agosto de 1611*

Taro estaba sentado con las piernas cruzadas en el estrado, tranquilo en apariencia, e infinitamente paciente. Por dentro, no obstante, la cosa era muy distinta.

Debería haber estado concentrado en lo que le contaban sus vasallos. Todos ellos se presentaban ante él por turnos, con una petición o una queja, como era la costumbre. Normalmente, escuchaba con atención antes de formarse una opinión lo más razonable posible y emitir un juicio. Hoy prácticamente ni los oía.

Si estas personas percibían que sus respuestas eran más vagas de lo normal, nadie osó hacer comentarios al respecto. En un momento dado, vio que su consejero de más confianza, Tadashi, fruncía el ceño tras oír algo que su señor acababa de decir, y Taro se obligó a concentrarse por un rato.

—Espera. —Alzó una mano—. ¿Puedes repetir eso, por favor? Estabas murmurando.

Por el rabillo del ojo, vio que Tadashi relajaba los hombros ante aquella solicitud eficientemente formulada. Una vez hecho esto, Taro se levantó abruptamente, dando por finalizada la sesión.

—Me vais a disculpar, tengo otros asuntos que atender esta mañana. El resto de vosotros podéis volver mañana, si sois tan amables.

Inclinó levemente la cabeza y todos en la sala hicieron una profunda reverencia.

Pese a que había pronunciado esas palabras con cortesía, todo el mundo sabía que eran una orden, no una petición. Nadie discutía con un daimio, era algo inaudito. Como señor feudal que era, el poder de Taro era absoluto. De haberle dicho a Tadashi que le cortase la cabeza al último peticionario, su orden se habría cumplido de inmediato, sin vacilación. Del mismo modo, si le hubiera pedido a Tadashi que cometiera suicidio, *seppuku*, el hombre le habría obedecido con la misma prontitud.

Ser un daimio no era tarea fácil, pero era algo para lo que había sido educado desde que tenía uso de razón. En teoría, un daimio podía hacer lo que le viniera en gana, pero esa libertad venía acompañada del peso de la justicia, la benevolencia, la gentileza y el honor. El padre de Taro creía que la benevolencia y la sabiduría eran los requisitos más importantes para un mandatario, y a su hijo le había inculcado esta idea. Por lo tanto, Taro siempre hizo todo lo posible por ser magnánimo y justo en su trato con su clan y sus vasallos.

Mientras todos iban abandonando la gran sala de altos techos, Taro permaneció

inmóvil en el estrado. Dejó vagar sus ojos, deteniéndose en las bellas pantallas de hojas doradas, pintadas con una gran variedad de animales feroces, que cubrían las paredes. Su mirada siguió avanzando por el techo recargadamente pintado y los travesaños intrincadamente tallados. Nada en esa opulencia le causaba efecto. Ya lo había visto todo con anterioridad y, aunque normalmente se enorgullecía de su exquisito entorno, hoy solo sentía un vacío interior.

¿*Qué es lo que me pasa?*, se preguntó, hundiéndose en el suave cojín de seda una vez más y apoyando la barbilla en una mano. Debería sentirse feliz y satisfecho ahora que tenía todo lo que un hombre podía desear: tierras, poder, riqueza, una esposa adorable y, por medio de su matrimonio, alianzas con otras poderosas familias samuráis. Sin embargo, seguía faltándole algo.

Sabía que todo se reducía a la reiterada negativa de Hasuko a permitirle la entrada en sus pensamientos. Era muy inteligente, tenía que admitirlo, al hacer todo lo que se esperaba de ella sin mediar protesta, y normalmente con presteza. Pero había algo raro en el modo en que ella lo miraba. Lo hacía sentir insignificante. Como si estuviera en presencia de una reina y no mereciera el honor que ella le confería. No le gustaba. Nunca se había sentido inferior a nadie en toda su vida, ni siquiera ante el shogun. No, no le gustaba ni una pizca, pero aparentemente no había nada que hacer al respecto.

No sabía por qué tenía que darle importancia. Solo era una mujer, una entre muchas. Había otras que podían complacerlo siempre que quisiera (como su cuñada, por ejemplo, que insistía con sus miradas incitantes), pero no significaban nada. Hasuko era su esposa. Le debía deferencia y, aunque aparentemente se la profesaba de buena gana, él estaba seguro de que se trataba de una simple representación. Apretó los puños, pero procuró no sucumbir a la ira que le hervía por dentro.

Yanagihara entró despacio a la habitación; era la única persona del castillo que habría osado perturbar la soledad del señor. Caminaba con ayuda de un bastón bellamente tallado. Taro advirtió que la columna de anciano se curvaba hacia delante como si la cabeza se estuviera volviendo demasiado pesada para el resto de su cuerpo. Los ojos hundidos, no obstante, permanecían tan despiertos como siempre; la mirada, inteligente y sagaz.

—¿Mi señor? —dijo Yanagihara, y se inclinó todo lo que su vieja espalda le permitía.

Taro obligó a su mente a volver al presente y sofocó un suspiro.

—Yanagihara-san. ¿Qué puedo hacer por ti?

El rostro del anciano se arrugó formando una débil sonrisa.

—Nada, mi señor. He venido porque tenéis necesidad de mí. Vuestro espíritu está intranquilo, *neh?*

—¿Cómo lo...? —Taro se calló a tiempo. No debería ser tan necio como para



hacer una pregunta tan estúpida. Probablemente el anciano había tenido una visión—. Sí —dijo, en cambio—. ¿Puedes ayudarme?

El anciano respondió con otra pregunta.

—¿Habéis soñado últimamente?

—¿Soñar? Bueno, en realidad, sí. Anoche soñé con una *kami* que no me dejaba en paz. Tiraba de mí, intentando arrojarme al... Oh, no lo recuerdo. Al vacío, quizá.

—¿Una? ¿El espíritu era femenino?

—Sí, sin ninguna duda. Su forma se hallaba claramente definida, aunque estaba envuelta en lenguas de fuego.

—Ah, eso pensaba.

Yanagihara permaneció en silencio durante tanto tiempo que Taro quiso gritar, pero un samurái debía guardar la calma en todo momento, así que esperó pacientemente. Por fin fue recompensado.

—Tengo la respuesta, mi señor. —Yanagihara asintió, como satisfecho consigo mismo—. Es la extranjera. Debe de estar aproximándose y su influencia está empezando a afianzarse.

—¿La extranjera? —Taro esperaba que su sueño tuviera algo que ver con Hasuko y se había olvidado por completo de la *gai-jin*—. Ah, ¿te refieres a la visión que tuviste hace tiempo?

—En efecto, mi señor. Afectará a vuestra vida, estoy seguro de ello. Yo mismo la he visto recientemente. Eso es, en parte, lo que me ha traído hoy hasta aquí.

—¿Y qué hacía cuando la viste?

—Seguía de pie en el barco, pero esta vez se estaba riendo, no me miraba. Parecía menos inquieta.

Taro negó con la cabeza.

—No sé. ¿Por qué iba a afectarme una mujer a la que nunca he visto? No tiene sentido. Ya tengo bastantes problemas con las mujeres que hay por aquí, más que la mayoría.

Yanagihara se levantó airadamente y se dispuso a retirarse. Taro lo había visto hacer eso mismo siempre que alguien se reía o se mofaba de sus visiones.

—Espera —dijo, alzando una mano—. No he dicho que no te crea, es solo que me parece improbable. Pero ya has acertado en otras ocasiones, no debería dudar de ti.

Yanagihara se relajó y volvió a su sitio. Asintió una vez más.

—Tendremos que esperar a ver. Intentad pensar en otras cosas, mi señor. Id a daros un baño y un masaje, dejad que las doncellas del servicio os agasajen, os entretengan. El mundo está lleno de mujeres, y esta en concreto aún se encuentra lejos. Os avisaré cuando sienta su presencia más cercana.

—Gracias. Sí, seguiré tu consejo.

Un baño relajante, algo de comer, y después una visita a su esposa. De alguna forma, conseguiría superar sus reticencias. Sí, eso es lo que haría. El sueño lo había desconcertado, nada más. Ninguna mujer tenía el poder de abatirlo. No lo permitiría.

*Plymouth, Devon, 29 de junio de 1611*

El muelle de Plymouth estaba envuelto en una niebla, tan densa como un potaje de guisantes, que cubría las calles y amortiguaba todos los sonidos. Hannah dio gracias a Dios por esa protección, pero se estremeció igualmente por el desasosiego que le provocaba.

La niebla tenía algo que la hacía sentir irreal, como si estuviera andando por un mundo de sueños. Incluso de pesadillas. No le gustaba. La masa arremolinada entraba ondulante desde el mar, dejándose llevar por doquier. Las volutas de humedad parecían estar poseídas por espíritus agitados, alargando sus insustanciales garras para aferrarse a los paseantes. Murmuró una oración para ahuyentar cualquier posible mal.

Hannah sabía que las ropas de Edward se le ajustaban lo suficientemente bien, pero se sentía rara vistiendo el atuendo de un chico. Por añadidura, el par de botas hasta la rodilla, que le quedaban pequeñas a su hermano desde hacía poco, a ella le iban algo grandes. Si lo comparaba con caminar con una falda larga, sentía una maravillosa libertad de movimiento en las piernas, aunque los calzones la rozaban en lugares donde normalmente no habría notado nada. Hizo caso omiso de la incomodidad y alargó la zancada para hacerla más masculina, o eso esperaba.

Al doblar una esquina e ir a dar a la calle principal, una mano de carne y hueso salió disparada de la oscuridad. Tiró de Hannah hacia la penumbra antes de que ella tuviera tiempo de rechistar, y gritó asustada. El corazón se le salía por la boca y se le heló el estómago.

—¿Quieres divertirte un rato, mozo? No te cobraré mucho, que seguro que es tu primera vez.

La voz era sedosa, pero la mano que lo aprisionaba era un duro torno que se aferraba alrededor de su cintura, asiéndola inexorablemente cada vez más cerca.

—Me gustan los novatos, sí...

Una carcajada estalló cerca del oído izquierdo de Hannah y fue arrastrada hacia unos pechos inmensos. El irrespirable hedor de una esencia floral, sumado al olor propio del cuerpo de la mujer y su aliento fétido fue casi demasiado para Hannah. Tuvo una arcada y boqueó en busca de aire que respirar.

—¡No, déjame!

Hannah sintió pánico y el miedo le confirió fuerza añadida para conseguir

desembarazarse de la mano que la oprimía. Huyó precipitadamente, echando a correr sin mirar atrás, con la carcajada resonando en sus oídos. Sabía que estar fuera de noche no resultaría fácil, pero creyó que vistiéndose como un chico pasaría desapercibida a los ojos de los indeseables. Nunca se le habría ocurrido pensar que recibiría una propuesta por parte de una de las damas de la noche. Obviamente, su disfraz daba mejor resultado del que había esperado.

Hannah se mantuvo lo más alejada que pudo de las luces de las tabernas y no se apartó de la penumbra, donde esperaba que nadie más reparara en su presencia. No había ningún comercio abierto, y las únicas personas con las que se cruzaba eran marineros borrachos que iban de tasca en tasca, cantando estridentemente. Hannah se aseguró de permanecer bien alejada de ellos.

—¡Eh, tú!

El grito, que provenía de alguna parte detrás de ella, le hizo dar un respingo y escabullirse en un portal. El corazón volvió a subírsele a la garganta, pero no tardó en darse cuenta de que el hombre no se dirigía a ella. Otro grito respondió al primero. Soltó un suspiro de alivio y siguió su camino, cargando el fardo sobre un hombro.

—Ahora no puedo volverme atrás —musitó—. Ya he llegado hasta aquí.

Sin embargo, únicamente la fuerza de voluntad consiguió obligarla a poner un pie delante del otro. Su conciencia le gritaba que pusiera fin a esta locura y diese media vuelta. Ella apretó los dientes con decisión y siguió adelante, hacia su objetivo. La alternativa, casarse con el señor Hesketh, no le cabía en la cabeza.

Por el día, el puerto era un hervidero de actividad, y siempre que Hannah se aventuraba a ir por allí el ruido prácticamente la ensordecía. Los comerciantes anunciaban a gritos sus mercancías desde los puestos o las puertas de sus establecimientos, y los sudorosos estibadores cargaban o descargaban género mientras se llamaban los unos a los otros. Entre la muchedumbre, se podían oír a marineros de todas las nacionalidades gritándose entre sí en lenguas ininteligibles. Los porteadores acarreaban cestas o empujaban presurosos sus carretillas, aullando para que la gente se apartara de su camino. Los mercaderes y sus clientes negociaban tratos a voces. Ahora se habían ido todos y Hannah podía oír sus propios pasos solitarios resonando con intensidad sobre los adoquines. Era como si estuviera en un lugar enteramente distinto.

Por fin llegó al otro extremo del puerto. Dos barcos, el Elizabetha y el Sea Sprite, estaban anclados allí uno al lado del otro, apenas visibles entre las nubes de niebla que vagaban silenciosas por encima del agua. Su masa tenebrosa se movía lentamente arriba y abajo, mecida por el mar. Hannah podía oír el crujido de las cuerdas y el chirrido protestón del aparejo de poleas. El olor a alquitrán y a estopa le invadió los orificios nasales, así como el sabor a salitre del mar. Llevaba viviendo en Plymouth toda su vida, y estas imágenes y sonidos no le eran ajenos en absoluto. Salvo por el

hecho de que nunca antes se los había encontrado en la oscuridad de la noche, naturalmente.

Ambos barcos habían sido fletados por su padre para esta empresa que los llevaría al otro extremo del mundo. Se trataba de un viaje de tal magnitud que Hannah a duras penas podía imaginárselo. Dos barcos más, anclados al otro lado del puerto, se sumarían a ellos, según había oído.

«Nos vamos más allá del sol poniente», había bromeado Jacob cuando Hannah había osado preguntar hasta dónde irían. A ella le pareció una descripción muy atinada.

Jacob era el capitán de uno de los barcos, aunque no estaba segura de cuál, y Hannah estaba resuelta a ir con él. Con Jacob estaría a salvo. El capitán Rydon estaba al mando del otro navío y, puesto que Jacob estaba al frente de esta travesía, Hannah daba por hecho que se encargaría de la nave más grande. Por lo tanto, se encaminó discretamente hacía el Sea Sprite y se agazapó detrás de unos barriles que había en el muelle. Desde ese lugar estratégico, estuvo un rato observando los buques en silencio.

«Si quieres prosperar, tienes que ser implacable». Las palabras de su padre resonaban ahora en su cabeza, mientras Hannah se asomaba desde su punto de vigilancia. Desde luego, estaba siguiendo su consejo, aunque dudaba mucho de que él aprobara sus actos de esa noche. Una cosa era animar a un hijo a salir al mundo, pero se suponía que las hijas debían quedarse en casa.

—Pues yo no pienso hacerlo —murmuró rebelde—. No, si eso significa tener que casarme con el señor Hesketh.

El Sea Sprite permanecía sumido en la oscuridad, con la excepción de un único farol, que parecía estar desplazándose por alguna parte cerca del alcázar. El hombre que llevaba la lámpara recorría el perímetro del buque, comprobando, obviamente, que todo estuviera en orden. Aparte de esto, no se movía ni una hoja en cubierta ni en tierra. No daba crédito a su buena suerte. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Cuando el hombre desanduvo sus pasos, Hannah aprovechó la oportunidad. Cogió el fardo y se arrastró hacia la plancha. Se tambaleó ligeramente cuando subió corriendo hacia la cubierta del barco, pero logró cruzarla sin peligro. El ruido de sus pasos resonó en la quietud de la noche y se escondió detrás de un grueso mástil, tratando de aguantar la respiración todo lo posible.

—¿Quién hay ahí?

La voz ronca sonó terriblemente cercana. Por un momento de infarto, Hannah esperó a que el hombre descubriera su presencia, pero no lo hizo. Por el contrario, oyó que sus pasos retrocedían mientras murmuraba imprecaciones por lo bajo. Hannah esperó durante lo que se le antojó una eternidad, casi sin atreverse siquiera a respirar. Finalmente, concluyó que todo estaba despejado y se dirigió hacia la

escotilla principal que bajaba a la zona de almacenamiento, en el casco del barco.

Hannah había estado en los barcos de su padre en suficientes ocasiones como para saber orientarse a la perfección. Sin contratiempos, bajó y permaneció inmóvil durante un rato para volver a escuchar. No registró ruidos ni detectó a ningún otro ser humano, solo el leve chapoteo de las olas en el exterior. El aire viciado de abajo la hizo retroceder un instante. Los olores a cuerpos sin lavar y a sustancias pestilentes la asaltaron, aunque no tardó en acostumbrarse.

Sus ojos se hicieron a la oscuridad y, en una esquina próxima, distinguió la forma de un cubo. Hannah se apoderó de él, sabedora de que podría serle de utilidad a lo largo de los días que tenía por delante. *Debería haberlo pensado antes.* A continuación, siguió bajando hacia el compartimento de carga, temblando a medida que la oscuridad la envolvía. Las distintas formas de la mercancía se cernían amenazadoras a su alrededor: cajones, barriles, sacos y toneles. Parecía increíble que todo ese valioso género no estuviera mejor custodiado, pensó, pero quizá todos los marineros habían querido aprovechar esa ocasión para disfrutar de su última noche en puerto. O tal vez estuvieran durmiendo profundamente y había tenido la suerte de no despertarlos. Sea como fuere, rezó una oración para dar gracias.

Algo le rozó la pierna casi a la altura de la rodilla, y Hannah sofocó un grito.

—Miaaaau.

Exhaló con una brusca boqueada.

—Oh, debería darte vergüenza, me has dado un susto de muerte —susurró. El gato del barco le rodeó las piernas al sentir la bienvenida de Hannah, que esperaba mantuviera las ratas a raya. Se inclinó para acariciar al lustroso animal y él ronroneó como muestra de agradecimiento por esa atención.

—Bueno, ¿dónde crees tú que debería esconderme? ¿Has encontrado algún sitio bueno, gatito? —murmuró.

—Miau.

—No me sirves de mucho. Supongo que tendré que buscar yo.

Era un alivio tener a alguien con quien hablar, aunque solo fuera un gato, y Hannah se relajó mientras empezaba a buscar algún posible lugar para ocultarse. La fortuna le había sonreído hasta entonces, estaba segura de que todo iba a salir bien. Solo tenía que seguir sin hacer ruido.

Por fin encontró un pequeño hueco donde acurrucarse, detrás de una pila de toneles. Estrecho y oscuro, el olor de las aguas del pantoque se filtraban desde abajo a través del suelo.

Hannah se resignó con paciencia. Si no soportaba aquello, todos sus esfuerzos no valdrían para nada. Claro que podría aguantar unos cuantos días así. Guardó su fardo a su lado y se acomodó sobre el duro tablaje.

Sin embargo, le fue imposible conciliar el sueño. Poco después de que ella se acomodara en su escondrijo, los miembros de la tripulación empezaron a regresar al barco. Su conjetura de que debían de estar disfrutando de su última noche en tierra resultó ser acertada, como confirmaron las estruendosas voces y algunas canciones chillonamente interpretadas, aunque muy pronto unos gritos dando órdenes las acallaron. Hannah no podía oír lo que decían, pero sabía que tendrían que estar despiertos antes del amanecer para aprovechar la marea. No les envidiaba el dolor de cabeza que iban a tener para entonces.

Hannah se revolvió, procurando encontrar una postura cómoda sobre la fina manta, pero sus pensamientos no le daban ni un respiro. Empezaba a pensar que había perdido el juicio por completo. ¿Qué chica sensata se embarcaría como polizón a bordo de un barco que emprendía un peligroso viaje al otro extremo del mundo? Era una auténtica locura, y con todo no podía soportar la idea de casarse con el señor Hesketh, dándole derecho a seguir adelante con lo que había dejado a medias el otro día. Un intenso estremecimiento la recorrió al recordarlo.

Se le ocurrió otra cosa: huyendo de esa manera, iría adonde fuera el capitán Rydon. Si se hubiera quedado atrás, las posibilidades de volver a verlo habrían sido escasas. Muy escasas, en verdad. «Estaremos fuera años», le había oído decir a Jacob, y para entonces el padre de Hannah le habría encontrado un marido. Que fuera el señor Hesketh o cualquier otro era un dato irrelevante.

El capitán Rydon había admirado su coraje. «Tenéis espíritu», le había dicho. Bien, pues ahora iba a darle aún más muestras de ese espíritu y tal vez, solo tal vez, llegaría a admirar también otros aspectos de ella. Ahora no tenía nada que perder, salvo su vida. Jacob tenía debilidad por Hannah. Aunque ella sabía que se enfadaría muchísimo, estaba segura de que conseguiría convencerlo para que la llevara con él una vez recuperado del golpe de encontrársela a bordo. Además, no tendría alternativa. Hannah no tenía ninguna intención de ser descubierta inmediatamente. Había presenciado demasiadas partidas para saber que siempre había embarcaciones más pequeñas por las intermediaciones que estarían más que dispuestas a llevarla de regreso a la orilla, de cabeza a la ignominia. No, tenía que permanecer oculta hasta que estuvieran en mar abierto.

Sus párpados empezaron a cerrarse por fin, y sonrió en la oscuridad. Jacob la protegería. Puede que incluso se alegrara de que le hiciera compañía.

Si lograba pasar desapercibida los primeros días, todo iría bien.

*Norte de Japón, octubre de 1611*

No había nada que le gustara más a Taro que tomar su cena en soledad en sus aposentos privados, lejos del constante bullicio del castillo y libre al fin de las hordas de guardias y criados que lo seguían allá donde fuera. Aquí podía relajarse y dejar vagar sus pensamientos sin interrupción. Sus sirvientes sabían que, una vez le hubieran traído la comida, prefería servirse él mismo, y que no deseaba que nadie lo importunara, a no ser que fuera por una emergencia. Incluso los guardias que había apostados en su puerta mantenían un absoluto silencio para no molestarlo.

De modo que se irritó al oír crujir las tablas en el suelo del pasillo, justo después de terminar el último bocado. Las planchas habían sido instaladas de forma irregular a propósito, y el ruido que producían lo avisaba de la presencia de un visitante o un intruso. Taro no deseaba ninguna de las dos cosas. Sus oídos estaban sensibilizados a cada chirrido, y dado que quien se acercaba no hacía el menor esfuerzo por caminar con suavidad, dio por sentado que no era un enemigo. Suspiró y se reclinó en su cojín a esperar la llamada, recomponiendo sus rasgos en una expresión grata que no revelara sus verdaderos sentimientos.

—¿Mi señor? ¿Puedo entrar?

Taro parpadeó, perplejo. Reconoció la voz y no la esperaba.

—¿Hasuko-sama? Por supuesto que podéis. ¿A qué debo este placer?

Su esposa abrió la puerta corredera y entró a toda prisa, tras haber dejado sus zapatillas en el pasillo. La seda de su túnica producía un frufurú al ser arrastrada por detrás de ella sobre los tatamis, y al recogerla a su gusto cuando se detuvo. Entonces se arrodilló frente a su marido para hacer una profunda reverencia.

—*Konbanwa* —dijo, en un tono demasiado familiar para el gusto de Taro, que frunció el entrecejo, aunque consiguió suavizar la expresión de su semblante antes de que ella levantara la cabeza.

—Buenas noches, Hasuko. ¿Estáis bien?

Le miró el vientre, que aún no daba muestras del embarazo del que ella le había hablado hacía solo una semana.

—Todo lo bien que se podría esperar, os lo agradezco.

Volvió a inclinarse, esperando de forma manifiesta que él le diera permiso para formular su recado. Taro decidió esperar un poco más.

—Entonces, habéis venido a hacerme compañía. Sois muy amable —dijo,



mirando fugazmente, como sin pensarlo, hacia el dormitorio. La puerta que daba acceso a él estaba oculta tras un panel pintado especialmente opulento, que mostraba a un pavo real orgullosamente sentado en la rama de un gran pino. Taro sabía que Hasuko era muy consciente de lo que había detrás. La había convocado allí con la frecuencia suficiente.

—¡No! —dijo ella, quizá con cierta precipitación; luego apartó la mirada, balbuceando—: O sea, claro que me complacería haceros compañía, mi señor, pero ahora que estoy... en esta delicada condición, he estado pensando. Es decir, este asunto ha ocupado mis pensamientos últimamente hasta excluir todo lo demás.

—Me alegra oír eso. —Taro sonrió, y se congratuló en secreto del rubor que le subía a Hasuko por la extensa palidez de su cuello.

—A lo que me refiero, mi señor, es a que ahora podría verme incapacitada para atender vuestras necesidades. Sin embargo, como me preocupa vuestro bienestar, me he tomado la libertad de traeros a una acompañante.

—*Nani?* ¿Qué queréis decir?

El buen humor de Taro se evaporó en un instante y miró hacia la puerta, que ahora se abría por segunda vez. Por un momento, temió ver a Reiko cruzándola y reunió todas sus fuerzas para no renegar con demasiado ímpetu. Pese a que en los últimos tiempos no se le había insinuado, estaba seguro de que simplemente estaba esperando la ocasión apropiada. Ahora que su hermana estaba embarazada, probablemente pensaría que era más fácil de convencer.

No obstante, enormemente aliviado, vio que no era Reiko quien entraba. En su lugar, una mujer diminuta, más niña que adulta, entró arrastrando los pies y se postró ante él.

—¿Quién es esta? —requirió.

—Esta es Kimi, mi señor —contestó Hasuko. Sonrió a la joven y le indicó que debía incorporarse. Taro advirtió que Kimi era exquisita como una muñeca. Aunque le habían empolvado el rostro y le habían pintado los ojos y la boca a la perfección, resultaba evidente que todo eso no le hacía ninguna falta. Habría sido igual de hermosa sin maquillaje alguno. La miró con expresión dura y vio alarma en sus ojos, aunque consiguió enmascararla rápidamente.

—¿Por qué me habéis traído a esta niña, Hasuko?

—No es una niña, es una mujer crecida, y os la he comprado para vos, para que no tengáis que sufrir mientras estoy en este estado.

Fue un bello discurso, pero consiguió enfurecer a Taro aún más de lo que ya lo estaba. Por lo que él sabía, las mujeres embarazadas no eran enfermas. No había razón para que Hasuko no debiera seguir cumpliendo con su papel de esposa en todos los sentidos de la palabra hasta, tal vez, el último mes de embarazo. Estaba preparado para tratarla con tacto, especialmente durante esta primera etapa, cuando muchas

mujeres sufren náuseas, pero nunca se le había pasado por la cabeza la idea de reemplazarla en su cama por una concubina. Al menos no con la boda tan reciente. Era a Hasuko a quien seguía desando, y a nadie más.

Creía haber dejado claro ese punto.

Respiró profundamente, teniendo presentes una vez más las palabras que Yanagihara le había dicho.

—Me honra que os preocupéis por mi bienestar, querida esposa, pero me temo que no puedo aceptar vuestro regalo.

Hasuko abrió los ojos de par en par, sorprendida, antes de recuperar el control sobre sí misma.

—Vos... ¿No os gusta Kimi? ¿Preferiríais a otra? ¿Alguien un poco más mayor, tal vez? Puedo encontrar a otra chica fácilmente. Solo la escogí a ella porque parecíais admirar la belleza en una mujer, y ella es tan...

Taro levantó la mano para interrumpir el torrente de palabras.

—Kimi es muy joven, sí, pero de haber sido mayor mi respuesta habría sido la misma. El problema no es solo su edad, sino el hecho de que no es vos.

—¿Cómo decís?

—Hoy por hoy, solo hay una mujer a la que deseo, y esa sois vos, Hasuko. Entiendo que podáis sentir os un poco indispuesta ahora mismo, y estoy preparado para ser paciente. Pasaré, o eso me dicen las comadronas.

Había hecho sus pesquisas acerca del proceso del embarazo y el parto, y sabía tanto como ella misma. No podía engañarlo. Hasuko entornó los ojos, pero, con una sonrisa, Taro lo aclaró.

—Desde la primera vez que os vi, mi adorable esposa, no he podido compararos con ninguna otra mujer. Sencillamente, no deseo a nadie más. ¿Eso no os agrada?

—Yo... sí, sí, por supuesto. Me siento honrada por vuestros sentimientos.

La expresión de Hasuko se volvió intencionadamente vacía, pero Taro tuvo la nítida sensación de que estaba lejos de sentirse satisfecha. Él suspiró por dentro. Se preguntó si conseguiría algún día que su esposa lo deseara, o incluso que lo respetara. ¿Sería posible?

Estaba empezando a dudar.

La preocupación por el bienestar de Kimi, a la luz de su rechazo, le hizo añadir:

—En todo caso, podría ser que llegara el día en que piense de otro modo. Así que Kimi puede quedarse por ahora. Estoy seguro de que aprenderá mucho observándoos a vos y a vuestra hermana.

El rostro de Hasuko se iluminó al oír estas palabras.

—Gracias, mi señor. La formaré bien y, si alguna vez deseáis su compañía, solo tenéis que decirlo.

—Estad segura de que lo haré.

Hasuko se retiró tan rápido como le permitía su rígido atuendo, con una desconcertada Kimi a la cola. La joven parecía agradecida por el indulto y Taro tuvo que disimular una sonrisa al verla. La pobre chica se habría visto forzada a esta situación por culpa de unos padres sin recursos, y no tenía ningún interés en ese negocio. Ahora viviría en un castillo, sin tener que hacer nada para lo que no estuviera preparada. Probablemente era mucho más de lo que jamás habría esperado.

Taro suspiró. Presentía que la rabia de su esposa solo se había disipado temporalmente, y esperaba que la chica no sufriera por causa de ella. Ahora que él sabía de la existencia de Kimi, Hasuko no podía echarla, pero sabía que las mujeres pueden ser extremadamente crueles entre sí en otros sentidos. Había oído a su propia madre contar historias horribles acerca de su suegra. Pero no se podía responsabilizar a Kimi de las extrañas ideas de su amo. A la mañana siguiente se encargaría de indagar y de asegurarse de que la chica era bien tratada. Quizá incluso les diera a sus padres una suma de dinero como compensación. Seguramente ellos esperaban obtener más favores cuando su hija se convirtiera en concubina oficial. Taro estaba resuelto a que eso no sucediera.

Se levantó y fue a abrir una de las puertas correderas, al otro lado de la estancia, que daba a su jardín privado. Los guardias apostados fuera corrieron a ocultarse entre las sombras para mantener la discreción, pese a que Taro apenas los advertía ya. Se sentó con las piernas cruzadas y se puso a contemplar el crepúsculo, en busca de respuestas que sabía que no hallaría fácilmente.

Tenía que haber una forma.

*Plymouth, Devon, 30 de junio de 1611*

Zarparon antes del alba. Hannah oyó repicar la campana de la primera guardia, que sabía que era a las cuatro y media, y poco después, el movimiento del barco cambió. Mientras que lo que había notado antes no era más que un suave subir y bajar del casco, ahora el movimiento se incrementó y supuso que se estaban alejando del puerto. *Cuanto antes, mejor*, pensó. Si se encontraban lo bastante alejados de la costa para cuando Kate descubriera que había estado durmiendo junto a una manta arrugada, sería demasiado tarde para poder dar la voz de alarma.

Hannah había navegado en alguna ocasión por la bahía en un pequeño barco con Edward y sus amigos, y lo había disfrutado sin sufrir efectos adversos. Por lo tanto, daba poco crédito a las anécdotas que hablaban de gente que se había pasado el viaje entero vomitando agónicamente. Si bien pronto descubrió que una cosa era viajar al aire libre en la cubierta de un barquito, y otra muy distinta estar confinada en un espacio oscuro por debajo de la línea de flotación.

Allí abajo, en las entrañas del barco, el más mínimo movimiento del bajel parecía mucho más brusco por el hecho de que Hannah no estaba usando ningún otro de sus sentidos. Solo había movimiento y pronto no hubo nada más. El estómago revuelto, la cabeza que le daba vueltas, un movimiento incesante que la hacía querer gritar que parase, aunque solo fuera por un instante. Su estómago no aguantaba más, y estaba tan mareada y desorientada que se pasaba la mayor parte del tiempo tumbada. Procuraba dormir todo lo posible, ya que era el único momento en el que su cuerpo se daba un descanso del interminable *mal de mer*. Pero, incluso en sueños, la náusea se le aferraba y la abocaba a la consciencia.

En lo referente a la comida, Hannah decidió que podía haberse ahorrado la molestia de traer nada. Después de unos cuantos intentos, descartó la idea de comer, ya que le resultaba imposible mantenerla dentro. Se tuvo que conformar con dar algunos traguitos de cerveza de vez en cuando, para aliviar la sed que la atormentaba y que le agrietaba los labios. Bendijo el momento en que se le ocurrió la idea de robar el cubo.

—Oh, Dios mío, por favor, ayúdame —rezaba, pero el buen señor no parecía estar escuchando. O eso, o bien no aprobaba lo que había hecho y ahora le imponía un castigo acorde con su pecado.

Enseguida, el transcurso de los días se le antojó como una pesadilla. En ocasiones

ni siquiera estaba segura de si estaba realmente despierta o soñando, pues vivía sumida en la oscuridad. Oía todos los ruidos del barco: los pasos sobre las planchas de las cubiertas superiores; los gritos, los improperios, las canciones y las risas de los hombres que trabajaban arriba; las sacudidas de las enormes velas, como el chasquido de un látigo, cuando se despleaban. Sin embargo, todos los sonidos le llegaban amortiguados, y parecían venir de muy lejos. Les confería una cualidad onírica que hacía que Hannah no estuviera segura de si seguía viva. Sentía como si estuviera en un mundo propio, flotando sin rumbo.

El fresco aroma del océano no penetraba en la bodega. Pero sí la salina humedad, y no tardó en impregnarle las ropas y la piel, logrando que sintiera pegajoso el cuerpo entero. A cambio, respiraba el hedor, cada día más fétido, de las aguas de pantoque que tenía por debajo. Sumado a la pestilencia fruto de su enfermedad, la situación muy pronto se convirtió en una agonía que se incrementaba sin cesar. Peor aún eran las ratas. Siempre que el gato del barco se apartaba de su lado, las alimañas no tardaban mucho en salir. Se estremecía cada vez que eso sucedía y pateaba entre gritos ahogados mientras se escabullían entre sus piernas.

—¡Fuera! Aaah...

Nunca le habían dado miedo las ratas, pero lo cierto es que antes no se las había encontrado en tal cantidad. Desesperada, arrojó parte de su comida tan lejos como pudo, para mantener a distancia a los indeseables animales. Era solo una solución temporal, pero le dio una pequeña tregua. Retrocedió al oír unas patitas que correteaban en busca de un punto de apoyo y unos chillidos escandalosos, mientras las ratas se peleaban por los trozos de queso y de empanada.

Exhausta, se arrebujó en la manta y se encogió hasta hacerse un ovillo de tristeza, con el resto de la comida bien pegado a su cuerpo. ¿Cómo iba a soportar aquello? Quería salir de allí corriendo entre gritos en ese mismo instante, pero sabía que, si lo hacía, todo lo que había sufrido hasta entonces no habría servido de nada. Armándose de la poca determinación que le quedaba, cerró los ojos y, acopiando fuerza de voluntad, logró conciliar el sueño.

Hannah perdió la cuenta del número de veces que habían sonado las campanas y no tenía ni idea de cuánto llevaba metida en la bodega. Cuando estuvo tan débil que creyó que moriría sin remedio si permanecía oculta por más tiempo, decidió que había llegado el momento de confesar. Solo podía esperar que su hermano fuera indulgente. Sentía que ya había sufrido más que suficiente y casi se arrepentía de su temeridad. Casi, pero no del todo.

Se las arregló para arrastrarse escaleras arriba hasta el siguiente nivel del barco, que era la cubierta de cañones. Allí se desplomó y se quedó un rato, con intención de descansar, pero antes de que tuviera tiempo de seguir adelante, un grupo de marineros

la encontró.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —exclamó uno, y tiró de ella, poniéndola derecha con manos callosas. La zarandeó como hace un perro con una rata, y Hannah pensó que acabaría por arrancarle la cabeza—. Un polizón, ¿eh? Has venido por un poco de aventura, ¿eh, pimpollo?

Sus compañeros se echaron a reír y uno le dio un puñetazo en el brazo juguetonamente lanzándola contra otro de los marineros. Ella contuvo la respiración por el dolor, pero, aun así, estaba demasiado agradecida de que siguieran pensando que era un chico como para rebelarse. Instintivamente, cruzó los brazos sobre el pecho cuando la arrojaron contra el siguiente marinero.

—Te vamos a enseñar nosotros lo que es aventura, ¿verdad, muchachos?

Un empujón más y unas bastas manos como grilletes agarraron a Hannah por los brazos, inmovilizando sus debilitados músculos. Ella se mordió el labio para no gritar.

—Por favor, lle... llevadme ante el capitán —suplicó.

—El capitán, ¿eh? Ah, sí, seguro que querrá enterarse, pero todavía no hemos *acabao* contigo.

Estas palabras fueron recibidas con más carcajadas y una efusiva palmada en la espalda que envió a Hannah, trastabillándose, contra un bao vertical. El golpe en el hombro le dolió y dejó escapar un chillido, cerrando los ojos al tiempo que el mareo y la náusea la asaltaban una vez más. Cuando volvió a abrirlos, vio a cuatro marineros cerniéndose horriblemente sobre ella, con sonrisas lascivas en sus rostros. Sintió que el pánico le estrujaba las tripas y empezó a ver puntos negros danzando ante sus ojos.

—Será gusano enclenque...

Más risas. Tiraron de Hannah hacia arriba de la oreja, de modo que solo tocaba el suelo con las puntas de los pies.

—Ponte derecho cuando te hablan.

Se agarró al brazo que tiraba de ella, tratando de hacerlo descender, pero era duro como el acero. No cedió ni un milímetro, ni siquiera cuando prácticamente estaba colgada de él.

—Ahora, *cucha*, lo que vamos a...

—¿Qué sucede aquí?

Una voz nueva irrumpió en el tumulto, seguida de un silencio instantáneo. Soltaron la oreja de Hannah y abrió los ojos para ver a los marineros arrastrando los pies y apartando la vista, como si no tuvieran nada que ver con ella. Un hombre corpulento, de bigotes lacios y de color arenoso, estaba observando al grupo, con los brazos en jarras.

—¿Y bien? —aulló.

—Hemos *encontrao* a un polizón, señor Jones. —Uno de los marineros señaló a

Hannah, que tragó saliva y trató de no inmutarse bajo la severa mirada del señor Jones. Comprendió que debía de ser el contramaestre o algún otro miembro de alto rango de la tripulación.

—¿Es eso cierto? ¿Y por qué no se me ha informado de inmediato?

El señor Jones se dirigió al grupo de hombres y Hannah sintió un escalofrío de alivio. No era con ella con quien estaba enojado.

—Esto, solo estábamos...

—Ya íbamos *p'allá*, señor. Solo nos estábamos divirtiendo un poco.

—Sí, eso ya lo veo.

Los hombres se acobardaron, encogiéndose de hombros a la espera del inevitable estallido. El señor Jones no los decepcionó. Tomó una buena bocanada de aire y gritó a voz en cuello:

—Bueno, ¿a qué estáis esperando, panzurriones? ¡Volved al trabajo, inútiles pedazos de escoria!

Los hombres se dispersaron, como cucarachas huyendo de un repentino rayo de luz, y Hannah se quedó a solas con el formidable señor Jones, que dirigió ahora hacia ella su gesto de enfado.

—Tú. Ven conmigo.

La agarró nuevamente del brazo con una agresividad que la hizo resoplar y la arrastró de cualquier manera hasta la escalera, por la que subieron a cubierta. La cegadora luz del sol le golpeó los ojos con una fuerza inesperada, y pestañeó varias veces antes de poder enfocar. Respiró profundamente la saludable brisa salada, agradecida por hallarse finalmente al aire libre. Al instante siguiente, la férrea mano empezó a tirar de ella en dirección a la parte trasera del barco.

—Ve a decirle al capitán que venga inmediatamente —le aulló el señor Jones al marinero que tenía más cerca, que salió corriendo—. En cuanto a ti, jovencito, te vienes conmigo. Y ya puedes ir rezando para que el capitán esté de buen humor, que no era el caso la última vez que lo vi.

Abrió una puerta que daba a un espacioso camarote, bajo el castillo de popa, que por lo que Hannah sabía debían de ser las dependencias del mismísimo capitán. Le dieron un empujón entre los omóplatos y aterrizó en el suelo a cuatro patas, quedándose sin aire en los pulmones por un momento. Antes de que le diera tiempo a levantarse, se oyó otra voz.

—¿Un polizón, dice? ¿Qué demonios...?

Hannah levantó la cabeza y vio, sorprendida, al capitán Rydon. Confusa, frunció el ceño intentando adivinar qué hacía él en el barco de su hermano. Entonces se dio cuenta de que debía de estar de visita para consultar algo con él. ¿La ruta, quizá? El corazón empezó a latirle con fuerza por la dicha. No pensaba que fuera a verlo hasta llegar al primer puerto del viaje. Era una inesperada recompensa.

Abrió la boca para saludarlo, pero las palabras se le atoraron en la garganta al ver la mueca de enfado que ensombrecía los rasgos, habitualmente luminosos, del capitán.

—¿Qué significa esto, chico? —bramó, con el rostro enturbiado por la ira.

—Yo, yo... —balbuceó Hannah, aún más confundida por su reacción. ¿Chico? Pero tenía que reconocerla. Era cierto que no se habían vuelto a ver desde la fiesta de compromiso, pero tampoco había pasado tanto tiempo desde entonces. No podía haberse olvidado de ella tan rápido. Abrió la boca una vez más para preguntarle por Jacob, pero él la interrumpió antes de que le diera tiempo a decir nada.

—¿Sabes cuál es el castigo que recibe un polizón en mi barco, muchacho?

Hannah ahogó un grito. ¿Muchacho? ¿Acaso estaba ciego?

—Pero, capitán, no soy... —empezó a decir, pero la interrumpieron una vez más.

—Una azotaina, y luego te tirarán por la borda.

Hannah notó que el rostro se le vaciaba de sangre.

—No soporto a los polizones —lo oyó musitar, antes de que se volviera hacia el otro hombre—. Qué fastidio, maldita sea.

—Sí, señor, pero siendo tan joven, tal vez un poco de indulgencia...

Jones miraba al capitán y a Hannah alternativamente.

—No seáis idiota, hombre. Dejadnos.

La boca del capitán se convirtió en una fina línea de desaprobación, mientras la puerta se cerraba detrás de Jones. Hannah avanzó un poco a gatas y alzó la mirada hacia Rydon. El camarote parecía mucho más pequeño, con todo el espacio inundado por su imponente presencia. Hannah se le echó a los pies apresuradamente. Al sacudirse tímidamente las ropas, se dio cuenta de lo mugrienta que estaba. Y seguramente olería a perro muerto, además. Se llevó una mano a la cara y palpó la costra de inmundicia que le cubría la piel. No era de extrañar que el capitán no la reconociera.

—Yo... me gustaría hablar con el otro capitán, si... si sois tan amable —tartamudeó. Necesitaba a Jacob. Él la habría reconocido bajo cualquier circunstancia, de eso estaba segura, con mugre o sin ella.

Rydon se enderezó y la miró de modo reprobatorio.

—¿Qué otro capitán? Este es mi barco y, como ya he dicho antes, no tolero la presencia de polizones.

Hannah lo observó sin comprender. ¿Su barco? ¿Había subido a bordo del barco equivocado? Oh, señor, eso significaba que había estado sola entre hombres extraños durante días, sin su hermano como acompañante nominal. Se le colapsaron los pulmones y se quedó sin respiración al caer en la cuenta de la gravedad de su situación.

—Esperarás aquí hasta que tenga tiempo de aplicarte el castigo personalmente —



continuó—. Después serás arrojado al mar. Espero que sepas nadar.

Rydon fue hasta la puerta y puso la mano en el picaporte, haciendo caso omiso a sus gritos de protesta.

—Pero, capitán...

—¡Silencio!

Cerró dando un portazo al salir y Hannah se desplomó en el suelo.

¿Qué había hecho?

*Norte de Japón, noviembre de 1611*

—Es imposible entender a las mujeres. He hecho todo lo que estaba en mi mano para hacer que Hasuko se sienta aquí como en su casa, Yanagihara-san, pero parece que da igual. Costosos kimonos, abundantes sirvientes, joyas, ornamentos para el pelo, bellas piezas de arte... ¿Qué más podría desear? Y le he manifestado claramente que es mi preferida por encima de todas las demás. ¿No crees que eso debería complacer a una mujer?

Tras haber agotado su paciencia en su trato con su esposa, Taro había buscado a su viejo maestro y mentor, con la esperanza de que le dijera unas cuantas palabras sabias, pero el anciano simplemente sonrió y movió la cabeza.

—No podría decirlo. No es cosa nuestra, de los hombres, el comprenderlas, sencillamente debemos aprender a vivir con ellas en armonía.

—¡Pero eso es exactamente lo que estoy intentando hacer! —Taro deambulaba arriba y abajo por la galería del anciano—. No creo haberle exigido nada irrazonable. De hecho, le he permitido con frecuencia que decida si quiere o no pasar tiempo conmigo, pero soy su esposo. Su deber la obliga a respetarme, a honrarme.

Yanagihara no dijo nada. Estaba ocupado con una caligrafía exquisita cuando Taro llegó, y había continuado su tarea con movimientos lentos y pausados, y una gran concentración. Taro sabía que no serviría de nada presionar al anciano, así que tomó aire para calmarse y se acomodó sobre un cojín a esperar, justo al otro lado de las puertas correderas. Yanagihara le transmitiría su respuesta a su debido tiempo.

Para contener su impaciencia, miró en torno a la pequeña habitación en la que Yanagihara se pasaba los días. Era sencilla en extremo, con un único *kakemono*, o pintura en rollo montada sobre tela de seda, como adorno de un pequeño rincón. La comparó mentalmente con sus propios aposentos, que tenían colgaduras y paneles pintados en cada una de sus paredes, y se preguntó si no debería retirar algunos. Solo con estar cerca de su viejo maestro, lo invadía un cierto sosiego.

—Has vivido tanto tiempo, sensei; tiene que haber algún consejo que puedas darme —le instó por fin, cuando ya parecía que Yanagihara había olvidado el asunto a tratar y se había sumergido en su caligrafía.

Yanagihara señaló el carácter al que acababa de dar forma sobre el papel que tenía ante sí.

—¿Qué dice aquí? —preguntó.

Taro frunció el ceño y miró el *kanji* por un instante, pensando una vez más que al hombre se le estaba ablandando el seso. ¿Cuántos años tenía ya? Taro no estaba seguro, pero sabía que Yanagihara tenía por lo menos setenta años. Tardó un poco en desentrañar el significado de aquel ideograma en concreto, pues no estaba familiarizado con él.

—¿El misterioso? ¿El ignoto? —adivinó.

—En efecto, mi señor. —Yanagihara asintió—. ¿Y advertís que está constituido por dos partes?

Taro miró de nuevo y entonces sonrió, comprendiendo.

—Ah, ya veo lo que quieres decir. Por separado, una parte significa «joven» y la otra «mujer». Muy inteligente.

—Ahí tenéis vuestra explicación. Incluso los chinos, que inventaron estos caracteres hace tanto tiempo, equiparaban a la mujer con el misterio. Ellas tienen algo que nosotros, los hombres, nunca alcanzaremos a entender, ni en un millón de años.

Taro liberó un suspiro.

—¿Entonces, lo que estás diciendo es que no puedo cambiar a Hasuko, que tengo que aceptarla tal y cómo es?

—Bueno, por supuesto es vuestra prerrogativa el exigirle cosas, pero creo que descubriréis que nunca hará nada por aprecio a vos, ni siquiera por respeto. En mis visiones creo haber visto su verdadero ser y nada de lo que hagáis puede cambiar el modo en que ella os ve. Es triste, pero al escogerla a ella para casaros, elegisteis vuestro destino.

—Sabéis que no podía dar marcha atrás en el último momento. Habría sido algo impensable. Y seguro que ella sabe que este es también su destino, de modo que ¿por qué no puede aceptarlo de buen talante? La mayor parte de las otras mujeres lo haría. No es como si la maltratara, más bien al contrario. ¿Quizá estoy siendo demasiado benévolo?

—No está en su carácter. Es posible que su padre fuera demasiado permisivo con ella. Es la más hermosa entre sus hermanas, y la hija más joven, una combinación peligrosa.

—¿Y este asunto de la concubina? Hasuko pone a Kimi a desfilarse ante mí en cada ocasión que se le presenta, sin duda con la esperanza de que me atraiga. Me ofende que mi esposa aborrezca hasta tal punto que la toque, aunque intentó explicarme que lo hacía por consideración hacia mí. ¡Ja! Solo está pensando en sí misma. Cualquier otra mujer habría renunciado después de que yo rechazara a la chica, pero Hasuko no.

—Debéis decidirlo vos. ¿Realmente deseáis a una mujer reticente en vuestro lecho? ¿Qué placer hay en eso? Ella está cumpliendo con su obligación y se ha dado prisa con los hijos. Si yo fuera vos, la dejaría en paz hasta que llegue el momento en que esté lista para concebir otro. Si resulta ser una niña, estoy seguro de que Hasuko-

sama estará preparada para intentarlo de nuevo. Sabe que es su deber.

—¿Crees, pues, que debería aceptar una concubina de su elección?

—Tal vez. Ahora ya le habéis demostrado que sois el amo, al rechazarla inicialmente. Podéis permitir os ser magnánimo. Si lo deseáis, podéis encubrir vuestra aceptación declarando vuestra inquietud por Hasuko-sama, cuyo embarazo debe de estar en una fase ya muy avanzada.

—Mmm. Muy bien, lo pensaré. No puedo decir que me satisfaga esta situación, pero tu sabiduría es mayor que la mía.

Yanagihara se inclinó y presentó a continuación a su señor la página de caligrafía terminada, con un destello brillándole en los ojos.

—Tened esto, mi señor, para recordar os que no estáis solo. Todos los hombres tienen estos problemas, y siempre los tendrán.

*A bordo del Sea Sprite, 4 de julio de 1611*

Hannah estuvo sentada, desplomada contra la pared, durante un tiempo que se le hizo interminable. No se podía creer lo que había sucedido y se le hacía difícil reconciliar al capitán Rydon que ella había conocido con el hombre implacable que pronto vendría a fustigarla. Sus pensamientos empezaron a dar vueltas y más vueltas, intentando comprender. Sencillamente, no tenía sentido. Había sido siempre tan encantador, tan educado. ¿Por qué ahora no habría querido ni tan siquiera escucharla?

Cuando la puerta se abrió por fin, fue para dar entrada al señor Jones, que encendió dos faroles. Hannah apenas había reparado en que estaba oscureciendo y miró al hombre, aturdida.

—Bueno, bueno, jovencito, tampoco es tan grave la cosa.

La voz profunda del señor Jones resultaba reconfortante y vio que ya no la alumbraba. Bien al contrario, la miraba con preocupación desde sus ojos hundidos.

—El capitán no suele hacer estas cosas —murmuró—, pero lo pillaste de un humor de perros, qué le vamos a hacer. Vendrá dentro de un momento. Ahora cálmate, chico. Pronto habrá terminado.

Hannah hizo un esfuerzo por ponerse en pie y solo lo consiguió cuando el capitán hubo regresado a su camarote. Los dos faroles proyectaron una luz sobrecogedora sobre sus facciones mientras se sentaba, y Hannah advirtió que a bordo del barco no era un personaje tan pulcro como lo había sido en tierra. No solo tenía desaliñado su pelo rubio, sino que llevaba la camisa sucia y manchada, y tenía la barba sin recortar. El gesto ceñudo tampoco mejoraba mucho su imagen.

Hannah vislumbró su propio aspecto reflejado en el cristal de uno de los faroles y a punto estuvo de prorrumpir en un grito ahogado. Era comprensible que no la hubiera reconocido: casi no se reconocía ni a sí misma. Era el vivo retrato de un muchacho apestoso. No había nada ni remotamente femenino en lo que vio. De forma que ¿cómo iba a convencer al capitán, manteniendo al mismo tiempo el recato? ¿Valía la pena siquiera intentarlo? Puede que fuera mejor para ella seguir fingiendo ser un chico. No le gustaba este nuevo Rydon y, si había estado tan equivocada respecto a él, ¿cómo podía estar segura de que la protegería, incluso después de descubrir que era una mujer?

Obviamente ajeno al conflicto que ocupaba la mente de Hannah, Rydon apoyó sus largas piernas, con aire despreocupado, sobre una mesa cubierta de cartas de

navegación e instrumentos de medición. Se llevó una mano al pelo revuelto y se quedó mirándola con unos severos ojos grises. Hannah fue consciente de haber cometido un terrible error al abordar el barco del capitán Rydon, en lugar del de su hermano.

—Santo Dios —murmuró, deseando haber podido darse de cabezazos contra la pared por no haberse informado bien antes de embarcarse en esa aventura. Qué imbécil había sido. ¿Y qué demonios iba a hacer ahora? Todavía cabía la posibilidad de encontrar la manera de lograr convencer al capitán de su identidad, y que él la transfiriera al barco de su hermano. Pero ¿de qué serviría eso?

*Es demasiado tarde. Jacob se pondrá furioso.* No quería tener nada que ver con una hermana que hubiera actuado de una forma tan necia. Es más, tal vez insistiera en llevársela de vuelta a Plymouth, retrasando así la empresa. *No, yo no pienso volver.* Hannah tomó una decisión. Era mucho mejor aceptar su castigo aquí y seguir navegando. Prefería asumir el riesgo en alta mar a casarse con Ezekiel Hesketh. Ojalá consiguiera convencer al capitán de que podía serle de alguna utilidad durante la travesía, o iba a resultar un viaje de lo más breve.

—Dejadnos, Jones —ordenó Rydon.

—Sí, señor. Por supuesto, señor. —Jones salió con una reverencia y la puerta se cerró tras de sí con un golpe, dejando a su espalda un incómodo silencio.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Esto... Harry. Harry Johnson, señor —mintió Hannah, eligiendo el primer nombre que le vino a la cabeza, y adoptando un tono de voz ronco para que sonara más cercano al de un chico.

—Bueno, Harry, ¿qué tienes que decir en tu defensa? ¿Qué te hizo pensar que podrías viajar de polizón a bordo de mi barco? ¡Ponte derecho cuando te hablo!

Pronunció esta última frase con un tono tan elevado que sus oídos se resintieron. Hannah estiró la espalda, aturdida, obedeciendo al punto.

—No tenía alternativa, señor.

Miraba fijamente al suelo, parpadeando furiosamente para reprimir el llanto.

—¿Es eso cierto? Bueno, pues yo no tengo otra alternativa más que castigarte ahora.

—Lo comprendo, capitán, pero, por favor, no me arrojéis por la borda. Yo... sé cocinar. Puedo hacer cualquier cosa que queráis —se apresuró a suplicar, con la esperanza de impedir que hiciera algo precipitado—. Os juro que haré todo lo que digáis.

—¿Sabes cocinar? —Había estado ocupado haciendo a un lado algunas de las cartas de navegación, pero levantó la vista repentinamente al oírla decir aquello—. Mmm. Bueno, un poco de comida de verdad por aquí no vendría mal, para variar.

Tamborileó con los dedos en el brazo de su asiento.

—Me lo pensaré. De momento, vuélvete hacia la pared y quítate el chaleco.

Hannah se pasó la lengua por los labios secos y agrietados, y se tragó el pánico que le estaba creciendo por dentro.

—¿E... el chaleco?

—Ya que no tienes ni la más mínima sensatez en ese cerebritito tuyo, solo me queda una opción, y es intentar inculcarte un poco a base de palos —le explicó Rydon, al tiempo que se levantaba y empezaba a quitarse el cinturón—. ¡Ahora, haz lo que te digo!

Hannah lo hizo, y entonces se preguntó si también le diría que se quitase la camisa. En ese caso, quedaría inmediatamente expuesta como mujer ante él. Antes de tener tiempo de pensárselo más, oyó a Rydon acercársele por detrás. Le sacó la camisa de los calzones, tiró de la parte baja y la partió por la mitad. Hannah oyó rasgarse la tela y se apretó la parte delantera contra el pecho.

—Luego podrás coserte eso —murmuró—, como parte del castigo.

Hannah cerró los ojos y apretó los dientes. Arreglar la camisa sería la parte fácil.

—¡Harry-san, Harry-san!

Hannah salió a la luz, y una explosión de dolor en la espalda a poco estuvo de sumirla una vez más en las tinieblas. Yacía boca abajo sobre un suelo duro, y su confuso cerebro registró olores de cocina. Aunque en ese momento le produjeron náuseas, le indicaban que seguía con vida. Se relajó ligeramente. Parecía estar a salvo, por el momento, y su suplicio había terminado.

—Harry-san, por favor, despierta ahora mismo. Espalda es limpia, necesitas camisa nueva. Rápido, antes que viene alguien.

—¿Qué? ¡Oh!

Hannah se dio cuenta de que estaba desnuda de cintura para arriba, a excepción de la cruz sujeta a una cadenita de oro que llevaba siempre colgada al cuello. La oyó tintinear suavemente contra el suelo y volvió la cabeza para ver quién hablaba. Parpadeó, sorprendida; luego se llevó rápidamente los brazos a los costados, a modo de protección. Al principio pensó que estaba teniendo visiones, pero pronto cayó en la cuenta de que el hombre que estaba a su lado era real.

—¿Hodgson? —susurró.

Él sonrió, como saludándola.

—*Hai*. Sí, estás en cocina. Capitán me pidió cuidar a ti.

Hannah le devolvió débilmente la sonrisa, inmensamente animada por encontrarse de nuevo con el curioso extranjero. Tal vez la situación no fuera tan grave, después de todo. Le gustaba el chino, y ella, desde luego, sabía cocinar, gracias a las estrictas enseñanzas de su madre. Entonces se acordó de que estaba medio desnuda.

—Mi ropa..., ¿el capitán, él...?

Hodgson la interrumpió, negando con la cabeza.

—No, yo quito la camisa. Mucha sangre, limpio con agua con sal. Necesitas otra.

—Se inclinó hacia delante y susurró—: Guardo secreto.

Sus ojos se clavaron en los de él con visible alarma.

—Chica —dijo, y asintió.

Hannah sintió que se le encendía el rostro. No creía haberse sentido tan abochornada en toda su vida. Un perfecto desconocido la había desvestido y había visto la mitad de su cuerpo. *¡Santo Dios que estás en el cielo!*

No obstante, Hodgson le dio unas palmaditas en la cabeza, como si fuera una niña pequeña.

—No preocupas. A salvo conmigo. Ahora vistes, por favor.

—¿A salvo del capitán? —Hannah se atrevió a mirarlo otra vez. No parecía estar en absoluto contrariado por su desnudez y le ofrecía una prenda.

—De todos. —Y añadió, muy serio—: Quedas conmigo siempre. Nunca, nunca vas sola por el barco. ¿Entiendes? Mucho peligro. Si marineros encuentran chica a bordo...

Dejó la frase incompleta, pero Hannah no había crecido en una ciudad portuaria sin aprender nada. Sabía lo que quería decir y le conmovió su preocupación por ella.

Asintió.

—Juro que haré lo que me digas.

—Bien. Ahora, arriba.

Hodgson tiró de sus hombros desde atrás hasta que estuvo arrodillada y Hannah cruzó los brazos por delante del pecho. Inhaló con un siseo, intentando aliviar el dolor que le recorría la espalda como agua hirviendo. Lentamente, se miró por encima del hombro.

—¿Está... está muy mal?

—No, no muy mal.

El chino no la miró directamente a los ojos, sino que estaba atareado con algo, detrás de ella, de manera que Hannah no lo creyó. Sentía como si le ardiera la espalda entera, pero se había desmayado después del décimo azote y no tenía ni idea de cuánto tiempo había seguido Rydon golpeándola con su cinturón. Tampoco lo culpaba. Estaba en su pleno derecho, y ella merecía ser castigada por su atrevimiento. Era, obviamente, lo que les sucedía a los polizones. Aun así, todo ello no hacía que el dolor fuera más fácil de soportar. Reprimió un sollozo. Por lo menos la había castigado en privado, y no delante de la tripulación al completo. Y no había llorado, que era algo que suponía que iba a suceder.

—¿El capitán... vio que soy una chica? —se atrevió a preguntar.

—Creo que no. Aún llevabas camisa. Solo rota por espalda, hasta cuello. Yo



traigo aquí a ti.

—Alabado sea Dios.

Hannah se sintió aliviada. Además, si Rydon hubiera descubierto que era una chica, presumiblemente no la habría dejado allí, con el chino.

Hodgson le cubrió la espalda con algo y ella dio un respingo. Se las arregló para meter los brazos en las mangas y se dio cuenta de que era una de las batas de seda del chino.

—¿Por qué...? —empezó a decir, pero él la interrumpió.

—Seda más suave. También color oscuro. Tu camisa blanca ahora no buena, enseña manchas. Yo lavo, luego tú coses.

—Ah, ya veo. Gracias. —Lo tenía todo pensado, y la seda era ciertamente cómoda, se deslizaba por su piel como suave agua de manantial.

—Toma. Bebe sopa, luego duerme. Luego estás mejor.

Le ofreció un cuenco y bebió despacio la sopa de pescado. Cuando hubo terminado, la ayudó a tumbarse boca abajo una vez más y le colocó debajo de la cara la única camisa que tenía, a modo de almohada. Le dijo que había encontrado su escondrijo en la cubierta inferior y que había traído su pequeño fardo para ponerlo a buen recaudo en la cocina.

—Gracias otra vez, Hodgson. Eres muy amable y no estoy segura de qué habría hecho sin ti.

—No es nada. Ahora, duerme.

Cuando Hannah se despertó por segunda vez, se hizo cargo de dónde estaba con más claridad. La cocina era un camarote estrecho con el suelo de ladrillo, situado justo debajo de la cubierta superior. Estaba repleta de utensilios, sacos de comida y barriles, todos ordenados en filas. En el centro de todo ello estaba Hodgson, que seguía vestido con su particular atuendo. Estaba ocupado en remover el contenido de un enorme caldero. Hannah se puso en pie y, al situarse a su lado, se percató de que no era más alto que ella, aunque sí considerablemente más robusto. A la luz del sol que entraba por la escotilla que había por encima de sus cabezas, su cabello negro brillaba, aunque Hannah pudo apreciar que estaba salpicado por unos cuantos mechones grises, de forma que supuso que era mayor de lo que había creído en un principio. Puede que alcanzara incluso la edad de cuarenta y cinco años, si bien no era fácil de determinar. Hodgson alzó la vista y sus ojos oscuros le recordaron los de un gato. Cuando la vio, se abrieron mucho y su rostro se iluminó con una sonrisa de bienvenida.

—Buen día. ¿Sientes mejor?

—Mmm, un poco, gracias.

Lo cierto era que le dolía la espalda de forma inenarrable, pero ahora el dolor era

de una clase distinta. Era más un dolor sordo, que podía soportar si hacía movimientos lentos.

—Me pica la espalda.

Sabía que eso se debía a que Hodgson se la había lavado con agua salada. Su madre hacía lo mismo cuando alguien se hacía una herida. La sal facilitaba el proceso de curación, pero también secaba la piel y cada vez que se movía las costras le tiraban en los bordes de las heridas.

Hannah inspeccionó el camarote con más detenimiento. Todo estaba ordenado y en su sitio, y todas las superficies habían sido fregadas a conciencia. Las ollas brillaban, al igual que los cuchillos y otros utensilios. Estaba claro que Hodgson era un individuo muy pulcro.

—¿Harry-san, me ayudas? ¿O quieres descansar más?

—No, intentaré ayudar.

La pronunciación que Hodgson le daba a su nuevo nombre le pareció bastante peculiar y le despertó la curiosidad con respecto al de él.

—¿Cómo te llamas en realidad? Recuerdo que el capitán dijo que tu nombre no era Hodgson —dijo, pensando en voz alta.

—No. Mi nombre Hoji. En mi país decimos *san* después, quiere decir «señor», o *sama* si es persona noble. Así que Hoji-san.

Se inclinó formalmente ante ella.

—¿Jo-chi-san? —Imitó su pronunciación con esmero y él asintió—. Hodgson me parecía un nombre raro para un chino.

Él se echó a reír y movió la cabeza.

—No, no, Hodgson no es mi nombre, pero más fácil para ingleses. Tú dices nombre verdadero muy bien. —Volvió a reírse—. Y no soy un chino. *Nihon-jin desu*: soy de Japón.

—¿De verdad? Oh, por favor, ¿podrías hablarme de tu país? Allí es adonde vamos, ¿no es cierto? Quiero saberlo todo sobre él.

—Contaré muchas cosas a ti, Harry-san, pero primero cocinamos.

En efecto, Hannah aprendió mucho durante los días que siguieron, como Hoji le había prometido. No solo acerca de su país de origen, del cual habló largo y tendido, sino también acerca de la vida a bordo de un barco.

Tras la primera semana, la curiosidad que había cundido entre la tripulación en relación al nuevo ayudante del cocinero se fue apagando. Los hombres dejaron de escudriñarla siempre que se aventuraba a subir a cubierta. Aunque eso no les impidió divertirse un poco a costa del recién llegado. En diversas ocasiones, Hannah chocaba inexplicablemente contra alguno, o se caía de bruces tras toparse con el pie de alguien en mitad de su camino.

Gritos del tipo «¡Ves con *cuidao*, chaval!» y «¡Mira por dónde andas, enano!» retumbaban a su espalda, seguidos de risitas tontas o de una carcajada en toda regla. Hannah aguantaba con los dientes apretados.

—Haz el sordo —le aconsejaba Hoji cada vez. Se mantenía a su lado constantemente. A decir verdad, parecía haberse autoproclamado su guardaespaldas personal. Hannah estaba inmensamente agradecida por su apoyo. En cierto modo, se sentía segura con él y, pese a ser muy exigente en la cocina, ella estaba dispuesta a cumplir todas sus órdenes. Al fin y al cabo, no era peor que tener a su madre atosigándola. Ella lo recompensaba haciéndole algunas sugerencias con respecto a los menús, para que su malhumorado capitán los encontrara más apetitosos.

Ambos dormían en la cocina, pero eso a Hannah no le importaba. Implicaba dormir sobre el duro suelo, pero al menos allí abajo estaba protegida de los elementos. También sabía que para ella era mucho más seguro no estar cerca de los demás hombres, que en su mayoría dormían en algún hueco que pudieran encontrar en la abarrotada cubierta superior, a no ser que hiciera mal tiempo. Hoji se hacía un ovillo al pie de la escalera, para que cualquiera que bajara tuviera que pisarlo a él primero.

No obstante, había una cosa que sí la importunaba, al menos al principio. El segundo día, Hoji la despertó aporreando un cubo de agua pegado a su oreja.

—*O-hayo gozaimasu*.

—Ah, buenos días. ¿Qué es esto?

—Por favor, tú lavas ahora. Yo siento fuera, nadie entra. Cambias ropa. Tienes otra camisa, ¿sí?

Hannah frunció el ceño y miró la bata de seda que aún llevaba puesta.

—Pero esta tampoco está tan sucia todavía.

—Apesta —dijo Hoji escuetamente.

—¿Qué?

Hannah se incorporó y se restregó los ojos, sin estar del todo segura de haberlo oído bien.

—No puedo trabajar con persona que huele mal. En mi país, baño cada día. Limpio es bueno. Quieres trabajar conmigo, lavas todos los días.

—¡Bueno, hombre! —Hannah se quedó mirándolo, sorprendida—. Para tu información, me lavé hace solo una semana. Entera. Y luego me lavaste con agua salada.

Hoji negó con la cabeza.

—No suficiente.

Hannah se levantó y cruzó los brazos por encima del pecho.

—Estoy bien como estoy. No quiero bañarme todavía.

—No lavas, no trabajas en cocina. —Hoji se mantuvo inflexible, mirándola

directamente a los ojos.

—Esto es ridículo. Mientras cumpla con mis obligaciones, deberías conformarte.

—No suficiente —reiteró Hoji.

—Pues me niego. No puedes obligarme.

Hoji se volvió en dirección a las escaleras.

—Capitán tiene que encontrar otro trabajo para ti. En mi habitación, todo limpio. No olor.

Contrariada, Hannah sopesó las opciones, si bien pronto se dio cuenta de que no tenía ninguna. Trabajar con los demás hombres estaba descartado. Naturalmente, no había ninguna posibilidad de que Rydon le permitiera quedarse sentada sin hacer nada. A regañadientes, le llamó:

—Espera, por favor.

El cocinero la miró por encima del hombro, con una ceja enarcada.

—¡Sí, de acuerdo! —gruñó Hannah—, pero no entiendo por qué es necesario que me lave cada día. Voy a coger frío y me voy a morir.

Hoji se limitó a resoplar por toda respuesta y no se quedó a oír más lamentos. Una vez la vio levantar el trapo que le había traído, subió por la escalera y Hannah lo oyó sentarse junto a la escotilla.

—Estúpidas ideas extranjeras —musitó, sin embargo obedeció de todos modos, frotándose todo el cuerpo de los pies a la cabeza. A pesar de que el agua que había en el cubo era de mar y también le provocaba picores en el cuerpo al secarse, tuvo que admitir que le resultaba bastante agradable ponerse ropa limpia. Con todo, no comprendió por qué Hoji insistía en semejante fastidio. De una cosa sí estaba segura: decididamente, no quería trabajar con los demás hombres. Entre ellos no duraría ni un día.

*Norte de Japón, mayo de 1612*

—¡Mi señor, venid rápido, por favor! Es la señora Hasuko...

Taro levantó la vista. Había estado mirando abstraído a su hijito Ichiro, maravillado por aquellos brazos y piernas minúsculos que se agitaban mientras articulaba ruidos incoherentes. Los ojos del bebé seguían las motas de polvo que refulgían en un rayo de sol y parecía embelesado. Casi tan cautivado como lo estaba su padre con él, a decir verdad.

—Lo siento, ¿qué has dicho? —Taro frunció en entrecejo, concentrándose en la señora que había arrodillada ante él, que se retorció las manos.

—Vuestra señora esposa está muy enferma. Por favor, debéis ir con ella, mi señor.

—¿Hasuko está peor? Pero pensaba que se estaba recuperando.

Yanagihara se lo había dicho hacía menos de una semana, pero el propio anciano había contraído un fuerte resfriado y Taro no había sabido nada más desde entonces. Reiko se había encargado del cuidado de Hasuko y él se había mostrado reticente a ver a su cuñada.

—Lo siento. —La sirvienta inclinó la cabeza—. Apenas si puede hablar.

Taro se levantó a toda prisa y solo se acordó de su hijo en el último momento.

—Cuidad de él —les ordenó a las niñeras, que habían esperado pacientemente en un rincón de la habitación—. Mantenedlo a salvo.

—Por supuesto, mi señor.

Taro recorrió a grandes zancadas los pasillos del castillo y el patio, seguido, como siempre, de un pelotón de guardianes. Caminaba tan rápido que estos casi tenían que correr para mantenerse a la zaga, pero él no se daba cuenta. Todos sus pensamientos los ocupaba la mujer que le había dado el mejor de todos los regalos: un hijo. Sin embargo, no había querido que fuera a costa de su propia vida y había rezado a todos los dioses para que se recuperara. Al principio, justo después del nacimiento, parecía estar haciendo progresos. Pero a partir de entonces había empezado a empeorar, debilitándose cada día más, hasta hacía dos semanas, cuando Yanagihara había asumido los cuidados.

¿Y ahora, de repente, volvía a empeorar? ¿Cómo podía ser eso?

Entró en los aposentos de Hasuko sin llamar a la puerta y las sirvientas se desperdigaron a su paso como si fueran gallinas aleteando por el gallinero. Cruzando las muchas habitaciones como una exhalación, llegó por fin junto al lecho de su

esposa. Allí se detuvo a mirar a la mujer a quien una vez deseó con tanta pasión. Ahora no era más que una pálida cáscara; su belleza, etérea. En un instante supo, sin asomo de duda, que había dejado de sentir la más mínima atracción por ella, pero eso no significaba que deseara su muerte. Era un precio demasiado elevado.

—Hasuko-*chan*, ¿puedes oírme?

Empleó el cariñoso apelativo sin pensarlo, mientras se arrodillaba junto a su futón, y la miró fijamente, con un sentimiento de desesperación creciendo en su interior. ¿Cómo habían llegado a ese punto? ¿Por qué nadie lo había informado? Levantó los ojos y creyó haber dado con la respuesta a la última de esas preguntas.

Reiko permanecía sentada al otro lado, sosteniendo la mano de su hermana, y Taro la miró. No se sentía capaz de enfrentarse a su cuñada en ese preciso instante, de modo que reunió todas sus fuerzas y dijo:

—Me gustaría estar un momento a solas con mi esposa, si no os importa.

Los ojos de Reiko se encendieron, como si Hasuko fuera de su propiedad y él la estuviera invadiendo, pero Taro se dio la vuelta, ignorándola, y poco después la oyó salir. Por lo menos, estaba solo con Hasuko y, durante mucho rato, se limitó a quedarse sentado y a mirarla. Le inundó la tristeza, pero era pesar por lo que podía haber sido, nada más. Fue consciente de que nunca había conocido a la auténtica mujer, solo su fachada, la máscara que se ponía solo para él. No tenía ni idea de cómo era Hasuko en realidad porque solo le habían permitido vislumbrar destellos de sus pensamientos. Había mantenido su verdadero ser bien oculto.

Y ahora nunca podría conocerla. Parecía estar a las puertas de la muerte.

—Hasuko-*chan*, por favor, hágame.

Los labios de Hasuko se movieron, pero, dijera lo que dijera, fue tan débil que no consiguió entenderlo. Se inclinó, acercándose a su boca.

—¿Qué has dicho? —preguntó—. ¿Quieres algo? ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Per... dón.

La única palabra no era más que un leve susurro, pero Taro estuvo seguro de que no había oído mal. La miró ceñudo.

—¿Quieres que te perdone? ¿Por qué?

Aunque sabía lo que le estaba pidiendo, una vena perversa deseaba que lo dijera en voz alta. Que admitiera que se había equivocado con él. Que había hecho todo lo que estaba en su mano para hacer de su matrimonio un éxito. No obstante, al ver que sus labios luchaban por formar las palabras, una oleada de compasión se apoderó de él y se dio cuenta de que era tarde. Ahora ya estaba demasiado débil y tendría que conformarse con ver el arrepentimiento reflejado nítidamente en sus ojos.

Además, ¿qué importaba ya? Si ayudaba a que los dioses la recibieran con más cariño, ¿quién era él para negarle ese atisbo de alivio?

Asintió y tomó su frágil mano entre las suyas, estrechando sus dedos.

—Pues claro que te perdono —dijo—. De todas formas, no hay nada que perdonar. Cumpliste con tu obligación, y no fue culpa tuya que yo no fuera de tu gusto.

De sus ojos brotaron un par de gruesas lágrimas y ella movió ligeramente la cabeza.

—¿Has cambiado de opinión? —Taro procuró sonreírle, pero no estaba seguro de haberlo hecho muy bien—. En ese caso, por favor, intenta recuperarte para que me lo puedas demostrar.

Por toda respuesta, Hasuko levantó las comisuras de sus labios formando una leve sonrisa y apretó débilmente la mano de él. Aquello pareció agotar lo que le quedaba de fuerza y poco después cerró los ojos y cayó en un profundo sueño.

Nunca volvió despertar.

*A bordo del Sea Sprite, 14 de julio de 1611*

Lejos de la fetidez de las aguas de pantoque, los mareos de Hannah remitieron. Enseguida estuvo en condiciones de ingerir la comida que ayudaba a preparar, que era más o menos la misma cada día, mayormente una especie de estofado. Era igual para todos los hombres y constaba de sus raciones correspondientes de carne o pescado en salazón, galletas, mantequilla y guisantes secos cocidos, reducido todo a una pasta glutinosa. Aun así, nadie se quejaba, y normalmente Hannah estaba lo bastante hambrienta como para comerse cualquier cosa.

Sin embargo, Hoji no comía lo que cocinaban. Dedicaba por lo menos una hora al día a pescar, para poder seguir alimentándose adecuadamente. Para sorpresa de Hannah, algunas veces se comía el pescado crudo, mojado en vinagre, pero normalmente lo asaba ligeramente sobre un brasero. Cocinaba y se comía su comida con un par de palillos a los que llamaba *o-hashhi*, evitando los habituales cuchara y cuchillo. Ella lo observada, fascinada, mientras él manejaba diestramente aquellos simples instrumentos. Ni una sola vez se le cayó un trozo de comida y siempre apuraba su plato hasta la última migaja. Hannah también advirtió que contaba con un pequeño aprovisionamiento personal de verduras frescas y encurtidas con el que complementaba su dieta. Tras varios días de monótona comida de barco, le entró la curiosidad.

—¿Puedo probar eso, por favor?

—¿Pescado?

—Mmm... no, las verduras.

—Harry-san tiene que comer los dos, solo buenos juntos.

—Pero...

—Por favor, prueba. Pescado es bueno.

Hannah se quedó mirando el bocado crudo que él le tendía, buscando la manera de rechazarlo sin ofenderlo. El olor la hizo retroceder.

—La verdad, mmm... preferiría comerlo cocinado, aunque estoy segura de que estará muy bueno como lo tomas tú. Si te gustan esas cosas, quiero decir.

—Por favor, prueba. Muy bueno para ti.

Hannah estaba en una encrucijada, pero como quería probar a toda costa las verduras, asintió.

—Vale, de acuerdo. Gracias.



Hoji le ofreció una buena ración y le enseñó cómo usar los *hashi*. Tardó un poco en conseguir que los palillos funcionaran remotamente como ella quería. Pero al final logró coger un trozo de pescado crudo, lo mojó en vinagre y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos y se preparó para un escalofrío. Estaba segura de que el sabor del pescado le resultaría viscoso y desagradable.

No estuvo tan mal, aunque sí lo suficiente, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para tragárselo. Abrió los ojos y miró a Hoji.

—Mmm, no es tan horrible como pensaba. De hecho —dijo masticando un poco más—, los he probado peores. Aun así, si no te importa, creo que me ceñiré a las verduras.

Hoji sonrió y asintió, como diciendo «te lo advertí».

—Ahora comes con Hoji-san, mucho mejor. Compró más verduras en próximo puerto, suficientes para Harry-san también. Pero, por favor, prometes probar pescado cada día. Acostumbrarte.

—Bueno, puede que lo haga, pero...

Hannah no creía que fuera a acostumbrarse nunca al pescado crudo, pero entonces se acordó de la alternativa. Estofado revenido para todos, menos para el capitán Rydon; a él se le preparaba un menú especial. De pronto el pescado se le antojó infinitamente más apetecible, ya estuviera o no cocinado. Y tal vez, pasado un tiempo, dejaría de notar el olor.

—Eres muy amable. Creo que me gustará.

Al cabo de unos días, Hannah estaba con Hoji junto a la barandilla, observándolo en su sesión diaria de pesca. Insistía en el silencio, pese a que Hannah estaba convencida de que era imposible que los peces los oyeran hablar. De hecho, el ruido que producían las velas hinchadas por la brisa y la espuma que levantaban las olas que lamían el casco del barco eran mucho más fuertes que cualquier sonido que pudiera emitir ella.

Contemplando el mar infinito, se sentía insignificante.

—Somos tan increíblemente pequeños, ¿verdad? Sería tan fácil que una gran ola nos engullera, y entonces desapareceríamos, sin más.

—Es destino —dijo Hoji—. Si vas a morir, vas a morir. Aquí, en tierra; es igual. Hay que aceptar destino.

—Supongo que tienes razón, pero aun así...

Hannah no podía evitar pensar en el gran riesgo que había asumido, solo para acabar con su vida de forma prematura ahí fuera. Se estremeció, pero, con determinación, trató de conducir sus pensamientos por otros derroteros. Si era la voluntad de Dios que ella viviera, entonces viviría. Solo podía rezar pidiendo ayuda.

Volvió a apoyarse en la barandilla, contenta de observar a Hoji, que esperaba

pacientemente a que picara el siguiente pez. Sentía curiosidad por el enigmático hombrecillo, que se estaba convirtiendo rápidamente en una figura paterna para ella. Había hablado extensamente acerca de su país, pero nunca hacía referencia a sí mismo. Hannah tuvo en ese momento la osadía de preguntarle algunas cosas.

—¿Por qué siempre comes pescado, Hoji-san?

—Soy un samurái. Samurái habitualmente no come carne.

—¿Qué es samurái?

—Personas importantes, guerreros, algunas veces posee tierras.

—Ah, ¿quieres decir como nuestros nobles? ¿Señores y damas?

—Sí. Como ellos. Nosotros llamamos a señor «daimio». Daimio es hombre muy poderoso, jefe de... ¿cómo dices?

—¿Familia? ¿Clan?

—*Soh neh*. Eso es. Todos en familia de daimio, samurái, clase alta. Daimio posee muchas tierras. Todos samurái guerreros muy duros, entrenan mucho para no sentir frío, hambre o dolor. Vive vida sencilla. Lucha con espadas o arco y flechas. Fuerza, honor y militar... ¿coraje?

—¿Valiente, quieres decir?

—Sí. Esos son más importantes para samurái.

—Pero ¿por qué? ¿Hay muchas guerras en tu país?

—A veces. Muchas luchas entre clanes. Incluso hijas de samurái entrenadas para luchar.

Hannah torció el gesto.

—Pero, Hoji-san, si eres un noble, ¿por qué diantre trabajas aquí como cocinero del capitán Rydon?

—Porque ahora soy *ronin*.

—¿Cómo has dicho?

—Si samurái pierde amo por deshonor o porque amo es derrotado en batalla, convierte en *ronin*. Mi amo murió en batalla, la mayoría de sus hombres también. *Ronin* tiene que vagar, intentar encontrar otro amo para servir, pero es muy difícil. No confías en desconocidos. Muchos *ronin* son ahora ladrones o piratas.

—¿Eso hacías cuando el capitán te encontró?

—No. Trabajaba para hombre portugués. Lucho por defender barco de los piratas. Navego por todas partes: China, India, muchos lugares. Yo estaba en puerto cuando conocí capitán.

—Entiendo. ¿Y no tienes ninguna posibilidad de volver a encontrar a un amo japonés al que servir de nuevo?

Hannah lo compadecía. Debía de ser muy difícil convertirse en un paria sin tener ninguna culpa, pensó.

—Tal vez. Es destino. Ya veremos, *neh*?

Dio media vuelta y Hannah comprendió que el tema estaba zanjado y no quiso seguir presionándolo.

Hannah siempre había sido inquisitiva por naturaleza, quería aprender todo lo que pudiera.

—Por favor, ¿le preguntarás al piloto, Hoji-san? Me gustaría saber qué ruta llevamos.

El piloto, el señor Walker, era un individuo parlanchín y Hannah no creía que le molestara la pregunta. Como oficial de navegación, ella sabía que mantendría un gráfico de su progresión y que tendría una cosa llamada «derrotero», con instrucciones de aquellos que habían navegado antes que ellos por la misma ruta. Hannah había oído a su padre y a su hermano hablar sobre ellos. Hoji también le dijo que el señor Walker empleaba diversos instrumentos para intentar determinar su posición, aunque, según entendió Hannah, estas mediciones no eran de todo exactas. Tenía curiosidad por saber cuánto duraría el viaje y qué países irían dejando atrás a su paso.

—Navegamos hacia costa berberisca de noroeste de África —la informó Hoji—. De camino, pasamos cerca de Portugal.

Hannah ya se había enterado de que viajaban en dirección a un grupo de islas llamadas Canarias, donde se reabastecerían de comida y agua fresca. Se solía tardar entre tres y cuatro semanas en llegar allí.

El clima se fue templando manifiestamente a medida que progresaban en su viaje hacia el sur. Abajo, en la cocina, el calor apenas se podía soportar cuando encendían el fuego para cocinar. No obstante, Hoji no parecía sufrirlo ni lo más mínimo, y Hannah casi se molestaba por ello. Se preguntaba si se debería a su rígida formación como guerrero, o simplemente al hecho de que pertenecía a otra raza. ¿Acaso los japoneses no notaban el calor? ¿Ni el frío? No quería preguntar, por si lo ofendía en algún sentido, de modo que se limitó a decir:

—¿No pasaste por aquí cuando viniste a Inglaterra? ¿No recuerdas estos lugares?

—No, solo cocino, quedo aquí abajo. No bueno navegando. Piloto dice pronto pasamos cabo San Vicente.

Hoji interrumpió lo que estaba haciendo y la miró con la cabeza ladeada.

—¿Por qué quieres saber, Harry-san? ¿Trabajo demasiado duro para ti? —Luego añadió—: ¿Por qué subes a barco?

Hannah había estado pensando en qué decirle si alguna vez le hacía esa pregunta, pero ahora que lo había hecho se dio cuenta de que quería que él supiera la verdad. Le habló de Ezekiel Hesketh y la negativa de sus padres a escucharla.

—Mmm. Hija tiene que obedecer a padres, aunque matrimonio malo.

Ese fue el veredicto de Hoji. Hannah frunció el ceño. Algo le había hecho creer

que él se pondría de su parte. Ahora lo consideraba su amigo y su mentor, y se sintió herida por sus palabras. Sin embargo, él captó su expresión y se apresuró a añadir:

—Yo sé, diferente en tu país, *neh*? ¿Padres normalmente preguntan?

Hannah se relajó un poco.

—Bueno, a veces. —Suspiró—. Puede que me precipitara, pero, en serio, ese hombre...

Se estremeció.

—No lo puedo explicar, Hoji-san, pero la sola idea de que me tocara... Bueno, preferiría morir, para serte sincera.

—¿Harías *seppuku*? —Hoji parecía sorprendido, aunque su semblante permaneció inescrutable.

—¿Qué?

—En Japón, cuando ya no hay honor, hombre se mata. Damas también. *Seppuku*.

Hoji efectuó un gesto cortante sobre su abdomen y Hannah torció el gesto.

—¿Te cortas en el estómago?

—Sí. Espada especial.

—Uf, suena horrible. Tiene que haber otra manera de hacerlo, si quieres quitarte la vida.

Hoji pareció ofenderse.

—*Seppuku* única manera, única manera honorable. Tienes segunda persona detrás que corta cabeza si espada no es bastante profunda.

Hannah sintió un escalofrío, pero decidió callarse sus impresiones acerca de ese asunto. Estaba claro que era un tema que afectaba a Hoji muy directamente.

—Entiendo —fue todo lo que dijo—. ¿Y es solo para los samuráis o para todo el mundo?

—Solo samurái, normalmente. Necesita permiso de amo.

—Bueno, yo no quería decir que cometería suicidio realmente. Además, matarse uno mismo es pecado.

—Ah, *so desu neh*? ¿De verdad?

Ambos guardaron silencio durante un rato. Los únicos sonidos que se oían eran el rítmico repiqueteo de sus cuchillos contra las tablas de cortar y el siseo que causaban las salpicaduras del agua hirviendo cada vez que Hannah echaba dentro de la enorme olla un pedazo de carne salada.

—Bueno, eso ya no es problema. —La voz de Hoji rompió el silencio y Hannah casi se corta un dedo del susto. Él le sonrió—. Ahora aquí, todo bien.

Hannah le devolvió la sonrisa.

—Sí, tienes razón. No tiene sentido ni siquiera pensarlo. El señor Hesketh ya no me querría, ni aunque volviera allí. —Se echó a reír abiertamente—. Menos mal.

Después de más vientos adversos y dos tormentas, los barcos ingleses arribaron por fin a las islas Canarias. Llevaban una semana de retraso, cosa que puso al capitán Rydon de peor humor de lo habitual; pero al menos los cuatro barcos habían logrado llegar más o menos al mismo tiempo. Eso fue un pequeño milagro en sí mismo.

—¡Moveos, maldita sea! ¡No tenemos todo el día, panda de gandules inútiles, escoria!

Su voz se oía por todo el barco, gritando órdenes e imprecaciones, y Hannah procuraba mantenerse alejada de él, como hacía siempre. Comoquiera que había oído los comentarios de su padre acerca de la importancia esencial de la velocidad en aquel viaje, comprendía la frustración de Rydon. Con todo, no le parecía justo que la tomara con la tripulación. Al fin y al cabo, ellos no eran los responsables del mal tiempo.

Lo cierto era que las semanas que Hannah había pasado a bordo de su barco le habían abierto los ojos en más de un aspecto. No había tardado mucho en darse cuenta de que el hombre por el que se había sentido atraída no existía. Era solo un papel que Rydon interpretaba para aquellos a los que quería impresionar. El hombre auténtico, el que veía ahora, no se parecía en nada a aquel que protagonizó sus bobas fantasías.

El hombre auténtico era insoportable.

*Fui una verdadera ilusa, como dijo Kate*, pensó. Había sido tan ingenua como para juzgar al capitán por las apariencias, si bien, en su defensa, tenía que reconocer que probablemente no fue la única. Aun así, no podía evitar sentirse agradecida por haber destapado su rostro genuino. Su encaprichamiento con él se había borrado de un plumazo y era todo un alivio.

La ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, la isla central del archipiélago, era un bullicioso puerto.

—El gran Cristóbal Colón en persona hizo escala aquí mismo de camino a las Américas —oyó decir Hannah a alguien. Habría dado su brazo derecho porque le permitieran bajar a tierra a explorar, sobre todo después de haber visto las maravillosas playas de arena que bordeaban la costa. Por no mencionar los numerosos puestos y tiendas del mercado. Pero no se atrevió a salir del barco por si se cruzaba con Jacob, y además no tenía dinero. Cuando los demás miembros de la tripulación recibieron su paga, a ella no le dieron nada y no osó preguntar. Asumió que era parte de su castigo por haberse colado como polizón.

Estuvo pensando si debía buscar a Jacob, pero temía que fuera a embarcarla sola en un navío de regreso a Inglaterra. O aún peor, que se sintiera obligado a acompañarla, echando así por tierra la empresa de la familia Marston. Ninguna de esas opciones la atraía lo más mínimo, y finalmente se inclinó por seguir ocultándose.

Oyó a Rydon bramar una orden a Hoji-san, y cuando él respondió «*Hai*, capitán-

sama», Rydon añadió, malhumorado:

—Basta ya de esa jerigonza infernal. Llevas con nosotros el tiempo suficiente como para haber aprendido a hablar como una persona normal.

Hannah se percató de que Hoji fruncía el ceño cuando regresó a la cocina y supo que Rydon había herido sus sentimientos. Ella le tocó el hombro.

—A mí me gusta tu lengua, Hoji-san. Suena encantadora. Ojalá supiera hablarla. El semblante de Hoji se iluminó.

—Ahora yo enseño, *neh?* Buena idea si vamos a mi país. Ven, sentamos en cubierta. Aire sienta bien en piel.

La mayor parte de la tripulación había ido a tierra y Hannah sabía que no regresarían hasta que no hubiera más remedio. Hoji caminaba delante de ella por la cubierta vacía en dirección al castillo de proa, cuando encontraron un sitio a la sombra donde sentarse. La brisa era, en efecto, muy bien recibida y Hannah volvió la cabeza hacia ella, disfrutando de su suave caricia.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —le preguntó a Hoji con una sonrisa.

Él se señaló a sí mismo y dijo:

—*Watashi wa*: yo.

A continuación señaló a Hannah.

—*Anata wa*: tú. Dices después, por favor.

Hannah hizo lo que le decía, y su lección progresó entre grandes risas, mientras se las veía con la curiosa pronunciación de la lengua de Hoji. No había oído nada semejante en toda su vida, pero tenía buen oído para imitar acentos y muy pronto complació a su profesor con sus esfuerzos.

—Bien, muy bien. Hacemos palabras cada día, pronto aprendes a hablar.

Hannah se rio.

—No estoy tan segura. Creo que tardaré años en aprenderlo todo. ¿Cuánto tardaste tú en aprender mi lengua?

—Navego ahora una año con capitán. Aún no hablo bien.

—Claro que sí. Yo te entiendo y eso es lo único que importa, hacerse entender, ¿no?

—Tal vez. Mejor si aprendes *nihon-go*, mi lengua, luego hablamos más.

Abandonaron las islas Canarias tras una semana de estancia y los largos días de sol se hicieron interminables. Hannah empezó a sentirse como si viviera en un sueño sin fin. Anhelaba sentir de nuevo el suelo firme, inmóvil bajo sus pies, y deshacerse de la sal que se adhería a todo. Para no pensar en ello, se concentraba en sus lecciones de japonés con Hoji. Además, cuando empezaba a sentirse abatida, él siempre estaba allí para animarla con los relatos de sus aventuras. Parecía ser capaz de leer en ella como en un libro abierto y, con frecuencia, se anticipaba a su estado de ánimo.

—¿Cansada de océano? —le preguntó un día, y Hannah tuvo que sonreír ante su perspicacia—. Si quieres ver mi país, tienes que estar en barco mucho tiempo.

—Lo sé, lo sé, lo siento. La perseverancia no ha sido nunca una de mis mayores virtudes. ¿Nunca te cansas de esto? Sol infinito, dieta monótona, agua por todas partes.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Es destino. Un día viaje terminará. Paciencia es muy importante. Te da *wa*, armonía.

—Ojalá pudiera verlo de ese modo. Ahora, por favor, enséñame algo más de tu idioma. Me distrae de otras cosas.

Estaba aprendiendo con rapidez y mantenían pequeñas conversaciones cada día acerca de las tareas que estaban llevando a cabo y sobre los objetos que tenían a su alrededor. Hoji estaba satisfecho con sus progresos y le hablaba en japonés siempre que podía.

—Es muy amable por tu parte que te tomes la molestia de enseñarme —dijo Hannah.

—Es agradable para mí poder hablar mi propia lengua. Durante mucho tiempo, solo tu lengua. Terrible para mis oídos —replicó Hoji con una sonrisa.

Hannah sabía que estaba bromeando, pero se dio cuenta de que había una parte de verdad en lo que decía. Se alegró de poder recompensarlo a su manera por todo lo que había hecho por ella. Era un amigo de verdad.

*A bordo del Sea Sprite, agosto de 1611*

Volvieron a hacer escala en las sureñas islas de Cabo Verde, luego navegaron a lo largo de la costa occidental de África, parando unas cuantas veces para aprovisionarse de comida y agua fresca. No era una hazaña fácil, dado que la mayoría de los mejores puertos estaban controlados por los desaprensivos comerciantes portugueses, que habían construido fortalezas costeras para impedir que nadie anclara. Para sortearlos, los barcos ingleses se veían obligados a recalar en localizaciones remotas, lo que se traducía en más retrasos de los que se podían permitir.

—Ah, este clima es insoportable —se lamentaba Hannah. Ahora era extremadamente caluroso y húmedo, y ella no era la única que sufría el bochorno. Los miembros de la tripulación del barco siguieron el ejemplo de los nativos y se despojaron de casi toda la ropa. Sus cuerpos se broncearon y en algunos casos se quemaron, pero, evidentemente, Hannah no podía seguir su ejemplo.

—Es tan injusto —musitó.

—Tienes que pensar en frío, entonces no sientes tan calor —le aconsejó Hoji, pero a Hannah no le daba ningún resultado. Por muchas ventiscas que tratara de imaginar, seguía transpirando a mares y maldijo la fortuna que la había hecho mujer.

Por fin pusieron rumbo al estrecho de Magallanes, cruzando el océano Atlántico. Una breve parada en una isla llamada Ascensión resultó ser bastante infructuosa. Era árida y polvorienta, y solo pudieron encontrar una fuente de agua fresca tras mucho buscar. A lo largo de los tres meses siguientes no vieron nada más que mar en todas direcciones.

Hubo varias tormentas durante la travesía, pero ninguna fue lo bastante fuerte como para suponer una amenaza y, por la gracia divina, los cuatro barcos consiguieron mantenerse juntos. Por otra parte, los temporales sí que los desviaron de su curso. Después, como si fuera una broma del destino, el tiempo cambió de repente y volvieron a retrasarse más de una semana por culpa de una calma chicha total.

—¡Maldita sea su estampa! —se oía gritar a Rydon, de la frustración que le suscitaba aquella situación, y por una vez Hannah se puso de su parte. Estar encalmado era lo que más detestaba un capitán, ya que no había nada en absoluto que se pudiera hacer al respecto. Afortunadamente, el viento regresó y siguieron adelante, aunque fuera a paso de tortuga, por lo que parecía.



La costa suramericana fue avistada por fin hacia mediados de febrero. La tripulación estalló en un gran grito de júbilo, aunque pronto se hizo patente que se habían desviado de su ruta mucho más de lo que creían. Se volvieron a oír los gritos de Rydon, esta vez dirigidos al desventurado señor Walker.

—Tú eres el piloto. En el nombre de Dios, ¿cómo pudiste equivocarte tanto?

—No me equivoqué. Estamos junto a la costa de las Américas, ¿no es cierto? —se defendió el señor Walker—. Nunca dije que iríamos directamente al estrecho de Magallanes.

—Ya lo creo que lo dijiste...

La discusión se alargó todavía un buen rato, pero incluso Rydon se dio cuenta enseguida de que no llevaba a ninguna parte.

—¿Y qué lugar es este? —le susurró Hannah a Hoji, cuando asomaron la cabeza por la escotilla para apreciar la peculiar línea costera.

—No sé. Averiguo.

Hoji regresó para informarla de que nadie lo sabía con certeza, pero que, en cualquier caso, tendrían que intentar tocar tierra para obtener comida y agua frescas.

—Este país pertenece a enemigo, así que vamos de noche —añadió.

Hicieron falta varias incursiones antes de reunir los víveres suficientes. También hubo una escaramuza con algunos nativos, que los sorprendieron cuando estaban aprovisionándose. No parecieron tomárselo muy bien, pese a que Jacob se aseguró de dejar bastantes monedas para pagarlo todo.

En definitiva, tardaron dos meses en llegar finalmente al estrecho de Magallanes.

La escarpada línea de costa de este solitario lugar se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros en ambas direcciones, con un panorama inhóspito y frío. Había acantilados de frentes abruptos, fiordos insondables e innumerables y diminutos islotes, muchos de los cuales estaban rebosantes de animales salvajes. Siempre que se aventuraba a subir a cubierta, Hannah veía grandes manadas de focas y leones marinos, y multitud de tipos de aves distintos.

El paisaje parecía haber sido esculpido por el viento y el hielo, y las montañas cubiertas de nieve se cernían a lo lejos. Hannah temblaba. Hacía un frío helador y su ropa no parecía ser la más apropiada para tan bajas temperaturas.

—Sinceramente, espero que no nos quedemos por aquí mucho tiempo —le dijo a Hoji, pero una vez más el destino conspiró en su contra.

Caía el invierno y, con una capa de hielo en plena formación, era imposible continuar por el estrecho de forma segura. En lugar de seguir, se vieron forzados a refugiarse en un fiordo hasta la primavera. Fue un completo desastre, teniendo en cuenta la prisa que tenían, pero no había opción. Por mucho que clamaran contra el destino, estaban atrapados.

—Yanagihara-san, tú estabas seguro de que mi esposa se estaba recuperando, pero luego, cuando enfermaste y no pudiste seguir cuidando de ella, empeoró repentinamente. ¿Qué crees que sucedió?

Habían pasado algunos meses y, pese a que hacía tiempo que el anciano se había recuperado de su propia enfermedad, Taro había postergado esa conversación. Pensaba que tal vez sería mejor no remover demasiado el pasado. Pero al final había decidido que tenía que intentar averiguar la verdad. Ahora estaban dando un paseo por uno de los senderos del jardín del castillo, y Yanagihara se desplazaba con una sorprendente agilidad. Como siempre, se tomó su tiempo antes de contestar.

—Creo que nunca lo sabremos —dijo finalmente Yanagihara. No sonaba tan seguro como acostumbraba, sin embargo, y Taro notó que se estaba guardando algo. De hecho, su evasiva respuesta lo hizo sospechar aún más que antes.

—¿Eso es todo? —lo azuzó—. ¿Me quieres decir que no has tenido visiones, ninguna teoría acerca de lo que le ocurría?

Yanagihara meneó la cabeza.

—No he dicho eso, mi señor, pero algunas veces es mejor no conocer las razones.

Taro sofocó un suspiro. Esas respuestas tan enigmáticas no lo satisfacían. Apretó los dientes y lo intentó de nuevo.

—Ojalá pudieras decirme algo más —dijo, mirando ceñudo a Yanagihara—. Tengo que tomar decisiones respecto al futuro, pero esto me lo está impidiendo. Me pesa enormemente y hay infinidad de incógnitas a las que no puedo dejar de dar vueltas. No puedo pensar con claridad.

—Si buscáis dentro de vuestra mente, creo que os daréis cuenta de que la respuesta ya está ahí. Sabéis muy bien quién se ocupó de los cuidados de la señora Hasuko. Dejé instrucciones muy precisas y ella estaba mejorando. Si no prosperó, solo puede haber un motivo.

—¿Estás diciendo que fue culpa de la señora Reiko? ¿Que no siguió tus instrucciones y no le administró a su hermana la medicación adecuada? ¿O... la hizo empeorar, que pudo incluso haberla envenenado?

—No hay modo de saberlo, pero es posible. Estaban a solas la mayor parte del tiempo.

—Tendría que habérselo preguntado entonces.

Taro apretó los puños. Reiko no tenía un pelo de tonta. Si no había cuidado a Hasuko como debía, seguro que conocía las posibles consecuencias. ¿Habría asesinado a su propia hermana? Y si así era, ¿por qué?

Yanagihara negó con un gesto.

—No, mi señor, no lo hagáis. No tenéis pruebas de ninguna maldad. Tened paciencia, os lo suplico. Se resolverá.

—¡No puedes hablar en serio! Si esto es cierto, podría resultar peligrosa para otros.

—No, mi señor, no hay riesgo inmediato para nadie. Yo lo sabría. Creedme, es mejor dejar estar este asunto por ahora. Si no lo hacéis, estaréis alterando el destino.

Taro quería gritar con todas sus fuerzas, pero confiaba en Yanagihara. El anciano nunca se había equivocado.

—Está bien, pero me lo harás saber en el mismo momento en que notes algo adverso, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, Kumashiro-sama. Sabéis que lo haré.

Taro inhaló profundamente. Debía dejar de darle vueltas a lo que no se podía cambiar. Hasuko ya no estaba, se acabó. No guardaba luto por ella, no verdaderamente, de modo que ¿qué importaba cómo hubiera muerto? Él se había cansado de su extraño comportamiento mucho antes del nacimiento de su hijo y se había dado cuenta de que su matrimonio nunca sería lo que esperaba que fuera. Ahora tenía que vivir en el presente.

Un presente que, por desgracia, todavía incluía a la señora Reiko.

La exasperante mujer había insistido en quedarse en su casa para cuidar de su sobrino. O eso fue lo que dijo. Taro sospechaba que, con su hermana muerta, Reiko albergaba la esperanza de que ahora se casara con ella. A la mayoría de la gente le parecería natural, y él lo sabía, dado que procedía de la misma familia y, por lo tanto, aportaba las mismas cosas a un matrimonio que su hermana antes que ella. Si él la tomaba como esposa, cimentaría los lazos con su padre, y el hombre había insinuado incluso estar dispuesto a pagar una segunda dote, aunque más pequeña.

Pero la pura verdad era que no la deseaba. Sobre todo si sus sospechas estaban fundadas.

—Por favor, mi señor, permitidme que me quede para cuidar de mi sobrinito —le había rogado—. ¿Quién mejor para cuidarlo, si no tiene madre?

Era una petición razonable, y aun así Taro tuvo que reunir todas sus fuerzas para no negarse en el acto. No podía olvidar su actitud cuando su hermana todavía seguía viva, y nunca le cabría en la cabeza que pudiera hacer algo que no fuera para su propio beneficio.

Ahora Yanagihara le sonrió.

—No os torturéis más, mi señor. Habéis tomado la decisión acertada por ahora. En cuanto a lo que os deparará el futuro, eso está en manos de los dioses. Tomaos vuestro tiempo y medita bien las cosas, no os precipitéis. Este es el consejo que os doy.

—Muy bien. Gracias, sensei.

—De nada. Ahora contadme cosas de vuestro pequeño. ¿Está creciendo bien?

Taro sonrió por vez primera en aquella tarde.

—En efecto, sí. Tienes que venir a verlo. Espero que no veas sino cosas buenas en su futuro.

Su hijito era su gran alegría en aquel momento. Pasaba con Ichiro al menos una hora cada día, y se deleitaba observando sus progresos. Otros pensarían que era demasiado indulgente, pero él parecía no poder separarse de él. El orgullo que sentía por su hijo no conocía límites.

—Mañana. Vendré mañana, pero ahora debo descansar. ¿Me disculpáis?

Yanagihara hizo una reverencia y se alejó, golpeteando las piedras del camino con su bastón. Taro volvió a concentrar sus pensamientos en la señora Reiko. Por ahora permitiría que se quedase, porque era bueno para Ichiro tener un pariente femenino cerca, pero se aseguraría de que estuviera bajo vigilancia en todo momento.

No debía concederle más ocasiones para entrometerse.

### *A bordo del Sea Sprite, entre abril y septiembre de 1612*

El invierno austral duró seis meses, y en el transcurso de esa espera Hannah se preguntó reiteradamente si había estado en sus cabales cuando decidió emprender ese viaje.

—Este lugar está dejado de la mano de Dios y el clima es atroz —le comentaba casi a diario a Hoji, quien se limitaba a sacudir la cabeza y a repetir su mantra.

—Paciencia, Harry-san, paciencia.

La tripulación al completo pasaba la mayor parte del tiempo acurrucada bajo cubierta, aventurándose afuera únicamente en grupos que iban a buscar comida y combustible para sus improvisados braseros. Casi todo el tiempo los azotaban fuertes vientos y un mar embravecido, y escaseaba la comida, excepción hecha del pescado. Cuando los hombres empezaron a anhelar desesperadamente un cambio en su dieta, recurrieron al consumo de pingüinos. Al principio Hannah puso reparos a esta idea, pues aquellas criaturas la fascinaban, con sus diminutas alas inútiles y sus andares de pato, pero el hambre acabó por embotar sus escrúpulos. No tardó mucho en empezar a comerlos, igual que todos los demás. Algunos tenían el tamaño de un ganso y su carne daba para alimentar a un buen número de personas.

—¡Por favor, Dios mío, ayúdanos!

Esas palabras se oían con frecuencia en boca de hombres que en otras circunstancias no dedicaban mucho tiempo a pensamientos religiosos. Por fin, a finales de septiembre, el tiempo mejoró y lograron salir del puerto en el que se habían resguardado.

Cuando el barco echó a navegar en dirección al estrecho, pasaron unos delfines saltando y jugueteando, deleitando a todos con sus gracias.

—Tiene que ser un buen presagio —dijo alguien, y Hannah deseó con todas sus

fuerzas que el hombre estuviera en lo cierto.

*A bordo del Sea Sprite, marzo de 1613*

—Tu derrotero debe de estar mal, Walker. Si no encontramos tierra pronto vamos a morir todos. ¡Por los clavos de Cristo, apenas un tercio de la tripulación puede levantarse ya!

—Me dijeron que Japón se encontraba con toda seguridad entre las latitudes treinta y cuarenta, por lo que deberíamos hallarnos cerca de nuestra meta. Si se me permite el comentario, la información provenía de una fuente fiable —respondió gruñón el señor Walker.

El piloto volvía a convertirse en el blanco del mal humor de Rydon y su intercambio resonó por toda la cubierta. Hannah y Hoji se miraron, pero nadie podía hacer nada. Primero habían ascendido por la costa oeste de Suramérica, desembarcando siempre que podían para buscar víveres y agua. Una vez pusieron rumbo al oeste para atravesar el océano Pacífico, no obstante, no había ningún sitio donde parar hasta llegar a Japón. A esas alturas, ya llevaban cuatro meses de búsqueda y todo el mundo estaba hartado.

Hannah oyó que la voz de Jacob se sumaba a la discusión e interrumpió su tarea para oír cómo despotricaba, enojado. Parecía culpar a Rydon de todas sus desgracias, cosa que a ella le pareció del todo injusto por su parte. Últimamente se había hecho llevar al Sea Sprite en bote con frecuencia, siempre que el mar estuviera lo suficientemente calmo. Cada vez que lo hacía, Hannah procuraba permanecer oculta bajo cubierta, aunque sabía que, tras casi dos años en el mar y las numerosas miserias a las que se habían enfrentado, probablemente estaría irreconocible para la mayoría de la gente. La falta de comida la había dejado escuálida y Hoji le aseguraba que nadie creería que era una chica, a no ser que la vieran desnuda. Jacob, no obstante, no se dejaría engañar tan fácilmente. Habría reconocido su rostro en cualquier parte.

—Walker, por nuestro bien, más vale que tengas razón —fue la puntilla a su despedida.

Hannah suspiró y convino en silencio con sus palabras. Los meses pasados en el mar se le habían hecho eternos y la tripulación iba menguando de forma regular.

Diversas enfermedades se cobraron muchas vidas, así como tormentas repentinas que se llevaban por la borda a pobres desgraciados con tanta facilidad como si fueran insignificantes motas de polvo. Luego estaba el escorbuto, que causaban en aquellos que lo padecían dolor de encías y dientes flojos, a medida que las raciones de fruta y verdura frescas iban desapareciendo. Para entonces todos estaban desesperados por avistar tierra, pero empezaban a temerse que nunca llegarían.

Miró a Hoji.

—¿Crees que llegaremos pronto a Japón, Hoji-san?

Las lecciones diarias habían dado sus frutos y su dominio de la lengua era ya lo bastante bueno como para hablar entre ellos sin usar ninguna otra.

Él se encogió de hombros.

—Nunca he navegado por esta ruta, así que no lo sé. —Le dio unas torpes palmaditas en el hombro—. Es el destino, *unmei*. Tienes que aprender a aceptar el destino.

—Lo sé, lo sé. Es que llevamos viajando tanto tiempo. Sería una auténtica lástima si después de toda esta larga travesía...

—Para... No debes pensar eso. Sé fuerte. Quizá te ayude rezarle a tu dios, y yo les rezaré a algunos de los míos.

Aquello le arrancó una renuente sonrisa. La fe de Hoji en toda clase de dioses nunca dejaban de asombrarla y habían mantenido muchas conversaciones al respecto. Al final habían acordado discrepar. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse si algún dios les respondería ahora. Rechazó el pensamiento blasfemo de que probablemente valdría la pena rezarles a la mayor cantidad posible de deidades.

Hannah tomó una bocanada de aire para calmar su mente agitada.

—Sí, tienes razón. Rezaré por un milagro, porque eso es lo que vamos a necesitar muy pronto. Tú haz lo mismo, por favor.

*Norte de Japón, marzo de 1613*

El jardín era el lugar preferido de Taro y allí es adonde iba siempre que quería reflexionar. En cambio, últimamente no le había aportado el consuelo al que aspiraba. Había pasado casi un año desde la muerte de Hasuko y sabía que pronto tendría que tomar una decisión respecto a la señora Reiko. Sus insinuaciones en cuanto a un posible matrimonio entre ellos dos se volvían más evidentes con cada día que pasaba y Taro no estaba seguro de poder seguir aguantándolo por mucho tiempo.

Estando de pie junto al estanque, sumido en sus pensamientos, fue interrumpido por la voz cohibida de un criado.

—¿Mi señor? Disculpadme, mi señor, pero...

El hombre estaba a su lado, tratando de atraer su atención y él no se había dado cuenta.

—*Nani?* —bramó, con más rudeza de la que pretendía. El hombre hizo una profunda reverencia, temblando visiblemente.

—Yo... hay... es decir, ha venido un mensajero buscándoos. Dice que necesita hablar de manera urgente con vos.

Taro aspiró largamente y cuando volvió a hablar lo hizo con más calma.

—Muy bien, tráemelo aquí.

El criado se alejó presuroso y al cabo de unos instantes apareció un hombre a paso ligero. Estaba cubierto de polvo de los pies a la cabeza y llevaba el cabello despeinado; le caía por la espalda, como si hubiera cabalgado sin descanso. Se postró ante Taro.

—¿Sí? —lo apremió este—. ¿Tienes un mensaje para mí?

—Vengo desde Nagasaki, mi señor. Me han dicho que os informe de que han sido avistados unos barcos extranjeros.

—¿Cómo? ¿Barcos extranjeros?

El mensajero miró furtivamente por encima de su hombro, como para asegurarse de que estaban solos.

—Sí, con banderas distintas a todas las que han llegado antes y enviados por el soberano de un país al que llaman, mmm... ¿Inga-tera? —El hombre pareció dudar de la pronunciación y continuó con su mensaje a toda prisa.

El cerebro de Taro finalmente descifró a qué se refería el hombre.

—Por supuesto, sí. Bien, gracias por informarme. ¿Cuánto tiempo llevas de

camino?

—Una semana y media. He tenido algún contratiempo con el caballo...

—Lo has hecho bien y serás recompensado por tu esfuerzo. Gracias. Ahora ve a descansar.

El hombre volvió a inclinarse y se retiró, aparentemente muy aliviado. Taro echó a andar tras él, y entonces una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Tal vez la *gai-jin* ha llegado por fin —dijo para sí, con un sentimiento de curiosidad y expectación despertando en su interior. El anciano no le había dicho que se estaba acercando, pero quizá él aún no la veía. O se le había olvidado mencionarlo. Después de todo era viejo, y un poco despistado. De pronto, el resto de sus pensamientos quedaron relegados al olvido y Taro se encaminó hacia el castillo a paso decidido. Las resoluciones concernientes a su futuro y a cualquier posible matrimonio podían esperar. Ahora tenía otros asuntos que atender.

### *A bordo del Sea Sprite, abril de 1613*

Alguien escuchó sus oraciones y, a decir verdad, a Hannah le daba igual de qué dios se tratara. Hacia mediados de abril fueron avistadas las primeras gaviotas, que indicaban que no se hallaban lejos de la costa. Se oyeron vítores por parte de lo que quedaba de tripulación, aunque muchos estaban demasiado débiles como para que les importase. Hannah cayó de rodillas en la cocina y dio gracias a quien correspondiera.

Pese a estar más delgados que nunca, Hannah y Hoji no habían sufrido tanto como los demás durante el viaje, gracias a su particular dieta.

—Como sigas así, se te va a quedar cara pez, Hodgson —habían afirmado en tono de broma algunos de los marineros, cuando cayeron en la cuenta de que él y Hannah comían pez crudo—. Y eso de comer algas, a mí me da que es una cosa de salvajes, ¿no?

—Bueno, ahora ¿quién ríe el último? —musitó Hannah. Por lo menos ella y Hoji aún se mantenían en pie.

Subió a cubierta con sigilo para ver la aproximación a tierra firme, al puerto de Hirado.

—¿Qué lugar es este? —preguntó.

—Es una isla del sur de Japón, el único puerto donde los extranjeros tienen permiso para comerciar —respondió él.

El piloto los guio cuidadosamente a través del estrecho canal que separaba la costa de la rocosa orilla de una isla cubierta por un pinar. A su izquierda, una pequeña abertura los condujo hasta una profunda bahía y allí echaron el ancla, a poca distancia del muelle. Hannah vio un puerto rodeado de colinas y una línea de costa pintoresca, con más pinos todavía por las escarpadas laderas, semejantes a las que había visto en



las islas Canarias hacía ya tanto tiempo. Era muy distinto de Plymouth, pero le levantó el ánimo. Por fin lo habían conseguido.

Al parecer, Hirado era una pequeña y bulliciosa ciudad con un extenso muelle. Unas escaleras de piedra bajaban hasta la orilla, y había gente por todas partes. Todos tenían el pelo negro, como el de Hoji, y rasgos parecidos; al menos eso parecía desde lejos. Los habitantes vestían chaquetas cortas con cinturón, algunos con un simple taparrabos debajo y las piernas desnudas, otros con unos calzones anchos. Unos pocos llevaban sombreros de paja con una leve forma de cono.

Poco después de su llegada, un jefe local en persona y su séquito salieron a remo para saludar con gran ceremonia a los recién llegados. Se dirigieron al barco más grande, que era el Sea Sprite de Rydon, dando por supuesto, obviamente, que era el líder de la expedición. Estos japoneses de alto rango iban mejor ataviados y, con sus hermosos trajes de seda, parecían una bandada de aves exóticas. Hannah los observaba con interés, preguntándose para qué habrían venido, mientras estos le pedían a Hoji que tradujera.

—Este es señor Matura, capitán-sama —le dijo a Rydon en su inglés entrecortado—. Es dueño de esta isla y de muchas tierras por allí.

Señaló en dirección a tierra. En un tono más bajo añadió:

—Debes hacer bienvenida. Dar regalos, comida, música, quizá.

—¿Cómo? ¿Tengo que invitarlo? Por Dios, si apenas tengo comida suficiente para cubrir nuestras propias necesidades. Nuestros hombres están medio muertos.

—Si el hombre es importante, no podemos permitirnos el lujo de ofenderlo —siseó Jacob con la mano en la boca—. Queremos comerciar con esta gente, ¿recordáis?

Rydon lo miró, molesto, y entonces suspiró.

—Oh, está bien. Hoji, ¿puedes conseguir más provisiones en la ciudad inmediatamente, por favor?

—Sí, capitán. Me encargo de todo.

Mientras esperaban a que llegara la comida, Hannah permaneció escondida detrás del palo mayor y estudió furtivamente a los integrantes del grupo del señor Matura. La mayoría de ellos parecían ser inferiores en rango y le mostraban una gran deferencia, sin embargo, un hombre permanecía sutilmente apartado del resto. Tenía un porte altivo, como si fuera un igual del señor, o un superior. Era más alto que sus compatriotas, con un aura de poder apenas contenida, aunque tal vez sus muchas capas de elegantes túnicas contribuyeran a dar esa impresión, al igual que las dos espadas que llevaba en el costado. A diferencia de los demás, vestía únicamente de fina seda negra. Eso le hacía desprender también un ligero aire amenazante, como un cuervo a punto de atacar. Hannah se preguntó si no sería un efecto buscado.

Observaba a sus conterráneos. Hannah advirtió que su mirada inteligente parecía

estar asimilando cada uno de los detalles, aunque su rostro permanecía impasible. En cambio, cuando dirigió su mirada hacia donde ella se encontraba, sus cejas se arquearon una pizca y musitó algo por lo bajo. Cohibida, ella miró para otro lado y se echó por detrás del hombro la gruesa trenza de cabello rojo antes de escabullirse por completo tras el mástil. Debía de tener un aspecto horrible, después de todos esos meses en el mar, pensó. Tenía la ropa prácticamente hecha jirones y llevaba los pies descalzos. ¿Qué debió de pensar de ella? Entonces se acordó de que él habría visto solo a un chico enclenque, de forma que, en cierto modo, poco importaba la apariencia que tuviera.

—*Akai, neh?* —dijo una voz suave a su espalda, y ella ahogó un grito involuntario. El hombre se había movido silenciosamente y con una extraordinaria rapidez, y ahora estaba tan cerca que Hannah podía mirar directamente a sus ojos ambarinos. La estaban estudiando a ella con mucho más interés del que había demostrado cuando observaba a los demás.

—*Hai, akai desu* —respondió ella, sin pensar. Él le había hecho un comentario acerca del color de su pelo y ella sintió la necesidad de confirmarle que sí, que era de color rojo vivo, *akai*. A punto estuvo de añadir la palabra «desgraciadamente», pero se contuvo. Con frecuencia había caído en la desesperación al mirarse al espejo, pero sabía que era algo con lo que tenía que vivir. Había aceptado el hecho de que nunca sería tan hermosa como su hermana rubia platino.

—¿Hablas mi lengua? —preguntó él, delatando su sorpresa únicamente con un leve arqueado de cejas.

—Sí, aunque no muy bien —contestó.

—Lo suficiente. ¿Quién te ha enseñado? ¿El traductor? —Miró en dirección a Hoji y Hannah asintió.

—Sí. Hoji-san ha sido mi amigo y mi profesor durante el viaje.

—Entonces, ¿por qué no enseñó también a los demás? Habría sido aconsejable que aprendieran, si han venido aquí a comerciar.

Su tono era brusco, con una nota de impaciencia. Hannah se llevó la impresión de que no toleraba a los necios.

—No se lo pidieron. —Hannah vaciló, no quería menospreciar demasiado a su hermano y a Rydon delante de aquel desconocido, sin embargo, la honestidad la obligó a admitir que estaba de acuerdo con él—. Pero tenéis razón, deberían haberlo intentado, por lo menos algunas frases.

Seguía mirándola, la cabeza levemente ladeada, como si algo lo tuviera perplejo e intentara averiguar qué era. Hannah sintió un calor subiéndole hasta las mejillas y levantó una mano para apartarse detrás de la oreja un mechón suelto. Ningún hombre la había mirado nunca con semejante interés, a excepción del señor Hesketh, por supuesto, pero él no contaba. Sabía que este solo lo hacía por curiosidad, no porque la

encontrara atractiva. ¿Cómo iba a hacerlo, si ni siquiera sabía que era una mujer? Aun así, era desconcertante. Ella respiró profundamente y lo miró a su vez. *Bueno, si tú puedes, yo también*, pensó, levantando un poco la barbilla inconscientemente.

Ante esta pequeña bravuconada, el hombre sonrió de repente y sus mejillas se doblaron, formando un hoyuelo a cada lado de su boca. Hannah abrió aún más los ojos, intrigada por la transformación de su rostro serio en algo tan distinto. Advirtió, con un sobresalto, que en realidad era muy guapo. Tenía una hermosa piel olivácea que se extendía, muy tersa, sobre sus elevados pómulos. La nariz era pequeña para ser la de un hombre, pero se torcía levemente hacia arriba en la punta, confiriéndole un aspecto travieso cuando sonreía. Tenía el rostro lampiño y liso. Llevaba el brillante cabello negro recogido en el mismo moño que parecían lucir todos los japoneses presentes, algunos con la frente afeitada, aunque este no. Sea como fuere, le quedaba perfecto.

—Entonces, Rojo, me estás diciendo que un simple criado *gai-jin* es más inteligente que el hombre al mando. —Era una afirmación, no una pregunta, pero Hannah negó rápidamente con la cabeza.

—No, no, eso no es lo que he dicho, en absoluto. Es solo que mi hermano y el capitán pueden ser un poco, bueno, tozudos, a veces. Probablemente creyeron que sería innecesario aprender vuestra lengua teniendo a Hoji-san como intérprete. Después de todo, tampoco se quedarán aquí mucho tiempo.

—¿Pero tú sí?

—No, claro que no. Quiero decir...

¿Qué quería decir? Su cercanía ahora la estaba poniendo nerviosa, y Hannah no podía pensar con claridad para poder refutar la conclusión, indudablemente lógica, a la que había llegado.

—Así pues, es cierto lo que he dicho: tú eres más inteligente.

Cuando quiso protestar nuevamente, él alzó una mano. Era un gesto imperioso que dejaba patente que estaba acostumbrado a ser obedecido.

—Es suficiente. Ya veo que además eres leal a tus compatriotas, cosa que es admirable. Me complace haberte conocido, Akai.

Hannah sabía que se estaba sonrojando otra vez. No estaba acostumbrada a recibir cumplidos, sobre todo por parte de un hombre apuesto. Y menos aún de un bárbaro. Al momento, se inquietó aún más cuando el hombre estiró la mano para tocarla brevemente, reticente, casi como si lo estuviera haciendo en contra de su voluntad. En lo más profundo de sus ojos vio algo cercano a la admiración y el asombro, pero entonces él volvió a retirar la mano y recuperó su expresión hermética. Hannah creyó que sus mejillas iban a echar a arder de tan calientes como se le pusieron.

—Me llamo Hannah, no Rojo —le soltó de buenas a primeras, para ocultar su bochorno, pero automáticamente se dio cuenta de que era lo menos apropiado.

Él volvió a sonreír.

—¿Ah, sí? —dijo. Dejó escapar una risita, y al instante esta se transformó en una carcajada en toda regla. Era un sonido fuerte que parecía reverberar por toda la cubierta, aunque, cuando Hannah miró a su alrededor, no parecía haber nadie que pudiera oírlo. Todos los ojos seguían clavados en el intercambio entre el señor Matsura y los dos capitanes.

—Los *gai-jins* son extraños, ya lo creo, si llaman «flor» a sus hijos —comentó, con un brillo divertido en los ojos, como si estuviera tomándole el pelo.

Hannah se habría dado de cabeza contra la pared. Había olvidado que en japonés la palabra *hana* significaba «flor». Además, en cualquier caso, habría debido darle su nombre masculino.

—N... no —tartamudeó—. Mi nombre no significa eso en nuestra lengua, es... es solo que suena igual.

—Mmm.

Le volvió a dirigir una mirada apreciativa y Hannah casi se encogió ante su escrutinio.

—Bueno, para mí siempre serás «Rojo», porque nunca había visto a nadie con un pelo como ese —dijo—. *Sayonara*, adiós. Que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Se inclinó ligeramente y regresó con el resto del grupo.

Hannah lo vio marchar. No podía apartar los ojos de su ancha espalda. Se preguntó quién sería, pero dudaba de que fuera a encontrarse con él otra vez, con lo que el hecho de que no se hubiera presentado era manifiestamente irrelevante.

Aun así, habría estado bien saber al menos su nombre.

Además de prácticamente obligar a los extranjeros a desprenderse de muchos más presentes de los que habrían querido, el señor Matsura demoró su estancia en el barco durante unas cuantas horas. Fue magníficamente agasajado y Hannah estuvo ocupada, ayudando a Hoji a preparar la comida que llegaba del muelle en un flujo constante. Cuando el interminable ágape concluyó por fin, ordenaron a algunos de los miembros de la tripulación que tocaran algo de música y que cantaran para los invitados. Hannah subió para quedarse un rato junto a la barandilla de la popa del barco, disfrutando a distancia del espectáculo y de la suave brisa que le refrescaba las mejillas calientes.

La oscuridad iba descendiendo y en la orilla destellaban las luces. La gente se desplazaba portando faroles, y el eco de las voces y las risas resonaba desde el otro lado del agua. La fragancia de los pinos inundaba el ambiente, se mezclaba con el habitual olor acre del salitre del mar. Hannah inspiró profundamente. Pensaba en lo maravilloso que era estar tan cerca de tierra y no en medio del impredecible océano.

—¿Otra vez solo, Akai? ¿No tienes responsabilidades que te reclamen?

La pregunta la hizo girar en redondo, con el corazón palpitándole velozmente por el susto. Miró y vio al japonés vestido de negro con el que había hablado anteriormente.

—¿Qué... qué hacéis aquí? —balbució, mirando detrás de él, para ver si iba acompañado, pero allí no había nadie.

Pareció sorprenderse mínimamente, como si no estuviera acostumbrado a que nadie lo interrogara, pero entonces respondió sencillamente:

—Lo mismo que tú, diría, respirar aire fresco. El camarote del capitán es sofocante y, si me perdonas el que lo diga, no huele del todo bien.

—Oh, por supuesto.

Hannah comprendió lo que quería decir. Durante el viaje los hábitos de limpieza de Hoji se habían convertido en la norma también para ella, mientras que la mayoría de los demás hombres de a bordo nunca se preocupaban por tales sutilezas. Había dejado de pensar en ello y se limitaba a seguir el ejemplo de Hoji, si bien se había relajado durante aquellas últimas semanas horribles, cuando estaba débil por el hambre. Sabía que todos los demás apestaban.

—No has contestado a mi pregunta —le recordó ahora—. Tengo curiosidad por saber cómo son tratados los sirvientes en tu país. ¿O a ti te tratan de otra forma porque uno de los capitanes es tu hermano?

—No.

Hannah se mordió el labio, sin estar muy segura de cómo responder. Por alguna razón, su cerebro parecía no funcionar muy bien siempre que aquel hombre andaba cerca. Tampoco debería haberle hablado de su hermano, y le sorprendió que recordara ese detalle, dado que solo lo había mencionado de pasada.

—Normalmente tengo muchas tareas que hacer, pero hoy es un día especial. Estamos todos aliviados por haber llegado a tierra. —Miró hacia la escotilla que daba a la cocina—. Por regla general no se me permite ir a ningún sitio a solas. Hoji-san está cerca y en mi caso es complicado. Veréis, ni siquiera debería estar a bordo de este barco.

—¿Por qué?

—Yo... bueno, me temo que vine sin permiso.

Creyó haber detectado otro destello de diversión en sus ojos, pero había oscurecido demasiado como para ver bien, así que no podía estar segura.

—Entiendo —dijo él—. ¿Y, como castigo, ahora tienes que trabajar duro?

—Sí.

—Entonces será mejor que no te distraiga de tus obligaciones.

Volvió a inclinarse y esta vez ella se inclinó a su vez, más que él, para mostrar deferencia, como Hoji le había enseñado. Antes de irse, no obstante, Hannah no pudo resistirse a plantearle la pregunta que le había rondado desde su primer encuentro.

—¿Cuál es vuestro nombre? Es decir, si no os importa que os lo pregunte.

Él se tensó un poco, como si hubiera sido una impertinencia; luego respondió:

—Kuma.

Con el sonido del roce de la seda, se marchó tan rápido como había llegado, y Hannah se puso a darle vueltas mentalmente al nombre, saboreándolo. *Kuma* significaba «oso». ¿Era ese su verdadero nombre o se lo habría inventado? No tenía forma de saberlo, pero, decididamente, le venía como anillo al dedo.

A la mañana siguiente, Hoji estuvo muy taciturno, pero finalmente miró a Hannah y le preguntó:

—Ahora, ¿qué pasará?

—¿Disculpa? Ah, ¿te refieres a mí? No tengo ni idea.

La propia Hannah había estado infinitamente preocupada por ese asunto, pero había sido incapaz de dar con la respuesta.

—Espero poder ver algo de tu país, y luego supongo que tendré que volver al mío.

Suspiró. No era algo que la atrajera demasiado, pero sabía que no podía posponer lo inevitable durante toda la vida. Antes o después tenía que enfrentarse a las consecuencias de sus acciones.

—Tú también regresarás, ¿verdad?

Hoji asintió.

—Sí, todavía le debo mi vida al capitán. Debo quedarme hasta que lo salve.

—Así que podría volver a trabajar contigo de regreso a casa y luego... —Hannah tragó saliva con dificultad—. Cuando llegemos a Inglaterra, tendré que encontrar trabajo en algún sitio que no sea Plymouth. Dudo que mi familia quiera que vuelva con ellos.

—Tú también serás una *ronin* —trató de bromear Hoji, y Hannah sonrió débilmente.

—Sí, en cierto modo. Pero no hablemos de eso ahora. Deberíamos disfrutar el momento. Supongo que darán permiso a todos para bajar a tierra, aunque me imagino que tendremos que turnarnos. ¿Te importaría que fuera contigo? ¿O tienes otros planes, ahora que ya estás en casa?

—En realidad no es mi casa como tal, ya no. No tengo familia ni clan, así que me quedaré con el capitán. Pero claro que puedes venir conmigo, si nos dejan ir a la ciudad.

—Gracias. No puedo haber viajado hasta tan lejos y quedarme sin ver nada. Sería insoportable.

Hannah no se podía creer que hubieran llegado a Japón, el lugar que llevaba tanto tiempo soñando con ver. Era inconcebible que le impidieran explorarlo; al menos, un poquito.

Resultó que sus planes se revelaron innecesarios. Rydon hizo llamar a Hoji y le pidió que consiguiera un alojamiento de alquiler en la ciudad para él y los demás

miembros de alto rango de la tripulación.

—Me ha dicho que quiere que continúe cocinando para él mientras estamos aquí —le informó Hoji a Hannah—. Y dice que te lleve conmigo para ayudarme. Bien, *neh?*

—Maravilloso —convino Hannah—. No veo el momento de bajarme de este barco. Pero ¿por qué está gritando otra vez?

Las expresiones iracundas de Rydon se oían de un extremo a otro del Sea Sprite, aunque parecía una única retahíla de improperios, y Hannah no sabía por qué estaba tan enfadado.

—Ven a mirar por la escotilla —dijo Hoji, y entonces señaló otros barcos que había anclados en el puerto.

—No lo entiendo... ¡Oh! —Hannah avistó una bandera británica ondeando en el palo mayor de uno de los barcos—. ¿No querrás decir...?

—Sí. El barco de la Compañía Británica de las Indias Orientales, el Clove. He oído decir a alguien que llegó hace ya dos meses. John Saris, el capitán, salió en busca de la corte del shogun para intentar obtener una cesión de privilegios. Llegamos demasiado tarde y el capitán está furioso.

—Madre mía. —Hannah recordó la advertencia de su padre en cuanto a que era vital que ellos fueran los primeros en llegar a Japón. Su parada no programada cerca del estrecho de Magallanes había echado por tierra su plan—. Por eso Jacob y él tuvieron ayer esa discusión tan acalorada, después de que se fuera el señor Matsura. Los oí gritar. Pero habrá margen de competencia, ¿no? Quiero decir, ¿no podríamos comerciar con tu gente de todas formas?

—No lo sé. El capitán Rydon va a intentar encontrar a ese hombre, Will Adams, para ver qué tiene que decir. También hay aquí unos holandeses, pero con los que ha hablado de momento no parecen saber mucho. O eso, o no están dispuestos a decírselo. Ahora será mejor que me dé prisa en hacer lo que me ha pedido, o se pondrá aún de peor humor. Espera aquí, por favor.

Japón no se parecía a nada que Hannah hubiera visto antes, y no se lo habría podido imaginar de haberlo intentado. Hoji le había descrito su país de origen lo mejor que sabía, pero unas simples palabras no bastaban para hacerle justicia.

Las casas pequeñas, construidas con madera y yeso, se alineaban en las calles, que estaban impecablemente limpias. Sobre las superficies bien barridas no se amontonaban residuos y Hannah vio a varias personas trajinando con sus escobas a las puertas de sus casas. Otros salpicaban las calles con agua para minimizar el volumen de polvo. El muelle estaba adoquinado y había gente enfrascada en las tareas de reparar las redes, destripar peces y todos los demás quehaceres relacionados con el mar. Unas extrañas barcas de forma cuadrada bailoteaban en el puerto, y



Hannah pensó que sus barcos se veían grandes y pesados en comparación.

Hannah miraba a la gente, que a su vez la miraba a ella. Abrían mucho los ojos al ver su pelo rojo, que a estas alturas había vuelto a crecerle hasta la cintura. No se había molestado en cortárselo, ya que varios marineros que iban a bordo lo llevaban igual de largo. Pese a habérselo trenzado lo mejor que pudo, quedaban aún algunos tirabuzones que escapaban al cordón de cuero con el que se lo recogía por detrás y que se rizaban sin orden ni concierto alrededor de su rostro. Los habitantes de la ciudad parecían aún más sorprendidos si vislumbraban sus ojos azules. Algunos niños se ponían a chillar, asustados, y echaban a correr para refugiarse en la seguridad del regazo de sus madres, gritando:

—*Kami, kami!* ¡Ha venido a buscarnos!

Hannah se reía.

—¿Creen que soy un espíritu maligno? ¿Tan horrible es mi aspecto?

—No, no, es por el pelo. Es raro ver algo distinto al pelo negro —le explicó Hoji—. Y el tuyo es muy vivo, *neh?*

—Sí que lo es —dijo Hannah entre risas.

Esperaba que las gentes de Japón no fueran tan supersticiosas como para atacarla por ser diferente, aunque confiaba en que Hoji la protegería en caso de que fuera necesario.

—¿Lleva zuecos ese hombre? No se parecen demasiado a los nuestros —le susurró Hannah a su amigo, señalando con un gesto a un hombre que manejaba vigorosamente su escoba. El hombre llevaba puesto algo parecido a un trozo plano de madera en cada pie, con otras dos piezas de madera adheridas por debajo, en ángulo recto. Hannah pensó que era increíble que lograra mantener el equilibrio encima de semejantes armatostes.

—Sí, pero los llamamos *geta*. Como los vuestros, se pueden poner cuando hay barro o agua en la calle. Pero la mayoría lleva sandalias de paja. Si hace frío, se ponen además calcetines, que se llaman *tabi*, que separan el dedo gordo del pie de los demás, para poder llevar con chanclas.

—Entiendo. Parece muy cómodo.

—Te acostumbrarás. Estoy ansioso por comprarme un par.

A pesar de que Hoji tenía unas botas inglesas, había preferido ir descalzo la mayor parte del tiempo que pasó a bordo del barco, siempre que el tiempo lo permitiera.

Hannah se miró el calzado que llevaba, que estaba en mal estado. Se había puesto sus viejas botas, pero la presencia constante del agua salada había desgastado la piel. Supuso que también ella habría de adaptarse a las sandalias japonesas, a no ser que quisiera acabar andando descalza.

—¿Y dónde vamos? —preguntó Hannah cuando Hoji se paró un momento en una

esquina de la calle.

—Por allí. Después de ti. —Le indicó que girase a la derecha.

Hannah dobló la esquina y se topó de pleno con un robusto pecho.

—¡Oh, *sumimasen*, lo siento muchísimo!

Oyó claramente que Hoji aspiraba repentinamente a su espalda, como si algo lo hubiera dejado horrorizado, pero dos fuertes brazos se adelantaron para sujetarla y una voz familiar dijo:

—*O-hayo gozaimasu, Akai.*

Hannah alzó los ojos para encontrarse con la mirada ambarina de Kuma y dio un paso atrás.

—Esto... buenos días.

Intentó inclinarse y él la soltó, bajando la cabeza. Hannah notó que esta vez había varios criados que caminaban detrás de él, todos ellos aguardando pacientemente a que prosiguiera.

—No esperaba veros aquí, Kuma-san. Permitidme presentaros a Hoji-san, mi sensei.

Hizo una reverencia apropiada, consciente de que sus mejillas volvían a ruborizarse y preguntándose por qué él le causaba ese efecto. Le fastidiaba sentirse tan aturdida en su presencia.

Hoji había hincado las rodillas en la tierra y estaba tan encorvado que tocaba el suelo con la frente. Hannah se preguntó si él sabría algo acerca de ese Kuma que ella no supiera, pero ahora ya era demasiado tarde. No podía arrojarse al suelo ahora, de repente, para hacer una reverencia, cuando no lo había hecho antes.

—Estábamos de camino a una casa perteneciente a Yashi-san que nos han alquilado por el momento —dijo.

—Entonces creo que vais en la misma dirección que nosotros. Si queréis caminar con nosotros, os mostraré dónde está. Yo mismo la he alquilado en alguna ocasión, aunque esta vez he sido invitado a casa del señor Matsura.

—Sois muy amable, mi señor.

Hoji se puso de pie, aunque seguía inclinado en una respetuosa reverencia. Le lanzó a Hannah una mirada de advertencia, pero ella no estaba segura de lo que significaba. ¿Y cómo sabía Hoji que este hombre era un señor? Aún no se había presentado formalmente. Resolvió que se lo preguntaría más tarde, pero por ahora le siguió el paso a Kuma. Hoji le había dicho que en Japón las mujeres siempre caminaban detrás de los hombres y, aunque se suponía que ella era un chico, resultaba evidente que seguía siendo socialmente inferior a aquel hombre. No quería ofender a nadie, así que consideró que era mejor obedecer. Tal vez fuera eso lo que Hoji había intentado decirle.

Para su sorpresa, no obstante, Kuma se detuvo y le indicó que se adelantara.

—Por favor, camina a mi lado. Deseo hablar contigo un poco más.

—¿Sobre qué, mi... señor Kuma?

Oyó que los criados que iban detrás de él proferían expresiones sofocadas de sorpresa, pero procuró ignorarlas. No cabía duda de que estaban preguntándose por qué un joven extranjero, estando además tan sucio y desaliñado, era merecedor de tal privilegio. Ella tampoco pudo evitar hacerse la misma pregunta y se encogió por dentro al pensar en la horrible imagen que debía de ofrecer.

—Háblame sobre tu viaje, por favor. ¿Desde dónde vienes? Entiendo que procedes del mismo país que Anjin-san, el extranjero que es consejero del shogun.

—Si os referís a Will Adams, entonces sí, eso es. Se llama Inglaterra. Zarpamos hace dos años y creímos que tardaríamos dieciocho meses en llegar a vuestro país. Por desgracia el hielo nos retuvo, así que nuestro viaje se alargó considerablemente.

—¿Y sufristeis muchas penurias?

—Sí, perdimos a muchos hombres a causa de enfermedades y accidentes y, si os digo la verdad, estábamos empezando a perder la esperanza de llegar algún día.

—Parece un viaje muy largo para venir solamente a comerciar. ¿No hay otros lugares más cercanos a vuestro país que puedan dar beneficios?

—Me temo que no sé mucho acerca de esos asuntos. Por lo que yo sé, el género que hay disponible aquí nos reportará mucho más dinero por lo escaso que es allí. Los capitanes debieron de considerar que merecía la pena correr el riesgo.

Kuma asintió, como si comprendiera el razonamiento y estuviera de acuerdo con él.

—Tiene sentido, supongo.

—Si deseáis más detalles, tendréis que preguntar al capitán Rydon. Con mucho gusto traduciré para vos.

Hannah no supo qué fue lo que le hizo añadir esa oferta, sobre todo sabiendo con certeza que Rydon no lo aprobaría, pero encontraba fascinante a aquel hombre y quería volverlo a ver.

—O más bien Hoji-san, por supuesto —añadió.

—Gracias, quizá lo haga. Bueno, ya hemos llegado; vuestra casa. Me despido.

Kuma se inclinó, aunque no mucho, advirtió Hannah, y se dijeron adiós. Oyó a Hoji exhalar un largo suspiro, como si hubiera estado conteniendo el aliento durante un buen rato, y se volvió a mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿Es que lo he ofendido? Solo intentaba responder a sus preguntas, ya sé que todavía no hablo perfectamente vuestra lengua.

—No, lo has hecho bien y no creo que hayas sido descortés en absoluto, pero los hombres como él pueden ser muy impredecibles. Tan pronto son todo gentileza y compasión, como te cortan al momento la cabeza por la más mínima transgresión. Debes tener cuidado, Hannah-chan.

—¿Cortarte la cabeza? Claro que no.

Se estremeció con solo pensarlo.

—Ya lo creo. Salta a la vista que es un hombre poderoso, un daimio o un samurái de alto rango, sin duda. ¿No has visto sus dos exquisitas espadas y sus elegantes ropajes? ¿Y por qué si no iba a ser un invitado del señor Matsura e iba tener a tantos sirvientes siguiendo todos sus pasos?

—Cielos, no tenía ni idea. Solo me dijo que se llamaba Kuma. Nada de señor.

Hoji sacudió la cabeza.

—Francamente, casi me da un ataque al corazón cuando te chocaste con él. Creí que había llegado tu hora. Aunque es evidente que se está divirtiendo a tu costa por algún motivo, por curiosidad, tal vez. Pero permanece alerta.

—Pierde cuidado, lo haré.

Se habían detenido frente a una puerta insertada en una valla de madera. Un criado la abrió y, tras cruzar unas palabras con Hoji, el hombre hizo una profunda reverencia para darles la bienvenida a su hogar temporal. Hannah apenas si se dio cuenta, pues sus ojos se habían posado en el encantador jardín que había al otro lado de la valla. La sencillez que desprendía la dejó boquiabierta, y lo encontró increíblemente hermoso.

Casi no había flores ni hierba, como las habría en un jardín inglés. En cambio, todo lo que allí crecía era de distintos tonos de verde, desde el menta más ligero hasta el esmeralda más profundo, y el efecto era arrebatador. Se habían dispuesto piedras y cantos rodados, aparentemente sin orden ni concierto, sin embargo daban la sensación de estar en el lugar preciso, y habían colocado unos diminutos faroles de piedra encima de algunas de las rocas. Hannah no podía esperar a que se hiciera de noche para ver el efecto que producirían cuando los encendieran.

—Hoji-san, esto es impresionante.

Hannah se volvió para sonreírle a su compañero y reparó en la expresión en el rostro del sirviente que había abierto la puerta, sorprendido ante su uso de la lengua. El sirviente volvió a inclinarse otra vez, un poco más que antes, y Hannah lo correspondió gentilmente con el mismo saludo, tal y como le había enseñado su mentor.

—Ven, Harry-chan, vamos a echar un vistazo a la casa y luego podremos comer.

Hoji había adoptado la costumbre de añadir el «*chan*» a su nombre en algún momento del interminable viaje. Hannah había comprendido que era un tratamiento cariñoso reservado habitualmente a los hijos o a las personas queridas. Comoquiera que ella había empezado a ver a Hoji como un padre honorífico o un tío, no le importaba.

Sin él, estaba segura de que no habría sobrevivido al viaje.

Taro reprimió la tentación de darse la vuelta para mirar a la pequeña *gai-jin*. Había intentado observarla durante su conversación sin que resultara demasiado obvio, pero no había tenido suficiente. La encontraba completamente fascinante y ansiaba tener ocasión de estudiarla un poco más, pero eso era imposible, a no ser que quisiera dar pie a chismorreos y especulaciones. En verdad, probablemente ya había dejado lo suficientemente consternados a sus criados al invitar a un extranjero desaliñado a caminar a su lado.

Era una, y no uno, de eso estaba seguro. Aunque lo había confundido la primera vez que le puso los ojos encima, en el barco, no tardó en darse cuenta de que era mujer. A pesar de las raídas vestiduras, que se parecían a lo que llevaban los demás miembros de la tripulación, no había conseguido ocultar su rubor, ni el modo inconsciente en que se retiraba el rojo pelo por detrás de la oreja, con un gesto muy femenino.

Quizá nunca lo habría notado de no haber insistido tanto Yanagihara en el hecho de que era una mujer la que se acercaba. Pero, dado que se esperaba a una mujer, su subconsciente había buscado los indicios y los había encontrado. No cabía duda: tenía que ser la que Yanagihara había visto en su profecía.

Casi le entraron ganas de reírse a carcajada limpia al acordarse de que el anciano la había considerado una amenaza. ¿Cómo iba a ser peligrosa? No solo era pequeña y estaba débil por los largos meses en el mar, sino que resultaba evidente que no era una emperatriz, ni ninguna clase de gobernante. Era una criada.

Era una pura suerte que la hubiera encontrado por fin. Él había llegado a Hirado hacía unas semanas para ver los barcos extranjeros de los que le había informado el mensajero. En efecto, procedían de un país del que nunca había oído hablar y decían comerciar en nombre de su rey. Aunque había a bordo algunos hombres cuyo cabello lucía un ligero tono anaranjado, no había logrado hallar ni a una sola persona con el pelo realmente rojo, y a ninguna mujer. Había llegado a la conclusión de que Yanagihara debía de haberse equivocado; sin embargo, justo cuando estaba a punto de emprender el camino de regreso a casa, fueron avistados cuatro barcos más del mismo país. Esperó su llegada y a bordo estaba ella. Akai.

Tendría que hablar con Yanagihara acerca de esa criatura, pero por lo que podía comprobar, no había nada por lo que mereciera la pena alertar al shogun.

Desde luego, ayudaría que pudiera hablar con ella un poco más. Hasta ahora sus conversaciones habían sido muy esclarecedoras, pero aún quedaban muchas preguntas que le gustaría hacer. Parecía lo bastante inteligente, como demostraba el hecho de que se había tomado la molestia de aprender su lengua. Debería estar en condiciones de responder a la mayoría de las cosas que quería preguntar sobre ella y sobre su país.

Pero ¿cómo lo haría para encontrarse con ella a solas?

Hannah y Hoji se adaptaron a la vida en la casa y, siempre que tenían algo de tiempo libre, salían entusiasmados a explorar la ciudad en compañía de una doncella llamada Sakura, a la que Hoji había contratado para que los ayudara con las tareas domésticas. Los habitantes de la ciudad pronto se acostumbraron a ver a Hannah, y la saludaban inclinándose educadamente. Seguían con sus murmuraciones acerca de su pelo, pero ella se lo tomaba con buen humor. ¿Acaso no habían mirado sus paisanos del mismo modo a Hoji en Plymouth? Era de lo más natural, argumentaba, que sintieran curiosidad. Incluso se paraba de vez en cuando y dejaba que los niños le tocaran la melena, para que se convencieran de que no era peligrosa.

Después de hacerle jurar a Sakura que guardaría el secreto del sexo de Hannah, aquella la introdujo en los placeres del baño al estilo japonés. Este consistía, en primer lugar, en un lavado de la cabeza a los pies a manos de la doncella, para quedarse a continuación en remojo en una bañera de agua caliente durante todo el tiempo que quisiera. Había que acostumbrarse un poco, ya que al principio le pareció casi demasiado caliente, pero al cabo de unos instantes se le hizo más soportable y le resultó muy agradable. Después, Hannah recibió un masaje relajante y ropa limpia que ponerse. Le habría gustado probarse una de las batas que vestían las mujeres japonesas, pero tuvo que conformarse con la ropa masculina. Esta consistía en un taparrabos, una bata con cinturón que le llegaba hasta las caderas y una cosa llamada *hakama*. Se trataba de una especie de falda ancha y larga, dividida en el centro y que se llevaba por encima de las demás prendas.

—Ya veo que estás adoptando las costumbres de los nativos, muchacho —se burló Rydon la primera vez que la vio con su nuevo atuendo—. Supongo que lo siguiente será acudir a sus templos.

Hannah se había mantenido alejada de él todo lo posible, tal y como había hecho en el barco, y contuvo el aliento, preguntándose si ahora se daría cuenta de que era una chica. Pero Rydon debía de haberse acostumbrado a pensar en ella como un chico, porque no pareció reparar en ello y sus ojos solo se posaron en ella de pasada, con irritación. Se atrevió a responderle:

—En absoluto. Vos también deberíais probarlo, capitán. Estas prendas son muy cómodas, y estoy seguro de que cuando haga más calor serán de gran ayuda.

El clima era muy caluroso y húmedo en esa parte de Japón durante los meses de verano, según le había dicho Hoji. «Casi como la primera parte de nuestro viaje, donde vivían las gentes de piel oscura. Sin embargo, Japón es bastante grande, de modo que, si fueras al extremo norte, haría mucho más fresco».

—No, gracias —replicó Rydon, secamente, a su sugerencia—. No pienso vestirme como un bárbaro porque sí.

—¿Deseáis que os den un baño, entonces, y que Sakura os lave la ropa mientras

tanto?

No añadió que sería más correcto ir limpio, aunque estaba deseando darle ese consejo.

—¿Para qué? Me he lavado las manos y la cara esta mañana, y a mi ropa no le pasa nada malo.

Rydon salió como un rayo de la habitación, golpeando, hasta casi derribarlo, el tabique de madera y papel que la separaba de la contigua.

Hannah podría haberle dicho que olía terriblemente mal, y que sus criados y cualquier otro japonés con el que tuviera contacto considerarían este detalle como una ofensa. No obstante, pensó que no tenía ningún sentido discutir con él. Jamás la habría escuchado.

En comparación con Rydon, todo lo que la rodeaba era fresco y fragante. La casa estaba construida con maderas de alcanforero y cedro, y la mayoría de los suelos estaban cubiertos con esteras tejidas con caña de arroz.

—Se llaman «tatamis» —le dijo Hoji.

—Mmm, tienen un olor delicioso. —Hannah inhaló profundamente—. Me recuerda al aroma del heno dulce, y son tan mullidas que es una maravilla caminar sobre ellas.

Por las noches traían unos colchones aún más mullidos llamados «futones», y los colocaban encima de los tatamis. Hannah pensaba que no había dormido tan cómodamente en toda su vida. Eran el extremo opuesto a los duros ladrillos de la cocina del barco, aunque aún tardó un tiempo en deshacerse de la sensación de balanceo a la que su cuerpo estaba tan acostumbrado.

Estaba muy contenta con su transitoria vida en aquel extraño país. Como resultado de disponer de comida fresca todos los días, empezó a ganar peso de nuevo y se sentía saludable y satisfecha. Desterró todos sus pensamientos respecto al futuro y vivía únicamente para el presente. Era casi como estar en un sueño continuo, donde todo era un poco irreal.

Hasta el día en que su mundo de ensueño se vino abajo.

Hannah se cuidaba mucho de no aventurarse fuera de la cocina siempre que Rydon tenía invitados. No quería arriesgarse a toparse con su hermano ni con ningún otro extranjero.

«Con las mejillas más rosadas y redondeadas, ya no aparentas ser un chico tanto como antes», le había advertido Hoji. Esto la tenía preocupada, pero no podía hacer gran cosa al respecto. Sin duda, una vez que se embarcaran de regreso a casa, volvería a perder peso. De momento, se mantenía apartada.

Poco a poco, cada día, la temperatura iba aumentando, y tras pasarse horas en la húmeda cocina, una tarde salió afuera un momento a respirar un poco de aire fresco. El jardín tenía un aspecto estupendo bajo la tenue luz de un atardecer de principios de verano. Hechizada, Hannah fue a dar un paseo para fijarse en la simétrica perfección. Era una vista muy sosegadora y respiró profundamente.

Al volverse a su pesar para regresar adentro, alguien salió a la galería que recorría el lateral de la casa y se tropezó con ella. Hannah levantó los ojos y se quedó petrificada.

Era Jacob.

Él también se quedó paralizado y mirándola fijamente, sin dar crédito a lo que veía, aunque no por mucho tiempo. Antes de que le diera tiempo a escapar, él alzó las manos rápidamente y le oprimió los brazos con fuerza.

—¿Hannah? —siseó—. Por amor de Dios, ¿qué estás haciendo aquí?

Hannah se mordió el labio mientras un escalofrío, propiciado por ese encuentro, le recorría todo el cuerpo. No tenía ni idea de cómo explicárselo todo y, a pesar de haber tenido más de dos años para pensar en algo que decir cuando se viera en esa situación, su lengua se negó a funcionar. Tragó saliva con dificultad al tiempo que sus piernas empezaban a flaquear.

—Yo... esto, yo... vine con el capitán Rydon —logró articular finalmente.

El rostro de Jacob dejó de expresar incredulidad para traslucir ira. Por un instante, movió los labios como si no consiguiera que le salieran las palabras, pero entonces estalló.

—¿Te has pasado los últimos dos años a bordo de Sea Sprite? ¿Qué significa esto? ¿Me estás diciendo que eres la ramera de Rydon? ¡El muy canalla! De todas las ruines vilezas...

Hannah ahogó un grito, dejando que todo su trémulo ser diera paso a la indignación.



—¡No, por supuesto que no! ¿Cómo puedes pensar algo así?

—Bueno, ¿y qué se supone que debo pensar? Ninguna chica decente se pasa dos años a bordo de un barco lleno de hombres. Yo... no puedo ni expresar con palabras el espanto que me causas. Por no mencionar lo extremadamente decepcionado que estoy.

Hannah respiró hondo. Veía con claridad meridiana que estaba temblando de la rabia contenida, y sabía que tenía que tranquilizarlo para que pudiera escucharla.

—Jacob, sé lo que debe de parecer, pero lo puedo explicar. Fue todo un estúpido error —empezó a decir, pero él no le dio opción a continuar.

Levantó una mano y la cortó.

—No, no necesito ninguna explicación. No tengo ni idea de qué fue lo que te empujó a tomar una medida tan desesperada, a no ser que fuera tu falta de disposición a casarte con el señor Hesketh, pero...

—Pues claro que no quería casarme con él —lo interrumpió Hannah—. Tú viste lo que pasó y prometiste hablar con padre, pero no cambió nada.

—Lo hice, pero padre me aseguró que el señor Hesketh era un hombre perfectamente respetable. Simplemente se entusiasmó un poco.

—¿Pero es que te has vuelto loco? —Hannah lo miró incrédula—. Pensaba que estabas de mi lado. ¡Ese hombre me agredió!

—Puede que exageraras. Al fin y al cabo, cualquier hombre con el que fueras a casarte tendría derecho a tocarte. No deberías haberte resistido.

—Jacob, no me estás escuchando. —Hannah pateó el suelo exasperada, pero eso no tuvo ningún efecto. Ahora Jacob tenía una expresión fría y dura, si bien sus ojos seguían ardiendo por la ira, como ascuas en una chimenea.

—Bueno, ahora ya no importa, ¿verdad? La cuestión sigue siendo que estás aquí. No serás la única culpable y Rydon no debería haberte animado, pero aun así...

—Él no lo sabe.

—Eso me cuesta creerlo. En cualquier caso, has estado en el barco durante dos años. Tendrás que casarte con ese hombre. No veo otro modo de proteger tu reputación.

—¿Qué? ¿Por qué tendría que casarme con Rydon? Debía de haber más de un centenar de hombres en ese barco y, además, estaba bajo la protección de Hoji-san. Él es el único hombre con el que he estado a solas.

A pesar de la luz menguante, vio que Jacob se ponía lívido.

—Aún peor, un infiel. —Sus labios se transformaron en una línea inflexible—. Bien, es evidente que no te puedes casar con él, ni con ninguno de los marineros. Tendrá que ser responsabilidad del capitán, que tuvo que haber sancionado tu presencia allí desde el principio.

—Sí, pero él cree que soy un chico. Mírame, llevo ropa masculina, la he llevado

desde el primer momento. Él nunca me vio, salvo cuando ya estaba sucia y escuálida. Pregúntale a él, te dirá que me llamo Harry. Harry Johnson.

—Es ridículo —se burló Jacob—. Cualquiera que tenga ojos en la cara se da cuenta de que eres una chica.

—Ahora, tal vez sí. Pero no durante el viaje —insistió Hannah.

—Bueno, no importa. Estoy decidido. No puedo permitir que esta situación se prolongue y desde luego no puedo llevarte a casa deshonrada. Padre me mataría. Tendrá que haber boda.

Hannah se quedó mirándolo.

—¡Jacob, por Dios! No puedes hablar en serio. ¿De verdad esperas que me case con Rydon? ¿Como si tal cosa?

Una perspectiva que dos años atrás la habría hecho saltar de alegría, ahora la repugnaba. Sabía, sin miedo a equivocarse, que el Rydon del que se había enamorado tan absurdamente era una ilusión creada únicamente a partir de sus propias nociones del amor romántico. Debía de haber estado completamente ciega. El auténtico Rydon no era alguien con quien ella deseara pasar ni tan siquiera una noche, mucho menos el resto de su vida.

Jacob la miró.

—Nunca he hablado tan en serio en toda mi vida.

—Jacob, por favor, escúchame. Lo que intenté fue irme contigo. Simplemente me subí al barco equivocado.

—¿Y qué demonios te hizo pensar que yo te daría la bienvenida a bordo? Nunca he oído semejante estupidez. Eres una chica. Tu lugar está en casa.

—Lo sé, pero...

—Y por eso precisamente te casarás mañana. Ahora mismo voy a ir a hablar con Rydon. Tenemos que salvaguardar tu reputación.

—No hace falta. No tengo intención que quedarme en Plymouth cuando regresemos. Me iré a otra parte, estoy segura de que encontraré algún trabajo, aunque sea como una simple fregona. Sabe Dios que ya bastante practiqué en casa. Nadie me querrá de vuelta, eso seguro. Incluso adoptaré un nombre nuevo.

—Ahora no estás diciendo más que tonterías. Si te casas con Rydon, todo irá bien.

Hannah apretó los puños. Deseaba pegar a Jacob con todas sus fuerzas, aunque sabía que eso no solucionaría nada.

—No, me niego —dijo con los dientes apretados—. No pienso casarme con él.

—Lo harás, y es mi última palabra. Mientras estemos aquí, yo soy el cabeza de familia y harás lo que yo te diga.

Se dio media vuelta para marcharse, poniendo punto y final a la discusión.

La rabia y la frustración hacían hervir por dentro a Hannah.

—Muy bien, como tú quieras, Jacob Marston. Pero te odiaré hasta el día en que me muera por forzarme a un matrimonio que a mí me resulta despreciable. No pienso volver a hablarte jamás. Ya no te considero mi hermano.

Se fue con la cabeza bien alta, pero, en la seguridad de la cocina, con Hoji, cedió a las lágrimas de desesperación. Sabía que a Hoji le disgustaban las muestras de cualquier tipo de emoción, pero tras exponerle la situación, esta vez no dijo nada y abandonó la estancia discretamente.

Pasado un rato, Hannah se sentó a la entrada de la cocina, mirando la oscuridad. Sus lágrimas se habían agotado, pero la ira seguía recorriéndole las venas.

—No puede obligarme —musitaba—. Huí de un matrimonio repulsivo, solo tengo que volver a hacerlo. Por lo más sagrado, Jacob no es mi guardián.

Llevada por un impulso, se levantó, cruzó el jardín y salió por la portezuela. Afuera, la calle estaba sorprendentemente vacía, cosa que le convenía. No estaba de humor para ver o hablar con nadie, de modo que, cuanto más tiempo permaneciera así, mejor. Dando rienda suelta a su furia, salió en estampida por la calle que bajaba hacia el puerto, sin pensar verdaderamente hacia dónde se dirigía.

Cualquier sitio era mejor que permanecer allí.

Taro se revolvía en su futón, incapaz de conciliar el sueño. Salía para el norte al día siguiente, tras permanecer en el sur varias semanas de más respecto a lo que había planeado. Aún no había dado con una buena excusa para ir a visitar a la muchacha extranjera, y de mala gana había tomado la decisión de que había que tomar más medidas solapadas. Para llevar a término su plan, no obstante, primero tenía que ser visto partiendo, para que nadie sospechara que pudiera estar involucrado.

Suspiró por enésima vez y se incorporó. No servía de nada, el sueño lo esquivaba. *Tal vez debería salir a divertirme un poco*, pensó, algo bastante fácil de conseguir en una ciudad portuaria. Siempre había por ahí marineros de jarana. Lo único que tenía que hacer era seguir el ruido.

Despachó a sus guardaespaldas, que se pusieron firmes al salir él del dormitorio.

—No, quedaos —ordenó—. Puedo cuidar de mí mismo.

Se había vestido con sencillez, para no llamar la atención, y en lugar de sus dos espadas, se llevó solo un par de dagas afiladas, ocultas entre sus ropas. Nadie adivinaría que era un daimio, especialmente de noche.

La ciudad no era grande y no tardó en encontrar el camino hacia la zona de diversión. Alguien cantaba estridentemente, se oían risas y chillidos procedentes de varios puntos, y Taro se quedó parado un momento, tratando de decidir hacia dónde ir. A pesar de la urgencia por salir, en realidad no estaba de humor para divertimentos. Estaba pensando si entrar en la siguiente posada y pedir un poco de sake, cuando oyó un grito agudo. Sin pensárselo dos veces, enfiló hacia el lugar de donde provenía el

tumulto.

Hannah había caído tarde en la cuenta de que huir en un país extranjero era una soberana estupidez. La ira la había cegado tanto que no pensaba con claridad. Pero cuando el enérgico paseo hubo disipado la rabia más incontrolable, la asaltó el instinto de supervivencia y se paró.

Solo que era demasiado tarde.

Un grupo de jóvenes salió en tropel de una casa cercana, obviamente de la peor calaña, y la vieron inmediatamente. Antes de tener ocasión de salir corriendo, la rodearon, y uno de los del grupo (aparentemente su autoproclamado jefe) empezó a asediarla con preguntas.

—¿Qué haces fuera tan tarde, chico *gai-jin*? ¿Es que no sabes que es peligroso?

Hannah guardó silencio, con la esperanza de que la dejaran tranquila si no les contestaba.

—¿No sabes hablar? ¿Se te ha comido la lengua el gato? ¿O es que no nos entiendes, eh?

—Sí, vosotros esperáis que os den todas las comodidades, pero no levantáis ni un dedo por nosotros, ¿no? —intervino otro.

—Dejadme en paz —dijo Hannah, para demostrar que hablaba su lengua.

—Ah, pero si habla. Vaya, vaya, vaya. —El jefe se acercó y rodeó a Hannah por los hombros con el brazo, zarandeándola un poco—. Pues venga, vamos a divertirnos un poco. Quiero ver qué hacéis los extranjeros para pasar un buen rato.

—No, suéltame. Tengo que volver. Me echarán de menos —dijo Hannah, intentando quitárselo de encima. Pero era como una lapa y parecía tener el brazo pegado a ella.

—Eh, nada de eso —le replicó—. Tú te vienes con nosotros y se acabó.

—¡He dicho que no! —Hannah sentía que el pánico se apoderaba de ella. Totalmente desesperada, le dio una patada al chico en la espinilla, pensando que eso le haría aflojar el brazo, si bien el efecto fue el contrario.

El brazo se le enrolló como una serpiente alrededor de la garganta desde detrás y empezó a apretar.

—Quieres jugar duro, ¿eh? Te voy a enseñar yo lo que es jugar duro.

Sin pensarlo, Hannah chilló; luego se dio cuenta de que era absurdo, por no decir femenino. Nadie podía oírla, y si lo hacían, no acudirían a rescatarla. ¿Cómo podía solucionarlo? Profirió un sollozo de auténtico terror, pero tragó con dificultad y procuró defenderse. Hundió el codo en el pecho del chico y pataleó y corcoveó, pero solo consiguió que el brazo que tenía en torno al cuello apretara más fuerte. Hannah volvió a gritar, aunque esta vez fue un grito de frustración.

Justo cuando pensaba que se le agotaba el aire, algo grande y oscuro se precipitó

contra los dos jóvenes que tenía más cerca y los apartó de su camino. Alguien gritó:

—*Chikusho!*

Y entonces, el que estaba estrangulando a Hannah se encontró de pronto mirando la punta de un cuchillo afilado. Dejó escapar un gemido de pavor.

—Suéltala.

La voz era fría y dura como la hoja del arma y el atacante de Hannah no perdió ni un segundo.

Ahogó un grito y aflojó el brazo en un instante, balbuceando algo sobre que solo se estaban divirtiendo. Enseguida huyó, seguido de cerca por sus compañeros, y la noche se los tragó.

Hannah se dobló sobre sí misma e inhaló grandes bocanadas de aire. Una mano se posó sobre su hombro, pero era un gesto de apoyo, y no se sintió amenazada. Se irguió y miró al señor Kuma. Se preguntó qué estaría haciendo en la calle tan tarde, pero le estaba extremadamente agradecida por que hubiera acudido en su rescate.

—¿Estás herida?

La pregunta fue brusca, pero Hannah creyó detectar un punto de preocupación en su tono. Por lo que pudo ver a la luz de un farol cercano, también estaba ceñudo.

—Estoy bien. Muchas gracias por vuestra ayuda, Kuma-sama.

—¿De verdad son tan estúpidos los *gai-jins* como para dejar que sus mujeres deambulen solas de noche? —preguntó.

Hannah caía ahora en la cuenta de que le había dicho al borracho que «la» soltara. Se quedó mirándolo fijamente.

—¿Mu... mujeres? —titubeó.

Hizo un gesto de impaciencia.

—No estoy ciego, Akai. Ni soy estúpido. De manera que ¿qué estás haciendo aquí fuera a estas horas de la noche?

—Pues... estaba huyendo —admitió Hannah, aunque ahora que lo decía en voz alta sonaba todavía más estúpido.

—*Nani?* —bramó él, acentuándose su expresión ceñuda—. ¿Qué?

Hannah negó con un gesto.

—Lo sé, ha sido una idiotez por mi parte, y ya había llegado yo a esa conclusión cuando esos... esos hombres me han encontrado. Ahora me voy directamente a casa, lo prometo.

—Me aseguraré de ello. Ven.

—En serio, no hace falta que me escoltéis. Ahora estaré alerta.

Soltó un bufido.

—¿Y qué vas a conseguir con eso? No estás a la altura de ningún hombre, ¿no crees?

Como para demostrarlo, se abalanzó sobre ella y la cogió en brazos. Hannah

ahogó un grito. Aunque probablemente su intención era asustarla un poco, Hannah por el contrario sintió cierta excitación. Solamente en una ocasión había estado en brazos de un hombre, cuando el señor Hesketh... Pero se negaba a pensar en ello. Esto era otra cosa y, por el motivo que fuera, ahora no estaba asustada.

—¡Señor Kuma! Por favor, soltadme. Lo... lo entiendo.

Él lo hizo, aparentemente satisfecho de haber demostrado su argumento.

—Nunca vuelvas a deambular por ahí sola —le dijo muy serio.

—No lo haré, creedme.

Procuró que no le temblara la voz ni un ápice, pero la había desconcertado con su demostración y tuvo que hacer un esfuerzo por calmarse. Él echó a andar en dirección a la casa de Rydon y ella le siguió el paso a su altura, súbitamente agradecida por su presencia.

—Ahora dime de qué huías —le dijo.

—Bueno... de algo que mi hermano quiere que haga y con lo que yo no estoy de acuerdo.

—¿Es mayor que tú, *neh*, y tu padre no está aquí?

—Eso es.

—Entonces, ¿está en su derecho de decidir por ti, en tu país igual que aquí?

Hannah suspiró y asintió.

—Bien, pues —espetó—. Es tu obligación obedecer. ¿Por qué luchas contra ello?

—No lo sé. —Apretó los dientes. El señor Kuma tenía razón y tal vez Jacob también. Se había portado mal escapándose de una forma tan descarada, por no hablar de lo de esconderse entre cientos de hombres durante tanto tiempo. Podía haberle ocurrido cualquier cosa y, de no haber sido por Hoji, habría estado perdida. Si casarse con Rydon expiaba todo eso, ¿entonces era su obligación pasar por ello? Estaba en juego el honor de su familia, por no decir el suyo propio.

Sintió que se le hundían los hombros por el fracaso. *Todo esto lo he provocado yo. Debo asumir las consecuencias.*

Habían llegado a la verja de la casa de Rydon y se volvió hacia el señor Kuma para inclinarse ante él.

—Gracias otra vez, mi señor. Sois muy amable y estoy en deuda con vos.

—*Dozo*. No hay de qué. Tal vez puedas recompensarme pronto.

Con esta frase enigmática, se fue.

La ceremonia nupcial tuvo lugar en la galería a la mañana siguiente. Habían dado con un clérigo holandés para que la oficiara, aunque no parecía muy contento al respecto. Hannah sospechaba que no le gustaban los ingleses y que había sido coaccionado para conseguir que cumpliera con su obligación, pues miraba a todo el mundo con malevolencia. A ella le daba igual.

Él no era el único que asistía a la fuerza. Tenía a su lado a Rydon, como un volcán a punto de entrar en erupción. No dejaba de mirarla y escrutarla una y otra vez, como si no pudiera creer que fuera la misma persona que el muchacho al que había empleado para que cocinara. Si bien para la boda iba vestida con un sencillo kimono adquirido a todo prisa, y llevaba el pelo lavado y suelto. No cabía la menor duda de que era una mujer.

Hoji le había informado de que Jacob y Rydon habían mantenido una disputa de dimensiones épicas durante su ausencia la noche anterior, y Hannah no lo puso en entredicho. Sea como fuere, al parecer Jacob impuso su postura, dado que Rydon no protestó oficialmente. Con todo, sus ojos ponían de manifiesto cuáles eran sus sentimientos.

El sacerdote holandés hablaba con un fuerte acento, pero para llevar a cabo el servicio empleó mayoritariamente fórmulas latinas. Como lengua franca de Europa, le resultaba obviamente mucho más fácil y Hannah no tuvo dificultades a la hora de seguir sus palabras. El pastor de su iglesia de Plymouth insistía en usar el latín en los ritos importantes, de modo que estaba acostumbrada. Tampoco es que le interesara oír nada de aquello y, por la expresión de hartazgo de Rydon, era evidente que él pensaba lo mismo.

Por supuesto, Jacob estaba presente, aunque Hannah no se dignó mirarlo siquiera. A pesar de habérselo pensado un poco más después de que el señor Kuma se hubo marchado, seguía oponiéndose. Admitió que Jacob tenía derecho a decidir sobre ella en ausencia de su padre, pero en el fondo de su corazón sabía que este matrimonio era un error. Rydon y ella eran una pareja que se había fraguado en las cocinas del infierno y no había manera humana de que ella cooperara o le facilitara las cosas a su hermano. Estaba segura de que habrían hallado otra solución solo con que Jacob hubiera querido escucharla.

Se concentró en las palabras del sacerdote, solo por tener algo que hacer. Cuando llegó la parte en la que ella tenía que pronunciar sus votos, dijo que no con la cabeza y guardó silencio, con la boca firmemente cerrada. El pastor miró a Jacob

desconcertado, pero lo urgieron a continuar.

—Ha dicho que sí —refunfuñó Jacob.

—No es cierto —desmintió Hannah con claridad, aunque Jacob la ignoró.

—Limitaos a proceder con el resto —le ordenó al sacerdote, y el hombrecillo obedeció, con cara de no ver el momento de salir de allí.

—*In nomine patris et filii et spiritus sancti. Amen.*

El holandés los declaró marido y mujer y Hannah le dedicó una mirada de odio. Debía de tener un aspecto muy fiero, pues el hombre retrocedió un paso, con los ojos muy abiertos.

*No soy la esposa de Rydon, pensó tercamente, digan lo que digan. No he prometido nada. Dios es mi testigo de que hoy no me he casado.* También se negó a firmar el certificado formal, redactado apresuradamente por el clérigo para documentar el matrimonio. Jacob hizo una cruz en nombre de Hannah y ella dio media vuelta tras lanzarle una mirada de desprecio.

Tan pronto terminó la ceremonia, Rydon se la llevó de nuevo a la casa y la condujo hasta su habitación.

—Bueno, supongo que ya estarás contenta —gruñó—. No me puedo creer que me hayas embaucado hasta tal punto. Dos años. ¡Dos años! Delante de mis narices.

Se paseaba arriba y abajo por delante de ella.

—Me has hecho quedar como un auténtico imbécil, estúpida chiquilla.

—No soy una chiquilla. —Hannah apretó los puños dentro de las mangas de su kimono—. Ya tengo diecinueve años.

—¡Ja! Viéndote no lo habría dicho nunca. No me extraña que te tomara por un chico. ¿Acaso no tienes vergüenza? Paseándote por delante de mis hombres vestida con pantalones, un día tras otro. ¿Por qué no dijiste nada?

—No me diste la ocasión al principio, y después... Bueno, las cosas habían ido demasiado lejos.

—Tonterías. Lo único que tenías que haber hecho era hablar.

—¿Cómo has hecho tú esta mañana? ¿Por qué no te has negado sin más a casarte conmigo? Tú eres un hombre, tienes elección.

—Yo también tengo que pensar en mi honor —dijo, con tono ofendido—. Además, te estaba haciendo un favor. De no haberme casado contigo, tu hermano te habría encadenado al señor Jones. Después de mí, él es el hombre de mayor rango, y como sé que no le son indiferentes las chicas jóvenes, dudo que te hubiera rechazado.

Hannah se quedó mirándolo fijamente, horrorizada ante la idea de que su hermano hubiera ni tan siquiera contemplado esa posibilidad. Rydon estaba en lo cierto, había actuado con honor, si bien un poco tarde, y suponía que ella debería estar agradecida. De pronto, todo el miedo se evaporó y se dejó caer sobre un cojín.  
*¡Qué desastre!*



—¿Realmente sirve de algo discutir este asunto? —suspiró Hannah—. Por lo visto ahora estamos casados, así que tal vez deberíamos sacar el mejor partido a la situación. A no ser que tengas a bien concederme una anulación.

—¡Ojalá! Tu hermano me haría picadillo y se me comería para desayunar —refunfuñó, aunque las palabras de Hannah debieron de causar cierto efecto, porque se serenó un poco, y también se sentó. Poco después, una llamada a la puerta anunció la llegada de algo de comida, artísticamente dispuesta sobre unas bandejas lacadas.

—Gracias —dijo Hannah, mientras Rydon permanecía callado.

Comieron en silencio, aunque ninguno de los dos tenía demasiado apetito, y entonces él se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Tengo asuntos que atender —le dijo—. Quédate en la casa hasta que yo vuelva, por favor.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No tengo ni idea, y tampoco te incumbe.

El tiempo pasaba despacio y Hannah se aburría muchísimo. Estuvo deambulando por la casa, pero parecía estar desierta. Sin duda, habían ordenado a todos que no molestaran a los recién casados, si bien Hannah no quería pensar en lo que eso implicaba. Se preguntaba si ahora se le permitiría pasar ratos con Hoji, aunque lo dudaba. Probablemente Rydon no consideraría apropiado que mantuviera una amistad con un hombre que no fuera su esposo. Era ridículo, por supuesto, pero así era como debía de verlo él, estaba segura. Quizá fuera correcto siempre que Sakura estuviera presente. Al fin y al cabo, ahora Hannah tenía que hacerse cargo de la casa.

El tiempo siguió alargándose interminablemente y, al ver que Rydon no volvía, Hannah procuró entretenerse con algo. Encontró una copia ajada de la Biblia entre las posesiones de Rydon y se sentó a leer. No había otra cosa que hacer y había pasado tanto tiempo desde la última vez que leyó algo que disfrutó de cada palabra.

La luz del día se fue apagando y a Hannah empezaron a cerrársele los párpados. Había dormido muy poco la noche anterior y ahora ese insomnio le pasaba factura. Resultaba evidente que su esposo no tenía intención de regresar pronto, así que decidió descansar algo antes de que lo hiciera. Sabía que se exigía de ella que compartiera la cama con Rydon esa noche, y decidió que bien podía tumbarse allí a esperar.

Su futón tenía un aspecto tentador, pero cuando se tendió cautelosamente encima del cubrecama, la invadió un rancio tufo a sudor. Obviamente, Rydon aún no había adoptado el hábito japonés del baño y Hannah arrugó la nariz. Al principio el olor la molestó, pero no por mucho tiempo. Estaba demasiado cansada como para que le importara.

—¿Qué tú eres mi mujer? Eso está por ver.

Esas palabras trabadas y alguien tirándole del pelo despertaron a Hannah. Trató de incorporarse, pero una mano enorme la empujaba contra el suelo. Su mente registró la novedad de que su marido había vuelto.

—¿Rydon? ¿Qué pasa?

—No me llames así. Me llamo Rafael, como estoy seguro que ya sabrás. Aunque supongo que siempre puedes dirigirte a mí llamándome «esposo».

El corazón empezó a repiquetearle ansiosamente al darse cuenta de lo que iba buscando. Sus temores se demostraron acertados cuando, en lugar de responder, le levantó el kimono de un tirón antes de darle tiempo de protestar y le deslizó una mano por el muslo, pellizcándolo dolorosamente.

—¡No, Rafael, espera!

Él hizo caso omiso a sus palabras y continuó. En su mente salieron a relucir imágenes de aquella otra ocasión con el señor Hesketh y trató de apartar a Rydon de un empujón. Era como si estuvieran reproduciendo la escena, solo que peor, y el miedo que había sentido la vez anterior se multiplicó por diez, debido a que ahora estaba oscuro y no había la posibilidad de que alguien acudiera en su ayuda.

—Crees que puedes engañarme, ¿eh?

Podía oler la pestilencia acre del vino en su aliento y supo que estaba borracho. Aquello hizo que se asustara aún más. Sabía muy bien que los hombres en ese estado nunca actuaban con sensatez.

—Nunca fue mi intención, te lo juro.

—Quédate calladita y cumple con tus deberes conyugales.

Volvió a empujarla contra las sábanas y empezó a forcejear en serio.

—¡No, para! Tú no puedes...

—Puedo hacer lo que me plazca. Debo recibir alguna compensación por este mísero trato. Necesito una mujer y no quiero una pagana. Voy a tener que conformarme contigo.

—¡Rafael, no, por favor, no lo hagas! Así no.

Casi notaba el sabor del miedo en la boca. No era así como había imaginado su noche de bodas. Estaba en las antípodas de todos sus ideales románticos, por muy bobalicones que fueran, y el hombre que tenía a su lado era, definitivamente, el hombre equivocado.

—Que te quedes callada, te digo. No querrás despertar a todo el vecindario.

De repente le arrancó el cinturón del kimono y le abrió la prenda. Lo oyó abjurar de un modo de lo más sucio. Pese a estar acostumbrada, a esas alturas, al lenguaje obsceno de los marineros, nunca había oído semejantes palabras referidas a ella. Se quedó profundamente conmocionada.

—No eres tan mujer como tu hermana, ¿eh? —gruñó, poniéndole la palma de la

mano sobre uno de sus pequeños pechos y restregándolo penosamente, igual que había hecho el señor Hesketh. Hannah creyó que le iban a entrar náuseas—. Qué suerte la mía, acabar con la más débil de la camada —musitó Rydon.

Un rojo velo de rabia se alzó ante los ojos de Hannah, reemplazando en parte su sensación de terror. ¿Cómo se atrevía, encima, a insultarla? Aquello pasaba de castaño oscuro. Más enojada de lo que lo había estado en toda su vida, soltó un furioso puñetazo que fue a dar a un lado de la cabeza de Rydon.

—¡Quítate de encima, lujurioso malnacido en celo! Déjame en paz, te digo.

Él volvió a blasfemar y prosiguió con su ataque. Hannah pedía auxilio a gritos, pero en el fondo sabía que nadie vendría.

Estaba sola.

A pesar de resistirse a él sistemáticamente, una parte de sí misma estaba segura de que al final sería inevitable que ganara él. Su superioridad física, combinada con su rabia por haberse visto forzado a ese matrimonio, hacía que estuviera decidido a tomar lo que era suyo. Parecía que nada de lo que ella pudiera decir o hacer lo iba a detener. Con todo, se negaba a rendirse sin presentar batalla, así que intentó pegarle, patearlo, arañarlo e incluso hundió sus dientes en él varias veces, pero él continuaba de un modo despiadado.

El hecho de que sus forcejeos parecieran excitarlo todavía más acabó por colarse en su paralizado cerebro. Llegó a la conclusión de que sus esfuerzos eran en vano, y consiguió obligar a su cuerpo a permanecer inmóvil, para lograr al menos que se diera prisa y acabara de una vez. Saber que Kate habría deseado de buen grado que le hiciera esto mismo escapaba a su comprensión. Era abominable.

Estiró una mano, buscando algo a lo que agarrarse para encontrar la fuerza que le permitiera soportar aquella espantosa experiencia. En cambio, sus dedos tocaron algo inesperado en el interior del ovillo que formaban las sábanas. Hurgando un poco, logró extraer el objeto, y para su absoluto regocijo y asombro, era una pistola. La atrajo lentamente hacia ella, asegurándose de que seguía cubierta por una esquina de la sábana, con la esperanza de que Rydon no se percatara. No tenía de qué preocuparse, estaba ocupado desabrochándose los pantalones y musitando entre dientes.

—Es tu deber... aprenderás a valorar... por qué tengo yo que sufrir por tus disparates, sabe Dios...

Hannah lo ignoraba mientras su mente trabajaba afanosamente. ¿Qué debería hacer con la pistola? No podía dispararle sin más, a no ser que quisiera que la colgaran por asesinato. Eso no la llevaría a nada. Sin embargo, si lo amenazaba con ella, ¿la tomaría en serio? Había un problema añadido: la habitación estaba casi completamente a oscuras, a excepción de un pequeño farol que no aportaba mucha luz. No veía lo suficiente como para tener la certeza de si el arma estaba cargada o

no. Si no lo estaba, sin duda Rydon lo sabría, y por lo tanto no le serviría de nada amenazarlo con ella. Decidió que la única solución era darle un uso distinto.

Justo cuando terminó de desabrocharse por fin los pantalones, Hannah agarró la pistola firmemente por el cañón y golpeó a Rydon, tan fuerte como pudo, con la empuñadura de madera del arma, justo encima de la oreja izquierda. Se oyó un golpe sordo, amortiguado, en el momento en que impactó contra el cráneo, pero él no emitió ningún otro sonido. Simplemente se desplomó como un saco encima de ella, inconsciente.

Hannah se quedó mirando la oscuridad por un instante, con el pecho agitado por la emoción y el miedo contenido. Al final, se las arregló para echarlo a un lado y alejarse del futón a rastras. Temblorosa, se sentó en el borde, aún con la pistola cogida en su mortífera posición, y procuró calmarse. Tragó saliva con dificultad, para librarse de la náusea que le subía por la garganta. Había estado cerca, demasiado cerca.

Miró por encima del hombro para asegurarse de que Rydon estaba realmente inconsciente, entonces apretó los dientes e hizo una promesa:

—Esto no volverá a suceder nunca más, Dios me ayude.

Había escapado por muy poco, pero sabía que era solo cuestión de tiempo que volviera a intentarlo, así que tenía que encontrar la manera de impedirselo.

A la mañana siguiente, temprano, Hannah despertó a Rydon vertiéndole sobre la cara un jarro de agua. Él se incorporó y prorrumpió en un chillido de enojo, mientras se sacudía el agua de los ojos parpadeando. Como si estuviera siendo atacado y preparándose para luchar, buscó a tientas entre las sábanas, presumiblemente su espada y sus armas de fuego, pero estas no estaban en su sitio. Hannah había tomado la precaución de apartarlas todas. Sacó las piernas del futón y las puso sobre el suelo de tatami, y se paró en seco, con la mandíbula desencajada.

Hannah estaba arrodillada frente a él, a pocos metros. Levantó la barbilla con determinación y le apuntó con su propia pistola.

—No te muevas —le advirtió—. No dudaré en usarla.

Rydon frunció el ceño al ver el arma, como si intentara recordar si estaba o no cargada. Lo estaba. Hannah lo había comprobado tan pronto amaneció. No era una experta, pero teniendo dos hermanos en la familia, eso sí lo sabía.

—¿Qué demonios significa todo esto? —intentó bramar—. No tienes derecho a...

—Malnacido —siseó, interrumpiéndolo—. Me da igual lo que diga Jacob. Yo no soy tu esposa, ni siquiera después de esa ridícula ceremonia, y no vas a volver a hacerme eso nunca más, ¿me has oído?

Movió la pistola en dirección a la cama y Rydon frunció el entrecejo. Obviamente no guardaba muchos recuerdos de la noche anterior, pero ella sabía que comprendería a qué se refería. Solo para asegurarse de que la seguía, se levantó una manga para mostrarle los moretones que le había infligido. Abrió los ojos de par en par cuando se dio cuenta de que eran obra suya.

—Hannah, te pido disculpas, no tenía que haber sucedido así —empezó a decir—. Ese sake infernal le hace cosas raras a un hombre.

—Me trae sin cuidado cómo tenía que haber sucedido. No se volverá a repetir, ya te lo he dicho.

Hannah le entregó una hoja de papel, una pluma y tinta.

—Ahora vas a firmar esta carta, en la que se declara que juras por tu honor que nuestro matrimonio no se consumó y que solicitarás la anulación tan pronto pises tierra inglesa. Luego volveré a mi habitación y, si te atreves a acercarte siquiera a mí, te dispararé, ¿lo has entendido?

—¿No hicimos...?

—No, no lo hicimos. Te desmayaste.

Rydon pareció desconcertado por un momento y se llevó las manos a la cabeza

para sujetarla, como si eso pudiera curar el dolor de cabeza que sin duda estaba padeciendo.

—¿Qué es este bulto? —murmuró.

—Creo que te diste con el marco de la puerta al entrar —mintió Hannah. No le hacía falta saber que ella lo había golpeado con la pistola.

Rydon cerró los ojos y frunció el ceño, pero justo cuando Hannah estaba a punto de empezar a gritarle de nuevo, los abrió y le lanzó una mirada de odio.

—Bien, bien, firmaré —musitó—. De todas formas, yo tampoco quiero estar casado contigo. Jacob no podrá decir que no lo he intentado.

Acercó el papel hacia sí y garabateó una firma.

—Ahí lo tienes, hecho.

—Gracias. Me ocuparé de que lo cumplas, recuérdalo.

Al salir de la habitación, aferrada al valioso documento, Hannah oyó que Rydon despotricaba para sí mismo.

—¡Maldita sea! ¡Al infierno con todas las mujeres!

Pero a ella poco le importaba lo que pensara. Él no era nada suyo.

Hannah sabía que Rydon y Jacob llevaban semanas esperando tener noticias del inglés, Will Adams, y su inquietud había ido en aumento al corroborar que los habían dejado plantados, pues no había rastro de mensajero alguno. Comoquiera que los representantes de la Compañía de las Indias Orientales ya habían recibido el trato de favor por parte del mandatario japonés, Adams era su única esperanza.

—Por lo menos debería de estar en condiciones de ayudarnos a obtener un cargamento decente, o eso me han dicho —había declarado Jacob—. Eso significaría que el viaje no ha sido enteramente en vano.

—Esperemos que tengas razón —fue la respuesta de Rydon—, aunque no pondría la mano en el fuego.

Pocos días después de la debacle matrimonial, Rydon entró en la habitación de Hannah sin llamar a la puerta, blandiendo un papel. Ella tanteó en busca de la pistola que guardaba cerca en todo momento y se preguntó si debía darle importancia a ese detalle. Entonces advirtió su preocupación y se dio cuenta de que no lo había hecho a propósito. Parecía tener todos sus pensamientos concentrados en la noticia que traía.

—Por fin tenemos respuesta. Nos han concedido permiso para viajar a un lugar llamado Edo para vernos con Will Adams, y está dispuesto a interceder por nosotros ante el soberano de Japón. Incluso ha enviado una pequeña escolta.

—¿Y eso no es bueno?

Rydon no parecía muy satisfecho, y eso descolocó a Hannah.

—Sí. Aunque yo esperaba que el señor Adams viniera aquí. Preferiría no viajar hasta tan lejos en un país lleno de bárbaros. Además...

Frunció el entrecejo.

—¿Además qué?

—Bueno, no me fío de ellos. He estado hablando con algunos comerciantes holandeses y me dicen que en muy raras ocasiones permiten a los extranjeros ir más allá de este puerto. Me huelo un engaño, puede que incluso una trampa.

—¿Lo has consultado con Hoji-san? Tal vez él pueda averiguar qué hay de cierto en todo esto.

Rydon se mofó de ella.

—Dice que todo está en orden y que los visados de viaje son válidos, pero ¿qué va a decir él, si no? Después de todo, es uno de ellos.

—Sí, pero ha jurado protegerte. Te debe la vida, ¿recuerdas?

—¿Y crees que confío en la palabra de un pagano? Francamente, ya sé que tienes debilidad por él —se burló Rydon—, pero no dejes que eso te ciegue con respecto a su verdadera naturaleza. Es, y siempre será, un bárbaro, y siempre será fiel a los suyos. Esta vez, sin embargo, le va a salir el tiro por la culata si intenta algo. Me lo llevo para que me haga de traductor y lo tendré vigilado de cerca, no hay cuidado.

—¿Lo vas a llevar contigo? —Hannah se quedó helada. Se había acostumbrado tanto a la protección de Hoji que ahora la idea de estar sin él le resultaba casi dolorosa. Era la única persona en la que podía confiar en ese momento. Era un consuelo menor que aquel del que más necesitaba protegerse, a saber, Rydon, también se marchara.

Él asintió.

—Por supuesto. ¿Cómo si no voy a comunicarme con cualquiera que no sea Adams? No entiendo una palabra de ese galimatías que tienen por lengua.

—A lo mejor yo podría ayudar. Ahora hablo bastante bien su idioma. Si os acompañara también...

—De eso ni hablar. Debes quedarte en esta casa, aquí estarás segura. En este país las mujeres saben dónde está su sitio, ¿no te has dado cuenta?

Hannah obvió la chanza y se abstuvo de señalar que era precisamente el trato que le dispensaban Jacob y él mismo lo que había ocasionado su desobediencia. No servía de nada discutir con él, y solo conseguiría que se enfadara aún más, de eso estaba segura. En lugar de obrar así, entrelazó las manos sobre su regazo y bajó la mirada, como había visto hacer a las mujeres japonesas.

—¿Cuánto tiempo vais a estar fuera? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Semanas, meses, ¿cómo voy a saberlo? Este país dejado de la mano de Dios probablemente no tenga ni un solo camino decente.

Hannah resolvió preguntárselo a Hoji, ya que él debía de saber más que el estrecho de miras de Rydon.

—Es imposible saberlo —fue la decepcionante respuesta de Hoji—. Los caminos son buenos, pero todo depende lo que tarden los negocios. También si necesitan el permiso de shogun. Eso podría llevar semanas, puede que más.

Se encogió de hombros.

—Lo siento. Pero, por favor, no te preocupes, contrataré criados y guardias de confianza para que cuiden de ti. De todos modos, es mejor que no te aventures demasiado lejos de aquí. No puedo garantizar tu seguridad fuera de esta casa.

Hannah suspiró. Al parecer no le quedaba más remedio que quedarse.

—Está bien. Te deseo un buen viaje y rezaré porque regreses sano y salvo.

El día anterior a su partida, Jacob fue a la casa y solicitó hablar con Hannah. Ella estaba sentada en la terraza, plenamente visible desde el caminito de acceso. Cuando vio a Jacob y oyó su petición, desvió la mirada hacia los jardines.

—Dile a mi hermano que no tengo nada que decirle, Hoji-san —ordenó, con plena conciencia de que Jacob podía oír todas y cada una de sus palabras.

Cuando le trasladaron el mensaje, Jacob insistió.

—Ten la bondad de decirle a mi hermana que está actuando de forma infantil y que preferiría hacer las paces con ella antes de salir de viaje hacia ese lugar desconocido. Si me sucediera algo... Bueno, sería mejor si tuviéramos una tregua.

Hoji le transmitió debidamente a Hannah su respuesta.

—Lo siento, pero mi hermano debería haberlo pensado antes de abocarme a un matrimonio detestable. Además, considero poco probable que le suceda algo. Contigo estará perfectamente a salvo.

Casi podía oír cómo le chirriaban los dientes a Jacob, si bien siguió negándose a mirarlo. No merecía su perdón por haber intentado encadenarla de por vida a un hombre como Rydon en contra de sus deseos. Tal vez con el tiempo acabaría por dejar atrás ese capítulo de su vida, pero hasta entonces no quería tener nada que ver con su hermano.

—Te ruego que le digas a mi hermana que solo obré pensando en sus intereses y que cualquier otra mujer aceptaría gustosa este emparejamiento. El capitán Rydon será un hombre muy rico cuando este viaje finalice. Y cualquier hombre es mejor que ninguno cuando no te queda reputación —le espetó a Hoji, quien regresó a repetirle esas palabras a Hannah.

Ella dijo en voz alta:

—Si hubiera obrado pensando en mis intereses, habría escuchado mi opinión al respecto. Mi hermano es un hombre y no tiene que acostarse con el capitán en contra de su voluntad. Dile que le pregunte a su amigo Rydon acerca de su no demasiado triunfante noche de bodas.

Elevó el tono de voz al pronunciar esta última frase, echando un fugaz vistazo a



su hermano por encima del hombro. Lo vio ruborizarse a causa de sus atrevidas palabras.

Jacob la miró furibundo y dio media vuelta sin tan siquiera despedirse. Hannah apretó los puños en su regazo y parpadeó para evitar derramar unas molestas lágrimas que amenazaban con brotar. Quizá se equivocaba al no aceptar la rama de olivo que Jacob le había ofrecido, pero en ese momento la herida estaba aún demasiado tierna.

—¡Pero bueno, cómo has crecido!

Taro cogió en brazos a Ichiro cuando el pequeño se acercó a él a gatas, dibujando una enorme sonrisa en su rostro.

—¿Así que te acuerdas de mí?

Lo levantó en el aire, haciendo que Ichiro chillara de alegría.

Le había preocupado que su hijo se olvidara de él por estar fuera durante tanto tiempo y le alivió comprobar que en ese sentido no tenía de qué preocuparse. Para un niño pequeño, varios meses debían de parecer un siglo, pero Taro tenía que atender unos negocios y no había podido acortar su visita a Hirado.

Después de la bochornosa humedad sureña, era maravilloso estar de vuelta en el norte, donde el clima era más fresco.

—Vamos al jardín —sugirió, y cargó a Ichiro sobre sus anchos hombros—. Me llevo a mi hijo a dar un paseo —informó a las niñeras, que revolotearon a su alrededor con intención de seguirlos—. Solo —añadió.

Naturalmente, sus guardaespaldas personales fueron con él, pero ellos no contaban. Eran meras sombras que lo perseguían casi a todas partes, de forma que, en la práctica, estaban solo él y su hijito.

Ichiro dejaba escapar una exclamación al ver ciertas cosas (un pájaro posándose en una rama, una libélula planeando sobre el estanque, una rana tomando el sol), pero su parloteo seguía siendo ininteligible, aun cuando se hacía entender con claridad. Taro se reía sin más y disfrutaba con el sentimiento de orgullo que se inflamaba en su interior cada vez que miraba a su hijo. Sentía una inmensa gratitud hacia los dioses por haberle concedido ese regalo.

No obstante, cuando regresaron a las habitaciones de Ichiro, parte de su regocijo se evaporó al ver a la señora Reiko esperándolos. Estaba arrodillada sobre un cojín en el centro de la estancia, como si fuera una reina a la vista de todo el mundo. Reparó en que las niñeras y otras sirvientas la miraban con una expresión rayana en el miedo. A Taro le recordó a una araña situada en el centro de su tela, y eso le hizo fruncir el ceño. La saludó con una seca inclinación.

—Señora Reiko.

Ella se inclinó profundamente.

—Bienvenido de nuevo, mi señor. Oí que habíais regresado.

Pronunció esas palabras con una mirada, en cierto modo, acusadora y Taro conjeturó que debía de estar pensando que tendría que haber ido a saludarla a ella primero antes de ir a ver a un simple niño. Pero Ichiro era su hijo, y era lo único que había echado de menos en su ausencia. Cayó en la cuenta de que no le había dedicado a Reiko ni un solo pensamiento en todo ese tiempo.

—Confío en que hayáis tenido una agradable estancia en el sur —prosiguió Reiko.

—Sí, gracias.

No se extendió. Lo que había ido a hacer allí no era de su incumbencia y, además, no podía explicarle que había ido allí a ver a la mujer extranjera. Habría creído que estaba loco. Tenía que admitir que él mismo lo había pensado, pero se había demostrado que Yanagihara estaba en lo cierto: la *gai-jin* realmente había llegado.

Desvió sus pensamientos hacia ella, Akai, testaruda, desobediente e ingenua, pero, ah, tan enigmática. Esperaba que hubiera atendido a sus consejos de no volver a deambular por ahí de noche. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpida? Pero parecía una criatura que se guiaba únicamente por sus emociones y saltaba a la vista que estaba disgustada, con los ojos encendidos y llenos de resentimiento. Reprimió una sonrisa. No le envidiaba a su hermano la tarea de apaciguarla. Obviamente, los extranjeros no educaban a sus hijas de la manera apropiada si no sabía cuál era su lugar, y a su edad debía de resultar doblemente difícil hacerla entrar en vereda.

Meneó la cabeza y procuró concentrarse en su entorno inmediato, en lugar de seguir pensando en ella.

Hannah no era asunto suyo. De momento.

Tras la partida de los hombres, Sakura ocupó la posición de Hoji junto a la puerta de Hannah por las noches. Incluso después de desembarcar, él había seguido manteniendo esa costumbre, para protegerla de cualquier peligro. Hannah no estaba segura de que Sakura fuera a servir de mucho en ese aspecto, pero, si venía alguien, por lo menos la pondría sobre aviso. Nadie podía entrar en la habitación sin tropezar primero con Sakura, y seguramente el ruido despertaría a su señora, que dormía con la pistola cargada a su lado.

Trató de decirse que no había nada de qué preocuparse, claro que aún no había oído hablar de los ninjas.

La primera vez que Hannah supo de su existencia fue cuando una mano le tapó la boca, imposibilitando cualquier ruido, y otra le presionó el pecho contra el mullido colchón. La invadió una sensación de pánico y forcejeó instintivamente, echando mano de hasta la última pizca de fuerza que pudo reunir. Intentó alcanzar su arma mientras luchaba por zafarse de las manos que la inmovilizaban, pero no tardó en convencerse de que era inútil resistirse. A la silueta indefinida que había a su lado se

sumó otra más, y un ninja la sujetó por los brazos mientras su compañero se sentaba sobre sus piernas y la amordazaba con aterradora eficacia. Era evidente que estaban bien entrenados y trabajaban conjuntamente, bloqueando hasta el más mínimo movimiento con tanta facilidad como si se tratara de un niño. Enseguida, Hannah estaba atada igual que un pollo a punto de entrar en el asador.

Solo tuvo tiempo de registrar vagas formas perfiladas bajo la luz de la luna, antes de que le cubrieran la cabeza con algo parecido a un saco. Los atacantes debían de ir vestidos de negro de la cabeza a los pies, supuso, y llevar la cara embadurnada de hollín o pintura negra, y eran, sin la menor duda, maestros del sigilo si habían logrado entrar en la casa y pasar inadvertidos. En ese corto espacio de tiempo, los observó, y también reparó en que se comunicaban únicamente haciendo gestos con las manos y que actuaban sin producir el menor ruido.

Amordazada y atada, y con la cabeza tapada, la sacaron de la habitación a la cálida noche. Los hombres procedían veloces y en silencio, turnándose para llevarla. Cuando la posaron sobre los hombros de una tercera persona, se quedó sin aire en los pulmones y tuvo que hacer un gran esfuerzo para volver a respirar. El terror se apoderó de ella una vez más, pero procuró apaciguar los arranques de pánico que le salían de dentro. Sabía que tenía que mantener la calma y tratar de respirar con normalidad si quería sobrevivir.

Su último rayo de esperanza era el hecho de que la habían capturado con vida. Tal vez le pidieran un rescate a Rydon. Aunque esta idea la llevó a pensar algo aún más deprimente: que probablemente él no querría traerla de vuelta y se negara a pagar. Solo podía esperar que los secuestradores abordaran igualmente a Jacob, de lo contrario no tenía ninguna posibilidad. Su hermano podía estar enfadado con ella, pero nunca permitiría que muriera de esa forma. ¿O sí?

Hannah empezó a pensar que debería haber aceptado la disculpa de su hermano, después de todo.

La luz del sol destellando en el agua fue lo primero que vio Hannah la mañana siguiente a su secuestro, y se sorprendió al descubrir que estaba en un barco. Uno de estilo japonés, como los que había visto en el puerto de Hirado. Pese a encontrarse mar adentro, aún se podía distinguir la vaga línea de tierra a estribor. Dedujo que eso significaba que navegaban con rumbo norte, dado que el sol salía por ese lado del navío.

Se incorporó y se tranquilizó al ver a Sakura durmiendo junto a ella. Sus captores serían sin duda despiadados y Hannah había temido que su pequeña doncella hubiera muerto a manos de ellos. Ninguna de las dos estaba atada ni encadenada en modo alguno, y Hannah estiró sus agarrotados miembros. Antes de que le diera tiempo de despertar a Sakura, un hombre se aproximó a ella y se inclinó.

—*O-hayo gozaimasu.*

—Buenos días.

Hannah se levantó pesadamente, preguntándose si sería costumbre en este país mantener una actitud tan educada con los prisioneros antes de matarlos. Un escalofrío de puro terror le recorrió el espinazo, pero aplacó el creciente pánico y procuró conservar una apariencia de calma. No serviría de nada demostrarle el miedo que sentía, de modo que, en lugar de eso, le devolvió el saludo y el gesto. El hombre arqueó las cejas, sorprendido por su respuesta. Supuso que, al igual que el resto de los que había conocido, tampoco él se esperaba que hablara su lengua.

—¿Entendéis el japonés, señora?

—Por supuesto.

Hannah intentó sonar altanera. Él la había llamado «señora» y se había inclinado ante ella, como si fuera un sirviente, de manera que tal vez había recibido órdenes de tratarla bien por el momento. Se lo tomó como una señal de que no las iban a matar inmediatamente y decidió intentar sonsacarle algo de información.

—¿Qué significa este ultraje? ¿Por qué se me ha traído aquí y adónde vamos?

—Lo siento, señora, pero no os lo puedo decir. He recibido la orden de cuidar de vos durante el viaje. No sé adónde vamos. Por favor, disculpadme.

Volvió a inclinarse.

Hannah frunció el entrecejo. Tal vez decía la verdad, pero también podía estar mintiendo. Con un suspiro, y a juzgar por las apariencias, decidió aceptar su respuesta. Si no era más que un sirviente, entonces lo más probable era que no supiera nada.

—¿Podría hablar con tu amo, por favor?

No podía soportar no saber qué les deparaba el futuro, aunque averiguarlo podía ser incluso peor.

—No está aquí. Por favor, ¿deseáis alguna cosa? ¿Algo de comer?

Hannah no tenía hambre en absoluto, pero sabía que admitir tal extremo equivaldría a demostrarle lo asustada que se hallaba en realidad.

—Sí, sería de agradecer. ¿No hay nadie aquí que pueda decirme adónde vamos?

—No, lo siento. Todo el mundo ha recibido instrucciones. Solo el capitán conoce nuestro destino y solo os lo dirá en caso de que sea necesario.

—Entiendo. Muy bien, consíguenos algo de comida entonces, si tienes la bondad.

Con otro suspiro, Hannah se dispuso a despertar a su doncella.

El viaje se le hizo eterno y el humor de Hannah no mejoró por el hecho de que nadie quisiera contarle nada. El capitán del barco se negaba en redondo a hablar con ella, o eso afirmaba el criado. Cuando trataba de insistir, el criado se hacía el sordo o fingía no comprenderla cada vez que le preguntaba. Hannah sabía que su dominio de la lengua estaba lejos de ser perfecto, pero estaba segura de que la entendía con la suficiente claridad.

Navegaron durante varios días, en dirección norte, por lo que podía deducir. Entonces desembarcaron en un diminuto pueblo pesquero, donde todos los habitantes se postraron ante sus captores. De este acto, Hannah dedujo que no servía absolutamente de nada tratar de recurrir a los lugareños para pedirles ayuda. Ni siquiera de haber tenido algo que ofrecerles a cambio, circunstancia que, desde luego, no se daba, habrían hecho algo por ella.

Se preguntaba si sería ese el lugar donde iban a matarlas. Si así era, ¿por qué allí? Subieron por una estrecha calle que cruzaba el pueblo; tenía los nervios a punto de estallar. Sakura la seguía y la vigilaba de cerca. La pequeña doncella había mantenido una aparente calma, pero a Hannah no se le escapaba que la joven estaba asustada, sobre todo cuando ninguna de las dos sabía por qué las habían raptado.

—Deben de querer un rescate —dijo Hannah, intentando convencerse a sí misma tanto como a la doncella—. Hasta ahora nos han tratado bien. No tendría ningún sentido que nos dieran de comer si nos van a matar.

Sakura negó con un gesto, pero no ofreció su opinión.

—¿Esto sucede con frecuencia en tu país? —insistió Hannah.

—Lo siento, no lo sé. Hay muchos *ronin*, pero... —Sakura se encogió de hombros—. Es que no lo sé.

Hannah temblaba mientras subían por la colina. El tiempo había ido refrescando a medida que navegaban cada vez más al norte. Le habían proporcionado una bata sencilla para que se la pusiera por encima de su camisón, pero aun así no conseguía

entrar en calor, aunque se dio cuenta de que el estremecimiento podía deberse más a la angustia que al clima.

Las casas que iban dejando atrás a su paso no eran de la mejor calidad, pero no había ninguna abandonada. Los pocos lugareños que vio parecían estar bien alimentados y satisfechos. A las afueras del pueblo salió a su encuentro un nutrido grupo de soldados. Hannah se detuvo abruptamente al verlos y retrocedió, quedándose detrás de sus captores. Había por lo menos un centenar de hombres de aspecto fiero, si no más, y en el estómago de Hannah se formó un nudo glacial.

—Oh, señor, ayúdame —susurró—. Por favor, no permitas que muera aquí, así no.

Los guerreros eran imponentes e iban armados hasta los dientes con espadas, arcos y picas. ¿Acaso la iban a entregar a ellos para que acabaran con ella despiadadamente? Pero ¿por qué tan lejos de Hirado? Hannah procuró calmarse. No tenía sentido que la hubieran traído hasta aquí solo para matarla. Tenía que haber otra razón.

Sus captores saludaron a los soldados tranquilamente y Hannah comprendió enseguida que simplemente estaban allí para escoltarlos. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando los hombres se colocaron en formación por delante y por detrás de su pequeño grupo. Se situaron en líneas perfectamente ordenadas, algunos a caballo, otros a pie. Trajeron un palanquín para que las mujeres viajaran en él. Hecho de madera lacada en negro y decorado con pintura dorada y guirnaldas de hojas intercaladas con un blasón, era un transporte impresionante, apropiado para cualquier dama de alcurnia. Hannah nunca había viajado en uno de esos. Fue una agradable sorpresa descubrir que el suelo estaba forrado de tatamis y que había varios cojines de seda dispuestos para su acomodo. Pese a que el bamboleo de aquel curioso artefacto le revolvió el estómago en un primer momento, pronto se acostumbró. De haber podido elegir, habría preferido ir a caballo, pero en definitiva, era mejor que caminar. También se estaba más caliente, puesto que había cortinas que lo cerraban al exterior por todos los lados.

—Vamos a dejar abierta una rendija en las cortinas para poder ver los alrededores —le susurró a Sakura—. Puede que en algún momento tengamos que desandar el camino —añadió, aunque no tenía muchas esperanzas de que fuera a suceder. Incluso si algún milagro le permitiera escapar y encontrar el camino de regreso al pueblo, no tenía medios para fletar un barco que la llevara de nuevo al sur. Era una idea funesta.

El campo por el que viajaban era precioso, exuberante e increíblemente verde. Había matorrales de bambú y ríos que fluían veloces y formaban estrechos valles. En estos valles se abrigan pequeñas aldeas de granjeros, y en las empinadas laderas de las montañas que los rodeaban se cultivaban campos en terrazas que parecían escaleras gigantes. Hannah estaba embelesada, pese al temor que no dejaba de

agitarla por dentro.

—Sakura, esto es hermoso. Nunca imaginé que tu país pudiera ser así. Es muy distinto de Hirado, ¿verdad?

La doncella sonrió y asintió.

—Sí, es muy bonito. Somos una gente muy afortunada, porque estas islas son especiales.

—¿Islas?

—Sí, Japón está formado por muchas, muchas islas, pequeñas y grandes. ¿Vuestro país no es así?

—No. Bueno, no exactamente. Hay una isla grande y algunas chiquititas alrededor de la costa.

—Ah, *son neh*? Mucho más pequeñas, ¿sí?

—Para serte franca, no tengo ni idea. Nunca he viajado demasiado. Sin embargo, la parte del país de la que yo provengo es muy bonita.

Hannah sintió una punzada de nostalgia en su interior y le costó seguir hablando. Pensó en lo lejos que había llegado y también en lo poco que había valorado todas las cosas que la rodeaban en Plymouth. Nunca se le habría ocurrido salir a contemplar la naturaleza, mientras que aquí se sorprendió deleitándose con su belleza.

—Bueno, supongo que nunca valoramos lo que tenemos hasta que es demasiado tarde —dijo, pensando en voz alta.

La posibilidad de volver a ver o no su propio país no estaba enteramente en manos de Dios. Hannah había actuado de forma impulsiva y sin reflexionar demasiado, pero no podía dar marcha atrás a sus actos. Ahora tenía que sufrir las consecuencias.

Recorrieron el terreno abrupto, escalaron escarpadas montañas, descendieron después por estrechos valles. Algunas veces seguían pequeños senderos para atravesar bosques espesos. La vegetación despedía un aroma húmedo y terroso que suponía una agradable variación con respecto al olor a pescado y a sudor con el que Hannah había convivido durante tanto tiempo. Inhalaba grandes bocanadas, paladeando cada una de ellas.

Perdió la cuenta de los días que iban pasando. Cuando ella y Sakura hubieron agotado todos los posibles temas de conversación, se dedicaron a dormir la mayor parte del tiempo, arrulladas por el vaivén del palanquín. Varias veces al día se les permitía salir a caminar un poco para ejercitar sus entumecidas extremidades, pero daba la sensación de que hacía cada vez más frío. Hannah siempre agradecía el poder regresar a su medio de transporte y dejar fuera el mal tiempo.

Por fin se oyó un grito desde la cabeza de la caravana y Sakura se irguió, a la escucha.

—¿Qué ocurre? ¿Qué dice? —Hannah hizo un esfuerzo por salir de su letargo e

incorporarse sobre un codo.

—Creo que hemos llegado. El hombre está gritando algo sobre el castillo del señor. Nos deben de estar llevando al castillo.

—¿Para qué iban a hacer eso? No somos tan peligrosas como para que nos tengan que encerrar bajo llave en una mazmorra, creo yo.

Sakura encogió sus delicados hombros.

—No lo sé.

Hannah abrió una cortina y vio inmensas llanuras a ambos lados de un río. En el centro de esta vasta extensión había un enorme castillo blanco, y ellos iban descendiendo hacia allí por un sinuoso camino. De pronto, todo el mundo parecía avanzar más rápido. Era como si los caballos y los hombres hubieran percibido el aroma del hogar y quisieran llegar lo más rápido posible, y los demás tuvieran que seguirlos de cualquier manera. El palanquín oscilaba peligrosamente, pero Hannah apenas lo notaba. Estaba ocupada mirando lo que dedujo que debía de ser su destino.

—¿Quién vivirá allí? —murmuró, aunque no estaba del todo segura de querer saber la respuesta. Sakura no había logrado identificar el blasón del clan que decoraba su palanquín y ninguno de los hombres que las escoltaban respondió a sus interrogantes.

—Supongo que pronto lo averiguaré.

La recorrió un escalofrío de temor. En muy poco tiempo se encontraría, quizá, cara a cara con quienquiera que hubiera ordenado su secuestro.

De cerca, el castillo ofrecía un aspecto formidable, casi como una prisión, con grandes y sólidos cimientos. No obstante, Hannah tuvo que admitir que también era muy hermoso, con sus muros pintados de blanco reflejando los rayos del sol vespertino. Debió de haber sido construido con el objetivo de infundir el miedo en los mortales de rango inferior, y desde luego inspiraba admiración.

Sakura le dijo que la torre maestra, que tenía seis plantas, se llamaba *tenshu*. Esta se encontraba rodeada de una amalgama de torres más pequeñas y edificios de solo tres o cuatro pisos. Hannah nunca había visto una morada tan impresionante y se preguntó qué clase de hombre podía poseer un lugar así. *Y, por lo más sagrado, ¿qué será lo que quiere de mí?* Se arrancó esa pregunta de la mente y se concentró en el entorno.

Todos los tejados se combaban hacia arriba en las esquinas, cosa que les confería un aspecto insólito. Hannah pensó que eso le añadía gracia y belleza a una estructura, por lo demás, imponente. Un muro enorme, además de dos fosos, rodeaban por completo el complejo del castillo. Se convenció de que cualquiera que quisiera atacar ese lugar debía pensárselo dos veces antes de intentarlo. Su ánimo se desplomó. No había forma humana de que alguien viniera a rescatarla, aunque se las arreglaran para averiguar qué había sido de ella, cosa poco probable.



—Oh, Sakura, ¿qué lugar es este?

Nuevamente la invadió un estremecimiento de miedo al pensar en lo que podía sucederle allí, pero procuró mantenerse erguida y guardar la calma. Había aprendido que los japoneses consideraban una cobardía cualquier manifestación de temor. Estaba decidida a no darles a sus captores la satisfacción de verla desfallecer ante sus ojos.

La comitiva cruzó con estruendo un puente de madera, pasando bajo una enorme torre de guardia. El vigilante les hizo señales para que pasaran, apoyado indolentemente en su lanza. Sin embargo, cuando atisbó a Hannah y su pelo rojo a través de la ventana de la litera, se sobresaltó, tomando plena conciencia de ella. Hannah a punto estuvo de echarse a reír al ver su expresión, pero en ese instante estaba también demasiado nerviosa. En lugar de eso, intentó serenarse.

Cruzaron otro puente; a continuación atravesaron otro patio, y aún otro, y más lejos, más pequeño, un patio interior precedido por un portón.

—Ya hemos llegado, Hannah-san —anunció Sakura, innecesariamente, y la tomó de la mano para darle un apretón de consuelo. Con gran esfuerzo, Hannah logró esbozar una leve sonrisa como respuesta. Por dentro, estaba temblando.

—Sí —respondió—, pero ¿adónde?

Hannah fue conducida a una pequeña habitación de la tercera o la cuarta planta de la torre del homenaje y allí la dejaron sola. A Sakura le ordenaron que siguiera a uno de los guardias.

—Estaré bien —le dijo Hannah, intentando sonreír por todos los medios, para tranquilizar a la chica. No estaba segura de haberlo conseguido, ya que Sakura la miró con un gesto de compasión y estiró las manos hacia Hannah.

—Oh, señora, ojalá pudiera quedarme con vos.

—Vamos, tengo órdenes que cumplir.

El guardia tiró bruscamente de Sakura hacia el pasillo y cerraron la puerta de golpe antes de que Hannah tuviera tiempo de reconfortar un poco más a la doncella.

Hannah deambuló por la habitación durante un buen rato, demasiado nerviosa como para relajarse. Después de lo que se le antojó una eternidad, las piernas le flaquearon y se desplomó sobre el suelo de madera pulida. Estaba exhausta, tanto física como mentalmente, y tenía ganas de gritar por la frustración. Sus captores habían seguido negándose a revelar cualquier detalle acerca de su destino o de por qué había sido raptada, y ella se había pasado infinitas horas elucubrando acerca de su posible porvenir. Ahora, por fin, estaba allí y seguía sumida en la ignorancia. Era una tortura.

Las sombras que había en la estancia se fueron alargando. Casi había empezado a creer que se habían olvidado de ella cuando se sorprendió mirando a un hombre que había entrado en la sala con pasos inaudibles. Desde su posición, sentada como estaba, no podía verle bien la cara, pero era alto y fornido, de porte amenazante. Hannah se puso en pie de un solo movimiento y lo miró fijamente, quedándose momentáneamente sin habla. Sus ojos se abrieron de par en par al distinguir un rostro que le resultaba familiar.

—¡Señor Kuma!

El impacto de verlo, a él precisamente, resonó en su interior y a poco estuvo de hacer que le fallaran las piernas otra vez. Cerró los ojos, pero cuando los abrió de nuevo, él seguía allí. No era una ilusión.

La saludó, inclinando la cabeza, pero no contestó. En cambio, siguió mirándola como si estuviera asimilando nuevamente sus facciones. Su tranquilidad y despreocupación la sacaron de quicio, y su temor y frustración contenidos se desbordaron de repente.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Por qué me habéis traído aquí? —exigió, sin más

preámbulo—. Hemos hecho un viaje que ha durado siglos y nadie ha querido decirme por qué. No podéis ir por ahí raptando a la gente a placer, como si nada. Estoy bajo la protección del inglés al que llamáis Anjin-san, y él goza del trato de favor del shogun, como bien sabéis. Os arrepentiréis de esto.

Se quedó sin aliento y lo miró furiosa, pero él seguía estudiándola concienzudamente. Avanzó despacio hacia ella, luego la rodeó, mirándola de arriba abajo. Ella se preguntaba a qué estaba jugando. ¿Acaso pretendía intimidarla? Pues no iba a ser tan sencillo.

—Probablemente —reconoció al fin, refiriéndose, presumiblemente, a su amenaza de que Will Adams pudiera vengarla de alguna manera, aunque esa perspectiva no parecía tenerlo demasiado preocupado.

Hannah se obligó a no volver la cabeza para ver lo que hacía él. Por encima de todo, no debía dar señales de temor. Apretó los dientes. *Le demostraré que las mujeres inglesas no se asustan fácilmente.*

Cuando hubo dado por concluida su inspección, él la consideró con la mirada.

—¿No te han dicho que nadie me habla a no ser que yo me haya dirigido a él antes? —le preguntó con calma.

Ella frunció el ceño, si bien aliviada porque estaba hablando con ella, y no se limitaba simplemente a mirarla, y respondió con ímpetu.

—No, creo que no, y ni siquiera sé dónde estamos. Tal vez vos seríais tan amable de decírmelo. ¿O es un secreto?

Él sonrió, y se le formaron esos hoyuelos a ambos lados de la boca que tanto la habían atraído la primera vez que los había visto. Su rostro, tan severo hacía un instante, pareció tornarse más cordial al instante. Hannah inhaló temblorosamente, con la esperanza de que eso significara algo cercano a un punto de inflexión. Tal vez ahora podrían aclarar lo que era, evidentemente, un malentendido. Seguro que en realidad no había querido secuestrarla.

—Está bien, te perdonaré por esta vez, ya que eres una *gai-jin* y no estás acostumbrada a nuestros usos y costumbres —dijo—. En Hirado toleraré tu ignorancia porque acababas de llegar, pero este lugar es mi hogar, el castillo de Shiroi, y aquí las cosas son distintas. Yo soy Kumashiro Taro, el daimio de esta provincia.

Lo anunció con un tono solemne.

—Y en esta casa mi palabra es ley, nunca lo olvides —añadió con gesto grave.

Kumashiro. Tradujo la palabra automáticamente en su cabeza y le pareció oportuna: el oso blanco, no solo el oso. Ahora mismo parecía lo bastante peligroso para ser un oso. Oyendo la amenaza que subyacía en su voz, Hannah decidió que la cautela era una muestra de valor.

—Yo soy Marston Hannah, de Plymouth, Inglaterra —respondió de un modo bastante formal, diciéndole primero el apellido, como había hecho él. Aquí era la

costumbre, eso lo sabía. También hizo una cortés reverencia, como le había enseñado Hoji-san, rezando por que el grado de inclinación bastara para un hombre de su rango. Sabía que, probablemente, debería haberse postrado ante él, pero por alguna razón quería demostrarle que ella era distinta.

—Lo sé, *Hana-san* —le dijo, y a cambio asintió ligeramente—. Tu nombre es muy apropiado, aunque, como ya me dijiste tú misma, no signifique lo mismo en tu lengua.

—Ah... gracias.

Hannah tenía que reconocer que le gustaba bastante que la llamaran «flor». No obstante, para hacer hincapié en el hecho de que no era una de los suyos, alzó la mano para que se la besara.

Él la miró con las cejas arqueadas, levemente sorprendido, y luego la miró a la cara.

—*Nani wa shite imasu ka?* ¿Por qué me das la mano?

La tomó de las puntas de los dedos y la elevó, como inspeccionándola, girándola por un lado y por el otro.

—Y no es que esté muy limpia —musitó.

Hannah frunció el ceño.

—Llevamos muchos días de viaje. Y en mi país un hombre besa la mano de una dama en señal de respeto, igual que yo me inclino ante vos por respeto a vuestras costumbres —contestó con aspereza.

Apartó bruscamente las puntas de sus dedos antes de que la sensación de hormigueo que había experimentado se volviera insoportable.

—Qué hombre más insufrible —dijo entre dientes en su propia lengua.

Sin embargo, él dejó escapar una risita y cambió de tema.

—Veo que por fin vas vestida de mujer —observó.

—Sí, pero si vuestros hombres no me hubieran secuestrado de noche, habría llevado puesto un atuendo más apropiado —replicó, sintiéndose repentinamente ridícula ante él, con su camisón de dormir.

—Deberías estar agradecida por que te permitieran llevar algo puesto.

Hannah abrió la boca con ánimo de protestar airadamente, pero entonces reparó en aquel destello burlón que volvía a aparecer en sus ojos. Se estaba divirtiendo a costa de ella. De pronto sintió que ya era demasiado. No se podía creer que hubiera recorrido toda aquella distancia solo para que le tomaran el pelo.

—No he venido aquí para que se rían de mí —le dijo, cortante, olvidando que no era ella la que había venido, sino que la habían traído en contra de su voluntad.

—Tal vez no, pero tengo el presentimiento de que será mejor que te vayas acostumbrando a ello, *Akai Hana-san* —respondió amistosamente—. Hasta luego.

Así, sin más que añadir, le dio la espalda y salió de la estancia, dejándola

frustrada y sin habla.

—¡Esperad! —le gritó. ¿Qué había querido decir con eso? Aún no habían hablado de por qué la había llevado hasta allí ni qué pretendía hacer con ella. Pero la puerta se había cerrado tras él, y no regresó.

Resultaba evidente por qué la había llamada *akai*, «rojo», otra vez, pero ¿eso significaba que iba a tenerla allí para que otros se rieran de ella? ¿Una especie de bufón de la corte, quizá? Seguro que pronto se le pasaría la novedad de reírse del color de su pelo y de su aspecto. Hannah dejó reposar la cabeza en sus manos por un instante. Tantas preguntas y ninguna respuesta. Le palpitaban las sienes.

Se levantó, se fue hacia la puerta y la aporreó con los puños. Se negaba a quedarse allí sentada dócilmente a esperar lo que el destino le deparase. Si tenía que ocurrirle algo malo, quería que terminara lo más rápidamente posible. Ya había tenido bastante.

Junto a la puerta había apostado un guardia de apariencia feroz. Pese a saludarla con una inclinación, no respondió a ninguna de las preguntas que ella le planteó. Solamente le dijo:

—Venid conmigo, por favor.

Con un sentimiento de desazón, se levantó el bajo de la pesada túnica que llevaba puesta y lo siguió, bajando por las empinadas escaleras del *tenshu*.

Prosiguieron por un verdadero laberinto de habitaciones y corredores. Sin embargo, en lugar de bajar hacia donde suponía que estarían situadas las mazmorras, bordearon un patio. Luego subieron un tramo de escaleras que daba al segundo piso de una de las torres más pequeñas.

Por el camino, Hannah observó los alrededores, impresionada. El señor Kumashiro no había escatimado en la decoración de su castillo. En las paredes de todas las estancias había paneles de seda exquisitamente pintados. Los inevitables tatamis tapizaban los suelos, aunque, a diferencia de las habitaciones, la mayoría de los pasillos estaban cubiertos por pulidas tablas de madera. Cuando entró en la torre por vez primera, le habían dado un par de zapatillas blandas en sustitución de las sandalias de paja que le proporcionaron sus captores. Ahora comprendía que se hacía para evitar que las esteras se estropearan demasiado. Con todo, no era fácil mantener puestas las zapatillas, sobre todo en los pulcros suelos de madera. Tenía que caminar casi arrastrando los pies, cosa que le resultaba incómoda, pero se las arregló para no caerse de bruces en el suelo.

Al igual que sucedía en su habitación de Hirado, había poco mobiliario, quitando alguna mesa baja y unos cuantos cojines. Hannah había aprendido que era lo habitual. Todo lo demás se almacenaba en un armario hasta que se necesitaba, como los colchones que usaban para dormir. Daba la impresión de que las habitaciones estaban

vacías, pero al mismo tiempo, ordenadas y apacibles. Sobre algunas mesas había asimétricos arreglos florales como no los había visto jamás en Inglaterra. En otras podían verse relucientes objetos lacados y cerámicas de gran belleza. Hannah no podía sino admirar el gusto del señor Kumashiro.

El guardia se detuvo frente a una puerta corredera y llamó. Abrió una mujer vestida con un sobrio kimono de seda azul y se inclinó.

—Por favor, entrad, Hannah-san —dijo la mujer—. Os hemos estado esperando. Yo soy Yukiko.

—¿Cómo?

Hannah no estaba segura de haber oído bien, ya que aún había ocasiones en las que se le escapaba el significado de alguna palabra, pero esa mujer ¿acababa de decirle que la estaban esperando? Es más, para su asombro, descubrió que había varias mujeres más en la habitación. Una de ellas era Sakura, que se apresuró a adelantarse para saludar a su señora.

—Hannah-san, ¿no es maravilloso? Somos las invitadas de Kumashiro-sama, uno de los más importantes daimios del norte de Japón.

—Sí, ya lo creo, es maravilloso —repitió Hannah con sarcasmo—. ¿De verdad somos invitadas o no es más que un engaño?

Aún sospechaba de los motivos de aquel hombre. Después de todo, las había hecho secuestrar y no lo había oído formular una invitación a quedarse.

—No, no es mentira. Mirad, estas damas están aquí para servirnos —sonrió Sakura, y las otras damas sonrieron y asintieron. Hannah las oyó estallar en exclamaciones respecto a su apariencia y estaba segura de que se reían de ella, como había dicho el señor.

—¿Cómo? ¿Todas? —Hannah las miró, confusa—. No creo que vaya a necesitar tanta ayuda. Al fin y al cabo, te tengo a ti.

—Sí, sí. Ahora, venid. Vamos al *o-furo* a bañarnos. Hay uno espléndido dentro del recinto del castillo, abastecido por una fuente termal que sale directamente del suelo. Venid, ya veréis. Es maravilloso.

Hannah no tuvo valor para discutir con la pequeña doncella. Parecía tan entusiasmada. Además, después de un viaje tan largo, un baño era bien recibido, no importaba lo que la aguardara después. El señor Kumashiro tenía razón. Estaba sucia y concluyó que no sería mala idea acudir limpia al encuentro con su destino.

Cualquiera que fuere ese destino...

Había pasado más de una semana desde que Hannah se había bañado por última vez y, ahora que Hoji le había enseñado los hábitos de higiene, se sentía desagradablemente sucia. Era sorprendente lo rápido que se acostumbraba uno a las cosas, pensó. Dos años antes, no le habría molestado ni lo más mínimo pasarse días

enteros sin lavarse el cuerpo. El acto de bañarse en una bañera había sido algo muy raro en ella, pero ahora acogía con entusiasmo la idea de acercarse a la casa de baños.

El *o-furo* era espléndido hasta en el más mínimo detalle, tal y como le había prometido Sakura. La fuente termal que borboteaba en el suelo había sido cercada con la idea de construir un salón de baños, y una neblina de vapor remolineaba en el aire.

—Por aquí hay muchas fuentes termales —le explicó Sakura—. Por desgracia eso significa que se producen terremotos con más frecuencia en esta parte del país, aunque esperemos que no demasiados.

Las damas ayudaron a Hannah a desvestirse. Seguidamente, la lavaron de la cabeza a los pies con agua de un cubo antes de dejar que se acercara a la piscina de agua.

—¿Por qué no puedo lavarme en la bañera? —había preguntado Hannah la primera vez que lo había hecho en Hirado, pero Sakura había dejado escapar una risita, sacudiendo la cabeza como si fuera una pregunta muy tonta.

—No, no, ensuciaríais el agua —le había contestado—. Y hay que compartirla con los demás.

—Pues para eso está, para que yo me lave y la suciedad se quede en el agua.

Sakura volvió a reírse y le explicó que el baño solo era para relajarse, no para lavarse.

Las mujeres parecían estar fascinadas con su cuerpo, y muchas se reían tapándose la boca con la mano. A Hannah no le gustó que la escrutaran de ese modo. Se sentía muy incómoda estando desnuda delante de otros, pero consideró que era preferible no poner a nadie en su contra. Al fin y al cabo, todas eran mujeres y sus cuerpos no podían ser tan distintos al suyo.

Cuando las sirvientas se convencieron de que ya estaba lo bastante limpia, Hannah fue conducida al borde de la piscina. Estaba ansiosa por deleitarse en el agua caliente y entró rápido, solo para dar un brinco de dolor y salir de allí al instante.

—¡Ay! ¡No puedo meterme ahí dentro, está ardiendo! —gritó. ¿Así era como el señor Kumashiro torturaba a sus prisioneros?, se preguntó. ¿Embotándoles los sentidos antes de cocerlos vivos?

Sakura chasqueó la lengua y acompañó a su señora de nuevo al agua como si fuera una niña.

—Está mucho más caliente que en Hirado, pero en realidad debería ser así. Ahora, meted un pie dentro, y luego el otro, despacio —dijo—. Vuestro cuerpo se acostumbrará al calor. Lleva tiempo, pero merece la pena.

Hannah miraba a la doncella con recelo, pero obedeció. Después de que remitiera la primera sensación de quemazón, el calor del agua se volvió soportable y se fue adentrando en ella poco a poco. Tardó un tiempo, pero una vez dentro, la sensación

no podía compararse con ninguna otra que hubiera experimentado jamás. El agua caliente hizo que le hormigueara el cuerpo entero y una languidez se fue apoderando de ella, haciéndole cerrar los ojos y suspirar de placer.

—Tenías razón, Sakura, esto es maravilloso —admitió—. Ahora acabo de entender por qué a la gente de aquí le gusta hacer esto cada día. Es muy relajante.

Se quedó en el agua hasta que le dijeron que saliera. A continuación, las damas la vistieron con ropa limpia y se dispusieron a desenredarle el pelo. Hubo una pequeña refriega amistosa a la hora de decidir quién tendría el honor de manipular los rojos mechones. Hannah se echó a reír y sugirió que se turnasen. Al final acabaron por cepillarle el pelo no menos de cinco veces, y fue tan agradable que a punto estuvo de dormirse mientras lo hacían.

Cuando todas hubieron finalizado su turno, tenía el pelo untado con aceites esenciales, y recogido en la coronilla por medio de palillos y peinetas hechos de laca y hueso, algunos de los cuales estaban delicadamente tallados.

—Son preciosos —dijo, admirando la artesanía.

—Sí, muy caros. Kumashiro-sama nos ha ordenado que os pongamos hermosa.

Hannah inspiró profundamente y puso los pies en la tierra, sobresaltada. El baño había sido tan maravilloso que casi había olvidado dónde se encontraba. Ahora el miedo y las sospechas regresaron con toda su crudeza. Un enorme peso se le instaló en la boca del estómago.

—¿Por qué? —preguntó, pero las damas se negaron a responderle. Se rieron a coro, llevándose una mano a la boca, y una de ellas musitó algo ininteligible. Hannah sacó sus propias conclusiones y de su interior brotó la desesperación.

Decididamente, era una prisionera, no una invitada.



El kimono que llevaba puesto Hannah era de seda azul celeste, bordado enteramente con flores blancas de cerezo. Era exquisito y, en cualquier otro momento, Hannah habría estado entusiasmada con la posibilidad de vestir una prenda como esa.

—Es del mismo color que vuestros ojos —le dijo Sakura, mientras la ayudaba a atarse el rígido cinturón, llamado *obi*. Era ancho y cubría toda la zona desde la cintura hasta debajo del pecho, y aunque la primera vez que se lo puso, para su boda, se sintió rara, a esas alturas Hannah ya se estaba acostumbrando.

Completada su sesión de acicalamiento, la llevaron de regreso al castillo y a un sobrecogedor jardín. Estaba diseñado con el mismo estilo que el que había en la casa de Hirado, pero a una escala mucho mayor, y rematado con cascadas en miniatura, grandes árboles y cantos rodados. Algunas zonas estaban cubiertas sencillamente con piedrecitas redondas, rastrilladas en composiciones simétricas. Otras eran zonas verdes salpicadas de árboles y arbustos de proporciones perfectas. Las damas que la escoltaban, no obstante, no se pararon a admirar estas cosas, sino que continuaron hacia una casa baja rodeada por una galería en todos sus lados. Allí, sobre un gran cojín, estaba sentado el señor Kumashiro; se detuvieron a unos metros de distancia y se inclinaron todo lo que pudieron, cayendo de rodillas ante él.

—*Konbanwa* —dijo él.

—Buenas tardes, mi señor —dijeron las damas a coro.

Hannah, desafiante, se inclinó ligeramente menos que las demás. Después de todo, él no era su señor y sus hombres la habían capturado y la habían llevado hasta allí contra su voluntad. ¿Por qué iba a mostrarle deferencia?, pensó; sin embargo, si se dio cuenta, no hizo comentario alguno acerca de aquel acto deliberado.

—Buenas tardes, Hannah-san —dijo con un leve movimiento de cabeza; luego, con un gesto, indicó a las demás que se retiraran—. Ya os podéis ir.

Las sirvientas hicieron otra reverencia y enfilaron por donde habían venido, incluida Sakura. Hannah se quedó de pie delante del señor Kumashiro. Esta vez estaba resuelta a no hablar hasta que se dirigieran a ella. Se sentía como el chivo expiatorio, pero que la partiera un rayo si se iba a dejar intimidar por él.

Alzó la barbilla y lo miró directamente a los ojos.

Taro estudió en silencio a la extraña mujer que tenía ante sí. Su apariencia mejoraba mucho una vez limpia y adecuadamente ataviada, y no pudo evitar reparar en que, en el transcurso de las semanas que habían pasado desde la última vez que la había visto, había alcanzado una plenitud. Su glorioso cabello brillaba, y no solo

gracias a los aceites con los que sus sirvientas lo habían ungido. Su rostro había perdido su demacrado aspecto de práctica desnutrición y su piel resplandecía, pese a ser tan blanca que resultaba casi translúcida.

Luego estaban sus ojos.

Su color lo fascinaba y lo dejaba hechizado cada vez que la veía. No se cansaba nunca de mirar en aquellas profundidades azules, tan vívidas sobre la palidez de su semblante. Yanagihara-san había dicho que los encontraba fríos, pero Taro no estaba de acuerdo. Siempre que miraba en su interior destellaban como zafiros, y estando Hannah, como acostumbraba, tan animada y enardecida, también hallaba un fuego azul en ellos. El hecho de estar rodeados por unas pestañas de color marrón oscuro, que le rozaban la mejilla cada vez que bajaba la vista, era otra fuente de admiración. Nunca antes había visto unas pestañas como esas, tan largas y rizadas, como plumas en el ala de un ave. Casi deseaba tocarlas para asegurarse de que eran auténticas.

Advirtió que ella temblaba levemente y supo que, a pesar de su desafiante mirada, tenía miedo. No quería asustarla, quería ganarse su confianza. La razón por la que lo deseaba se le escapaba por completo. Podía haberse limitado a ordenarle que se quedara allí de pie durante todo el tiempo que quisiera seguir contemplándola, y luego obligarla a responder a todas las preguntas que se le agolpaban en la mente. Pero, por alguna razón, presentía que no era lo correcto. Hannah era diferente a cualquiera que hubiera conocido jamás y quería ir con cuidado.

Por ahora.

Acabó de examinarla y asintió, satisfecho.

—Mucho mejor —dijo—. Ven adentro. Está refrescando.

En efecto, refrescaba, y Hannah se estremeció mientras lo seguía al interior. No estaba segura de si temblaba de frío o de turbación; probablemente eran ambas cosas. *No seas ridícula, se dijo. No tiene sentido preocuparse por lo que pueda pasar hasta que lo sepas con certeza.* Tal vez lo único que tenía que hacer era aceptar su destino, como siempre le decía Hoji. Si el señor Kumashiro quisiera hacerle daño, tendría que soportarlo, pero por el momento parecía perfectamente civilizado. Apretó los dientes con entereza. Esperaría a ver qué le decía.

Él cerró la puerta corredera detrás de ella y le indicó que se sentara en un cojín, junto a la mesa baja sobre la que habían dispuesto una ingente cantidad de comida. El estómago de Hannah se quejó, recordándole que hacía siglos que no comía. Sintió que se ruborizaba, avergonzada, pero el señor Kumashiro no se percató de ello. Hannah se había quitado las sandalias junto a la puerta, como era la costumbre, y se apresuró a dar los pocos pasos que la separaban del cojín. Arrastró el pesado dobladillo de su kimono para colocarlo detrás de ella, asegurándose de que no se arrugaba. El señor Kumashiro se sentó frente a ella.

—Comeremos primero, luego hablaremos —dijo, y no era una invitación, sino una orden. Hannah asintió y tomó sus *hashi*, una vez lo vio a él coger los suyos. Ahora se sentía extremadamente agradecida por las enseñanzas de Hoji. La llenó de confianza saber que al menos no caería en desgracia por culpa de sus modales en la mesa.

La comida era excelente, minúsculos platos de pescado crudo y rábano rallado para empezar, seguidos de otras cosas más sustanciosas, como salmón cocinado y arroz. Había varias clases de verduras encurtidas para limpiar el paladar entre plato y plato, y terminaron con frutas frescas, bellamente cortadas en formas intrincadas. Para su sorpresa, Hannah se dio cuenta de que tenía hambre, a pesar del miedo y la angustia que se arremolinaban en su interior. Probó todos los platos que pudo y se deleitó con la mayoría de ellos. Comieron en silencio, cosa que resultaba muy desconcertante. De vez en cuando sentía sobre ella la mirada del señor Kumashiro, pero procuraba ignorarla.

—Disfrutas de la comida —dijo, cuando por fin se reclinó en su asiento, saciado. Su voz transmitía un punto de diversión, aunque mantenía una expresión inescrutable. De pronto Hannah se acordó de algo que había comentado Hoji acerca de la frugalidad de las damas japonesas en la mesa. ¿La tomaría el daimio por una tragona por comer tanto? Notó que sus mejillas se encendían, una vez más, al pensarlo.

—Yo... bueno, tenía hambre.

Le sonó estúpido incluso a ella y no se sorprendió cuando él se echó a reír abiertamente.

—Eso es evidente. Espero que no engordes mucho aquí.

—No, no, nunca cojo mucho peso.

Cosa que era verdad, pensó Hannah tristemente. Era capaz de comer grandes cantidades sin que eso afectara en forma alguna a su flaco cuerpo. En el tiempo que había pasado desde que se fue de casa, el tamaño de su pecho no había aumentado de forma perceptible, y, en su opinión, el resto de ella aún guardaba un notable parecido a un espárrago.

—Me temo que siempre seré así de pequeña y delgada —suspiró.

El señor Kumashiro enarcó las cejas por una fracción de segundo.

—¿Deseas estar gorda?

—No exactamente gorda, pero tal vez un poco más rellenita en... en algunas partes.

—¿Por qué? No es necesario.

—En mi país, los hombres encuentran más hermosas a las mujeres más rellenas —respondió Hannah con tristeza, pensando una vez más en Kate y sus muchos admiradores.

—Es extraño. Yo no veo nada malo en tu figura.

Ahora le tocaba a Hannah sorprenderse.

—¿No?

Tal vez con todas las capas de tela que llevaba encima no pudiera apreciarla bien, pensó. Sí, eso debía de ser. Irguió la espalda. ¿Qué más daba, después de todo? La traía sin cuidado lo que pensara de ella.

Volvió a mirarlo.

—¿Qué os gustaría que hiciera ahora, señor Kumashiro?

No podía soportar la tensión ni un instante más, tenía que saber qué planes tenía para ella.

—Hablar.

—¿Cómo decís?

—Me agrada que hables mi lengua. Habría sido difícil encontrar a un intérprete aquí. Tengo muchas preguntas que hacerte. Por ejemplo, quiero aprender cosas acerca de tu gente y sus costumbres. ¿Me dirás lo que quiero saber?

—Por supuesto, pero ¿eso es todo?

Hannah pestañeó, perpleja. No podía creer que lo único que quisiera de ella fuera que hablara con él. Su mente había considerado tantas otras posibilidades que, en comparación, esta se le antojaba muy insulsa.

—¿O sea que me habéis traído desde tan lejos solo para responder preguntas?

—No.

—Entonces, ¿qué...?

—También quería mirarte.

—Ya lo hicisteis en Hirado. —Hannah estaba desconcertada. El panorama que presentaba no podía ser tan interesante. Al menos nunca nadie lo había considerado así.

—No por mucho tiempo. No habría sido prudente buscarte ahí fuera. Los criados cuchichean. Además, tenía la idea de traerte aquí desde que supe que venías a mi país. Los ninjas estaban preparados y esperaban mi orden, si así lo decidía.

Hannah frunció el entrecejo.

—¿Cómo supisteis que venía?

—Yanagihara-san te vio.

—¿Qué? ¿Yana... quién?

—Ya basta. —Alzó una de sus manos—. Yo hago las preguntas. Ahora háblame de tu país.

—De acuerdo.

Hannah puso todo su empeño en reprimir su curiosidad, pero no podía evitar preguntarse qué había querido decir. ¿Cómo alguien de quien jamás había oído hablar supo que iba a viajar a Japón? Sobre todo cuando ella misma no lo había planeado de antemano. Era un misterio, pero no podía pensar en ello hasta más tarde. Por ahora,

debía hacer lo que le habían ordenado.

—¿Qué os gustaría saber, Kumashiro-sama?

—Todo.

Pasaron varios días y cada tarde Hannah era bañada y acicalada antes de que la llevaran a ver al señor Kumashiro en el pequeño pabellón del jardín. Comían y hablaban, nada más.

—¿Dices que tu reina tenía el pelo del mismo color que tú? —fue la primera pregunta que le hizo una noche.

—Sí. En Inglaterra hay mucha gente que tiene el pelo rojo. No es extraño, aunque se encuentra gente con el cabello de muy distintos colores, desde casi blanco, a marrón o al negro más oscuro, como el vuestro.

—*Honto, neh?* ¿En serio? Tu capitán tenía el pelo de oro, si no recuerdo mal, y advertí muchos tonos diferentes de marrón, pero ningún rojo tan vivo como el tuyo.

—No es tan habitual como el castaño.

—Vi a otros extranjeros cuando fui al sur hace unos años, pero todos tenían el pelo negro. Y grandes narices, no pequeñas como la tuya.

—Quizá fuesen portugueses. Eso lo explicaría. Según tengo entendido, en Portugal la mayoría de la gente es morena. En cuanto a su nariz, estoy segura de que su tamaño es diverso.

—Entiendo.

Las preguntas continuaron.

—Háblame de tu país. ¿Qué tamaño tiene? ¿Cuánta gente vive en él? ¿Hay otros países cerca? ¿Les hacéis la guerra? ¿Tu rey tiene un ejército muy grande?

Su ansia de conocimiento era insaciable y a Hannah le costaba seguirle el ritmo. Había ocasiones en las que deseaba que Rydon o su hermano hubieran sido secuestrados también, ya que era incapaz de contestar con precisión a las preguntas del señor Kumashiro en materia de técnicas militares y comercio. No obstante, parecía estar satisfecho con lo que le contaba, y escuchaba con atención.

Cuanto más tiempo pasaba en su compañía más la fascinaba. Era un hombre complejo y muy enigmático. Se descubría contemplando su rostro mientras él hablaba, reparando en la inteligencia de sus ojos oscuros, así como en el humor que dejaba entrever de tanto en tanto. Casi nunca se permitía dar muestras de emoción, pero algunas de las cosas que ella le explicaba abrían una brecha en su actitud de inflexible reserva. Dado que siempre estaban solos, cada día se relajaba un poco más. No era en absoluto como se esperaba que fuera un señor feudal, y no se parecía a ningún otro hombre que hubiera conocido.

Para su sorpresa, empezó a notar que esperaba con impaciencia sus encuentros nocturnos.

De día, dejaban a Hannah a sus quehaceres, aunque siempre estaba rodeada de sirvientas. Tenía asignados unos aposentos en la planta baja del edificio cercano al jardín, en lugar de en la torre. Estos incluían un porche que daba a un diminuto jardín privado, aunque no tenía permitido deambular libremente por el castillo.

—Me siento como un pájaro en una hermosa jaula —se lamentó ante Sakura—. Siempre he odiado estar encerrada.

No le dijo a la joven que quería encontrar el modo de escapar, pero Sakura pareció sospecharlo.

—Queréis volver con vuestra gente —le dijo, perspicaz.

—Pues claro. ¿Tú no quieres irte a casa?

Sakura se encogió de hombros.

—Yo no tengo casa, ni familia. Yo voy adonde vos vayáis. Y aquí no se está tan mal.

Hannah no podía negarlo, pero aun así se sentía inquieta. Para ayudarla a pasar el rato, Yukiko asumió la tarea de intentar enseñar a Hannah a leer y a escribir el japonés, y también el arte de la caligrafía. Como a Hannah siempre le había encantado dibujar, aprendió deprisa a formar la escritura más sencilla, llamada *kana*. Se trataba de interpretaciones fonéticas de sílabas, más que letras individuales, y no tardó en dominarlas. Sin embargo, los caracteres más complejos, llamados *kanji*, eran algo bien distinto.

—Nunca voy a conseguir aprendérmelos todos —protestó una mañana, y Yukiko sonrió.

—Tal vez todos no, pero por lo menos los *kanji* más habituales. Se requiere tiempo y paciencia para recordar los más difíciles.

—Bueno, ya he tenido bastante por hoy, me da vueltas la cabeza. En lugar de esto, ¿me podrías conseguir un carboncillo para dibujar, por favor?

Le encontraron un trozo afilado y, para divertirse, empezó un bosquejo de Yukiko. La mujer poseía uno de esos rostros fáciles de plasmar en papel, con rasgos definidos y marcados. Hannah trabajó ininterrumpidamente durante un rato; entonces, cuando se dio por satisfecha, se lo mostró a las otras mujeres. Yukiko se quedó sobrecogida y las demás exclamaron con entusiasmo al verlo.

—¡Hannah-san, es precioso! Es exactamente como Yukiko —dijo Sakura, maravillada—. ¿Cómo lo has hecho?

—Simplemente la he mirado y la he dibujado. ¿Aquí no tenéis pintores de retratos? Seguro que sí.

—Bueno, sí, pero un retrato formal nunca se parece demasiado a la persona a la que intenta reflejar. Es más estilizado —explicó Yukiko—. Pero esta, esta soy yo.

Hannah se echó a reír y le entregó el papel de arroz.

—Por favor, quédatelo si te gusta.

Entre las demás se inició un coro que repetía «por favor, dibújame a mí», y Hannah estuvo ocupada durante el resto de la mañana.

—Hoy te has olvidado de peinarme —le dijo Hannah a Sakura, dos semanas después, cuando se encaminaban una vez más a la casa del jardín. Habían encendido farolillos cada cierta distancia para enfatizar determinados elementos, como las cascadas. Era como el decorado de un cuento de hadas.

—No, no se me ha olvidado. Hoy el señor Kumashiro nos ha ordenado que lo dejemos al natural. Quería ver lo remolinos.

—¿Los remolinos? —Hannah supuso que se refería a los rizos y se preguntó por qué de repente a su señor le interesaban tanto. A pesar de que, hasta ese mismo día, su pelo había sido ungido con aceites para someterlo impecablemente a su posición, siempre había algunos mechones que escapaban y se rizaban en torno a su rostro. Tal vez quisiera comprobar si el resto de su pelo era igual. O quizá tuviera otra razón completamente distinta, una que a ella no se le hubiera ocurrido...

Estaba sentado inmóvil en la galería, como siempre, y su expresión no se alteró al ver el cabello flotando libremente alrededor de ella. A pesar de haberle crecido un poco más, no lo tenía tan largo como algunas de las otras damas, a las que les llegaba hasta medio muslo o incluso más. Al tenerlo recién lavado y secado, los mechones rojos se le rizaban desordenadamente alrededor de la cabeza como una nube de vívidos hilos de seda. Se preguntó si lo encontraría feo. Su madre siempre le había dicho que lo mantuviera oculto, siendo de un tono rojo tan intenso.

—Ven adentro —le ordenó él, sin dar aún muestras de haber advertido nada fuera de lo común. Ella obedeció.

La puerta se deslizó y se cerró, y de pronto lo sintió de pie a su espalda, muy cerca de ella. No habló, simplemente tomó un mechón de pelo tras otro, levantándolos a la luz. Luego empezó a enrollar los rizos alrededor de su dedo, antes de verlos deslizarse de nuevo. Hannah se tensó y se quedó quieta. Tenerlo allí, tocándole el pelo de esa forma, le resultaba extrañamente excitante, pero al mismo tiempo era aterrador.

Cayó en la cuenta de que había estado conteniendo el aliento y soltó el aire lentamente, procurando controlar el miedo que había despertado dentro de ella. ¿Eso era? ¿Había decidido acostarse con ella y por eso había mandado que le dejaran el pelo suelto? ¿Acaso había colmado su curiosidad con todas esas preguntas y ahora centraba su interés en su persona? Tembló cuando él le cogió aún otro mechón de pelo, estudiándolo con detenimiento.

—Es extraordinario —dijo por fin—. Mira, cambia de color con la luz cuando lo



retuerzo.

—Yo... sí. Sí, supongo que así es. Nunca lo había pensado.

—Es extraño que se arremoline así.

—Sí. Lo tengo así desde que nací. Igual que prácticamente la mitad de los habitantes de mi país, y los demás lo tienen liso o algo intermedio.

Hannah seguía teniendo plena consciencia de su cercanía y le estaba provocando un curioso efecto. Tuvo de pronto una imperiosa necesidad de darse la vuelta y reposar la cabeza sobre su amplio pecho; entonces se acordó de dónde estaba y con quién.

—Asombroso —repitió, y le acarició el pelo desde la coronilla hasta la cintura. Ella se estremeció y procuró mantenerse en pie—. Y es tan suave, cada pelo es como el de un bebé. Mira, toca el mío, es completamente diferente.

Le tomó la mano y la puso en su propia cabeza, donde Hannah palpó a regañadientes un pelo de su moño. Su cabello era más grueso que el de ella, pero también bastante lustroso y suave.

—Sí, tenéis razón, pero vuestro pelo también tiene un bonito color.

Hannah no sabía por qué, pero creyó que sería mejor intentar cambiarle este extraño ánimo mediante un cumplido.

—A mí me da la sensación de que, según cómo le dé la luz, cambia del negro al azul, y es mucho más brillante que el mío.

—Tal vez —admitió él—. Cuando Yanagihara-san me habló de tu pelo, pensé que se había vuelto loco. Hay gente que dice que está un poco chiflado, pero yo nunca volveré a dudar de él.

—¿Quién es ese Yanagihara-san? —dijo Hannah frunciendo el ceño. Recordaba que el señor Kumashiro lo había mencionado antes—. ¿Y cómo podía saber cuál era mi aspecto, si no me había visto nunca?

—Es un vidente y predice cosas. Normalmente son advertencias de los dioses, pero cuando me habló de las imágenes que había visto de ti no sabíamos qué pensar. En parte fue por eso por lo que hice que te trajeran, para saber si suponías algún tipo de amenaza.

—¿Yo, una amenaza? —Hannah se echó a reír—. Difícilmente.

Volvió a ponerse seria.

—Pero ¿de verdad me vio en una visión? Es espeluznante.

El señor Kumashiro asintió.

—Le diste un buen susto, ¿sabes? Él creyó que tu pelo estaba hecho de tentáculos de fuego. En cuanto a tus ojos... —Sonrió, y Hannah reparó muy especialmente, una vez más, en sus hoyuelos. Sus dedos ardían en deseos de explorarlos, pero reprimió ese impulso y sepultó las manos bajo las amplias mangas de su kimono—. Tengo que llevarte a verlo.

—¿A quién? —Hannah seguía absorta en su sonrisa y había olvidado de qué estaban hablando.

—A Yanagihara-san. Vive en los jardines del castillo. Quizá mañana, si tengo tiempo.

El señor Kumashiro alargó una mano y levantó de una vez toda la cabellera de Hannah, de modo que su cuello quedó al desnudo. Hannah hizo ademán de apartarse.

—Tienes un cuello muy grácil y la piel muy blanca —dijo, y acarició despacio la nuca—. Desde luego no eres tan fea como esperaba que fueras.

Hannah bajó de las nubes y se apartó de él, de forma que este tuvo que dejar caer la mata de pelo.

—¿Fea? —Lo miró con el entrecejo arrugado—. Puede que no sea la gran belleza que es mi hermana, pero habréis de saber que no soy fea.

—Pero si es lo que acabo de decir. —Cruzó sus poderosos brazos por encima del pecho—. ¿Me encuentras repulsivo? Según me han dicho, tu gente normalmente lo considera así.

—Pues no. No, yo no.

Hannah no sabía qué decir. No podía decirle de ninguna manera que justamente había estado pensando en lo guapo que se ponía cuando sonreía. Eso estaría completamente fuera de lugar.

Nunca había pensado en el aspecto de Hoji en uno u otro sentido, porque solo pensaba en él como en un pariente bondadoso. Sin embargo, ahora tenía que reconocer que un japonés podía resultar, en verdad, muy atractivo, de un modo inquietante. Hannah desvió la mirada hacia el suelo, confusa. ¿Acaso llevaba tanto tiempo entre los japoneses que ya no se le hacían extraños? ¿Sería simplemente que se había acostumbrado a ellos? Por alguna razón, no lo creía. Era él, el señor Kumashiro, el que le causaba ese efecto. Solo él.

—Bien —dijo él, interrumpiendo sus pensamientos—. Así pues, comamos.

Taro comía de forma mecánica, sin reparar en lo que se introducía en la boca. Tenía enteramente centrada su atención en la mujer que estaba sentada frente a él, una mujer que ocupaba sus pensamientos hasta el punto de excluir todo lo demás en aquel momento.

Cuando la conoció en Hirado, se quedó intrigado por su inteligencia y su franqueza al hablar, pero para él no era más que un objeto curioso. La había hecho traer a su castillo porque quería saber más sobre ella y sobre el país del que procedía, pero nunca creyó que se sentiría atraído por esa mujer. Fascinado por su insólita apariencia hasta que dejara de ser novedad, por supuesto, pero nada más. Con sorpresa, cayó en la cuenta de que se había acostumbrado tanto a sus ojos transparentes y a los remolinos de su cabello rojo que ahora apenas si pensaba en

ello. En cambio, estaba empezando a verla como mujer.

Los ojos azules eran arrebatadores, indudablemente, pero también lo era su rostro. Estaba perfectamente proporcionado, los ojos bien separados, la nariz pequeña y delicada, y su boca, pese a ser en cierto modo demasiado generosa, hermosamente dibujada. Su piel era clara e inmaculada, y parecía suave como el rocío de la mañana sobre una hoja. Siempre que estaba cerca tenía que resistirse a la tentación de alzar la mano y acariciarle la mejilla.

La inquietante realidad era que la encontraba extremadamente atractiva.

Sus compatriotas creerían que se había vuelto loco.

Casi no tenía modales, no sabía comportarse en su presencia y hasta la última de sus emociones se reflejaba en su semblante. No había nada oculto y dudaba de que pudiera guardar un secreto, por mucho que lo intentara. Él debería deplorar tal falta de autocontrol, pero después de lo que había sucedido con Hasuko, no podía sino darle la bienvenida.

Con Hannah-san no había interpretación posible. Si intentaba acostarse con ella y no le gustaba, él lo sabría. Por otra parte, tenía la sensación de que si él la complacía, ella no vacilaría en demostrárselo. Nunca se reprimiría. Si se ganaba su confianza y su afecto, ella se los daría de todo corazón.

Pero ¿era eso lo que quería?

Había advertido que Hannah se estaba acostumbrando a él y que ahora se ponía menos nerviosa en su presencia. Sus reveladores estremecimientos al tocarle el cuello, el pelo, le habían confirmado que decía la verdad. No lo encontraba repulsivo, ni remotamente. Y él la deseaba, ahora ya no le cabía duda.

Era una locura.

No tenían ningún futuro. Era un hecho que la había mandado secuestrar y que nadie sabía dónde se encontraba en ese momento, pero su plan incluía llevarla de vuelta tan pronto como hubiera satisfecho su curiosidad. ¿Debería aprovecharse de ella? ¿Cómo reaccionarían sus compatriotas ante semejante escándalo? Provocaría una oleada de protestas entre la comunidad de comerciantes extranjeros, y podía ser incluso el inicio de una contienda. El shogun le arrebataría el título, las tierras, el clan entero, probablemente.

No merece la pena asumir tanto riesgo por una mujer.

¿Y si, ya que la tenía allí, decidiera no dejarla marchar? Taro frunció el ceño al pensarlo. Sería mejor dejarla en paz ahora, enviarla directamente de vuelta. Eliminar la tentación.

Suspiró. Tenía que reflexionar un poco más acerca de ese asunto, tal vez hablarlo con Yanagihara-san.

*Pero aún no, pensó. Todavía no puedo separarme de ella.* Quedaban tantas cosas por aprender.

—Háblame del dios al que veneras y de su hijo, el carpintero.

Hannah levantó la vista de su plato de arroz y miró al señor Kumashiro, perpleja.

—¿Conocéis el cristianismo?

—Pues claro. Me mantengo bien informado sobre todo lo que sucede y he oído a los extranjeros de pelo negro que predicán sobre su dios. Afirman que solo hay uno y que es todopoderoso.

Con «extranjeros de pelo negro», Hannah entendió que se refería a los sacerdotes portugueses que intentaban convertir a los infieles japoneses a su fe.

—¿Qué queréis saber exactamente, mi señor? Es decir, si los habéis oído hablar, debéis de conocer la historia de Jesús. En mi país creemos en él y también en el único Dios verdadero, aunque existen algunas diferencias entre nuestros... puntos de vista.

No estaba segura de cómo hablarle acerca de los cristianos y los protestantes. A su entender, probablemente, debían de parecerle lo mismo.

—Sí —dijo él—. He oído la historia, y supongo que podría ser cierta. También aquí muchos hombres se han convertido en deidades. Pero ¿por qué creéis que hay un solo dios? Nosotros preferimos creer que hay muchos. Aquí, además, tenemos espíritus, *kami*, que nos ayudan en nuestra vida diaria. Viven en lugares como los ríos, los lagos y los árboles, por ejemplo. Les hacemos ofrendas, les rezamos. ¿Vosotros no tenéis espíritus?

—Bueno, está el Espíritu Santo. Supongo que podría asemejarse a los vuestros. Y algunas personas creen en fantasmas, que son personas muertas que por alguna razón permanecen entre los vivos, en lugar de ir al cielo. Pero no os referís a eso, ¿verdad?

—No. Nosotros también tenemos fantasmas. Pero no tienen nada que ver con los otros.

—No sé muy bien cómo explicarlo. Antes en Europa la gente también creía en un montón de dioses, pero cuando llegó Jesús, convenció a todo el mundo de que estaban equivocados. Su Dios era tan poderoso, comprendéis, que todos los demás no hacían falta. Y se lo demostró a sus coetáneos.

—No estoy seguro de que me guste cómo suena eso. Todo ese poder concentrado en un solo ser sería peligroso. Es mucho mejor que esté dividido.

Hannah dedicó un instante a meditar aquello, entonces le lanzó un desafío:

—Así pues, ¿no creéis que vuestro shogun deba tener todo el poder en vuestro país?

—No he dicho eso. —La miró ceñudo—. Eso es distinto.

Hannah negó con un gesto.

—No, no lo es. Él es todopoderoso en Japón y, por lo que he oído decir, no hay nada que podáis hacer al respecto.

La mirada del señor Kumashiro se tornó feroz.

—No vuelvas a decir eso jamás —ordenó—. Hay espías por todas partes y podrías morir por menos. Por no hablar de que podrías meterme en un serio problema.

A Hannah el corazón empezó a golpearle el pecho incómodamente, sin embargo le sostuvo la mirada severa.

—Está bien, no hablaré de ello, pero no veo cómo se puede tener esa doble moral. A lo mejor, si le dierais a nuestro Dios una oportunidad, os ayudaría.

—Lo dudo. Como mucho podría añadirlo al resto, pero no rezarle a él exclusivamente. En cualquier caso, estoy bastante contento con los dioses y espíritus que tengo. Una cosa más, mientras este tema nos ocupa.

—¿Sí?

—Me han dicho que llevas puesto un colgante en forma de cruz.

—¿Qué pasa con él?

Hannah se llevó la mano a la garganta automáticamente, donde colgaba, debajo de la ropa, el diminuto crucifijo de oro.

—Intenta no mostrársela nunca a nadie más que a tus doncellas del servicio. Podría resultar peligroso para ti.

Hannah tragó saliva.

—Está bien. Gracias por decírmelo.

Un incómodo silencio se instaló entre ellos durante un rato y Hannah sintió disminuir su apetito. Se preguntó si llegaría a comprender algún día a ese hombre y su cultura. ¿Y llegaría él a entenderla a ella?

—Oh, y qué más da —murmuró entre dientes.

—*Nani?*

—Lo siento, estaba hablando en mi lengua.

—Sí. He estado pensando en eso. Por favor, enséñame algunas de tus palabras extranjeras.

Hannah se lo quedó mirando, sorprendida. Ya no parecía estar enfadado y había recuperado su habitual talante imperturbable. A ella, por el contrario, la petición la dejó atónita.

—¿Queréis aprender mi lengua?

—Sí. ¿Por qué no? Tú has aprendido la mía.

—Pero ¿para qué? Es decir, ¿y si soy la única persona que la habla que llegáis a conocer nunca? ¿De qué serviría haber aprendido mi lengua?

Él sonrió.

—Estoy seguro de que habrá otras. Yanagihara-san me cuenta que pronto empezarán a llegar extranjeros en grandes cantidades. Pero incluso si no conozco a ninguno de ellos, no consideraría una pérdida de tiempo aprender a hablar contigo en tu propia lengua. Me abrirá la mente. Cualquier aprendizaje es bueno. Y quizá, si

hablo como tú, también entenderé mejor tu forma de discurrir.

Hannah nunca lo había pensado en esos términos y, de niña, no le habían dado la oportunidad de estudiar algo solo por placer. Sin embargo, sus palabras tenían sentido, así que le sonrió y asintió.

—Estaré encantada de enseñaros. ¿Queréis empezar ahora mismo?

—¿Por qué no?

Hannah llevaba una vida muy protegida en el castillo y casi nunca veía a ninguno de los demás habitantes. No obstante, unos días más tarde, sus damas de compañía y ella doblaron una esquina y se toparon de frente con otro grupo de damas, con las que a punto estuvieron de chocar. Las sirvientas de Hannah se apartaron inmediatamente del camino e hicieron una profunda reverencia. Hannah hizo lo propio, pese a no tener ni idea de ante quién se inclinaban. Decidió que no quería contrariar a nadie innecesariamente.

—Levantaos —ordenó una voz desdeñosa. Hannah y sus damas se irguieron, mirando cautelosamente a quien hablaba.

Se trataba de la mujer que iba en el centro del grupo, que vestía un kimono de lo más delicado, de seda tan fina que brillaba cada vez que se movía. Estaba bordado en hilo dorado y plateado, y había joyas preciosas en los ornamentos capilares de la dama. Llevaba el rostro empolvado, para hacerlo lo más blanco posible, y un poco de pintura facial le resaltaba los ojos y la boca. Hannah vio un par de ojos muy oscuros y a duras penas consiguió reprimir un escalofrío.

Esta mujer la odiaba.

Hannah lo supo en el mismo instante en que sus miradas se cruzaron. Era innegable la hostilidad que se leía en sus negras profundidades y Hannah frunció el ceño. Se preguntaba por qué tendría que odiarla nadie, si ni siquiera se conocían.

Con un último vistazo y sin saludarlas de ninguna otra forma, la mujer pasó de largo. Las damas siguieron sus pasos, inseparables, pese a que moverse con rapidez llevando puesto un kimono no era tarea fácil.

Hannah se quedó mirándolas, sorprendida.

—¿Quién demonios es esa? —preguntó.

—Esa es Reiko-sama, la cuñada del señor Kumashiro —murmuró Yukiko.

—¿Su cuñada? Ah, entiendo.

Hannah se molestó consigo misma por dejarse sorprender por esa información. Por supuesto que el hombre debía de estar casado. Era un daimio, y como tal debía de necesitar herederos. Sería de lo más natural que algunos de los parientes de su esposa vivieran en el castillo.

—¿La señora Reiko sabe quién soy? No ha parecido contrariarse al verme.

—La señora Reiko se mantiene informada acerca de todo lo que acontece en el

castillo —dijo Yukiko con un leve fruncimiento de nariz, como si no lo aprobara.

Hannah se estremeció. Le sonaba siniestro, aunque tal vez fuera algo que hacían las damas de alta cuna por esos lares. Se le ocurrió preguntar otra cosa.

—¿También tiene hijos el señor Kumashiro?

—Sí, uno. El varón que tuvo con la señora Hasuko, la hermana de la señora Reiko. El pequeño Ichiro nació el año pasado y es el orgullo y la alegría del señor Kumashiro. Lo visita a diario, según creo.

—Un hijo, qué adorable.

Hannah suspiró, con un inexplicable sentimiento de desánimo. Se reprendió a sí misma. Así que tenía una esposa llamada Hasuko y un hijo. No era de su incumbencia si el hombre tenía una docena de hijos o mujeres. Con un poco de suerte, pronto la rescatarían y se iría lejos de allí. Dado que el señor Kumashiro no la había tocado, podían llevarla de vuelta a Hirado. Entonces quizá algún día se casaría con un hombre al que también ella daría hijos. Pero ¿la querría alguien ahora? El simple hecho de pensar en ello se le hizo descorazonador. Sin embargo, quería tener hijos, lo deseaba de corazón.

—Ya habrá tiempo para preocuparse de eso más tarde —dijo en voz baja, en su idioma.

—*Nan desu ka?* ¿Qué habéis dicho?

—Nada, Yukiko-san, nada en absoluto.

El encuentro con la cuñada del señor Kumashiro había dejado a Hannah desasosegada y le resultó imposible hacer sus ejercicios de escritura esa mañana. Al final, arrojó su pincel y exclamó:

—Ya basta.

Yukiko la miró asombrada y se sentó sobre sus talones.

—*Sumimasen demo* —se arriesgó a preguntar—, ¿qué ocurre?

—Hoy no puedo concentrarme. Creo que iré a dar un paseo.

El señor Kumashiro le había dicho la tarde anterior que era libre de pasear por el jardín, si así lo deseaba.

—Pero no deambules por el castillo —le había dicho.

Se levantó y se sacudió la parte trasera del kimono. Las otras damas hicieron ademán de levantarse también, pero ella les indicó con un gesto que volvieran a sentarse.

—No, no, por favor, quedaos aquí. Me gustaría estar sola.

Aquello pareció alarmarlas a todas, de modo que se apresuró a añadir:

—Solo es algo que hacemos los extranjeros de vez en cuando. Es necesario para nuestro bienestar.

La mentira le salió con la mayor naturalidad, y se sintió vagamente avergonzada por engañarlas. Quizá estuviera socialmente mal visto pasear sola, pero en ese momento le daba igual. Necesitaba soledad, y si alguien le reprochaba el ir por ahí sin carabina, se limitaría a fingirse ignorante de sus normas. En cualquier caso, ¿para qué necesitaba carabina? Ya estaba más que comprometida.

Afuera, inhaló grandes bocanadas de aire y la sensación de ahogo que tenía dentro empezó a remitir. Su cuerpo se relajó tan pronto empezó a caminar por los impolutos senderos y dejó que sus pensamientos vagaran libremente. Al cabo de un rato, se sentó encima de una piedra que el sol había calentado. Escudándose tras varios arbustos grandes, cerró los ojos para disfrutar de la paz.

En su cabeza flotaban imágenes de la hermosa dama que había visto aquella mañana y estuvo pensando en la esposa del señor Kumashiro. Sería presumiblemente tan encantadora como su hermana. Él nunca le había hablado a Hannah acerca de ninguna de las dos damas, aunque lo cierto era que sus conversaciones versaban en su mayor parte acerca de lo foráneo, así que no era de extrañar. Hoji le había contado a Hannah que la mayoría de los matrimonios samuráis eran concertados y que normalmente las dos partes lo aceptaban con ecuanimidad. ¿Sería ese el caso del



señor Kumashiro?, se preguntó, ¿o acaso había escogido a su esposa porque la amaba? En cualquier caso, debía de estar contento de haberse casado con alguien tan imponente.

El ánimo de Hannah se desplomó e hizo que se enfadara consigo misma. Los acuerdos domésticos del señor Kumashiro no tenían nada que ver con ella. Esperaba poder irse de allí pronto, y entonces no volvería a verlos, ni a él ni a su familia.

—¿Deseabais hablar conmigo, mi señor?

La suave voz femenina sacó a Hannah de su sombrío humor y espió desde detrás de los arbustos para ver quién hablaba. Para su sorpresa, el señor Kumashiro se encontraba muy cerca de allí, y con él estaba la misma mujer en la que Hannah había estado pensando, su cuñada. No había nadie más por los alrededores, aunque no lejos de allí esperaban algunos guardaespaldas. La pareja estaba frente a frente, ajena a todo lo que la rodeaba, y Hannah se preguntó por qué se reuniría con ella de ese modo. Le parecía raro. Ninguno dejaba entrever emoción alguna, pero Hannah detectó una tensión en el aire entre ellos.

—Sí, gracias por venir tan rápido.

El señor Kumashiro agradeció su prontitud con una leve inclinación de cabeza, luego fue directo al grano.

—He recibido una notificación del shogun en la que dice que desea conocer a mi heredero. Por el tono del mensaje, entiendo que no le complace que lo hagan esperar. Insinuaba amenazas. Si no obedezco las órdenes del shogun, quién sabe qué podría hacer. No quiero contrariarlo. No sería nada acertado y podría acarrearle problemas también a vuestro padre.

—¿No le informasteis de que seguimos de luto y de que no podíais viajar, mi señor?

—Sí, por supuesto, pero de eso hace ya mucho tiempo. El shogun se está impacientando y no se puede usar esa excusa indefinidamente. No, debemos salir el próximo mes. Ya os advertí la semana pasada de que nuestra partida no podía posponerse más. ¿Por qué no habéis iniciado ni tan siquiera los preparativos? Si hubiera algún espía por aquí, informaría al señor de que no se está haciendo nada.

Hannah creyó haber percibido que la señora Reiko respiraba apresuradamente, pero no podía estar segura. Se preguntó por qué la mujer parecía oponerse a una visita a la capital. Sin duda debía de ser un gran honor ser presentado al soberano del país. Debería alegrarse por su sobrino.

—Estaba rota por el dolor. Pensé...

—Pues ya no. Por favor, empezad inmediatamente.

Hannah supuso que la señora Reiko era la responsable de organizar los viajes, y que por eso le daba esa orden a ella en lugar de a su esposa. El señor Kumashiro habló exactamente como lo haría un déspota feudal y Hannah estaba segura de que

nadie en su sano juicio osaría contradecirlo cuando hablaba en ese tono. Sin embargo, Reiko la sorprendió.

—Lo siento, mi señor, pero aún me queda mucho para estar recuperada. Me es imposible viajar aún.

—En ese caso, tendréis que quedaros y regresar a casa de vuestro padre. Creí que os habría gustado acompañarnos, pero tal vez me equivoqué.

—No, por supuesto que no, pero... estoy segura de que preferirías que vuestro hijo se quedara aquí, donde pudierais verlo a diario —sugirió—. Si vamos a Edo, probablemente tendrá que quedarse allí.

Hannah no comprendió esa afirmación, pero él sí, pues en su mandíbula se tensó un músculo. Fue la única señal de perturbación que Hannah pudo apreciar. Recordó los comentarios de Yukiko acerca de su cercanía con el niño y de sus visitas diarias a los aposentos del pequeño.

—Soy muy consciente de ello y nuestros deseos son irrelevantes, como bien sabéis —rezongó—. Pasaré todo el tiempo que pueda en la capital.

—Unos cuantos meses es mucho tiempo para un bebé. Podría olvidaros si no estáis ahí todo el tiempo.

El señor Kumashiro se impacientaba y Hannah comprendió que aquello era una burla deliberada por parte de Reiko. ¿Cómo se atrevía? Se suponía que las mujeres japonesas se comportaban con respeto en todo momento, pero daba la impresión de que su cuñada no le tenía miedo a ser diferente.

—Tonterías. Mi hijo siempre me reconocerá. Ahora id y empezad a hacer el equipaje, por favor. Siempre podemos viajar despacio y, de todas formas, iréis en el palanquín, lo que no debería resultar demasiado perturbador.

—Estoy segura de que vos sabéis mejor lo que os conviene, mi señor.

Reiko se inclinó levemente, como cediendo a una fuerza superior, pero Hannah vio que una efímera sonrisa cruzaba los labios de la mujer. ¿La habría visto también el señor Kumashiro?, se preguntó. De ser así, no dio muestras de haber picado el anzuelo.

—Nos iremos a finales de este mes —fue lo único que dijo.

—Desde luego, mi señor. —Reiko hizo una reverencia, algo más marcada en esta ocasión—. Daré comienzo a los preparativos inmediatamente, aunque...

—*Nani?*

—Puede que lleve algo más de tiempo, hay tanto por hacer. Un bebé tiene muchas necesidades, sobre todo durante un largo y duro viaje.

—Pues ocupaos de ellas. No quiero más excusas.

Él se alejó con paso airado y Hannah siguió observando cómo la señora Reiko lo contemplaba con los puños apretados. Hannah podía entender la reticencia de la mujer a dejar su casa, pero sospechaba que había algo más detrás de todo esto.

La mirada que le clavó al señor Kumashiro era una curiosa mezcla de veneno y anhelo. Hannah no la entendió en absoluto.

Aún desconcertada por la extraña conversación que había escuchado a hurtadillas, Hannah le pidió a Yukiko que le explicara por qué el shogun le había ordenado al señor Kumashiro y a su familia que acudieran a su presencia.

—¿Y por qué tendría que quedarse su hijo en Edo?

—El *sankin kotai* así lo exige.

—¿*Sankin kotai*? ¿Qué es eso?

—Es un modo muy astuto de asegurarse de que ninguno de los daimios conspira a sus espaldas —dijo Yukiko—. En la práctica, retiene a los parientes como rehenes, sobre todo al hijo y heredero de todo caudillo poderoso. Tienen que quedarse en la ciudad. De la misma forma, los propios señores deben permanecer un tiempo en la capital. Así nadie se atreverá a propiciar un levantamiento contra el shogun en ninguna de las extensas regiones del país. Saben que él castigaría a sus familias al instante.

—Ahora lo entiendo. Ya veo por qué la señora Reiko era reticente a ir —dijo Hannah—. Debe de ser difícil vivir lejos de tu familia durante meses y meses. Probablemente estará preocupada por su sobrino —añadió.

—Y por sus otras perspectivas —musitó Yukiko.

—¿Cómo has dicho? ¿En qué sentido?

Estaba ansiosa por preguntarle a Yukiko por qué el señor Kumashiro y su cuñada parecían estar tan enfrentados, pero no se atrevió a comportarse tan groseramente. Reiko había hecho alusión a un duelo, y tal vez ella y su hermana aún estuvieran apenadas por una pérdida, pero no parecía esa la única causa de la fricción.

Yukiko, no obstante, era una dama muy discreta, que se resistía a dejarse llevar.

—No es nada —fue lo único que contestó.

Pasaron varios días y Hannah no vio a nadie salvo a sus sirvientas. Se preguntaba si el señor Kumashiro se habría olvidado de su existencia, ahora que había colmado la mayor parte de su curiosidad acerca de su país. La última vez que lo vio le había dicho que pronto la haría llamar de nuevo, pero por el momento no la habían convocado.

Naturalmente, tendría otras cosas que hacer, aparte de sentarse a hablar con ella cada noche, razonó. Pasar tiempo con su esposa, por ejemplo. No era de extrañar que Reiko la hubiera mirado con malevolencia, si él había desatendido a su hermana durante varias semanas y ella había averiguado que Hannah era la causa. Ella habría reaccionado del mismo modo, aunque le habían contado que los hombres japoneses también tenían amantes formales, llamadas consortes, que eran toleradas por sus mujeres.

De la señora Reiko y de su hermana tampoco había rastro.

—Los preparativos para el viaje a Edo ya están en marcha —le informó Yukiko—, pero van despacio.

A Hannah esto no la sorprendió, dado que había sido testigo de la conducta de Reiko. Sin embargo, nadie parecía estar dispuesto a comentar estos asuntos y Hannah se sentía cada vez más aislada. A pesar de su relativa libertad, se sentía como una prisionera, no como una invitada.

La mañana del cuarto día no soportó estar confinada por más tiempo. Hacía buen tiempo, el sol brillaba intensamente y no era un día para languidecer mustiamente puertas adentro.

—¿Podemos salir a dar un paseo, por favor? —le preguntó a Yukiko—. Necesito un poco de aire fresco.

—Sí, por supuesto. ¿Queréis que llame a las demás?

—Si quieren acompañarnos, son bienvenidas, pero que decidan ellas.

Al parecer las otras damas eran del mismo parecer, porque ninguna quiso quedarse atrás. Formaron un grupo alegre y charlatán que se encaminó por los caminos del jardín. Hannah estaba resuelta a desterrar sus lúgubres pensamientos, y se animó incluso a cantar un poco, para asombro de sus acompañantes.

—Qué canción tan extraña —comentó Sakura—. Aunque es bonita, muy bonita, por supuesto.

Hannah dejó escapar una risita ante tan cortés mentira.

—Después de haber oído vuestras canciones, dudo mucho que esta os suene bien, pero me han dicho que mi voz es bastante buena. Solo tenéis que aceptar mi palabra de que la he cantado bien. Enseñadme una canción japonesa, alguna de vosotras. Por favor.

Entre grandes risas, las damas lograron enseñarle a Hannah una simple melodía, aunque a ella le costó mucho cantarla igual. Más que cantar, le parecía estar lamentándose; naturalmente, a ellas no podía decírselo.

Al final acabaron cerca de un gran estanque, casi un lago en miniatura, donde se sentaron encima de unos enormes cantos rodados a tomar el sol. Las damas continuaron charlando, intercambiando impresiones acerca de los esfuerzos de Hannah a la hora de cantar, mientras esta se iba alejando hasta el extremo del estanque. El agua era clara y pudo ver las oscuras formas de una especie de peces marrones que se movían lentamente bajo la superficie. Pensó que serían carpas, pues se parecían a un plato que le habían servido unos días antes. Así pues, obviamente, ese estanque no tenía únicamente un uso ornamental, pensó.

Se dejó caer sobre una piedra plana que había cerca del borde del estanque y acarició las suaves ondas con la mano. El agua estaba fría pero no helada, y así se quedó, perdiéndose en sus pensamientos durante mucho tiempo. Estaba rodeada por todas partes de árboles, que indudablemente adquirirían gloriosos colores otoñales

conforme avanzara el año, cuyo reflejo admiraba en el agua. Se inclinó sobre la reluciente superficie del estanque para mirar su propia imagen, y sonrió. Yukiko le había dicho que, cuando llegara el momento, su cabello combinaría a la perfección con el color de los árboles, dado que allí estos se volvían de un tono rojo más intenso que en Inglaterra.

—Idiota —murmuró para sí. El señor Kumashiro debía de haberle nublado la razón con todos sus comentarios acerca de sus rojos mechones. Ella nunca se había preocupado mucho por su apariencia, de modo que ¿por qué tenía que importar ahora?

Al cabo de un rato, reparó en un ruido que provenía de una mata de arbustos que había junto al estanque, aunque más lejos. Observó mientras otro grupo de mujeres salía a la luz del sol, no muy lejos de un pequeño muelle ornamental. Hannah no tuvo dificultades para distinguir en el centro a la señora Reiko. Regiamente vestida, como en la ocasión anterior, tenía una presencia majestuosa que era inconfundible. Hannah se estremeció, albergando la esperanza de que la mujer no la viera. Escudriñó a las demás, preguntándose cuál de ellas sería la señora Hasuko. A pesar de que algunas eran hermosas, ninguna era tan bella como la señora Reiko ni vestía ropas tan lujosas. Hannah llegó a la conclusión de que la esposa de Taro debía de haber preferido quedarse atrás.

Las damas de compañía de la señora Reiko habían venido mejor pertrechadas que las de Hannah. Extendieron mantas sobre la hierba para sentarse en ellas y abrieron cestas de provisiones. Mientras tanto, hablaban animadamente, aunque sin tantas risas como el grupo de Hannah, que no había advertido la presencia de las recién llegadas.

La propia Hannah estaba medio escondida detrás de un arbusto, y así, desde allí, pudo mirar sin ser vista. Siguió curioseando a hurtadillas, de vez en cuando, pues la cuñada del señor Kumashiro le parecía muy enigmática. ¿Qué clase de mujer era? De alcuernia, presumiblemente. Preciosa y elegante, saltaba la vista. Y eficaz, holgaba decirlo. Pero ¿por qué tenía ese aire de superioridad? Actuaba como si fuera el ama del castillo, pese a que resultaba evidente que no lo era. ¿Y por qué la esposa del señor Kumashiro no salía a pasear? ¿Acaso estaba enferma?

Hannah decidió ir a preguntarle a Yukiko. Seguro que ella no se negaría a responderle a unas cuantas preguntas inofensivas. Tampoco es que fueran secretos de Estado. Hannah se levantó, se sacudió el kimono (uno muy bonito, de seda verde y bordado con hojas de otoño, que alguien le había prestado) y se preparó para regresar con las damas. En ese preciso instante, le llamó la atención un destello de color en el pequeño muelle que había junto al grupo de la señora Reiko y oyó un leve chapoteo. Parpadeó y entornó los ojos para ver lo que era. Al momento, una cabeza diminuta y una mano que se agitaba aparecieron sobre la superficie del agua. Un pavor gélido se apoderó de las tripas de Hannah. Sin pensárselo dos veces, corrió a toda velocidad

hacia el punto en el que la cabecita había desaparecido ya.

—*Tasukete!* —gritó, y se adentró caminando en el agua, que muy pronto se hizo bastante profunda—. ¡Que alguien me ayude!

Hannah creyó vislumbrar una tela roja no muy lejos de donde se encontraba y buceó, sin contemplaciones por la ropa que llevaba puesta. El pesado kimono tiraba de ella y le dificultaba enormemente el movimiento, a pesar de que, en condiciones normales, era una resistente nadadora. Empujó con todas sus fuerzas y abrió los ojos, dando gracias a Dios por que el agua fuera tan clara. La suerte la acompañó y allí, justo delante de ella, estaba el niño, hundiéndose rápidamente y ya inmóvil.

Ella lo agarró y pateó todo lo que pudo, impulsando al niño por delante de ella hacia la superficie.

—¡Ayuda! —volvió a gritar tan pronto tuvo la boca fuera del agua. Empujando la cabecita y los hombros, para asegurarse de que permanecían por encima del agua, se dirigió a la orilla del estanque. Enseguida hubo manos disponibles para liberar a sus exhaustos brazos del peso del niño. Hannah se arrastró hasta el borde y apoyó la cabeza sobre las piedrecitas, boqueando en busca de aliento. Con la mirada angustiada, observó que ponían al niño boca abajo, mientras le palmeaban suavemente la espalda. Una gran cantidad de agua salió de él o de ella, y entonces, por fortuna, el pequeño vomitó y se puso a chillar.

—Gracias, Dios mío. Muchas gracias —susurró Hannah.

—Hannah-san, debéis salir de ahí. Vais a coger frío. Venid.

Como si le hablara desde muy lejos, Hannah oyó la voz de Sakura. Se mezclaba con las de Yukiko y las otras damas, y le decía que se levantara, que caminara, que se tapara con una manta. Ella obedeció mecánicamente, y con un último vistazo al niño, se la llevaron a toda prisa en dirección al *o-furo*.

Lo último que oyó fue a la señora Reiko diciendo en un tono funesto:

—¿Quién es la responsable de esto?

Hannah se echó a temblar, y no era por el frío.

—¿De quién es ese niño?

Hannah estaba sentada en la fuente termal, castañeteando los dientes, a pesar del calor extremo del agua. La conmoción por lo que había estado a punto de suceder se instaló en ella y su cuerpo reaccionaba como era de esperar.

—Ese era el hijo del señor Kumashiro, Ichiro.

La voz de Sakura retumbaba en la sala de baños, aunque hablaban en susurros.

—¡Cielos! Entonces debería estar mejor vigilado.

—En efecto. —Sakura se dio la vuelta—. Según creo ya se han tomado medidas.

—¿Medidas? ¿Qué quieres decir?

—La dama que estaba a cargo del niño será decapitada. La señora Reiko ha solicitado incluso hacerlo ella misma, por ser la responsable de todo el grupo de mujeres, pero el señor Kumashiro le ha denegado el permiso.

—¿Decapitada? —Hannah tragó saliva, notando que le subía la bilis a la garganta—. Oh, no, ese es un castigo demasiado severo.

*¿Y por qué iba a querer una mujer llevar a cabo esa sentencia?*, se preguntó. Nunca había oído nada semejante.

—¿Lo creeríais así si fuera vuestro hijo?

—No lo sé, supongo que no.

Hannah tenía que reconocer que si ella tuviera un hijo lo defendería, sin duda, con uñas y dientes. Pero ¿llegaría tan lejos como para ordenar la muerte de otra persona por negligencia? Solo si el niño hubiera llegado a morir, pensó.

—¿Seguís teniendo frío, Hannah-san?

—Sí, pero creo que estoy empezando a entrar en calor. Gracias por ayudarme y traerme aquí tan rápido. Me temo que me quedé un poco paralizada, y no solo mi cuerpo.

—Es comprensible. Aunque es una pena por el kimono.

—¿No se puede hacer nada por él?

—No, me temo que no. Nunca volverá a ser igual.

—Oh, vaya, y no puedo compensar a nadie por la pérdida.

—Tal vez el señor Kumashiro os dé uno en agradecimiento por salvar a su hijo.

—Quizá.

Hannah se confesó que no quería su gratitud, quería algo completamente distinto. Algo que nunca podría tener. Se hundió aún más en las aguas termales y cerró los ojos. Y murmuró en su propia lengua:

—Ojalá no hubiera venido nunca.

Esa tarde, Hannah estuvo sentada en sus dependencias con sus damas. Se estaba acostumbrando a pasarse horas arrodillada en el suelo. Sus piernas ya no protestaban a cada momento, y en verdad no echaba de menos las sillas ni los bancos. Siempre había cojines de seda disponibles y, combinados con los mullidos tatamis, resultaba bastante cómodo.

Yukiko trajo un arreglo floral y lo colocó en una esquina.

—Tu ikebana es encantador —le dijo Hannah—. Ya me gustaría a mí tener tu habilidad para las flores; tendré que conformarme con dibujarlo.

Sacó papel y carboncillo y se dispuso a intentar captar la bella imagen. La mujer solamente había usado lo que parecían ser ramitas y hierbas, recogidas al azar y dispuestas de forma asimétrica en el cuenco, junto con unas cuantas flores añadidas. Era austero, pero a Hannah le suscitaba mucha placidez contemplarlo.

—No se trata solo de habilidad —respondió Yukiko, modestamente—. Sigo ciertas reglas y llevo años practicando. Os enseñaré, si queréis.

—Sí, por favor.

—El objetivo es dar armonía a la habitación —añadió Sakura.

Aquello hizo sonreír a Hannah; se había acordado a Hoji, que no se cansaba de ensalzar las virtudes del *wa*.

¿Dónde estás ahora, amigo mío? Probablemente seguiría en Edo con Jacob y Rydon. ¿Les habría enviado alguien un mensaje para comunicarles que Hannah había desaparecido?, se preguntaba. Y si así era, ¿qué podían hacer ellos al respecto? Dudaba de que los hombres del señor Kumashiro hubieran dejado pistas sobre su paradero. Los europeos no encontrarían la manera de averiguar dónde estaba. Su única esperanza era persuadir a su ilustrísima para que la llevara de regreso, cosa que en aquel momento no parecía probable.

Suspiró y procuró desterrar tan lúgubres pensamientos.

Llamaron a la puerta corredera y Yukiko se levantó para ir a abrir. Inmediatamente hizo una profunda reverencia, llevando la frente al suelo. Para asombro de Hannah, la señora Reiko se deslizó al interior de la estancia, seguida de una doncella que llevaba un fardo grande, envuelto en tela. Hannah, a su vez, se inclinó rápidamente.

—Hannah-san —dijo la señora Reiko, y la saludó con una leve inclinación—. He venido para daros las gracias por salvarle la vida a mi sobrino. *Domo arigato gozaimashita*. Gracias. Por favor, aceptad esto en señal de gratitud.

Le indicó a la doncella que se adelantara con el fardo, que la joven depositó en el suelo, delante de Hannah. El semblante de la señora Reiko era una máscara inexpresiva, y en esta ocasión Hannah no pudo leer nada en sus ojos. No obstante,



estaba bastante segura de que aquello era lo último que aquella arrogante dama deseaba verse obligada a hacer.

Hannah volvió a inclinarse, todo lo que pudo.

—Gracias, es un honor para mí, pero no es necesario. Me alegra haber sido de ayuda.

—Sin embargo, aceptaréis este obsequio de parte mía y de la del esposo de mi hermana.

Al decir estas últimas palabras, los ojos de la dama se entrecerraron ligeramente y Hannah se quedó cohibida. Obviamente, la señora Reiko estaba bien enterada de todo el tiempo que se había pasado Hannah hablando con el señor Kumashiro. Un tiempo que él debería haber dedicado a su esposa. Lo que significaba que esto debía de estar costándole muchísimo. Hannah se inclinó una vez más.

—Sois muy amables. Os lo agradezco.

La señora Reiko no dijo nada más; por el contrario, dio media vuelta y se fue, saliendo tan silenciosamente como había entrado. Todas las que estaban en la sala se sentaron, como paralizadas por un instante, antes de retomar sus actividades.

—Debéis abrirlo Hannah-san —la apremió Sakura—. Me pregunto qué será.

Hannah se quedó mirando el bulto antes de agacharse a desatar el nudo. Sus dedos procedían despacio, con cierta falta de coordinación, pero al final consiguió deshacerlo. La tela se abrió para desvelar un impresionante kimono de un profundo tono de escarlata, ricamente bordado con hilo de oro y plata. Las demás damas que había en la estancia ahogaron una exclamación y sus ojos saltaban una y otra vez desde el kimono a la melena de Hannah y vuelta a empezar. Varias de ellas alzaron sus manos para taparse la boca, espantadas.

Hannah sonrió.

—Oh, Hannah-san, esa es una tela muy, muy cara. Debe de haber costado una fortuna. Tanto hilo de oro, bordados por todas partes...

La pobre Sakura siguió parlotando en esa línea durante un buen rato, intentando valientemente convencerse a sí misma y a su señora de que la señora Reiko le había hecho un gran honor a Hannah.

Ella levantó una mano.

—Sí, sí, lo sé. Está bien, Sakura. Me gusta. —Las damas ahogaron otro grito—. Lo llevaré con orgullo.

Pese a la obviedad de que la señora Reiko le había regalado a Hannah ese kimono en particular a propósito porque sabía que no le favorecería el color, no dejaba de ser una prenda muy lujosa. Lo vestiría para demostrarle a esa mujer que le resultaba indiferente si había pretendido insultarla o no, y también para admitir que, tal vez, la señora Reiko tenía razón al estar enfadada, si el señor Kumashiro estaba descuidando sus obligaciones maritales por causa de Hannah. Por otra parte, no había necesidad de

mostrarse agradecido. Ella se alegraba de haberle salvado la vida a su hijo.

—Por favor, ayudadme a ponérmelo —instó a las otras—. Quiero llevarlo ahora mismo.

—*Chikusho!* En el nombre de todos los dioses, ¿qué llevas puesto? —Esas fueron las primeras palabras que le dijo el señor Kumashiro cuando Hannah entró en la casa del jardín esa noche. Hannah estaba muy complacida por haber sido convocada de nuevo, al fin, pero se quedó un poco desconcertada por su reacción ante su atuendo.

Hannah sonrió.

—¿No es precioso? —dijo, dándose la vuelta lentamente delante de él—. La señora Reiko ha sido muy amable al regalármelo, ¿no os parece? Y según tengo entendido, también os lo tengo que agradecer a vos, en parte.

—¿A mí? No, no. Yo no he tenido nada que ver con esto. Créeme, es el último kimono sobre la faz de la tierra que te habría regalado.

—¿Por qué? —dijo Hannah, frunciendo el ceño—. Ya sé que el color es estridente, pero...

Él alzó una mano para hacerla callar.

—No tiene nada que ver con el color. La última vez que vi esa prenda en concreto, la llevaba puesta mi mujer.

Hannah ahogó un grito. ¿Le habían regalado una prenda de desecho? De modo que la señora Reiko había querido hacerle un doble desaire, y quizá recordarle sutilmente al señor Kumashiro que estaba casado.

—Entiendo —dijo, indecisa; entonces levantó la barbilla una pizca—. Bueno, de todas formas, me gusta. ¿Os importaría mucho que me lo quedara?

Él vaciló, luego negó con la cabeza.

—No, supongo que no. Siempre que no estés ofendida. La mente de una mujer es tortuosa, mi padre siempre me lo decía y tenía razón. —Esbozó una sonrisa irónica—. Y ninguna tanto como la de Reiko.

—No estoy ofendida.

—Pues muy bien, porque te debo un agradecimiento mayor que el que pueda llegar a expresar con palabras por haberle salvado la vida a mi hijo.

Se inclinó ante ella de manera formal, profundamente, y los ojos de Hannah se abrieron de par en par al ver tan insólita imagen.

—*Domo arigato gozaimashita*, Hannah-san.

Extrajo un paquete de tela de dentro de su manga y se lo ofreció con las dos manos.

—Este es, espero, un regalo más apropiado para mostrarte mi gratitud.

—Vaya, muchas gracias, pero de verdad que no es necesario. Simplemente dio la casualidad de que estaba allí.

Hannah desenvolvió la tela y ahogó un grito de sorpresa al revelar un exquisito espejo hecho de laca negra. El mango y el reverso tenían incrustaciones de madreperla y oro que, combinados, formaban un hermoso dibujo de flores y ramas de cerezo.

—Yo... es demasiado, mi señor, ¿no?

Hannah nunca había poseído nada ni la mitad de bello y estaba completamente abrumada.

—Nada es demasiado cuando se trata de la vida de mi hijo. —Volvió a sonreírle—. Me alegro de que te guste. Ahora, ¿comemos? Y después he pensado que quizá querrías jugar conmigo a un juego. Necesito algo que me distraiga para no pensar en lo que podría haber sucedido.

—¿Un... un juego?

El regocijo que había encontrado Hannah en el regalo se transformó instantáneamente en suspicacia. ¿Acaso le había dado el espejo en parte como pago por algo más? Pero sus temores se esfumaron cuando señaló un tablero dispuesto sobre una mesa cercana.

—Se llama *go*. ¿Alguna vez has jugado?

—Oh. No, pero me encantaría aprender. ¿Es difícil?

Hannah conocía unos cuantos juegos de mesa y no se preocupó en exceso. Estaba segura de que podría dominar también este, con el tiempo.

—Eso depende de lo astuta que seas. —Sus ojos destellaban de malicia—. Después lo veremos.

El *go* resultó ser un juego bastante sencillo, que se jugaba sobre un tablero con una cuadrícula. Los jugadores tenían que colocar alternativamente unas piedrecitas (negras o blancas, dependiendo de a quién le tocara el turno) en las intersecciones de esas líneas. El objetivo era controlar una parte más grande del tablero que el oponente.

—Se considera que una piedra o grupo de piedras ha sido capturado cuando no tiene vacía ninguna intersección adyacente —explicó el señor Kumashiro—. Esto sucede cuando rodeas por completo una zona con las piedras de tu color. Entonces el oponente la o las eliminará.

—De modo que si las coloco juntas, ¿eso me ayudará a evitarlo?

—Exacto, aunque también puede ser bueno colocar tus piedras muy separadas, para dominar otras zonas del tablero. —El señor Kumashiro sonrió—. Al principio puede parecer simple, pero pronto verás que se necesita una buena estrategia para ganar.

—Pues vamos a intentarlo. Estoy segura de que, con práctica, aprenderé.

Al principio, él ganó con facilidad, pero Hannah se había pasado muchas tardes jugando al ajedrez con sus hermanos y su cerebro empezó perfeccionar estrategias.

No tardó en mejorar y se ganó un gesto de aprobación por parte del señor Kumashiro en relación a un movimiento particularmente inspirado.

—Ah, no había anticipado ese movimiento —murmuró—. Excelente.

Llamó para pedir un refrigerio y una doncella les trajo una bandeja con diminutas delicias y una pequeña licorera de loza con vasitos a juego.

—¿Has probado ya el sake? —preguntó él.

—Sí, una o dos veces. Me pareció... tolerable —mintió Hannah.

Lo cierto era que aquella bebida le había resultado muy insípida y algo oleosa. Además, como se servía caliente, no encontraba en ella el mismo efecto refrescante que en una copa de vino. Con todo, era bebible.

—¿Queréis que os sirva un poco?

La doncella había desaparecido, así que Hannah pensó que tal vez era su obligación hacerlo.

—Sirve un poco para los dos —le ordenó—. Nos ayudará a pensar.

Hannah lo dudaba mucho, pero hizo lo que le pidió. Los vasos de sake eran minúsculos y tenían capacidad para unos pocos tragos cada uno, de modo que acabó por servirlos en varias ocasiones a lo largo de la siguiente partida. Perdió la cuenta del número de veces que los había rellenado y, al cabo de un rato, el potente vino de arroz empezó a zumbiar en sus venas, relajándola.

También le aflojó la lengua y, en mitad de otra partida, le soltó una pregunta a bocajarro.

—¿A vuestra esposa no le importa que compartáis vuestro tiempo conmigo, mi señor?

Él estaba mirando ceñudo el tablero, meditando su siguiente movimiento, pero alzó la mirada con las cejas arqueadas.

—¿Cómo? Yo no tengo esposa.

—¿Cómo decís? Pero vos dijisteis... El kimono... Y la señora Reiko es vuestra cuñada. Eso tiene que significar que...

Él negó con la cabeza.

—Lo es, pero su hermana, mi esposa Hasuko, murió hace más de un año.

Hannah captó una mirada extraña que le cruzó las facciones, pero desapareció antes de que le diera tiempo a interpretarla. Debía de ser pesar o tristeza, pero de ser así, era un sentimiento teñido de algo más.

—¡No me extraña que os haya chocado verme con su túnica! Deberíais habérmelo dicho, mi señor. Lo siento mucho.

—Pensé que ya lo sabías y, además, no importa. Hasuko solo lo llevó puesto una vez, de modo que es evidente que no lo quería. Es una hermosa prenda, como has dicho, no hay razón para que se eche a perder, y dado que ti te gusta...

Se encogió de hombros.

—Entiendo.

Hannah respiró hondo. No estaba casado.

La sensación de alivio que la invadió ante semejante revelación a punto estuvo de hacer que se avergonzara de sí misma. A ella debería darle lo mismo y, aunque estuviera soltero, eso no cambiaba su situación. ¡Pero sí que la cambia! De pronto, la embargó una ligereza de espíritu al pensar que él estaba libre. Por lo menos no tendría que sentirse culpable por robarle su tiempo.

Cuando levantó la mirada, él la estaba estudiando, con la cabeza ladeada y un claro brillo en los ojos.

—Me creías un villano que ignora a su mujer una noche tras otra. Que quizá llega incluso a esconderla, fuera de la vista de todos, y la maltrata, ¿no es verdad?

—¡No, claro que no!

Él dejó escapar una risita.

—Sí que lo creías. Porque he hecho que te secuestren y, por lo tanto, no me consideras honorable.

—Bueno, yo... No podéis negar que era censurable, pero ahora que estoy empezando a conoceros un poco mejor, me doy cuenta de que no sois innoble. Por lo menos, yo no lo creo.

—*Honto, neh?* ¿Eso es cierto? Mmm, puede que algún día cambies de opinión.

—¿A... a qué os referís?

Hannah no se sentía cómoda con la dirección que estaba tomando esa conversación, pero sus sentidos estaban algo confusos por el sake y no estaba segura de seguirlo.

Él le sonrió de medio lado.

—No te preocupes por eso ahora. Continúa, te toca mover.

Señaló el tablero con un gesto y Hannah le siguió la mirada, entonces refunfuñó en voz alta.

—¡Me habéis vuelto a ganar! *Chikusho!*

Se dio una palmada en la rodilla, desahogando su frustración.

—En serio, Akai, ese lenguaje no es propio de una mujer —la reprendió, pero ella sabía que sus arranques lo divertían—. Sin embargo, como aún no estás hecha a nuestras costumbres, te perdonaré y te daré otra oportunidad de ganarme. ¿Estás lista?

—Claro que sí. Esperad y veréis, esta vez os voy a dar una sorpresa.

Él rio.

—Siempre lo haces, Akai. Esa es una de las cosas que más me gustan de ti.

Hannah habría querido tener el coraje de preguntarle qué otros atributos de ella le gustaban, pero pensó que quizá sería mejor no saberlo.

—¿Crees que podría visitar al niño. Yukiko-san? —pregunto Hannah al día siguiente—. Me gustaría comprobar con mis propios ojos que está ileso.

Yukiko lo sopesó un momento, y luego asintió.

—No veo por qué no. Enviaré a alguien para que le pregunte al señor Kumashiro si está permitido, solo para asegurarme.

El criado regresó enseguida y les dijo que Hannah sería bienvenida, así que se encaminó hacia allí de inmediato con la única compañía de Yukiko.

—Será mejor no atosigar al chiquitín con muchas visitas —dijo la mujer—. Aún es muy pequeño, no queremos asustarlo.

Hannah se preguntó si su peculiar imagen causaría temor en el niño, pero su experiencia le decía que a los bebés no les costaba demasiado aceptar las cosas. Todos los que había conocido hasta el momento eran curiosos en extremo y lo encontraban todo emocionante. Tenía un buen puñado de primos pequeños y les encantaba que Hannah les enseñara cosas nuevas.

El pequeño heredero del señor Kumashiro disponía de sus propias y amplias dependencias. Las condujeron hasta una gran habitación soleada donde había desperdigados una cantidad más grande de lo habitual de mullidos cojines. Entre ellos, un niño pequeño y enérgico deambulaba como un pato, parándose a coger e inspeccionar varios objetos, como pelotas de seda, animales tallados en madera y complicados sonajeros. A Hannah le pareció que el niño tenía todo lo que podía desear, a excepción de una madre.

Había dos niñeras en la sala, ambas con la mirada clavada, casi con fanatismo, en el objeto de su cometido. Hannah imaginó que debían de estar aterrorizadas ante la posibilidad de ser castigadas si el niño sufría algún daño, después de lo que acababa de ocurrir. No podía culparlas, pero en esa habitación parecía improbable. Allí ni siquiera podía hacerse daño si se caía, dado lo mullido de los tatamis.

Hannah y Yukiko saludaron a las doncellas; entonces Hannah se arrodilló en el suelo delante de Ichiro.

—Hola, Ichiro-chan —dijo, y le sonrió. Se señaló a sí misma—. Soy Hannah. Hannah.

Estaba sentada muy quieta, mientras él la miraba con unos grandes ojos serios. Era como si estuviera decidiendo si hablar o no con ella. Al final, debió de considerarla aceptable, porque le ofreció la pelota de seda que tenía en la mano.

—¿Para mí? ¡Vaya, muchas gracias!

Hannah sonrió aún más ampliamente y aceptó la ofrenda. Entonces lanzó la pelota al aire, pero fingió fallar la recepción y cayó al suelo.

—¡Oh!

Hizo una mueca cómica y recuperó la pelota. Ichiro se rio.

—¿Otra vez? —preguntó, sonriéndole. Él asintió, así que repitió la rutina nuevamente. Esta vez él se rio de buena gana, con un adorable gorgoteo que parecía brotarle de lo más profundo. Hannah echó un vistazo a las niñeras, que se habían mostrado un poco vacilantes la primera vez que se dirigió a Ichiro. Ahora se las veía más relajadas, así que Hannah decidió quedarse un rato a jugar con él. Le encantaban los niños y sabía que disfrutaría pasando un rato con el pequeño. Y esperaba que también él disfrutara.

Taro estaba resuelto a pasar más tiempo con su hijo después del incidente casi fatal del estanque. El suceso lo había afectado profundamente. Ya antes sabía que el niño le era muypreciado, pero ahora se había dado cuenta de lo mucho que significaba Ichiro para él. La idea de que tal vez tuviera que dejarlo en Edo muy pronto para no poder verlo en semanas y semanas le generaba tanta impotencia que le entraban ganas de pegar a alguien. No obstante, era algo que no estaba en sus manos cambiar, por eso estaba decidido a aprovechar al máximo el tiempo del que disponía.

Estaba terminando su almuerzo cuando le comunicaron la petición de Hannah.

—Desde luego —dijo—. Tiene mi permiso.

Sin embargo, la idea de que Hannah fuese a visitar a su hijo le despertó curiosidad. No pudo evitar preguntarse qué le parecería a Ichiro y por qué quería ella ver al pequeño. Poniéndose en pie, tomó una resolución: iría a comprobarlo con sus propios ojos.

Mientras se encaminaba hacia los aposentos de su hijo, oyó el eco de la risa del niño. Sonrió. Le encantaba aquel sonido y siempre le complacía cuando era él quien conseguía arrancárselo. El pequeño Ichiro era normalmente un niño muy serio y solo se reía cuando se estaba divirtiendo de verdad. Taro tenía curiosidad por ver qué era lo que tanto lo deleitaba hoy.

Abrió la puerta de la sala de juegos solo una rendija, con intención de observar antes de entrar. Lo que vio le causó tal sorpresa que lo dejó boquiabierto. Hannah estaba tendida de espaldas en el suelo, encima de un montón de cojines. Estaba levantando a Ichiro, arriba y abajo, de tal modo que debía de estar produciéndole un considerable dolor de brazos, mientras el niño estiraba los suyos, como si fuera un pájaro en pleno vuelo. Cada vez que lo levantaba, chillaba de risa.

—*Mo!* —gritaba tan pronto ella lo bajaba, que era su manera de decir «más» u «otra vez», como bien sabía Taro. Hannah lo satisfacía.

Taro advirtió que a Hannah se le había soltado el pelo y que lo tenía extendido

desordenadamente a su alrededor, pero ella parecía ajena a la imagen que presentaba. Era un atractivo panorama, sensual de un modo absolutamente inconsciente, que le provocó una punzada de deseo en todo el cuerpo, si bien se obligó a no alentar esa sensación, al menos por el momento. En lugar de eso, estuvo observando su interacción con Ichiro. Resultaba bastante evidente que ella se estaba divirtiendo tanto como su hijo, y Taro estaba maravillado.

Era obvio que Hannah estaba hecha para la maternidad.

Él nunca había visto a ninguna otra mujer jugar con semejante abandono y se dio cuenta de que le gustaba. Le gustaba inmensamente. Y a Ichiro también, eso estaba claro.

Tampoco pudo evitar comparar ese comportamiento con el modo en que Reiko trataba a Ichiro: con pretendido interés, pero nunca con auténtica afabilidad. Pese a intentarlo con todas sus fuerzas, no logró encontrar ni un solo instante en el que Reiko hubiera interactuado verdaderamente con el pequeño. Se limitaba a darle instrucciones en un tono más apropiado para niños más mayores y que él no llegaba a entender.

Taro continuó mirando a Hannah mientras ella, por fin, se incorporaba y decía.

—Ya basta, necesito descansar. Después, más, *neh*?

Sin embargo no soltó a Ichiro, sino que lo estrechó en sus brazos y se sentó, con él aún en el regazo. El niño se reclinó contra ella, gozando claramente de la atención y la seguridad de su abrazo. Cuando un mechón del pelo de Hannah le cayó sobre el hombro, el niño lo agarró y se lo enrolló en el puño. Era como si quisiera aferrarse a su nueva amiga.

Taro vio que Hannah torcía el gesto al tirar Ichiro del pelo con más fuerza, pero no lo reprendió, sencillamente lo acercó más a ella. Ver a su hijo así abrazado, en manos de la mujer que, según empezaba a percibir, deseaba por encima de las demás, hizo que Taro tragara saliva. En su interior algo cambió y un sentimiento de calidez lo inundó por entero. Su hijo necesitaba una madre y él necesitaba una esposa.

¿Acaso Ichiro acababa de elegir por él?

—¡Ah, señor Kumashiro!

Hannah levantó la vista cuando las dos niñeras ahogaron un grito y se postraron, junto con Yukiko. Se le cortó la respiración al verlo y el corazón le dio un vuelco. En pie, tras cruzar la puerta, con el aspecto formidable de siempre, pero en lugar de miedo, Hannah sintió una punzada de anhelo tan fuerte que tuvo que morderse el labio.

—Mi señor —dijo, y se inclinó todo lo que pudo, con el niño aún en brazos. Se preguntó si estaría enojado con ella por jugar con el niño, aunque esperaba que no. Contuvo el aliento, esperando a ver lo que decía o hacía, pero pronto se hizo patente que no estaba molesto.



—Buenos días —dijo, y se adelantó, dejándose caer en el suelo para sentarse con las piernas cruzadas junto a Hannah y su hijo. Estiró los brazos e Ichiro emitió un alegre ruidito, despegándose del regazo de Hannah para ir con su padre. Taro acogió al niño en su pecho antes de levantarlo, como había hecho Hannah, pero con la emoción añadida de lanzarlo al aire un pequeño trecho antes de volver a cogerlo. Ichiro se rio aún más.

—Así que has venido a ver a mi hijo —dijo el señor Kumashiro entre lanzamiento y lanzamiento, y dedicándole a Hannah una mirada que ella no acabó de descifrar.

—Sí, espero que no os importe. Quería comprobar que estaba bien y... bueno, me encantan los niños.

—Eso es evidente. —Esbozó una sonrisa y ella se relajó un poco—. ¿Crees que debería darle una nueva madre?

Hannah parpadeó, atónita. No se esperaba una pregunta tan directa y no supo qué contestar.

—Yo... bueno, sois vos quien debéis tomar esa decisión, mi señor. Es decir, parece que cuidan muy bien de él y... Pero, por supuesto, todo niño necesita una madre.

—Eso mismo pienso yo. Reflexionaré sobre ello.

Dicho esto, cambió súbitamente de tema y concentró su atención en Ichiro durante la siguiente media hora.

—Debo regresar a mis dependencias —dijo Hannah en un momento dado, pero él hizo un gesto de negación.

—No, quédate —ordenó, de modo que ella lo hizo, pese a saber que no debía.

—¿Me acompañas a dar un paseo por el jardín, Hannah-san?

Hannah no estaba segura del todo de si se trataba de una orden o de una petición; en cualquier caso, estaba dispuesta a complacerlo, así que daba igual. Le daba miedo lo mucho que deseaba pasar más tiempo aún en compañía del señor Kumashiro, pero no podía resistirse.

Echaron a andar por uno de los senderos, caminando en silencio, con los guardaespaldas de Kumashiro siguiéndolos un poco retrasados, junto con Yukiko. Hannah intentó caminar unos cuantos pasos por detrás de él, como le correspondía, pero, tal y como había sucedido en Hirado, él le indicó que se adelantara.

—¿Te gusta mi jardín? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Cómo podría no gustarme? —Hannah sonrió—. Es increíblemente hermoso, pero estoy segura de que eso ya lo sabéis.

Se le escapó una risa burbujeante.

—Si hubierais visto el jardín de la casa de mis padres, en Inglaterra, os habríais

quedado espantado. En comparación, esto me parece el dominio de un rey.

Él negó con la cabeza.

—El shogun tiene jardines aún más grandes.

—¿Pero vos preferís este? —adivinó Hannah.

—Sí, porque es mío y todos mis antepasados han añadido algo con el paso de los años. Eso lo hace especial para mí.

—¿Y vos? ¿Habéis añadido algo? —osó preguntar Hannah.

—Todavía no, pero lo estoy pensando. Tiene que ser algo diferente, y sin embargo tiene que casar con lo que ya hay aquí, para que parezca que siempre estuvo ahí. No es fácil conseguirlo. Tal vez puedas dedicar algún rato a contarme cosas sobre los diseños de los jardines extranjeros. Podría darme nuevas ideas.

—Será un honor.

Habían llegado a un lugar que las damas de Hannah llamaban «el jardín de la armonía». Era una sección hecha enteramente de grava y piedrecillas, donde se dibujaban formas rastrilladas. Tenía grandes cantos rodados intercalados, la mayoría con formas bellas o poco habituales, lo que dotaba de calma al conjunto.

Hannah comprendió por qué proporcionaba *wa* interior a quien lo contemplaba.

—Sentémonos —dijo el señor Kumashiro, y llamó por señas a un criado que portaba una manta que, obviamente, había sido traída con ese propósito. Se sentó con las piernas cruzadas en el borde de la grava y Hannah se arrodilló a su lado—. Ahora, enséñame a escribir como los extranjeros, por favor.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—Sí. Es un buen sitio para practicar. Mira. —De dentro de la manga sacó un bastoncillo de bambú y bosquejó un *kanji* en la grava—. Mi sensei solía traerme aquí cuando era pequeño. Ahorra papel.

—Claro, entiendo. —Hannah tomó el bastón cuando él se lo ofreció—. Muy bien. Nuestra escritura es mucho más sencilla que la vuestra, de modo que deberíais poder aprenderla rápidamente. Solo hay veintisiete símbolos, o letras, como las llamamos nosotros, cada una de las cuales representa un sonido. Son las siguientes...

Lo captó rápido, efectivamente, y ambos se embebieron en la lección. En un momento dado, Hannah colocó su mano sobre la de él para guiarlo mientras formaba una de las letras más intrincadas, y aquel mínimo contacto le provocó un escalofrío. Lo soltó tan pronto como pudo, pero no antes de que él hubiera vuelto la cara para mirarla a los ojos por un instante.

—Yo... esto, estáis haciendo progresos —dijo.

Él asintió y sonrió.

—Lo sé.

De algún modo, Hannah tuvo la sensación de que sus palabras tenían un significado oculto, pero no se permitió pensar en ello. De todos modos,

probablemente sería cosa de su imaginación. No había motivo para que él sintiera la chispa de atracción que prendía dentro de ella a cada pequeño roce, se dijo. Para él, seguro que no había dejado de ser una extranjera fea.

—¿Estás casada, Hannah-san? —le preguntó de repente.

—Lo estuve. —Hannah se mordió el labio, pensando en cómo explicar las extraordinarias circunstancias de su matrimonio—. Sin embargo, el matrimonio será anulado. Mi... esposo y yo hemos acordado que no encajamos.

—Entiendo. Así que eres una mujer libre. El matrimonio se terminó.

—Sí.

Hannah no se molestó en añadir que el asunto era algo más complicado. Ella no tenía ni idea de cómo se gestionarían esas cosas en Japón, pero por lo que a ella respectaba, el matrimonio había concluido. Para empezar, nunca había dado su consentimiento y tenía el permiso por escrito de Rydon para anularlo. No había vuelta atrás.

—Bueno, no tiene nada de deshonroso. Los matrimonios no siempre funcionan y, cuando esto sucede, el marido puede decidir que deben separarse.

Hannah no sabía qué decir. El señor Kumashiro seguramente no lograría entenderlo si tratara de explicarle que en Inglaterra el asunto se vería de manera distinta. Ni siquiera ella estaba segura de si otros la culparían del fracaso del matrimonio. Se producían anulaciones y, por lo que ella había oído, a menudo los dos miembros de la pareja volvían a casarse, cada uno por su lado. Tampoco es que a ella le importase. Se había pasado dos años pensando que su reputación estaba completamente arruinada y, por mucho que Jacob intentase rectificar ese hecho, no lo había conseguido. Hiciera lo que hiciera ahora, ella estaba al margen y quién sabe lo que le depararía el futuro. Ni siquiera sabía si algún día saldría de aquel lugar ni si volvería a ver su país de origen.

Un repiqueteo interrumpió sus pensamientos e hizo que los dos se volvieran. Hannah vio a un hombre muy viejo acercarse por el camino, lentamente, con la ayuda de un bastón. Estaba casi completamente calvo, con el rostro y la coronilla bruñidos por el sol, y llevaba una barba blanca de chivo que ondeaba con la brisa.

—Yanagihara-san. —El señor Kumashiro se levantó e hizo una cortés reverencia ante el anciano, a la que el sensei respondió con todo lo que sus capacidades le permitían—. ¿Qué te trae por aquí esta tarde? Hace un rato estaba hablando de ti y de que solíamos venir aquí juntos cuando yo era más joven.

—Sí que lo hacíamos, en efecto, mi señor. —Yanagihara sonrió, desvelando unas encías desdentadas—. Tiempos felices.

—Esta es la señora Hannah —dijo el señor Kumashiro. Hannah también se había puesto en pie enseguida y ahora se inclinaba profundamente—. Hoy es mi maestra. Estoy aprendiendo *kana* extranjeros.

—Oh, suena interesante. Es un placer conoceros por fin, Hannah-san. — Yanagihara le devolvió el saludo, luego se irguió todo lo que pudo y se apoyó en su bastón, mientras estudiaba a Hannah con su mirada aún perspicaz.

—Para mí también. He oído hablar mucho sobre vos.

Hannah vaciló, no estaba segura de si sería correcto preguntarle acerca de sus visiones de ella.

Él asintió como si la hubiera comprendido.

—El señor Kumashiro os lo ha contado, ¿eh? Es verdad, predije vuestra llegada, pero no tenía ni idea que de fuerais una dama tan elegante.

—¿Realmente creísteis que era una amenaza? —Hannah no pudo reprimir la carcajada que le brotó del interior—. Lo siento, pero estoy segura de que ahora podréis comprobar que es una idea absurda.

Yanagihara sonrió a su vez.

—Sí, pero hay distintas formas de amenaza. Algunas pueden venir de dentro. — Miró al señor Kumashiro y Hannah vio que este arqueaba las cejas en una silenciosa interrogación. Yanagihara meneó la cabeza y se volvió a mirar de nuevo a Hannah—. Pero tenéis razón, no suponéis una amenaza en modo alguno.

Hannah no estaba segura de si se lo había imaginado, pero notó que, a su lado, el señor Kumashiro se relajaba.

—Entonces, ¿crees que ella...? —preguntó enigmáticamente.

—Sí —dijo Yanagihara, con voz firme—. Sí, es vuestro destino.

Hannah los miró a uno y a otro alternativamente y repetidas veces.

—¿Y cuál es? —preguntó, confundida por este giro en la conversación.

—Que seas mi maestra —respondió el señor Kumashiro delicadamente—. ¿Quieres acompañarnos, sensei?

—No, gracias. Mis viejos huesos prefieren las comodidades de mi cuarto y sus cojines. Pero me gustaría mucho volver a hablar con vos alguna vez, señora Hannah. ¿Tendréis la bondad de venir a visitarme en uno de mis días buenos? Os avisaré.

—Será un honor.

—Bien, bien. Os dejo con vuestra clase, entonces. Adiós.

Siguieron mirando a Yanagihara en silencio mientras este se alejaba. Luego Hannah se volvió hacia el señor Kumashiro.

—Bueno, ¿continuamos? —le sugirió.

—Quizá más tarde —dijo él. Una vez más, Hannah tuvo la impresión de que sus palabras transmitían un mensaje velado, completamente distinto a lo que ella había oído. Taro la miró fijamente, con una leve sonrisa que hizo aparecer sus hoyuelos, y la repentina calidez de sus ojos la obligaron a apartar la vista para ocultar su propio rubor.

—Te veré esta noche, Hannah-san —añadió.

Con la lección obviamente finalizada, él se puso en pie y Hannah lo siguió de regreso al castillo sin mediar palabra, confusa. Tenía el presentimiento de que algo había cambiado entre ellos esa tarde, aunque no sabía si era bueno o malo.

Pero, que Dios la ayudara, ella ya esperaba con impaciencia el momento de volver a verlo.

Esa noche, poco después de oscurecer, una de sus damas fue a comunicarle a Hannah que se requería su presencia en la casa de baños.

—¿En el *o-furo*? —Se quedó perpleja y sintió que sus mejillas se encendían—. ¿Ahora?

Eso solo podía significar una cosa, y no estaba segura de estar preparada. Pero tanto si lo estaba como si no, era claramente irrelevante: no había alternativa ni sitio adonde huir. Podía aceptar su destino o luchar contra él, pero en cualquier caso, al final él acabaría saliéndose con la suya.

—Sí, Hannah-san.

La sirvienta se inclinó y esperó.

Hannah se armó de valor y siguió a la doncella sin hacer más preguntas.

Qué importaba, pensó. A efectos prácticos, ya era una mujer caída en desgracia. Y para ser enteramente honesta consigo misma, no quería luchar contra esto. El señor Kumashiro no era Hesketh ni Rydon. Estar cerca de él no le resultaba ni lo más mínimamente repulsivo, y ahora que ya se había disipado la primera impresión que le habían causado la llamada a su presencia, esta había sido sustituida por un escalofrío de excitación que le recorría la espalda. Tenía la respuesta que buscaba.

Lo deseaba.

Sabía que debería resistirse a la atracción que sentía por él. De esto no podía salir nada bueno. Dejar que le hiciera el amor estaba mal. Era pecado. No estaban casados y nunca lo estarían. Y a ojos de la Iglesia y de la ley inglesa, seguía siendo la esposa de Rydon. Aunque hubiera sido libre, el señor Kumashiro nunca le prometería nada más que el aquí y el ahora. No era suficiente.

Así pues, ¿por qué la tentaba tanto?

*Ya estás irrevocablemente comprometida*, murmuraba una vocecilla en su interior. Era cierto. Llevaba semanas lejos de Rydon y de su hermano, y ellos supondrían que lo peor ya había sucedido. *De modo que, ¿por qué no dejar que pase?* Había sido raptada por aquellos que sus compatriotas calificaban de «bárbaros» y su honor, el que fuese, estaría mancillado tanto si esa noche sucedía algo entre el señor Kumashiro y ella como si no. *Y en cualquier caso, vas hacer que anulen tu matrimonio con Rydon*, continuaba la voz. *Así que, ¿por qué no ceder?*

Prosiguió por el sendero.

La casa de baños ofrecía un aspecto casi sobrecogedor a la luz de los numerosos faroles que había en el jardín. Parte del vapor se escapaba a través de las ventanitas

abiertas para diluirse en el aire exterior como una fina neblina de una mañana de verano. La noche estaba tranquila, aunque Hannah oía sonidos distantes de música y risas. Venían de muy lejos, y le hicieron sentir que estaba en un mundo distinto.

La doncella le abrió la puerta de la casa de baños y Hannah entró. Oyó que se cerraba a su espalda y se dio la vuelta para darle las gracias a la doncella, pero la mujer ya se había ido. Hannah se quedó sola en la semioscuridad de la sala, iluminada únicamente por un pequeño farol. El lugar parecía estar desierto y dio un titubeante paso al frente. Allí dentro todo era silencio, aparte del chapoteo ocasional de alguna gota cayendo al suelo cuando la condensación la hacía demasiado pesada como para permanecer suspendida en las vigas.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Alguien entró despacio por la puerta que había en el otro extremo, la que daba a la fuente termal, y Hannah tomó aire. Era el señor Kumashiro, y no llevaba puesto más que un pequeño trapo alrededor de la cintura. El moño perfecto que solía llevar había desaparecido; en su lugar, su pelo negro azulado estaba suelto y le caía sobre los hombros, liso y brillante. Su piel resplandecía a la luz del farol, sus músculos resaltaban entre las sombras que lo bañaban. Hannah notó que sus ojos se abrían aún más.

Era fuerte y esplendoroso, como un animal bien entrenado. La atravesó una llamarada de miedo, pero al mismo tiempo estaba fascinada y no podía apartar la vista de él. Le recordaba a un depredador, un felino esperando a atacar. Y ella era la presa, de eso no cabía duda. Retrocedió, arrastrando los pies hacia la seguridad de la puerta.

Él siguió adentrándose en la sala y la escrutaba desde la rendija que se formaba entre sus párpados.

—¿Me tienes miedo, Akai? —preguntó, casi sin darle importancia.

—Yo... yo... No.

Hannah dio otro paso atrás mientras él seguía acercándose, contradiciendo sus palabras con sus propios actos.

—No tienes por qué. No te haré daño. Solo te daré placer, te lo prometo.

Adelantó una mano y posó los dedos delicadamente bajo su barbilla, obligándola a que lo mirara a los ojos.

—¿Pla... placer? —Hannah estaba atrapada en su mirada, presa en contra de su voluntad. No acababa de captar lo que decía.

—En la cama —aclaró.

—Ah. —Apartó la cara, con el temor que la inundaba estallando y haciendo que le temblaran las piernas.

Él la forzó a volver de nuevo el rostro, sujetando otra vez su barbilla con suavidad. Hannah vio que tenía arrugado el entrecejo.

—¿Qué ocurre? Me dijiste que habías estado casada.

—Mmm, sí, pero...

Hannah sintió que un intenso bochorno le coloreaba las mejillas. ¿Cómo explicarle la noche de bodas? ¿Cómo hablarle del terror absoluto que había sentido? La creería una cobarde que no había sabido cumplir con su obligación frente a su esposo. Y no se equivocaría.

La frente de él se despejó y le dedicó una sonrisa de aliento.

—Ah, ya veo. ¿Temes que no te desee porque has estado con otro hombre? Bueno, puedes estar tranquila, eso no me importa.

Hannah no sabía qué decir. El señor Kumashiro no lo comprendería si intentara explicarle la situación, y se preguntó si, en todo caso, eso serviría de algo. Parecía que ya había tomado una resolución y ella no podía hacer nada para disuadirlo. Y en realidad tampoco quería. A pesar del miedo, una parte de ella sentía curiosidad y entusiasmo por saber cómo sería hacer el amor con él.

*No, Hannah, esto no es adecuado. Debes mantenerte firme,* la azuzaba su conciencia. *Si le dices que no estás dispuesta, tal vez no te toque.* Pero su cuerpo hacía caso omiso a su voz interior. Veía las cosas de otra forma.

Estando tan cerca de su ancho pecho, sintió una necesidad casi irresistible de alargar el brazo y tocarlo. Tenía un cuerpo hermoso. Su piel parecía muy suave, aunque debajo de ella se extendía el entramado de los recios músculos de un guerrero, y el pelo... Cómo deseaba acariciarlo con sus manos. Le dio la espalda a la tentación, procurando reprimir el impulso.

—¿Por qué yo? —preguntó, con una voz que surgió como un susurro angustioso.

—Porque te deseo —dijo, sin más.

Hannah se volvió y lo miró fijamente. Se dio cuenta de que hablaba en serio. Y no solo la deseaba porque estuviera disponible, porque fuera una novedad, una nueva esposa a la que doblegar igual que habría hecho Hesketh. El señor Kumashiro la deseaba, a Hannah, en particular. Por una vez, estaba permitiendo que ella vislumbrara sus sentimientos, y ella lo veía en sus ojos. Era un incentivo poderosamente seductor. Hannah suspiró. Sentía la irrefrenable necesidad de contarle al señor Kumashiro que su matrimonio era una farsa y que no había sido consumado. Que le daba miedo hacer el amor. Pero ¿cómo iba a confesarle eso a un hombre que valoraba el coraje por encima de todo? Para él, tener miedo equivalía a desprestigiarse.

—La verdad es que no me gustó mucho —dijo por fin, entre dientes, intentando aparentar indiferencia, aunque no estaba muy segura de haberlo conseguido. Se apartó de él, rodeándose a sí misma con los brazos, en un gesto de autoprotección—. El acto, quiero decir. Fue... fue horrible.

—Entiendo. ¿Tu esposo no fue gentil?



Hannah dejó escapar una triste risita.

—No. Decididamente, no. —Alzó la vista, desafiante—. Solo lo intentó una vez y le dije que si alguna vez volvía a suceder, lo mataría.

Decidió no confesar que Rydon no terminó lo que había empezado. Le pareció irrelevante.

El señor Kumashiro sonrió y, como siempre, aquellos hoyuelos obraron el milagro. Se relajó un poco.

—Conmigo será mejor, Akai.

Hannah miró al suelo, sin estar convencida aún.

—No te haré daño. Te prometo que, si confías en mí, esta vez será muy diferente. Te gustará, te lo juro.

Hannah se sentía desgarrada. ¿Se atrevía a creerlo?

Cometió el error de mirarlo a los ojos. Estaban ávidos de que confiara, y ella se sintió atraída hacia él como si tirara de un hilo invisible. El feroz señor feudal ya no estaba y, en su lugar, vio al hombre inteligente y fascinante al que había intuido en sus charlas vespertinas. ¿Podía confiar en él? ¿Quería que él la tocara?

La respuesta era, definitivamente, sí.

¿Y si se negaba? ¿Intentaría forzarla, igual que habían hecho los otros? Por algún motivo, pensó que no. Él era mucho más sutil.

Hannah dio un paso adelante y la sonrisa de él apareció de nuevo, haciéndole arder la sangre. Con todo, él esperó, y ella dio un paso más, de modo que ya no los separaban más que unos pocos centímetros. Ella cerró los ojos, vacilante. Él parecía estar esperando su permiso antes de tocar cualquier parte de su cuerpo, pero para dárselo hacía falta mucha valentía. Iría en contra de todo lo que ella sabía que era correcto.

Permitir que el señor Kumashiro hiciera lo que deseara la convertiría, en el mejor de los casos, en una pecadora, y en el peor, en una adúltera. Respiró hondo y se acercó aún más.

—Eso está mejor —murmuró él, en un tono reconfortante, como si supiera del caos interno que estaba sufriendo y quisiera ayudarla a apaciguarlo. Era un guerrero empedernido, que respetaba el coraje, pero ella dudaba que jamás llegara a saber el coraje que era necesario reunir para hacer lo que estaba a punto de hacer.

Él levantó la mano para acariciarle la mejilla, la nariz, los ojos y la boca. Sus dedos recorrieron el perfil de sus labios. Cuando ella los abrió para respirar, él deslizó un dedo en su interior, jugando delicadamente. Ella sintió una extraña sensación y se inclinó hacia delante, rozando con su mejilla el pecho desnudo, que era liso y lampiño. Él continuó acariciándole el pelo y el cuello en silencio, hasta que en ella se disipó lo peor del miedo. Entonces la atrajo hacia sí y sostuvo su cuerpo junto al suyo.

—Akai —susurró.

El calor de su cuerpo se filtró a través de la túnica de ella, y se puso tensa. Las manos de él empezaron a jugar, arriba y abajo, por su espalda, como si estuviera amansando a un animal asustado, y funcionó. Cuando se volvió dócil en sus brazos, él dijo:

—Vamos, deja que te lave.

—¿Qué? —Hannah se liberó de su abrazo y levantó la vista, con una nueva expresión que reflejaba la alarma que la invadió—. Pero, señor Kumashiro...

—Y llámame Taro, por favor, cuando estemos a solas.

La tomó de la mano para conducirla hasta un taburete. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, él le deshizo el nudo del cinturón y le descubrió los hombros, exponiendo su piel blanca.

—No... Taro —protestó, pero él la hizo callar como a una niña y la atrajo hacia sí una vez más. Al mismo tiempo, tiró de la túnica, desnudando los brazos, y la dejó caer al suelo. Sus rodillas se doblaron y se desplomó sobre el taburete, cruzando los brazos por delante del pecho. Estaba a solas con un hombre y estaba desnuda. Nunca se había sentido tan expuesta y vulnerable en toda su vida. Ni tan mortificada. En cualquier momento él haría un comentario acerca de sus inexistentes curvas y sería humillada íntegramente.

Él no dijo nada.

En cambio, quedó todavía más consternada cuando él retiró la toalla que llevaba puesta, mostrándose tan desnudo como ella. Nunca había visto a un hombre sin nada de ropa encima y se lo quedó mirando fijamente, muda y estupefacta. Por un momento olvidó su propio azoramiento. Como si fuera desde muy lejos, oyó su risa, luego él cogió un cubo y un trapo de baño y empezó a frotarle la espalda.

—Puedo yo sola —protestó, sin mucho interés, pero él hizo un gesto de negación.

—Te lavaré y después tú me lavarás a mí.

Continuó, con caricias lentas y deliberadas, y le apartó con cuidado los brazos para poder lavarla también por delante. Hannah apretó los dientes y cerró los ojos, y sin embargo él seguía sin decirle lo mucho que lo decepcionaba su aspecto. No se detuvo hasta que estuvo perfectamente limpia.

—Te toca a ti —dijo, y le puso el trapo en la mano flácida.

Hannah se levantó con piernas temblorosas y él ocupó su lugar en el taburete. Tras admirar su espalda por un instante, empezó a lavarlo, en un estado cercano al trance. *Esto no puede estar pasando*, pensaba, pero notaba muy real la suavidad de la piel bajo sus dedos. Al cabo de un rato, se confesó lo mucho que había disfrutado tocando esa piel. Tensa y aceitunada, era cautivadora. Magnífica incluso. Y tan cálida... Levantó la mirada para encontrarse con su sonrisa y unos ojos centelleantes observándola por encima del hombro.

—No está tan mal, *neh?* No soy viejo ni estoy arrugado, ni me encuentras desagradable.

—Pues... no. Tienes una complexión muy buena.

¿Qué otra cosa podía decirle? Al fin y al cabo, era la verdad.

—¿Y tu esposo? ¿Era igual?

Hannah pestañeó.

—No lo sé. Estaba oscuro y creo que llevaba puesta la mayor parte de la ropa.

Taro meneó la cabeza, como si considerase a los extranjeros unos chalados, pero no hizo ningún comentario. En lugar de eso, se puso en pie y le dio la vuelta a Hannah para colocarla de espaldas a él, muy cerca. Hannah se sobresaltó, nerviosa.

—Relájate —susurró él, y pasó por encima del hombro la pesada melena antes de inclinarse para besarle el cuello. Su boca abrió un camino hasta el reverso de su oreja, mientras sus manos le acariciaban el vientre plano y la curva de los senos. Para su sorpresa, Hannah descubrió que le gustaban las extrañas sensaciones que recorrían todo su ser—. Creo que mañana voy a escribir un haiku en honor a tu cuello —susurró con voz ronca—. Es delicioso, y tan largo, como el de una *tsuru*, la preciosa grulla.

Hannah había oído hablar de los curiosos poemas a los que se refería, pero ella aún no los comprendía. Para ella, la poesía era algo que rimaba, no solo unas cuantas palabras aleatorias que sumaban un número determinado de sílabas. La idea de que alguien pudiera querer escribir un poema en honor a cualquier parte de su cuerpo, no obstante, era muy placentera. Si bien no tenía ni idea de por qué había decidido destacar su cuello.

Sintió arder su dureza detrás de ella. La presionaba, como recordándole lo que estaba por venir, pero cuando sus manos se deslizaron hacia abajo por su vientre y se internaron en esas partes de su cuerpo en las que ella prefería no pensar, olvidó su miedo y dejó escapar en cambio un gemido de placer. Realmente sabía crear el hechizo, y cuando la levantó en brazos para dejarla sobre el banco que recorría la pared, ella no opuso resistencia.

Él continuó con sus caricias, cada una más urgente que la anterior. Ella se perdió en las ardientes sensaciones que él iba creando en su interior, y ni siquiera se inmutó cuando él se situó encima de ella.

—Akai —volvió a murmurar, empleando la palabra como una caricia y como un apelativo cariñoso.

Ella estaba tan concentrada en lo que hacían los dedos de él, que por un momento no se dio cuenta de que los había sustituido por otra parte de sí mismo, hasta que sintió una aguda punzada de dolor. Sin embargo, en ese momento había dejado de importarle y dejó que esa nueva experiencia la arrastrara en un torbellino de sensaciones. A partir de entonces, no parecía haber escapatoria, hasta que el mundo

estalló y ella emitió un grito, aferrándose a él como si fuera la única roca en un mar embravecido.

Fue la experiencia más maravillosa de toda su vida.

Hannah no pudo razonar con claridad durante un buen rato, pero, en cualquier caso, Taro no le dio tiempo a pensar en lo que había sucedido. Se levantó y la llevó hasta la parte de la casa de baños en la que las aguas termales surgían borboteando del suelo. Bajó con ella y juntos, de la mano, entraron en el agua hirviente, abriéndose camino centímetro a centímetro hasta que estuvieron sumergidos por completo, salvo la cabeza. El vapor se elevaba silenciosamente a su alrededor, envolviéndolos en un húmedo mundo de ensueño. Taro se recostó contra el borde y tiró suavemente de ella hasta sentarla en su regazo. Ella se acurrucó muy cerca, aceptando ya el contacto de su cuerpo contra el suyo como algo natural. Toda su timidez se esfumó por un momento. Nunca había estado tan cerca de otro ser humano y era una sensación que había que saborear.

—¿Por qué me has mentado? —preguntó él, aunque no parecía enfadado—. Estabas intacta.

—He oído que las vírgenes son más codiciadas, así que no he querido decírtelo mientras todavía cabía la posibilidad de que cambiaras de idea.

Hannah sabía que era mentira, pero, sencillamente, no quería contarle la verdad.

—Entiendo. Entonces ¿qué fue lo que pasó con tu marido realmente?

—Pues... bueno, él intentó acostarse conmigo, pero estaba borracho y no llegó a acabar del todo. Después de eso, me mantuve alejada de él.

—Y ahora, ¿todavía le tienes miedo a copular?

—No lo tenía...

Empezó a mover la cabeza en señal de negación, sin querer que él supiera lo asustada que había estado, pero él le puso un dedo en los labios.

—No vuelvas a mentirme nunca más. Posees un rostro muy expresivo y era evidente. Ahora comprendo que no era a mí a quien temías, sino a la idea de estar con un hombre, con cualquier hombre. Era natural bajo esas circunstancias, pero no quiero que me tengas miedo.

—No te tengo miedo. Ya no.

—Bien.

Hannah se relajó sobre él. Taro había dicho la verdad y le había dado placer. Tal vez fuera un guerrero brutal, pero la había tratado mejor que sus supuestamente civilizados marido y prometido. ¿Qué conclusión tenía que extraer? Por el momento, prefería no pensar en ello. Lo único que importaba era el aquí y el ahora. Cuando Taro empezó a acariciarla de nuevo con manos lánguidas, no dudó en volverse hacia él, ansiosa.

Le hizo el amor en el borde del agua, y esta vez ella se entregó sin reservas. Fue

mejor aún que la primera, sobre todo porque ahora ella se atrevía a tocarlo en respuesta, aunque al principio lo hiciera con indecisión. Él la alentó hasta que perdió casi por completo el azoramiento y permitió que sus manos vagaran libremente. Descubrió que deseaba palpar cada parte de él, como si fuera un ciego memorizando unas facciones, sin verlas. Su cuerpo quedó muy pronto gravado en su mente.

Se quedaron en la casa de baños la mayor parte de la noche, a veces durmiendo, a veces haciendo el amor. Él no pronunciaba palabras de amor, pero la idolatraba con su cuerpo y le decía que era preciosa.

—¿De verdad lo crees? —preguntó ella, sin atreverse a creerlo.

Él asintió con entusiasmo.

—Sí, te encuentro absolutamente perfecta.

Una vez más, vio en sus ojos que estaba siendo sincero y, pese a sentirse maravillada porque algo así fuera posible, lo creyó. Desterró todos sus pensamientos referentes al futuro. Bastaba con vivir el momento y con eso se conformaba.

Hannah regresó a sus aposentos en las primeras horas de la mañana y cayó en un sereno y profundo sueño. Cuando por fin se despertó, se encontró a Sakura sentada pacientemente en un rincón de la estancia, esperando para atenderla.

—Oh, lo siento. ¿He dormido demasiado? —Hannah se frotó los ojos y estiró sus doloridos músculos.

—No, pero ahora debéis de estar muy hambrienta. Pediré que os traigan comida.

—Gracias.

En verdad, Hannah tenía un hambre voraz, y cerró los ojos para imaginar algo de buena comida inglesa: pan, queso, carnes asadas y mantequilla, mucha mantequilla. Se le escapó un suspiro. Una vez, había preguntado si se le permitiría comer algo de carne, como cerdo asado, e incluso se ofreció a cocinarlo personalmente. Sus sirvientas le habían dicho que tendría que esperar a que el señor Kumashiro saliera de caza, entonces habría algo de carne, pero eso era todo. Hasta entonces, tendría que conformarse con arroz, pescado, verduras en conserva y algo de pollo de vez en cuando, como todos los demás, y ella se estaba acostumbrando a la comida. Únicamente de forma ocasional anhelaba algo más sustancial.

Se comió todo lo que le trajo Sakura, y se levantó sintiéndose más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo, aunque algunos de sus músculos protestaran enérgicamente. Sabía que debería estar consumida por la culpa por lo que había ocurrido la noche anterior, pero por mucho que lo intentaba no podía reprocharse nada. Ni un solo instante. De no haber pasado por esa experiencia, no habría sabido lo que tenía que ser, supuestamente, hacer el amor y le habría tenido pavor durante el resto de su vida. Sus labios se curvaron formando una sonrisa. Taro la había curado definitivamente de ese miedo.

Ahora comprendía todas esas referencias al pecado y la tentación que aparecían en la Biblia. Esto debía de ser de lo que hablaban las escrituras. Entendía que sería tremendamente difícil resistirse a ello una vez que se era conocedor de lo que implicaba. Si bien no había sido así con Rydon y dudaba de que volviera a serlo alguna vez. Hannah negó con un gesto. Rydon era un zoquete y no quería volver a verlo nunca más. Ni a Ezekiel Hesketh, que era obviamente aún más ignorante. Ninguno de ellos había tenido en consideración los deseos de Hannah en modo alguno.

—¿Pasasteis una buena noche, Hannah-san? —osó preguntarle la diminuta doncella.

Hannah sintió que se le encendía el rostro y apartó la mirada.

—Sí, muy buena, gracias. Ahora... me gustaría vestirme, por favor.

—Por supuesto.

Sakura fue a la habitación contigua y regresó llevando algo colgado del brazo. Era un kimono y lo sostuvo en alto ante Hannah para que lo examinara.

—El señor Kumashiro os ha enviado este regalo esta mañana. Debe de estar muy complacido; es exquisito, *neh*?

En efecto, lo era. Una resplandeciente seda gris perla, con bordados por todas partes en hilo de plata; era la prenda más bella que había visto Hannah en toda su vida.

—¡Oh, Dios mío!

Iba acompañado por un *obi* blanco y plateado que hacía de él un atuendo perfecto, y Hannah se los puso con la ayuda de la sirvienta. Hizo una pirueta delante de Sakura.

—¿Cómo estoy?

—Maravillosa, señora, verdaderamente preciosa.

Hannah se echó a reír. No, ella nunca sería preciosa, pero se sentía como una auténtica princesa así vestida. Había sido muy propio de Taro enviárselo. Pensar en él la hizo sonreír una vez más, y un hormigueo le recorrió todo el cuerpo. Se preguntó si volvería a verlo esa noche. Seguro que no se había cansado de ella después de una sola noche.

Se le ocurrió pensar si ahora que había conseguido lo que iba buscando la mandarían de vuelta a Hirado. Se percató de que no quería que eso sucediera, y deseó con todo su corazón que la mantuviera junto a él todavía un poco más.

Ella no quería marcharse. Por lo menos, aún no.

Metió las manos por dentro de las mangas, con la suave seda del forro resbalando por sus dedos antes de encontrarse con algo más. Un pequeño rollo de pergamino había sido insertado en el borde de la voluminosa manga. Cuando lo extrajo, descubrió que llevaba el sello personal de Taro.

—¿Qué es esto, Sakura?

Se lo mostró a la doncella, que lo abrió y empezó a leer el *kanji*, bellamente elaborado.

—Es un haiku, Hannah-san, sobre el grácil cuello de una dama.

Sakura leyó el poema en voz alta. Hannah sintió un fulgor dentro de sí al pensar que no había olvidado su promesa. Cuando la doncella hubo terminado de leer, Hannah depositó el regalo dentro de un cofrecillo para ponerlo a buen recaudo.

Lo guardaría para siempre como un tesoro.

Mandó llamarla tan pronto oscureció. Cuando la vio vestida con la prenda nueva,

asintió, dando su aprobación.

—Ah, eso está mucho mejor. Ahora puedes tirar ese horrible escarlata. Sus ojos formaron arrugas en los extremos, mirándola con socarronería.

—No, no lo haré. Sabes lo mucho que me gusta, a pesar del color.

Él sacudió la cabeza.

—Yanagihara-san tenía razón, nunca entenderé a las mujeres.

Ella sonrió y le tomó una mano entre las suyas para colocarla junto a su corazón.

—No es tan difícil, pero muchas gracias por este kimono, es realmente magnífico. Lo llevaré a menudo. Y gracias también por tu poema.

—Mientras seas feliz, no me importa lo que lleves puesto. De hecho, te prefiero sin nada de ropa encima.

Sus ojos le contaban a Hannah que aquello que le decía no era sino la verdad.

Hannah sintió que se le enrojecían las mejillas y lo miró de soslayo, sintiendo la respiración repentinamente entrecortada.

—¿Eso crees?

—Así es. Ven aquí, Akai.

La atrajo hacia sí, muy cerca, y esta vez Hannah no vaciló. Le parecía tan natural, como si su lugar estuviera entre sus brazos. Él movió la mano para acariciarle la nuca, y ella sintió como si le lanzara chispas por la espalda y por el vientre.

—Ahora ¿te apetece comer o...?

—Tal vez más tarde —susurró ella, y se acercó aún más. Al verlo reír encantado, comprendió que él tampoco tenía hambre.

Taro miró a la hermosa mujer que dormía entre sus brazos y no pudo resistirse a alargar la mano y acariciar su sedosa mejilla blanca y su adorable melena. Los largos mechones rizados lo cubrían a él en parte, atrapándolo con sus fieros tentáculos, como había predicho Yanagihara-san tanto tiempo atrás. Pero a Taro no le importaba. Lo cierto era que gozaba de esa sensación y no había nada que le gustara más que enredar sus dedos en esa masa cobriza. Sonrió en medio de la penumbra al pensar que el anciano probablemente nunca había imaginado una trampa como aquella.

O quizá sí. Era un viejo zorro muy astuto.

Hannah era peligrosa, de acuerdo; Yanagihara no se había equivocado en eso. Pero solo porque suponía una distracción. Esa mañana, en lugar de resolver una disputa fronteriza con la serenidad que lo caracterizaba, Taro había abordado el asunto con prisas y después había cabalgado como alma que lleva el diablo para poder regresar a tiempo y pasar con ella esa noche. No era apropiado.

No podía dejar que eso se repitiera. Tenía que mantener el control sobre sí mismo y sus emociones, tal y como había hecho siempre. Estar con Hannah era un placer, de eso no cabía duda, pero si pasaban juntos demasiado tiempo, la atracción acabaría por diluirse. Igual que su deseo por Hasuko había ido desapareciendo progresivamente,



evaporándose a tenor de su falta de correspondencia.

*¡Pero Hannah corresponde! Oh, y cómo corresponde...*

Taro sabía de antemano que sería así. Una vez que se dio a él, cada uno de sus sentimientos se mostraría como en un libro abierto. Y tenía que reconocer que su modo que gozarlo ensalzaba su propio placer. No había nada fingido, nada se reprimía, y ella se entregaba generosamente. Muy generosamente. Hacía que la deseara todavía más.

*Esto tiene que acabar. Pronto.*

Pero era tan maravillosamente distinta a todas las demás mujeres. Le había dicho la verdad: realmente la encontraba preciosa, ahora que se había acostumbrado a sus rasgos. Esos ojos azules eran arrebatadores, sobre todo porque brillaban como zafiros al verlo a él. La alegría que la inundaba cuando estaba en su compañía, una vez superados sus miedos iniciales, era tan evidente que le daban ganas de reírse abiertamente. Todos sus pensamientos se reflejaban en su rostro.

Apretó los dientes y procuró racionalizar las cosas.

Lo mejor que podía hacer, se dijo, era verla con la mayor frecuencia posible para acabar cansándose de ella. Cuando dejara de ser una novedad tan especial, la enviaría de vuelta con sus compatriotas y recuperaría su armonía interna. Tenía que ser así.

Ignoró la voz que había en su cabeza y que le gritaba que ya era demasiado tarde.

En adelante, no pasó ni una sola noche en la que Taro no hiciera llamar a Hannah, y ella se sentía como si estuviera viviendo un sueño. Un sueño muy sensual, pues él le enseñó todo acerca del arte de amar, y eso a ella no le importaba lo más mínimo. Una vez que se dio cuenta de que no debía sentirse cohibida estando con él, se mostró ansiosa por aprender. Él, por su parte, era un buen maestro, y Hannah tenía la sensación de que le estaba permitiendo ver una parte de él que muy poca gente sabía que existía. Era un honor que apreciaba.

No obstante, en ocasiones, la intensidad de sus sentimientos la asustaba. Él era como una droga de la que nunca se cansaba y, siempre que estaba sola, era presa de la tristeza al pensar en que pronto todo llegaría a su fin. Pero, si bien sabía que no podía durar mucho, tampoco podía mantenerse alejada de él. Su ánimo se iluminaba con solo verlo, su hambre por hacer el amor con él seguía siendo insaciable. Por el momento, su vida era perfecta y estaba resuelta a disfrutarla al máximo.

Cada noche que pasaban juntos era el paraíso.

—Tengo que irme fuera unos días, a Edo —le dijo Taro, pasadas unas semanas—. Como habrás oído, el shogun ha solicitado mi presencia en la capital y no puedo demorarlo más.

Hannah yacía a su lado, sobre un blando futón, acurrucada en la curva de su brazo, satisfecha después de haber hecho el amor. De momento no se había cansado de ella, y pasaban tanto tiempo juntos que se sabía con certeza la única mujer que había en su vida en ese momento. Era una grata sensación.

—Sí, lo he oído. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Puede que un mes, quizá más. ¿No te importa quedarte aquí? Creo que es lo mejor.

Hannah reflexionó acerca de la insólita situación en la que se hallaba. Ella era, de facto, su prisionera, pero ahora él le preguntaba si le importaría esperarlo aquí. Si se la llevaba a Edo, cabía la posibilidad de que la vieran. Entonces Taro tendría que devolverla a su hermano. Ella sabía que debería preferir esto último, pero no lo deseaba. Quería quedarse exactamente donde estaba.

—No me importa —dijo—. Solo prométeme que volverás tan pronto como puedas.

—Lo haré. Tendrás que matar el tiempo pintando.

Le sonrió, apartándole un rizo suelto de su pelo rojo por detrás de la oreja.

—¿Lo sabías?

—Pues claro. En este castillo no pasa nada que yo no sepa. Tu fama como artista ha corrido como la pólvora.

—Únicamente son bosquejos. Me encantaría poder pintar como vuestros artistas, sobre paneles de seda.

—Entonces, debes aprender. Te enviaré a un sensei. Puede enseñarte la técnica.

—¿Lo harás? Oh, gracias, eso sería maravilloso. —Se incorporó impulsivamente y lo besó en la mejilla, que estaba suave y cálida—. Eres muy bueno conmigo.

Él la miró, enigmático.

—¿No te arrepientes de haber venido aquí? ¿De qué te trajera en contra tu voluntad?

Hannah negó con la cabeza.

—Ahora ya no. Admito que al principio estaba enfadada y asustada, pero ahora... No, ¿cómo podría arrepentirme de esto?

Deslizó su mano hacia abajo para acariciarle el pecho y él la atrajo hacia sí.

—Aunque esté mal —añadió en un susurro.

—Tal vez nosotros hagamos que esté bien —replicó él, y Hannah consideró que era mejor no preguntar qué quería decir. No había forma de hacer que estuviera bien, por lo que ella sabía, y prefirió vivir en un mundo de cuento. Al menos de momento.

Un daimio nunca viajaba ligero de equipaje, como no tardó en comprobar Hannah. Sabía que los preparativos para el desplazamiento llevaban semanas en marcha y, al otear desde una ventana de la torre más alta, descubrió el porqué. Daba la sensación de que Taro tenía que hacer gala de toda su riqueza incluso estando de viaje. La inmensa procesión que lo rodeaba al salir estaba integrada por guardias, sirvientes, edecanes y consejeros, además de caballos, carruajes, portadores y los inevitables palanquines para Reiko, sus damas y el pequeño Ichiro. Debía de haber, literalmente, miles de personas. Era todo un espectáculo.

En lo alto de unas largas picas, manejadas por un grupo de jinetes en la vanguardia, ondeaban unas banderas. Tras ellos marchaban los *ashigaru*, soldados de infantería, todos ataviados con ropas idénticas: una prenda de manga larga cubierta por una especie de coraza; pantalones ajustados con algo por encima que se asemejaba a una falda, para proteger los muslos, y gorros planos hechos de cuero. Todos portaban sencillas espadas metidas en el cinturón, y el blasón de la familia de Taro adornaba la coraza de la armadura y la parte frontal del gorro.

—Me pregunto cuánto tardará en llegar a Edo una comitiva tan lenta —reflexionó Hannah en voz alta.

Yukiko, que se encontraba algo más retirada, dijo:

—Varias semanas, probablemente. Solo el hecho de tener que alimentar y dar cobijo a todo el mundo para pasar la noche debe de ser una empresa mayúscula.

Hannah sonrió.

—Sí, en cierto modo me alegro de que nos quedemos. Será sin duda un viaje tedioso.

Se pasó el día con el maestro pintor del castillo, que fue a buscarla tan pronto se hubo asentado el polvo que se había levantado con la partida de Taro.

—Su ilustrísima me ha enviado. Dijo que estáis interesada en mi arte.

—Sí, me encantaría aprender, pero me temo que no se me dará muy bien.

—Eso ya lo veremos.

Kimura-san era un hombre anciano, de reluciente cabeza calva, y a Hannah le cayó bien desde el primer momento. Tenía una paciencia infinita y, siempre que sus esfuerzos no la satisfacían y sentía el deseo de arrojar al suelo sus pinceles, él la calmaba con elogios y palabras de aliento. Dado que Hannah ya poseía una habilidad para dibujar, se trataba únicamente de aprender las técnicas concretas empleadas en el arte japonés. De manera progresiva, empezó a ganarse las alabanzas de Kimura.

—Muy bien, Hannah-san. Si no voy con cuidado, pronto ocuparéis mi lugar.

—Sois muy generoso, sensei. Estoy segura que preferiríais estar pintando a solas que tener que estar aquí, intentando enseñar a una extranjera y una mujer, además.

—En absoluto. Hay muchas damas que pintan. Es una buena forma de pasar el tiempo, y no tengo nada en contra de los extranjeros.

—¿De verdad? ¿No me encontráis extraña?

Él esbozó una sonrisita.

—Extraña, no. Poco común, sí. Además, sois la única *gai-jin* que he conocido, y a mí me parecéis muy educada.

Hannah sonrió.

—¿No creíais que lo fuera?

—Bueno, había oído decir que los extranjeros de Hirado eran algo groseros, pero todos eran hombres. Una mujer es normalmente más fina y menos, digamos, exigente. Me alegro mucho de haberos conocido y debo decir, y únicamente lo hago en calidad de pintor, que el color de vuestro cabello me atrae mucho.

—Gracias. Para mí es un honor que seáis mi maestro.

Hannah extrañaba a Taro más de lo que jamás habría creído que podría extrañar a otro ser humano. Quería verlo, tocarlo, hablar con él o, sencillamente, estar cerca. Pensar en él era agónico y extático al mismo tiempo, y llegó a la única conclusión posible: se había enamorado.

Era un desastre y lo peor que podía pasar, lo sabía. No podía esperar que llegaran a convertirse jamás en marido y mujer, y ella no podía seguir siendo su concubina indefinidamente. Incluso la propia palabra la deprimía. «Concubina» sonaba humillante y sucio, como si lo que estuvieran haciendo fuera repugnante, cuando en realidad era maravilloso. ¿Cómo podía ser? ¿Por qué había permitido Dios que fuera así?

Pero Dios no tenía la culpa, la culpa era de ella, eso tenía que admitirlo. Era débil y había sucumbido a la tentación con demasiada ligereza. No había seguido la palabra del señor y sin duda sería castigada por ello. Si no ahora, sería en la otra vida. Mientras tanto, tal vez este insoportable anhelo de Taro fuera parte del castigo. Desde luego, a ella le parecía el purgatorio.

Cuando Hannah cayó repentinamente enferma una tarde, pensó que podía ser una parte más de ese castigo. Su estómago se rebeló sin dejar lugar a dudas y vomitó de un modo incontenible, retorciéndose por la angustia mientras Sakura le sujetaba el cubo.

—¿Qué he comido? Estoy segura de que no he tomado nada desacostumbrado.

—No, que yo sepa, pero es posible que el pescado estuviera pasado.

Las arcadas no remitían, lo espasmos continuaron aún cuando ya no le quedaba

nada dentro. Ni siquiera toleraba un sorbito de agua. Sentía como si le retorcieran las tripas, hechas un nudo, y tiraran de ellas en todas las direcciones. Se tumbó en un futón y se dobló de dolor.

—¿No hay nadie aquí que pueda ayudarme? —resolló.

—Voy a ver —dijo Sakura, pero antes incluso de salir de la habitación, llamaron a la puerta y entró Yanagihara-san. Fue directamente junto a Hannah.

—Señora Hannah, no os apuréis. Debéis hacer lo que os diga y todo saldrá bien.

Ahora Hannah estaba atenazada por la fiebre y lo vio como si estuviera muy lejos. El rostro bronceado, tan arrugado como una ciruela pasa, flotaba dentro y fuera de su campo visual y solo acertó a susurrar:

—Gracias.

—No habléis. Solo confiad en mí. Igual que el señor Kumashiro.

Recordó que Taro había mencionado que Yanagihara era el hombre más sabio que conocía y asintió en señal de consentimiento. Rellenó un vasito con el líquido que contenía una diminuta botella y se lo puso en los labios. Sakura le sujetó la cabeza por detrás, para que la mantuviera lo suficientemente levantada. Cuando Yanagihara vertió el brebaje en su boca, Hannah obedeció sus instrucciones y tragó. Inmediatamente tuvo una arcada, pero consiguió retener el líquido dentro a fuerza de empeñarse. Fuera lo que fuera, sabía a demonios. Sakura la dejó suavemente sobre la almohada.

—¿Me estáis dando veneno? —Hannah tenía la voz ronca por todo el esfuerzo de vomitar, y hablar le resultó doloroso.

—No, señora, pero sospecho que algún otro sí lo ha hecho. Debéis tener cuidado con lo que coméis.

Hannah lo miró, completamente aterrada.

—Alguien... ¿qué? ¡No! ¿Por qué iba nadie a querer hacer eso?

Cerró la boca al percatarse del alcance de lo que le estaba diciendo. Alguien había intentado matarla. Alguien la quería muerta. Allí solo había una persona, que ella supiera, que pudiera tener motivos para hacerlo, si bien esto le parecía un poco extremo.

—Yo no debería estar aquí —susurró—. Esto es una señal, tiene que serlo.

Levantó la vista hacia el anciano.

—Por favor, ¿me ayudaréis a marcharme cuando esté mejor?

Si alguien podía hallar la forma de hacerlo, estaba segura de que ese era Yanagihara-san. Y, después de todo, era él quien tenía la culpa de que ella estuviera allí.

Yanagihara negó con un gesto.

—Todavía no. Es demasiado pronto. Confiad en mí.

—¿Qué queréis decir?

—Os lo explicaré en otra ocasión. Ahora, dormid. La dosis que os he dado os aliviará los músculos del estómago y mitigará los calambres. Debéis intentar descansar.

Le colocó una mano en la frente y presionó. Una extraña calidez emanaba de sus dedos y esta fluyó por todo su cuerpo. La calmó hasta que cerró los ojos y se relajó. En cuestión de minutos, el dolor remitió y se quedó dormida.

Taro llevaba tan solo unos días de viaje, pero ya echaba de menos a Hannah y estaba ansioso por regresar al castillo de Shiroi. Pese a haber pasado prácticamente cada noche en su compañía, su deseo no había remitido como pensaba que lo haría. Seguía siendo absorbente, casi temible en su intensidad, y no sabía qué hacer.

Siempre que estaba con ella se sentía una persona diferente. Una persona que no necesitaba esconder su auténtica personalidad, porque ella no era taimada. Era increíblemente liberador. Aunque sabía que era mucho más seguro que se quedara, por mucho que no quisiera separarse de ella, eso lo hizo sentir más solo que antes. Los días y las semanas que tenía por delante transcurrirían en una línea aparentemente infinita.

Él no era uno de esos hombres que necesitan complacer hasta el último de sus caprichos, a pesar de su riqueza y posición. No obstante, en este caso lo ponía muy irritable el hecho de no poder hacer lo que quisiera. Por consiguiente, no tenía ninguna gana de escuchar las monsergas de su cuñada respecto al balanceo de su palanquín, que le causaba mareos. Le costaba enormemente ocultar su desinterés.

—¿Por qué? A mí me parece que las demás mujeres está bien —dijo secamente, sin prestarle demasiada atención.

Reiko lo miró con rencor.

—Siempre me pasa esto cuando voy en palanquín. El movimiento constante es insoportable. —Frunció los labios y añadió—: Seguro que la dama *gai-jin* nunca se marea cuando viaja, es una lástima que no pudiera acompañarnos, *neh?*

Taro la miró con los ojos entornados. Era como si supiera que estaba pensando en Hannah, pero ¿cómo iba a saberlo? Había procurado ser muy discreto en sus encuentros con Hannah, pero era evidente que Reiko tenía ojos y oídos que la mantenían informada.

—¿Qué sabéis de la extranjera? —le preguntó, inexplicablemente molesto porque lo hubiera estado espiando. Al fin y al cabo, las habladurías corrían como la pólvora en un lugar como el castillo de Shiroi.

—Nada, aparte de que, aparentemente, le salvó la vida a vuestro hijo.

—¿Qué queréis decir con «aparentemente»?

—Bueno, en realidad nadie lo vio caer al agua. Tal vez fuera ella misma quien lo arrojó y luego fingió rescatarlo para poder ganarse vuestra gratitud.

Taro la miró, ceñudo.

—Esa es una idea ridícula. ¿Por qué iba a hacer eso? Ella no necesita mi gratitud. Es mi prisionera.

—¿Ah, sí?

El tono de Reiko, dando a entender que ese no era el caso, lo puso aún más furioso. Posiblemente porque tenía razón al cuestionarlo. Más allá de su captura inicial, lo cierto era que Hannah no había sido retenida en contra de su voluntad. Sencillamente, ella nunca le había pedido que la dejara marchar, y él no lo había mencionado porque quería que se quedara.

—Por supuesto que sí —espetó.

—Entonces, quizá preferiría que fuera al revés.

Reiko estaba empezando a mostrarse engreída, resultaba evidente que ahora que había conseguido sulfurarlo estaba más que satisfecha. Era una mujer de lo más perversa, reflexionó Taro. Reiko añadió, como de pasada:

—Aunque dudo de que la influencia que tiene sobre vos dure mucho más.

Un latigazo de malestar le removió las tripas a Taro.

—¿A qué os referís? ¿Creéis que intentará escapar mientras estamos en Edo?

Reiko se encogió de hombros.

—Tendría sentido intentarlo, aprovechando la ocasión, pero estoy segura de que la dejasteis fuertemente custodiada. No, estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué?

—Solo en que el reino de una concubina nunca dura mucho. A diferencia del de una esposa.

—Eso es decisión mía.

El desasosiego de Taro aumentaba progresivamente, pero hizo todo lo posible para que no se notara. Se esforzó en adoptar su habitual impasibilidad. Reiko tramaba algo, lo presentía, pero no sabía qué podía ser. Había dejado claro que lo quería para ella y consideraba que solo era cuestión de tiempo que accediera al matrimonio entre ellos dos. Al igual que todos los demás, sabía que era la opción más sensata.

Por otra parte, ella se confabuló en su momento con Hasuko para que él la aceptase como concubina. Así pues, ¿por qué tenía que importarle que él encontrara una por su cuenta? ¿Era simplemente porque Hannah era extranjera? No tenía sentido, a no ser que... De pronto se acordó de la conversación que había mantenido con Yanagihara-san hacía mucho tiempo, cuando el anciano le dijo que se asegurara de no desairar nunca a su esposa ni a la hermana de esta. ¿Acaso lo había hecho, al tomar a Hannah como concubina? Él no lo creía.

—Por supuesto que depende de vos —respondió Reiko, pero él se llevó la impresión de que acababan de excluirlo. Su cuñada había tomado cartas en el asunto y súbitamente sintió auténtico miedo. No por él, sino por Hannah.

—¿Habéis interferido en mis cosas? —le preguntó, en un tono engañosamente amable, pero duro como el acero en el fondo. Vio que Reiko tomaba aire apresuradamente, sin embargo era una experta a la hora de encubrir sus emociones cuando quería hacerlo. Logró construir la ilusión de ser alguien completamente incapaz de cualquier maldad. Buena pero no perfecta, y eso lo asustó aún más.

—Por supuesto que no. Ahora, si me disculpáis, debo atender a vuestro hijo.

«Qué raro», quiso decir, pero en lugar de eso se limitó a asentir, dándole permiso para retirarse. No obstante, tan pronto hubo desaparecido, se puso en acción. Al cabo de cinco minutos les dijo a sus desconcertados criados que le ensillasen el caballo y que se reunieran con él para desandar el camino.

—Con cuatro bastará —dijo Taro—. Tenemos que cabalgar rápido.

—Pero, mi señor, ¿qué hay del resto de la comitiva?

Su consejero jefe había acudido a toda prisa para ver qué sucedía.

—Puede continuar sin nosotros, os dejo al mando. Confío en que os encargaréis de que todo vaya bien. No os preocupéis, os alcanzaremos en unos días.

—Si vos lo decís, mi señor, aunque yo...

Taro no llegó a oír lo que preocupaba al consejero, porque ya se había ido.

Hannah se despertó a la mañana siguiente sintiéndose débil y agotada, pero contenta de estar viva. Cuando giró la cabeza, se encontró con Yanagihara-san sentado junto a su futón, inmóvil, como si hubiera estado esperando a que saliera de un profundo sueño.

—Hannah-san, ¿cómo os sentís?

—Como si me hubieran estrujado. —Logró esbozar una leve sonrisa—. Pero mejor. La náusea ha desaparecido. Gracias por venir a ayudarme. Nunca me había sentido tan enferma en toda mi vida.

—Ha sido un placer. Celebro haber llegado a tiempo. ¿Recordáis lo que os dije?

Tenía el entrecejo un poco fruncido, y ella recordó sus palabras de la noche anterior.

—¿Lo del veneno? Sí, pero ¿estáis seguro de que no fue el pescado?

Hannah se estremeció. No quería creer que quisieran matarla.

—El veneno pudo haber estado en el pescado, pero no deja de ser veneno. Debéis ir con cuidado. Dad a entender que todas las damas de vuestro séquito comerán la misma comida que vos, incluso compartid sus platos. Entonces tal vez quienquiera que pretendiera mataros se lo pensará dos veces antes de hacer otro intento.

Hannah asintió.

—Sería mejor que me fuera, sin más —dijo, exteriorizando toda la tristeza que sentía. Era lo último que quería hacer, ahora ya lo sabía, pero era lo correcto.

—Por favor, no os precipitéis. Esperad al menos a que vuelva Kumashiro-sama y consultadlo con él. Sé que no querría que desaparecierais antes de su regreso. Y si



creéis en estas cosas, mis visiones me dicen que aún no habéis cumplido con vuestro propósito aquí. ¿Prometéis no hacer nada drástico?

—Está bien, si creéis que es lo mejor.

Para regocijo de Hannah, no tuvo que esperar mucho. Taro entró como un vendaval en su habitación esa misma tarde, con el rostro encolerizado, los ojos enturbiados por la preocupación. Estaba cubierto de polvo del camino, si bien Hannah se sentía agradecida de poder verlo de nuevo.

—Akai, ¿estás bien?

—Taro, pero ¿ya has vuelto?

Hannah hizo un esfuerzo por levantarse y lo rodeó impulsivamente con los brazos tan pronto llegó hasta ella. Sentía que le infundía su fuerza animal cuando la abrazaba. Pasado un instante, sin embargo, se apartó un poco de ella para poder mirarla.

—¿Cómo te encuentras? Yanagihara-san me ha contado lo que ha pasado. Hemos hablado ahí fuera.

Fruncía el ceño con fuerza, y Hannah se alegraba de no ser ella la causa de aquella expresión.

—Ahora estoy bien, y Sakura va a darme un estofado nutritivo que dice que pronto me devolverá a la normalidad. Yanagihara-san aseguró que me recuperaría, y así ha sido. Es un hombre maravilloso, ¿verdad?

—Sí que lo es.

Volvió a estrecharla en sus brazos y ella pudo sentir el martilleo de su corazón en el pecho. Un resplandor de felicidad la inundó al pensar en lo preocupado que había estado por ella.

—Según él, te han envenenado. Encontraré al culpable y lo ejecutaré inmediatamente.

—¡No! No, no debes hacer eso. Yo... ¿Y si simplemente comí algo en mal estado? No podemos estar seguros.

Hannah pensó en la señora Reiko. Tuvo que haber sido ella, pero no podía condenar a la mujer a morir por algo de lo que ella tenía parte de culpa. No estaría bien.

—Eres demasiado indulgente, pero solo seré compasivo esta vez, si ese es tu deseo. Eso sí, haré saber que cualquier atentado contra tu vida será severamente castigado. No solo el culpable, sino toda su familia pagará por cualquier cosa que te suceda.

—Oh, Taro. —Hannah se apoyó en él—. ¿No crees que sería mejor que me enviaras de regreso a Hirado? Estoy segura de que muy pronto los barcos ingleses estarán listos para zarpar, y ¿cómo, si no, voy a volver a casa?

—¿Quieres irte?

Buscó los ojos de ella con los suyos.

—No, pero creo realmente que sería lo mejor. A no ser que realmente yo sea tu prisionera, claro.

—No, no voy a tenerte aquí si tú no quieres, pero, por favor, no te vayas aún. — Sus brazos la rodearon con fuerza—. Me han dicho que los extranjeros no pueden zarpar hasta la primavera, por los vientos. Todavía nos queda mucho tiempo. ¿Te quedarás hasta entonces?

—¿Estás seguro?

—Sí. Ahora ven y báñate conmigo. Te llevaré en brazos, si está demasiado lejos para que vayas andando. Luego, en cuanto te recuperes un poco, vendrás a Edo conmigo. Quiero tenerte cerca para poder cuidarte.

—¿A Edo? Pero dijiste que era mejor que permaneciese aquí.

—Al parecer es más peligroso para ti que te pierda de vista. No te preocupes, conmigo estarás a salvo. Solo que tendrás que esconderte, pero seguro que nos las arreglamos. Les pediré a tus damas que te confeccionen un disfraz. ¿Qué te parece?

—Maravilloso.

Le dedicó una sonrisa. Cuando él estaba cerca, no le tenía miedo a nada.

Abandonaron el castillo dos días más tarde, con Hannah cabalgando junto a Taro, vestida de hombre y con un sombrero cónico de ala ancha. Debajo, llevaba el pelo oculto, recogido mediante un trozo de tela bien ajustado que le envolvía la cabeza. Se sentía rara, pero incluso Yanagihara había dicho que era un disfraz aceptable, siempre que no mirara a nadie a los ojos.

—Sigo sin acostumbrarme a esos extraños ojos azules —dijo el viejo, sonriendo—. Si bien ya no me asustan, porque no veo amenaza dentro de ellos.

—Entonces, ¿has dejado de creer definitivamente que Hannah haya venido a hacer estragos en nuestra nación? —dijo Taro, cariñosamente burlón.

—Aún no me puedo creer que creyerais eso —dijo Hannah.

Yanagihara se rio.

—Bueno, entonces no os conocía, y veros en una premonición fue bastante inquietante. Ahora sé que habéis venido con un propósito completamente distinto.

—¿Y cuál es? —dijo Taro al punto.

—Ah, no soy yo quien debe decirlo. Es algo que será revelado a su debido tiempo. Ahora será mejor que salgáis, si queréis alcanzar a los demás. Que los dioses os acompañen.

Los dioses parecían haber estado pendientes, pues solo tardaron seis días en dar alcance a la lenta caravana. Taro cabalgó directamente hasta el consejero jefe, que se mostró extremadamente aliviado al verlo.

—Mi señor, habéis vuelto. ¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien. Hablaré con vos más tarde acerca de un asunto, pero de momento, contadme cómo progresan las cosas por aquí.

—Muy despacio, mi señor, ya que la señora Reiko ha insistido en parar con frecuencia para recuperarse de, bueno... los rigores del viaje. —El hombre se encogió de hombros—. En vuestra ausencia, he tenido que adaptarme a sus deseos.

Taro asintió.

—Por supuesto, pero de ahora en adelante no habrá más paradas no programadas. Si tiene alguna queja, yo hablaré con ella.

Hannah reparó en el gesto inflexible que tenía en el rostro, y por el bien de Reiko esperaba que no volviera a contrariarlo en el futuro. No sería sensato por su parte.

La comitiva había llegado al inicio del Oshu Kaido, la enorme carretera que unía el

norte con la capital por el centro de la isla. Una vez en ella, avanzaron rápidamente, y llegaron a Edo en cuestión de diez días.

Hannah lo observaba todo desde debajo del ala de su sombrero, pero no se atrevía a mirar demasiado. Por lo tanto, solo percibió el ajeteo propio de una gran ciudad y el estruendo de un millar de voces que se entremezclaban con los ruidos de la urbe.

La caravana se abrió camino hasta una *yikashi*, o mansión grande, cercana al castillo del shogun.

—Esta es mi residencia en los dominios de mi señor —explicó Taro.

Por lo que Hannah pudo ver, se trataba de un imponente complejo de edificios. Era tan lujoso como el castillo de Shiroi, hasta en el más mínimo detalle, aunque el tipo de construcción era muy distinto. Aquí las casas estaban construidas con madera, con una especie de enlucido blanco que la recubría, y los edificios en su mayoría eran de una sola planta. No obstante, las viviendas parecían inmensas, repartidas por todas partes. Hannah no se despegaba de Taro, para no perderse.

—Estos son mis aposentos —dijo llevándola adentro, después de recorrer lo que se le antojaron miles de pasillos—. Por favor, quédate aquí en todo momento. Pondré guardias tanto en la puerta como en el jardín interior. Espero que no te sientas demasiado confinada.

—En absoluto, estoy muy contenta de estar aquí contigo.

Hannah lo decía de corazón. No se sentía como una prisionera en ningún sentido, a no ser que se considerara esclava de sus propios sentimientos, en cuyo caso estaba verdaderamente cautiva. Sin embargo, permanecer en su habitación, esperando a que regresara para pasar todas las noches con ella, no se podía considerar una penuria. Lo haría gustosa.

Habían transcurrido varios días cuando Hannah supo que Taro y su séquito habían ido por fin a ver al shogun. El exaltado mandatario los había tenido esperando días y días, indudablemente aún molesto por su aparente renuencia a venir. Finalmente se ablandó y se transformó, según Taro, en la personificación de la gentileza.

—Es un hombre muy astuto —añadió—. No hay que subestimarle nunca. No me gustaría tenerlo por enemigo.

—No, por supuesto. Entonces, ¿obedecerás sus deseos y dejarás a tu hijo aquí, en Edo, cuando regreses al norte? —osó preguntar Hannah.

—No tengo alternativa. Mi castillo está lejos, el shogun no tiene otra forma de asegurarse de que no voy a portarme mal. Comprendo sus motivos. No es que vaya a hacer algo que lo perjudique, pero, claro, no puede sencillamente fiarse de mi palabra.

—¿Por qué no? En Inglaterra los señores juran lealtad a su rey. ¿Por qué no podéis hacer vosotros lo mismo?

—Lo hacemos, pero ¿en tu país no hay hombres que rompen su juramento?

—Supongo que sí, pero...

—Pues ahí lo tienes. El shogun no puede arriesgarse. O no está dispuesto a hacerlo. En cualquier caso, mi hijo tiene que quedarse y Reiko permanecerá también aquí, por el momento. Aunque Ichiro no será responsabilidad suya. He invitado a una tía mía, viuda, a que venga para hacerse cargo de él. Siempre he sido su favorito, así que ahora puedo confiar en ella para que el niño esté a salvo. Naturalmente, también yo viajaré hasta aquí con frecuencia para verlo. Ahora, hablemos de otra cosa, no quiero pensar en el hecho de que tengo que dejar aquí a Ichiro.

Hannah reparó en que no había dicho que fuera reacio a dejar a Reiko, pero le pareció mejor no hacer ningún comentario al respecto. No era asunto suyo.

—¿Te has aburrido? —le preguntó él—. ¿O has conseguido mantenerte ocupada durante mi ausencia?

—He estado bien, pero tengo que confesar que estoy deseando escapar de aquí. ¿No hay alguna forma de que podamos salir a dar un paseo? Es una lástima visitar una gran ciudad como Edo y no ver ni una pequeña parte.

Taro sopesó la cuestión un instante, con un gesto ceñudo en el rostro.

—Tal vez podamos hacer una pequeña excursión. Podría llevarte a ver un gran templo.

—Sí, por favor. ¿No será peligroso que salgamos juntos?

—Puedes volver a ponerte tu disfraz y no despegarte de mí en ningún momento.

—Entonces, me gustaría hacerlo. Gracias.

Cuando salieron de su mansión, algo más tarde, Hannah no era la única que iba de incógnito. Taro se había vestido de forma mucho menos ostentosa de lo habitual, para pasar por un comerciante o algo similar. Únicamente los seguían dos guardias, que se mantenían a una distancia prudente.

—Hago esto a menudo —le dijo Taro—. Un hombre puede aprender muchas más cosas cuando se mezcla con los demás a su propio nivel. La gente es más dada a hablar con un próspero comerciante que con un daimio. Consigo toda clase de información útil.

Edo era una ciudad grande y bulliciosa, y Hannah se alegraba de tener a Taro como guía. De haber estado ella sola, estaba segura de que habría acabado completamente perdida. Tampoco ayudaba que no tuviera la libertad de mirar a su alrededor para orientarse. Aunque echaba de vez en cuando alguna ojeada furtiva desde debajo del ala de su sombrero, no se atrevía a hacerlo con frecuencia, por si alguien descubría sus extraordinarios ojos. Por lo tanto, solo vislumbraba algunas casas aquí, templos allá y jardines de recreo, todo ello abarrotado de gente. La magnitud de aquello le recordaba un poco a Londres, donde había estado una vez,

pero en todo lo demás, era como estar en otro mundo, exótico y excitante.

Se dirigieron al templo de Sensoji, entrando por un enorme portal, o *mon*, como lo llamó Taro, con pilares pintados de rojo a ambos lados. Una calle larga desembocaba en un segundo *mon*, algo más pequeño. Al otro lado de este podía verse el edificio principal del templo, así como una pagoda de cinco plantas.

—Este templo honra a la diosa Kannon —dijo Taro, cruzando él primero la puerta más pequeña. Ante ellos, se henchían nubes de humo procedentes de una urna situada debajo de un tejadillo. Hannah pudo oler la delicada fragancia del incienso en el aire.

—Baña tu cuerpo con un poco de ese humo —le indicó Taro—. Tiene poderes reconstituyentes —añadió, y le enseñó cómo hacerlo.

Había mucha más gente haciendo ese mismo gesto, atrayendo hacía sí mismos ráfagas de humo, agitando las manos.

—Ya no estoy enferma —protestó ella, pero siguió su ejemplo de todos modos, con la pasajera sensación de estar haciendo algo malo, dado que le parecía muy poco cristiano. Sin embargo, no le importaba, estaba contenta de haber tenido la ocasión de visitar ese lugar maravilloso.

El recinto del templo rebosaba de gente que pagaba para que le leyeran el porvenir, que rezaba o que simplemente se paseaba por allí. Ella mantenía la mirada en el suelo casi todo el tiempo, pero aun así veía lo suficiente como para quedarse admirada por la belleza de las antiguas construcciones. Prosiguieron escaleras arriba, hasta el salón principal. Taro dio varias palmadas antes de inclinarse en una reverencia frente al lugar en el que se decía que estaba guardada la estatua de la diosa.

—¿No lo sabes seguro? —preguntó Hannah con un susurro cuando él se lo dijo.

Taro se encogió de hombros.

—Es demasiado sagrada como para estar expuesta.

Hannah imitó sus actos, pero no rezó. Le habría parecido incorrecto rezar a su propio dios en ese entorno. Tampoco creyó que debiera rezarle a ningún otro dios o diosa, si es que en efecto existían, para que intercedieran por ella.

—Vamos a comer algo —sugirió Taro.

La condujo hacia el lateral del recinto del templo, donde había puestos en los que se vendía toda clase de comida apetitosa, atendiendo a los gustos más dispares. Compró *yakitori*, trocitos de pollo que bañaban en una salsa dulce y ensartaban luego en un palillo para asarlos a la parrilla. Encontraron un sitio para sentarse junto al templo.

—Es agradable poder salir a solas contigo —le dijo él con una sonrisa, ignorando a los dos guardias, que seguían vigilándolos discretamente.

—Me alegro de que me hayas traído. Es un lugar magnífico, exactamente lo que esperaba ver cuando vine a tu país.

Era emocionante salir por ahí con él. Podía fingir que eran una pareja normal, marido y mujer, incluso, que pasaban el día juntos. Mientras estaban allí sentados, en medio de un silencio cómplice, comiéndose su pollo, Hannah se maravilló de poder sentirse tan a gusto en compañía de Taro. Después de todo, era un hombre que se la había llevado en contra de su voluntad. Si bien nunca había hecho uso de la violencia con ella; todo lo que había hecho era tratarla con infinita paciencia. Y le había desvelado una parte de su ser que ella sospechaba que muy pocos veían. Tal vez fuera un bárbaro, a juicio de algunos, como Rydon, pero era un hombre tremendamente inteligente. Vivía su vida de acuerdo con las normas de su país y, por lo que Hannah había oído comentar, gobernaba su dominio con imparcialidad. Era un hombre al que podía admirar, distinto a los hombres que su propia familia había escogido para ella.

Pensó que la vida era extraña. Miró a Taro, que le sonrió, y una oleada de felicidad absoluta la inundó por dentro. Ojalá siempre pudiera ser así...

Un voz fuerte, discordante entre el suave murmullo de los japoneses que los rodeaban, se clavó en su burbuja de dicha y la hizo estallar de forma aplastante.

—¡Pero mirad esos pilares! Tengo que decir que el rojo es un color demasiado chillón para un lugar de culto, ¿no estáis de acuerdo? Es sorprendente, la verdad. Pero, claro, ¿qué se puede esperar de unos paganos?

—¿Paganos? Dejarme que os diga que son extremadamente civilizados...

Alzó la vista y vio a dos hombres que destacaban del grupo que los rodeaba, como pavos reales en un gallinero. Extranjeros, uno alto y rubio, el otro aún más alto, pero con el pelo más oscuro. Estaban creando cierta conmoción entre la gente, que parecía estar cuchicheando acerca de ellos. El que hablaba, cuya voz Hannah habría reconocido en cualquier circunstancia, no era otro que Rydon. Hannah ahogó un grito y se volvió, para esconder el rostro en el hombro de Taro.

—¡Oh, no! —dijo con un susurro entrecortado.

—¿Qué sucede? Ah, ya veo. —Hannah lo oyó adajar por lo bajo—. ¿Ese es el hombre con el que estabas casada?

—Sí —replicó Hannah, cerrando los ojos para ahuyentar la imagen—. Sí, es él y otro hombre al que no conozco.

—Es Anjin-san, el inglés que tiene buena relación con el shogun. Ya lo había visto antes.

Taro guardó silencio por un momento, como si estuviera contemplando a los dos extranjeros; luego preguntó:

—¿Y qué pasa ahora?

Tenía la voz serena, pero se percibía en ella un poso metálico, como si quisiera mantener a raya su temperamento, aun costándole mucho.

—Tenemos que irnos inmediatamente —dijo Hannah, sin dilación; luego tomó aire—. Es decir...

Alzó los ojos y miró a Taro, quien ahora la observaba con un gesto extraño.

—No, tengo que ir con ellos, ¿no es así? —preguntó con un hilo de voz, tragándose el nudo que se le había formado en la garganta y amenazaba con asfixiarla.

Taro entornó los ojos.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? Pensé que habías aceptado quedarte conmigo un poco más. Te conté lo de los barcos y prometí que te llevaría de regreso con tus compatriotas a tiempo para que pudieras zarpar con ellos. ¿Verlos te ha hecho cambiar de opinión?

Hannah siguió mirándolo a los ojos, tratando de leer su mente, mientras la suya estaba sumida en la confusión. ¿Deseaba él que se quedara? ¿Significaba ella algo para él? ¿Acaso importaba?

—No lo sé. Yo... debería ir, sabes que debería.

Era consciente de lo que se esperaba que hiciera, por supuesto, consciente de cuál era su obligación y, sin embargo, todo su ser se rebelaba en contra de lo que era correcto. No quería regresar. Era demasiado pronto. Quería quedarse con Taro, solo un poco más.

Su indecisión pareció mover a Taro a la acción. Sin mediar palabra, la puso de pie y, agarrándola fuertemente de la mano, la arrastró hacia la entrada del templo.

—No —dijo—. Retiro lo que he dicho. No tienes opción. Por el momento te retendré, tanto si quieres como si no.

Taro no sabía por qué estaba tan enfadado. Era consciente de que ese día llegaría y habría sido muy fácil abandonar a Hannah en medio de la muchedumbre para que pudiera reunirse con sus compatriotas. Nunca volvería a tener mejor ocasión para demostrar que el poderoso Taro Kumashiro la había hecho secuestrar. Habría sido su palabra con la de él.

Pero no pudo hacerlo.

La mera idea de imaginarla con ese capitán de pelo amarillo le revolvió el estómago. Ella le había dicho que no quería a ese hombre y que su matrimonio estaba acabado, pero ¿y si había cambiado de parecer? Ver a su exmarido después de pasar semanas prisionera, entre gente extraña, podía haberla hecho cambiar de perspectiva. Al fin y al cabo, no se podía decir que acabara de encajar en el castillo de Shiroy.

No, seguro que sentiría añoranza. Quizá no hasta el punto de empezar a considerar atractivo al hombre que la había menospreciado en el pasado. No obstante, que ese bruto apestoso pudiera ser del agrado de alguien era algo que escapaba a la comprensión de Taro.

Cerró la mano con la que no tenía sujeta a Hannah con fuerza. Al darse cuenta de la presión que le estaba imprimiendo, la aligeró un poco, aunque ella no parecía notar



nada.

¿Cómo había acabado metiéndose en semejante embrollo? ¿Por qué no podía dejarla marchar? Su mente no dejó de dar vueltas y más vueltas a todos estos interrogantes en el camino de regreso a su mansión. Sin embargo, no había respuesta, salvo por el hecho de que así era. Sea como fuere, estaba atrapado en sus tentáculos, tanto si eran reales como si no.

Tendría que considerar ese asunto un poco más, pero ahora mismo no podía pensar con claridad. Solamente quería a Hannah.

Ahora y en un futuro previsible.

Taro prácticamente la metió a la fuerza en la casa de Edo, a toda velocidad. Los dos guardias que los seguían tuvieron que correr para no perderlos. Una vez allí, la volvió a arrastrar a sus habitaciones y cerró la puerta con un golpe seco.

Sin aliento, Hannah se volvió hacia él, con la intención de decirle algo. No consiguió más que abrir la boca cuando él se abalanzó sobre ella, inmovilizándola con un abrazo avasallador, arrancándole ansiosamente la ropa masculina que llevaba puesta, así como la tela con la que se había recogido el pelo, hasta que estuvo medio desnuda y los rizos de su cabellera se desplegaron, envolviéndola por completo.

—Te deseo, Akai —le susurró con voz ronca—. No pienso devolverte, aún no.

—Pero yo...

—No, tú no puedes opinar nada.

No le dio oportunidad de decirle que se sentía profundamente agradecida, a pesar de la culpa que la corroía por dentro. Mientras él le hacía el amor con una urgencia casi desesperada, se sentía como si hubiera escapado por muy poco. Abandonarlo le habría provocado una angustia absoluta. Ella lo amaba, eso ahora lo sabía sin el menor resquicio de duda. Y a pesar de ser un amor condenado desde su inicio, aguantaría durante todo el tiempo que le fuera posible.

—He oído decir que te quedas un poco más, *gai-jin*. Qué pena.

Hannah levantó la vista del papel sobre el que estaba dibujando e hizo visera con una mano para protegerse los ojos del sol. Estaba sentada en un apacible jardincito privado, contiguo a los aposentos de Taro, esperando a que él regresara de una cena. Por fin se había tranquilizado cuando ella le había hecho entender que estaba completamente de acuerdo con él y que, de hecho, estaba muy contenta de quedarse. Dedujo que él había creído que ella prefería volver con Rydon, pero no tardó en caer en la cuenta de que no había nada más lejos de su intención. Después de eso, recuperó su habitual imperturbabilidad.

Ahora, en cambio, aquí estaba la señora Reiko, observándola atentamente con sus penetrantes ojos oscuros.

—¿Disculpad? —Hannah no sabía qué hacía ahí esa mujer, ni por qué había venido. Decidió hacerse la tonta, en un intento por aplacar la ira de Reiko.

—Deberíais haber regresado con los demás extranjeros cuando tuvisteis la oportunidad. Me han contado lo que sucedió en el templo —dijo Reiko—. Puede que lleguéis a arrepentiros de vuestra decisión.

—No tuve opción.

Hannah apretó los dientes, enojándose aún más por el hecho de saber que Reiko tenía razón.

—El señor Kumashiro se me llevó a rastras y me amenazó con matarme si se me ocurría abrir la boca siquiera.

La primera parte, como mínimo, era verdad. Si Reiko había enviado a alguien a espiarlos, cosa que debía de haber hecho, o no se habría enterado de lo de los otros extranjeros, entonces sabía que eso era lo que había ocurrido. A tenor del gesto de tensión en el semblante de Reiko, la habían informado de ello.

—Estoy segura de que no os resististeis demasiado —le espetó—. Decidme, ¿son muy dadas las mujeres de vuestro país a robarles los maridos a las demás?

—El señor Kumashiro no está casado —afirmó Hannah con atrevimiento.

—Como si lo estuviera —musitó Reiko, pero Hannah la ignoró.

—Aquí la única perjudicada soy yo. Fui raptada, como bien recordaréis.

—No os he visto ni tan siquiera intentar escapar —dijo Reiko con desdén.

—¿Cómo voy a hacerlo, en un país extranjero en el que no sé por dónde voy, y sin dinero?

—Entonces, si os doy dinero y la oportunidad de marcharos, ¿os iréis?

Reiko se quedó mirándola con las cejas enarcadas, como sin dar crédito a sus oídos, y Hannah sintió una intensa necesidad de pegar a esa mujer. Quería gritar «¡pues claro que no quiero irme!», pero sabía que eso sería extremadamente estúpido.

—Sí, lo haría —dijo sosegadamente, clavando en Reiko sus azules ojos, que parecieron desconcertar levemente a su oponente.

—Muy bien, así pues, lo dispondré. Puede que consiga incluso encontrar a alguien que os lleve a casa de Anjin-san. No me cabe la menor duda de que él sabrá cómo hacer que regreséis con vuestros compatriotas. Pero recordad: si le decís una sola palabra de esto al señor Kumashiro, os arrepentiréis.

Reiko desanduvo sus pasos por el sendero con un airado frufrrú de su kimono, dejando a Hannah a solas una vez más.

Ella recostó la cabeza contra la pared que tenía a su espalda y tomó aire varias veces para recuperar la calma. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

Resultó que no tenía nada de qué preocuparse. Taro entró como un vendaval al jardín al cabo de media hora, con gesto adusto.

—Partimos hacia el norte en una hora y he apostado la guardia, así que ni se te ocurra pensar en escapar.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Ahora, si tienes algo que recoger, hazlo, o se quedará aquí.

Volvió a alejarse a paso decidido, probablemente a seguir dando órdenes, y Hannah se quedó mirando cómo se marchaba. Se dio cuenta de que debía de estar jugando al mismo juego que Reiko. Alguien las había estado espiando cuando ella había ido a verla, hacía un rato. Seguramente, ahora Taro creía que Hannah quería irse, después de que le hubieran informado de lo que había dicho, y no era plato de su gusto. Ella sacudió la cabeza y suspiró.

—Vaya lío —musitó, pero en ese momento ella no podía hacer nada por atusarle las plumas revueltas. Tendría que esperar hasta que estuvieran ya de camino y hubieran dejado atrás a Reiko, convirtiendo su conspiración en papel mojado.

Por lo menos Hannah se había ahorrado el tener que fingir un intento de huida.

Viajaron de regreso al castillo de Shiroi con una comitiva bastante menor, lo que agilizó el avance. Tan pronto se detuvieron para comer, Hannah advirtió que Taro no estaba enfadado con ella en absoluto, solo había estado actuando de cara a quien pudiera estar escuchando.

—En Edo hay oídos por todas partes, informando a alguien, donde sea. Me hablaron de la conversación que mantuviste con Reiko, así que tuve que adoptar un tono duro. Por tu propia seguridad, tenía que parecer que te estaba dando órdenes que no podrías desobedecer.

—Entiendo, pero ¿y ahora? —Hannah miró a su alrededor, al resto de hombres,

con la sensación de estar bajo un escrutinio constante—. ¿No podrían transmitir tus palabras a Edo desde aquí?

—Claro que sí, por eso tenemos que ir con cuidado de no hablar de nada importante cuando haya alguien cerca. De momento nadie puede oírnos, así que estamos a salvo.

—Está bien, estaré atenta. Sabes que en verdad no quería escapar, ¿verdad?

La miró con algo que no podía ser definido más que como pura satisfacción masculina.

—De eso ya me di cuenta anoche. Entonces no parecías una mujer que intentara evitarme.

Hannah sintió que se le encendían las mejillas y le dio una juguetona palmada en el brazo.

—¡Taro!

Recuperando el gesto serio, él la tomó de la mano por un instante y le apretó los dedos.

—Pero debes prometerme que me lo dirás cuando quieras marcharte.

Ella asintió.

—Lo prometo.

De alguna manera, presentía que ese día nunca llegaría.

—Enséñame lo que has pintado. Tu maestro me dice que estás progresando.

Hacía dos semanas que estaban de nuevo en el castillo Shiroi. Taro había ido a hacerle una visita inesperada a Hannah a sus aposentos, perturbando la tranquilidad de todas las sirvientas, que se afanaron por encontrarle el mejor cojín para que se sentara y servirle un té verde.

—Es demasiado benévolo. ¿De verdad quieres verlos?

—Claro que sí. Si no, no te lo pediría.

Hannah le mostró a Taro no solo sus pinturas nuevas, sino todos sus dibujos a carboncillo.

—Son buenos, muy buenos.

Parecía más subyugado por los dibujos que por sus incursiones en la pintura tradicional japonesa.

—Deberías hacer más, tal vez distintas perspectivas del castillo y sus interiores. Me gusta especialmente este estudio del *ikebana*.

Hannah miró el dibujo de un arreglo floral que sostenía en la mano.

—Sí, yo también estoy bastante contenta con este. ¿Quieres decir que se me permitiría acceder a otras partes del castillo para poder dibujarlo? Yukiko-san dijo que tenía que quedarme en el ala este.

—Tienes mi permiso para ir adonde quieras. Pero si entras en la sala de

audiencias, tendrás que guardar silencio y no interferir, ¿estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Gracias.

Hannah estaba emocionada por tener permiso para explorar el castillo. Había estado deseosa de hacerlo, pero no se había atrevido, pues no quería quebrantar ninguna de las normas de Taro, y había guardias de aspecto temible apostados en cada esquina.

Algunas de las habitaciones tenían frisos pintados en lo alto de las paredes y muchos de los postes de madera estaba decorados con una versión tallada del emblema circular de Taro. Era el mismo que Hannah había visto en las armaduras de sus hombres. Ella sabía que todos los nobles japoneses tenían un motivo semejante, que era exclusivo de su familia. Era como el escudo de armas de un señor inglés, y estudió el de la familia Kumashiro. Era una especie de flor, pero le resultaba desconocida y no osó preguntarle al guardia. En lugar de eso, lo dibujó minuciosamente, para poder preguntárselo personalmente a Taro más tarde.

La sala de audiencias era un inmenso salón con pilares tallados y vigas y paneles en el techo, paredes pintadas y puertas correderas con adornos de bronce forjado. Los tatamis que cubrían el suelo eran más mullidos y lujosos que los normales. Había, asimismo, paneles plegables pintados con vivos y llamativos colores, enmarcados sobre un fondo de hojas de oro. A intervalos exactos, había repartidos cojines de seda en tonos de piedras preciosas, y sentados en ellos había oficiales vestidos formalmente. Mortales de menor rango esperaban pacientemente en un extremo de la sala a que les llegara el turno de dirigirse a su señor.

—¿Quiénes son los hombres con aspectos de oficiales? —le susurró a Sakura, que la seguía allá donde iba.

—Son los administradores y los consejeros del señor Kumashiro.

Él mismo permanecía sentado en un estrado, a un lado de la sala, erguido sobre una banqueta, con las manos en el regazo y sus espadas al costado. Hoji le había contado a Hannah que los samuráis siempre llevaban dos espadas, una corta, la *wakizashi*, y otra más larga, la katana. De sus sirvientas, también había aprendido que Taro estaba considerado un consumado espadachín.

Hannah acudía a la enorme sala con bastante frecuencia, realizaba bosquejos de las personas y de diversas partes del interior y su decoración. Se sentaba, medio escondidas, detrás del panel que había en un rincón, para no alterar el transcurso de las sesiones. Algunas veces se limitaba a observar a Taro y a escuchar. Era tan regio, y sin embargo, le parecía a ella, tan justo en su trato con sus criados. Su corazón se henchía de amor y orgullo cuando lo contemplaba, y gustosamente se habría quedado allí para siempre.

Las semanas pasaron volando y llegó el otoño, trayendo consigo los vívidos colores

rojos de los árboles, exactamente iguales a como Hannah los había imaginado. El ambiente se hizo más frío, los paseos de Hannah por el jardín se fueron acortando día tras día. En su lugar, rondaba por el castillo acompañada de su fiel Sakura. Hannah cargaba con un montón de hojas de papel de arroz en una mano y una pequeña bolsa de red llena de carboncillos en la otra, buscando temas apropiados. Su presencia se hizo bien reconocible a ojos de todos, y algunos guardias empezaron a saludarla con una inclinación cada vez que pasaba.

—Me pregunto qué pensarán de mí —le susurró a Sakura.

La doncella dejó escapar una risita.

—No os sabría decir, pero creo que por fin se están acostumbrando a vos.

—¿Igual que tú?

Hannah sonrió a la muchacha. Pese a ser su sirvienta, también veía en Sakura a una amiga, al menos en la medida de lo posible en semejantes circunstancias.

Sakura asintió.

—En efecto, señora Hannah.

Hannah le hizo a Taro más o menos la misma pregunta acerca de los guardias una noche, y él se quedó mirándola como si estuviera loca.

—No les corresponde a ellos juzgarte en ningún sentido —le dijo él—. Les he hecho saber que eres mi consorte oficial. Eso significa que estás bajo mi protección y que ellos están a tu servicio.

A Hannah aquello la pilló desprevenida.

—Nunca dijiste que yo fuera tu consorte.

Aunque sabía que eso suponía un honor, la palabra «consorte» tenía una connotación que la incomodaba. Era solo ligeramente mejor que «concubina».

—Sin embargo, así es. De todas formas, ¿qué ha de importarte lo que piensen unos guardias?

—Preferiría que no me profesasen hostilidad. Todavía me siento como si destacara demasiado, y me ayudaría saber que no inspiro aversión.

Taro le sonrió.

—Quizá destacas de un modo positivo —sugirió—. Tal vez admiran tu belleza en secreto.

Alzó una mano para acariciarle el cabello rizado, enrollando un tirabuzón alrededor de su dedo, como acostumbraba.

Hannah negó con un gesto.

—Eso lo dudo mucho.

—Sea como fuere, tienen que obedecerte o perderán la vida. Es lo que hay.

Volvía a mostrarse arrogante, tan distinto al hombre con el que pasaba la mayor parte de las noches. Era en ocasiones como esa cuando Hannah se preguntaba qué demonios estaba haciendo allí. Creía que nunca lograría encajar y que debía

marcharse sin falta.

—Taro, ¿qué está pasando? Hay una actividad frenética por todo el castillo.

Hannah había consultada a sus damas, pero ellas afirmaban no saber la causa de semejante alboroto. Hannah tuvo que esperar a la noche para preguntarle a Taro.

—Vamos a tener el honor de recibir la visita de mi suegro y del resto de la familia de Reiko —le dijo él. No parecía demasiado complacido ante esa perspectiva y Hannah le tocó el brazo, preocupada.

—¿No os lleváis bien?

—Oh, él no me disgusta especialmente. Es solo que probablemente me presione para que le dé una respuesta con respecto a Reiko, y aún no estoy preparado para dársela. —Suspiró—. También significa que tendré que pasar la mayor parte del tiempo con ellos mientras dure su estancia. Tendrás que distraerte tú sola con tus damas.

—No importa, lo comprendo.

Hannah se tragó la decepción y se reprendió por su bobería. No tenía ningún derecho a sentirse así. Él no le pertenecía. Sin duda sería embarazoso que lo vieran dedicar su tiempo a estar con alguien que no fuera la familia de la que fuera su esposa durante su visita. Además, no duraría más que unas pocas semanas.

—Pero eso no es todo —añadió Taro—. Reiko regresa para la ocasión. He tenido que pedir un permiso especial del shogun, pues insistió en que quería estar aquí para ver a su familia.

—Entonces podrás ver a tu hijo unos días. Eso es bueno, ¿no?

Hannah no entendía por qué Taro se mostraba tan sombrío. Debería estar contento, pero movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Ichiro tiene que quedarse. De lo contrario, el shogun no permitiría que Reiko viniera. Pero está en buenas manos. Mi tía sigue con él y me envía noticias regularmente.

—Ah, ya veo. Bueno, no importa, pronto lo verás.

—Sí, me aseguraré de ello.

—¿Podré sentarme detrás de una pantalla en el gran salón cuando lleguen? Me gustaría ver al padre de la señora Reiko y a su séquito.

—No veo por qué no. Incluso puedes sentarte a un lado del estrado a mirar. Como consorte oficial, tienes derecho a estar allí si así lo deseo. —Taro sonrió—. Y me gustaría ver la cara del señor Takaki cuando te vea el pelo.

—Bueno, si lo que quieres es un bufón, no estoy segura de estar dispuesta a asistir. —Hannah torció el gesto—. Solo era curiosidad.

Él la atrajo hacia sí.

—Sabes muy bien que no es por tu capacidad de hacer reír por lo que te deseo.

Y procedió a convencerla de ello a conciencia.

El señor Takaki era un hombre de mediana edad, barriga prominente y no demasiado pelo; con todo, su presencia imponía respeto. Le habían pedido a Hannah que permaneciera sentada y en silencio a un lado del estrado, como le había dicho Taro. Llevaba puesto el kimono escarlata para demostrarle a la señora Reiko que su pretendido insulto no la había ofendido, y también, quizá, debía admitirlo, con la intención de impactar un poco al señor Takaki.

El efecto que causó en él fue de lo más gratificante. La señora Reiko le lanzó una mirada malévola a Hannah, mientras el señor Takaki la contempló con los ojos desorbitados durante varios minutos, antes de acordarse de que debería estar saludando a su hija.

—*Chikusho!* —exclamó, y sin un ápice de sosiego, añadió—: ¿Quién demonios es esa criatura tan fea? ¿Y lleva puesto...?

—Esta, mi señor, es mi consorte principal, la extranjera señora Hannah, y lleva puesto un kimono que fue un obsequio de vuestra hija —le dijo Taro, con un gesto algo severo. Obviamente, no había sido su intención que Hannah fuera insultada. Ella, por su parte, se mantuvo serena, sin delatar emoción alguna. En realidad no podía culpar a aquel hombre por considerarla fea, vestida con ese atuendo, cuando ella misma ya sabía que era verdad. Asimismo, resultaba evidente que había reconocido el kimono, que era algo con lo que Hannah no contaba.

—¡Bah!

El señor Takaki se volvió hacia su hija, después de echar un último vistazo a Hannah y una mirada desconcertada a su yerno, como si se estuviera preguntando si el hombre había perdido el juicio.

A continuación se sucedieron los saludos y refrigerios, y Hannah permaneció sentada pacientemente sin moverse, escuchando la conversación sin participar en ella. Se suponía que debía mantener la mirada al suelo, pero no pudo resistirse a echar alguna que otra ojeada furtiva. Siempre que podía, dejaba que sus ojos deambularan por la estancia. Reparó en el nutrido grupo de criados de ambos clanes que había presentes, todos ellos vestidos con los colores de sus respectivos señores. Era una imagen que causaba admiración y Hannah se alegró de tener esta oportunidad de ser testigo de primera mano.

Mientras sus señorías se levantaban por fin y los visitantes se preparaban para retirarse a sus habitaciones, se oyó un estruendo amenazador. De pronto el gran salón empezó a temblar. Algunas de las damas dejaron escapar gritos, y entre los hombres se oyeron reniegos. Algunos se pusieron en pie de un salto y echaron a correr, huyendo de la sala, haciendo lo posible por llegar los primeros a la puerta. Otros dudaban, como si no pudieran decidirse por una acción concreta o se hubieran



quedado petrificados.

Hannah miró a su alrededor, confusa.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a unos de los guardias que tenía cerca.

—Un terremoto, mi señora. Debéis encontrar refugio. Venid, por aquí.

La voz de Taro sonó más imperiosa que nunca, ordenando a todo el mundo que guardara la calma y que salieran de manera ordenada.

—*Hayaku!* ¡Rápido! —gritaba.

Hannah se volvió para mirar y vio que sacaban a la gente a empujones por la puerta. Taro, por su parte, se mantenía apartado para asegurarse primero de que todos los demás estaban a salvo.

El guardia apremió a Hannah a que alcanzara la puerta más cercana, pero antes de poder seguirlo, la tierra se sacudió aún con más violencia y cayó al suelo. Oyó un fuerte crujido y levantó la vista solo para ver que una viga se le venía encima. Estaba segura de que había llegado su hora, y sabía que era imposible desplazarse a la velocidad necesaria para apartarse; y eso, de haber podido moverse, que no era el caso.

—¿Akai?

Oyó que Taro la llamaba por su nombre y al instante dos fuertes brazos la levantaron del suelo; salieron los dos dando tumbos hacia un lado. Cayeron al suelo, llevándose él el golpe por la caída, y aterrizaron enredados, a solo unos pocos centímetros del punto en el que se estrelló la viga. Hannah a punto estuvo de echarse a llorar de alivio.

Taro mantuvo su cuerpo sobre el de ella como escudo hasta que los temblores del seísmo remitieron, y entonces se incorporó.

—¿Estás bien? —dijo con voz ronca, recorriendo su cuerpo con las manos para comprobar que no estaba herida.

—Sí, sí, eso creo.

Echó un vistazo por el salón, asimilando el alcance de lo que había sucedido.

Parte del techo se había derrumbado y la viga que había estado cerca de matar a Hannah no era la única que se había desprendido. Resonaban gritos de agonía y llamadas de socorro. El sentimiento de vulnerabilidad que había experimentado se parecía al que había tenido a bordo del barco. Se había sentido pequeña e insignificante cuando estaban en mitad del vasto océano, vapuleada por las tempestades. En ambos casos, los humanos se hallaban completamente a merced de la naturaleza y estaban absolutamente indefensos en su lucha contra esas fuerzas. Su supervivencia era una mera cuestión de suerte. Por mucha pericia que tuvieran, sus esfuerzos eran vanos. Era como si el barco y el castillo fueran juguetitos sujetos a las rabietas de un gigante. Hannah y los demás no eran más que motas de polvo que se podían desechar a voluntad. Se estremeció y se puso de pie con dificultad, con afán

de ayudar.

Taro también se levantó para evaluar los daños, que no eran tan importantes como podían haber sido. Determinó que su suegro y Reiko estaban ilesos y empezó a dar órdenes a aquellos criados que seguían dentro del salón y que estaban en condiciones de ayudar a los heridos.

Hannah salió tambaleándose, ayudando a un anciano que parecía estar, más que nada, conmocionado. En el jardín se topó de inmediato con la mirada implacable de la señora Reiko. El odio que leyó en las profundidades de los ojos de la otra mujer era casi tangible. Hannah pensó, demasiado tarde, que Taro probablemente debería haberse preocupado por Reiko y sus invitados en primer lugar, y no correr tras su consorte. Cerró los ojos y se dio la vuelta. Todo esto estaba mal.

Ya era hora de afrontar los hechos. *¡No puedo quedarme aquí, mi posición es insostenible!* Reiko no tardaría en convertirse en la esposa de Taro, sin duda, por mucho que él no lo deseara. Era lo suficientemente pragmático como para casarse por conveniencia, ¿y quién podía ser más conveniente que la hermana de la que fuera su esposa? Era la solución perfecta para todos los implicados, excepto para Hannah. No importaba lo que dijera Taro, ella no se sentiría cómoda compartiéndolo con otras mujeres. No era propio de ella y nunca lo sería. Solo podía hacer una cosa, aunque le rompiera el corazón.

Seguro que los corazones no tardaban en curarse. Decidió que hablaría con Taro en cuanto pudiera.

La mano que surgió de las tinieblas y se cerró sobre la boca de Hannah era seca, callosa y gélida. Ella intentó zafarse de su asaltante, pero, al igual que la vez anterior, pronto la sujetaron contra el colchón y fue incapaz de mover ni un solo músculo.

Debe de ser una pesadilla, decidió. Es imposible que una persona tenga la misma experiencia dos veces en un espacio de tiempo tan corto. Además, el castillo estaba tan bien custodiado que ningún ninja podía entrar sin ser visto, aunque logaran escalar los empinados muros, una hazaña supuestamente imposible. Hannah se reconfortó y esperó. Muy pronto se despertaría y todo volvería a la normalidad.

Se equivocaba, no era un mal sueño en absoluto.

Su cuerpo fue volteado de costado, y rápida y eficazmente le ataron las manos a la espalda. Le introdujeron un trapo en la boca y la amordazaron con un trozo de tela por encima. Después, alguien cargó con ella a hombros y la sacaron a la oscuridad del jardín.

Estaba oscuro como boca de lobo. No había luna ni estrellas brillando a través de las espesas nubes y sus atacantes no hicieron un solo ruido mientras seguían el camino a toda prisa. Se detenían de vez en cuando, turnándose para cargar con ella y asegurándose así que avanzaban a la máxima velocidad. Hannah se concentró en tratar de respirar, para no desmayarse, y procuró no desorientarse. Su sentido de la orientación le decía que parecían dirigirse hacia el muro exterior situado en la parte trasera del castillo, pero no podía estar segura. Una pequeña verja, cuya existencia Hannah desconocía, se materializó frente a ellos, iluminada por la débil luz de un farol. Como por arte de magia, se abrió desde fuera.

Hannah maldijo por dentro. ¿Dónde estaban los guardias? Debería haber varios, a no ser que esa fuera una especie de entrada secreta. Los secuestradores debían de contar con alguien dentro del castillo que los ayudara y nunca encontrarían ni rastro de ellos. Ni de ella. *¡Dios mío, ayúdame!* ¿Adónde se la llevaban? ¿Qué le iban a hacer? Seguramente era mejor no especular.

Había un foso y un puente levadizo al otro lado de la verja. Para entonces la luna había hecho una difusa aparición y Hannah pudo ver el leve refulgir del agua. El puente estaba levantado, pero cerca de la verja había atado un pequeño bote y la descargaron bruscamente en la popa, golpeándole el tobillo al hacerlo. El bote fue trasladado rápidamente a remo hasta la otra orilla, y luego lo soltaron a la deriva en el foso, mientras uno de los hombres volvía a cargar con Hannah.

Sus captores tenían caballos esperando y subieron a Hannah a uno de ellos, luego

la levantaron para que se sentara delante del hombre y salieron al galope a gran velocidad. No veía nada, pues se zambulleron en la oscuridad del bosque; pero, presumiblemente, los secuestradores sabían dónde iban, ya que no se pararon ni una sola vez a buscar el camino.

Iba a ser una de las noches más largas en la vida de Hannah.

—¡Mi señor! Oh, mi señor, perdonadme...

Acababa de amanecer y Taro iba de camino al patio para salir a practicar la cetrería con su suegro. La sirvienta de Hannah, Yukiko, se había abalanzado sobre él a toda prisa, descalza y con el pelo suelto a la espalda. Taro se sorprendió de que fuera en su busca, sobre todo tan temprano y en ese estado. Los músculos de su abdomen se tensaron.

—*Nani?* —le espetó—. ¿Qué ocurre?

—Es Hannah-san, mi señor, no está. Lo siento mucho, es culpa mía.

Taro arrugó el ceño.

—¿Culpa tuya? ¿Qué quieres decir, y adónde ha ido?

¿Había decidido Hannah marcharse con su gente sin consultárselo, después de todo? La idea lo sulfuró. Creía que habían acordado que se quedaría al menos hasta la primavera.

Yukiko se retorció las manos y cayó de rodillas delante de él.

—Vinieron por la noche y se la llevaron, y yo no pude hacer nada por impedirlo. Claro que tenía un cuchillo, pero no fui lo bastante rápida y nos redujeron a todos. Por favor, perdonadme, os he fallado. Permitidme que cometa *seppuku*, mi señor.

Inclinó la cabeza y Taro vio que tenía el pelo manchado de sangre a la altura de la coronilla.

—¿Alguien la ha raptado? ¿Anoche? ¿Y no habéis dado la voz de alarma hasta ahora?

Procuró controlar el tono para no gritarle a la mujer. Con toda justicia, con una herida como esa, lo más probable era que la mujer hubiera estado inconsciente.

—S... sí, mi señor. A los demás nos ataron y nos amordazaron. No podíamos liberarnos. Un criado que pasaba nos oyó patear el suelo hace solo un rato. He venido tan pronto como he podido.

Taro maldijo por dentro.

—Ve a que te curen esa herida. Yo me ocupo de esto. Y no habrá ningún *seppuku* —ordenó muy serio.

Con un tono calmo, pero inflexible, que exigía obediencia inmediata, llamó a la guardia para que registrasen el castillo y los terrenos, y para que no dejaran piedra sin remover hasta que se obtuviera algún indicio del paradero de Hannah.

—Quiero que encontréis un rastro ¡y lo quiero ahora!

Con la furia aún hirviéndole por dentro, salió con paso airado en dirección a los aposentos de Reiko. Sus espías lo habían informado con la suficiente certeza de que ella estaba detrás del intento de envenenamiento, aunque no podían demostrar nada. No creía que Hannah tuviera más enemigos, así que tenía sentido. Si alguien había dispuesto el secuestro de Hannah, solo podía ser Reiko. Debió de planearlo para que coincidiera con la visita de su padre, pensando que Taro no le haría ningún daño mientras tuviera invitados. Pues bien, se equivocaba.

Abriendo la frágil puerta de su habitación sin llamar antes, entró con aire resulto y la sacó de la cama de un tirón. Ella agitó los brazos y trató de desembarazarse de él, pero era mucho más fuerte que ella, y no aflojó la mano. La estuvo zarandeando hasta que le castañetearon los dientes.

—Ya me he cansado de vuestras injerencias. ¿Dónde está?

—¿Quién? ¿De qué me estáis hablando?

—Sabéis muy bien de quién estoy hablando. Esta vez habéis ido demasiado lejos, Reiko. O me decís adónde se han llevado a Hannah o moriréis en el acto.

Desenvainó la espada y la alzó en el aire.

Ella se levantó, como la altiva dama noble que era, y lo miró a los ojos, desafiante.

—Entonces, matadme. No sé a qué os referís y no he hecho nada malo.

Taro la miró con los ojos entornados. Estaba mintiendo, de eso estaba seguro, pero no ganaba nada matándola en ese momento. Si era ella quien estaba detrás del secuestro, entonces era la única que podía decirle adónde se habían llevado a Hannah. Pero tal vez hacerla hablar le llevaría tiempo, y no disponía ni de un segundo que perder. Prorrumpió en un gruñido de frustración.

—Os arrepentiréis de esto —le dijo entre dientes, y aulló—: ¡Guardia!

Una compañía al completo acudió al instante a su llamada; no estaban acostumbrados a oírlo alzar la voz hasta ese extremo.

—Encargaos de que la señora Reiko no salga de esta habitación. So pena de muerte, ¿me oís? Y tampoco puede hablar con nadie.

—Sí, mi señor.

Le echó un último vistazo antes de abandonar la estancia. A pesar de saludarlo con una inclinación, Taro logró vislumbrar la breve mirada de triunfo que le cruzó el semblante, y eso lo puso aún más furioso. Controló la ira, no obstante, y se apresuró a salir al patio. Ya se ocuparía más tarde de Reiko, y se prometió a sí mismo que no le dejaría un buen recuerdo.

—Mi señor, una palabra, si me lo permitís.

Kenji, uno de los oficiales de alto rango de su guardia, venía corriendo al encuentro de Taro con un joven *ashigaru* que le iba a la zaga.

—¿De qué se trata? Tengo prisa.

—Sí, mi señor, pero este hombre dispone de información que podría seros útil. Taro se detuvo y se volvió a mirar al hombre, que se inclinó todo lo que pudo.

—¿Sí? Habla, pues.

—Acabo de estar en la verja trasera y he encontrado muertos a los guardias, degollados.

—He apostado una nueva guardia, mi señor —interrumpió Kenji.

—Muy bien. Continúa, por favor. —Taro dedujo que tenía más cosas que contarle.

—Bueno, he echado una ojeada rápida y no había signos de forcejeo. Ha debido de ser un ataque sorpresa. Los guardias aún estaban sentados en sus posiciones, pero la puerta estaba abierta de par en par. Sin embargo, el puente levadizo seguía levantado, de modo que los secuestradores han debido de emplear un bote. Cuando regresaba corriendo por el sendero encontré esto, mi señor, y creo que pertenece a la señora Hannah.

Ahora el joven se estaba sonrojando y adelantó una mano. En ella brillaba un cadenita con una diminuta cruz de oro. Taro la tomó y apretó los dientes. Él también reconoció que se trataba de la de Hannah, pero en cualquier caso no había nadie más en el castillo que pudiera llevar puesto algo así, pues no había ningún cristiano.

—Lo has hecho bien, gracias. Kenji-san, ocúpate de que reciba una recompensa e interroga a todos los que hay en el castillo por si alguien más ha visto u oído algo. Y, por favor, informa al señor Takaki de que no voy a poder salir a montar con él esta mañana. Preséntale mis disculpas. Mientras tanto, intentaré seguir el rastro por la verja trasera. Tal vez podamos darles alcance. En cuanto tengas alguna noticia que comunicarme, envía a tu mensajero más veloz a buscarme. Dejaremos marcas para que nos encuentre fácilmente.

—Sí, mi señor. Ahora mismo.

Hannah estaba extremadamente incómoda, ya que hacía semanas que no cabalgaba, desde el viaje a Edo, y entonces era ella quien controlaba la montura. Ir dando saltos arriba y abajo ininterrumpidamente, hora tras hora y sin estribos era una experiencia que no le gustaría repetir. Por lo menos sus captores le habían quitado la mordaza, un detalle que era en sí mismo un pequeño acto de clemencia. Pero aún llevaba las manos atadas a la espalda, cosa que la obligaba a ir sentada en una postura muy forzada. Le dolían los hombros y no veía el momento de poder masajearlos. Hacia mediodía, los hombres se detuvieron, por fin, y tuvo que hacer frente a nuevas preocupaciones, tales como: ¿iban a matarla?, y, si así era, ¿cómo iba a impedirles que lo hicieran?

—¿Qué queréis de mí? —Procuró infundir un poco de bravuconería en el tono, sabía que así ellos la respetarían más—. El señor Kumashiro os pagará

espléndidamente por mi regreso, si me lleváis de vuelta, os lo prometo.

—Silencio. Ya nos han pagado generosamente, y cualquier cosa que nos ofrezcáis será redoblada.

Cuando la bajaron de lomos del caballo, le fallaron las rodillas, pero el hombre que había cabalgado detrás de ella la enderezó. Inhaló con dificultad cuando sus hombros protestaron ante semejante trato; entonces intentó razonar de nuevo con el hombre.

—Por favor, escuchadme, él os pagará mucho más si...

—¡He dicho silencio!

Los otros hombres se situaron detrás de ella y la empujaron por la espalda con una espada corta o un cuchillo. Sintió la punta afilada hundirse en su carne y retrocedió.

—Camina.

El hombre le dio un empujón tan violento que casi sale volando, sin embargo logró erguirse y empezó medio a caminar, medio a correr, para evitar el pinchazo.

—¿Adónde? ¿Adónde vamos?

—A ningún sitio.

Obviamente, no servía de nada hablar con ellos, de modo que Hannah renunció a hacerlo y se concentró en no tropezar en el escabroso terreno. Parecían haberse adentrado profundamente en un bosque. Estaba bastante elevado, pues Hannah pudo vislumbrar un empinado valle por debajo, y no se distinguía ningún sendero.

*Taro no me encontrará nunca aquí. Oh, señor, ayúdame, por favor, y trataré de expiar mis pecados, lo prometo. Pero ahora, ayúdame, ¡te lo suplico!*

La cabeza le daba vueltas, intentando desesperadamente encontrar una forma de escapar, si bien sabía que era imposible. Aunque lo hubiera conseguido, no tenía ni idea de dónde se encontraba y no tenía medios para regresar. En ningún momento se le había ocurrido preguntar dónde estaba ubicado el castillo exactamente. En cualquier caso, no estaba segura de en qué dirección habían avanzado. El miedo prácticamente la asfixiaba y sintió que iba a vomitar de un momento a otro. ¿Eso era todo? ¿Para esto se había cruzado medio mundo, para morir sola en un bosque, asesinada a manos de unos hombres que ni siquiera conocía? Era una idea que le nublabla el pensamiento y procuró apartarlo de su mente.

Sin previo aviso, los pies de Hannah se encontraron en el borde de un barranco. No lo había visto antes porque estaba cubierto de arbustos y matas de hierbas. Profirió un chillido y consiguió recuperar el punto de apoyo, pero antes de tener tiempo de pronunciar una sola palabra, uno de los hombres le dio un enérgico empujón entre los omóplatos.

Hannah gritó y se precipitó al vacío.

Taro se detuvo en mitad del bosque y desmontó.

—Buscad señales recientes de paso por este punto —ordenó a sus hombres. Ellos se desplegaron a su alrededor, inspeccionando el terreno.

—Por aquí, Kumashiro-sama —gritó alguien finalmente, y emprendieron de nuevo la marcha en la que Taro esperaba que fuera la dirección correcta.

Era un proceso lento el de seguir la pista de los secuestradores, pese al hecho de que aquellos parecían haber procedido con descuido y de que llevaban horas buscando. Perdieron el rastro en varias ocasiones y se vieron obligados a desandar el camino, pero, una vez más, habían logrado dar con la ruta adecuada y seguir adelante.

Se secó el sudor de la frente y procuró borrar de su mente lo que podría haberle sucedido a Hannah. Una mujer sola a merced de ninjas o de *ronin*. Nunca antes había tenido tanto miedo por otra persona. En el poco tiempo que habían pasado juntos, Hannah se había convertido en alguien de primordial importancia para él. Al final tuvo que admitirse que había esperado que no se marchara. Nunca. No podía imaginar la vida sin ella.

Tenía que encontrarla.

Volvieron a pararse para buscar pistas: ramas quebradas, marcas de pezuñas o heces de caballo. Taro captó el estruendo de cascos a lo lejos. Poco después, Kenji apareció de repente entre los árboles que quedaban a sus espaldas y se acercó a su amo, jadeando por el esfuerzo, con el rostro encarnado.

—Mi señor —resolló—, se dirigen a las montañas.

Kenji boqueaba, tomando aliento, y levantó una mano, como si tuviera algo más que decir. Taro contuvo su impaciencia y no atosigó al hombre, que no le había dicho nada que no supiera ya. Llevaban cerca de una hora avanzando en dirección a las montañas.

—Vino el anciano —continuó por fin Kenji.

—¿Yanagihara-san? —Taro maldijo en silencio. Pues claro, tendría que haber pensado en preguntarle al viejo augur si había tenido alguna visión, pero en su premura por salir no se le había ocurrido.

Kenji asintió.

—Dijo: «Buscad el pino en la cima de la colina con una gran ave en la copa... barranco cerca. Seguid hacia el norte».

No era mucho, pero era mejor que nada. Taro le dio una palmada en el hombro.

—Gracias, has hecho un buen trabajo. Puedes regresar cuando hayas descansado.



—Se volvió hacia los demás—. Vamos.

Se pusieron nuevamente en camino.

Hannah no sabía si se había desmayado a causa del susto o si simplemente tenía la sensación de llevar una eternidad suspendida en el aire. En cualquier caso, aterrizó, literalmente, con un batacazo.

Su cuerpo se golpeó contra una protuberancia de naturaleza desconocida, y se lastimó el hombro y el tobillo, ya magullado. Fuera lo que fuera, estaba mullido, y fue catapultada hacia un arbusto, para acabar tendida de espaldas entre una maraña de ramas. El arbusto amortiguó un poco la caída, pero, así y todo, los pulmones se le vaciaron de aire. Hannah estaba al borde del pánico cuando por fin logró respirar mínimamente.

—¡Uf, uf, uf!

Intentó moverse, pero tardó un poco en poder incorporarse pesadamente. Al mirar a su alrededor, se percató de que estaba en una cornisa, a mitad de caída del barranco. Era imposible determinar a qué distancia se hallaba, pero cuando se asomó hacia abajo, fue para constatar que el fondo quedaba aún muy lejos de donde se encontraba.

—Oh, señor. Sé que te pedí que me salvaras, pero no quería decir así. Por favor, ayúdame a encontrar la forma de salir de esta.

Hannah seguía teniendo las manos atadas a la espalda y su prioridad fue deshacerse de las cuerdas. Había algunas rocas afiladas en la cornisa, así que se puso a serrar sus ataduras con las mejores que encontró. Fue una tarea larga y ardua. En varias ocasiones de buena gana se habría echado a llorar por la frustración, pero el trabajo duro acabó por dar sus frutos y sintió que las ligaduras cedían. Se frotó las muñecas, intentando masajearlas para que la sangre volviera a circular normalmente, y tomó aire entre los dientes al percibir el intenso dolor en los dedos.

—¡Caramba! ¿Tenían que atarlas tan fuerte? —musitó, tensando los músculos.

Después de descansar un instante, se dispuso a buscar el modo de escalar para regresar a lo alto del barranco. Había multitud de matorrales que crecían en las grietas y otros varios asideros cercanos. Al iniciar su ascenso, no obstante, Hannah no tardó en llegar a la conclusión de que, desgraciadamente, los matorrales tenían unas raíces muy superficiales y la mayoría no soportaban su peso. A pesar de todo, dio lo mejor de sí. Sin embargo, cuando su cuarto intento acabó con una nueva y espectacular caída de espaldas, escapando por muy poco a una muerte certera, al quedar aferrada al arbusto más grande de la cornisa, tuvo que reconocer su fracaso. Era imposible.

Mientras estuvo trabajando tan afanosamente, primero para liberarse de las ataduras y luego para intentar escalar hasta la cima, Hannah no había notado el frío. Tan pronto se sentó inmóvil durante un cierto período de tiempo, se hizo patente que la camisa de dormir no era ni remotamente suficiente para mantener caliente a

alguien en un frío día de otoño. No lo había advertido mientras cabalgaban, ya que su captor la llevaba bien pegada a él y de ese modo había compartido con ella el calor de su cuerpo. Ahora que estaba sola, la cosa cambiaba.

Esa mañana había helado y el aire aún era fresco. Hannah se vio obligada a quedarse de pie para intentar mantener el cuerpo en movimiento, echándose el aliento en las manos y golpeando los pies contra el suelo. No sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar, ni si la cornisa sería lo suficientemente firme. Solo podía esperar que no cediera y que viniera alguien a rescatarla, por ínfima que fuera la probabilidad de que eso sucediera.

—Oh, Taro —susurró al viento—, ¿dónde estás?

Pero sabía que esa mañana tenía planeado salir a practicar la cetrería. Como pronto, no sería hasta la tarde cuando se enterara de que ella no estaba.

—Dios mío —rezó una vez más—, por favor, por favor, ayúdame...

—Mirad, mi señor. Dos caballos han estado aquí parados un rato.

Uno de los hombres señalaba el suelo y Taro desmontó para verlo con sus propios ojos. Asintió. Una rama cercana mostraba signos de haber sido empleada para atar a los animales y la tierra estaba pisada.

—Eso parece. De acuerdo; soldados, diseminados para registrar esta zona. Debe de haber más pistas por aquí.

Llevaban horas cabalgando rumbo al norte y todavía no habían hallado rastro de ningún ave grande posada sobre ningún pino. Había multitud de árboles, pero ninguno destacaba en forma alguna. Taro se llevó la mano al entrecejo, cerrando los ojos por un momento. No quería abandonar, pero estaba empezando a pensar que la búsqueda era en vano. Hannah podía estar perdida en cualquier punto de aquel monte.

Pasaba de media tarde y pronto la luz empezaría a apagarse. Por mucho que Hannah estuviera allí fuera, en alguna parte, no tenía posibilidades de encontrarla a oscuras. Por la mañana el rastro probablemente se enfriaría, al igual que ella. Demasiado frío. Habría querido gritar de frustración, en cambio se puso en marcha, bosque a través, frunciendo intensamente el ceño, pero decidido a seguir buscando mientras le fuera posible.

—Tiene que haber alguna forma —musitó—. Tiene que haberla.

El bosque se cerró sobre él y pudo oír al resto de sus hombres deambulando por las inmediaciones. Ramas que se rompían bajo sus pies y el sonido de las hojas arrastradas y removidas a cada paso. Intentó dirigirse al norte, aunque no era fácil orientarse en medio de aquel espeso follaje. No tardó en aminorar la marcha para echar una ojeada al terreno y estudiar los árboles que lo rodeaban, en busca de señales. Al pasar junto a un arbusto seco, las ramas afiladas lo pillaron desprevenido y le hicieron un corte en la mejilla derecha. Soltó un vituperio y se llevó la mano a la

cara para protegerse de posibles daños mayores, entonces se paró al reparar en algo que le llamó la atención. En una de las otras ramas brillaba algo cobrizo a la luz vespertina y Taro estiró una mano para cogerlo: un mechón del pelo de Hannah.

—¡A mí! —gritó para atraer a sus hombres, que acudieron raudos, estrellándose contra la maleza, listos para defenderlo de cualquier ataque. Se pararon en seco, mirándolo sorprendidos, cuando él levantó la mano que aparentemente no sostenía nada.

Se produjeron murmullos que decían «*Nan desu ka? ¿Qué?*», pero Taro los zanjó de golpe.

—Mirad, he encontrado pelo de la señora Hannah. ¿Lo veis?

Ellos se acercaron y asintieron al ver el característico color.

—*Ah, soh.*

—Ha tenido que estar aquí, así que registrad la zona palmo a palmo. Removed hasta la última piedra y estad atentos por si hay más mechones como este. Es muy probable que se haya enganchado el pelo en alguna otra rama.

—*Hai, Kumashiro-sama.*

Se inclinaron para acusar recibo de las órdenes.

La búsqueda continuó y Taro avanzó con los demás, pero virando levemente a la derecha. Mantuvo los ojos bien abiertos, caminando despacio para no pasar nada por alto. Sin previo aviso, uno de sus pies se quedó suspendido en el aire. Ya no había tierra debajo. Se tragó un vituperio mientras se las arreglaba para echarse atrás, apartándose del borde. Cuando miró hacia arriba y hacía el otro lado del valle, vio la cima de la siguiente colina: había un pino con un ave grande en lo alto.

—¡Hannah!

Gritó su nombre con todas sus fuerzas y oyó el eco resonar en todas la laderas. A pesar de la señal descrita por Yanagihara, no le quedaban muchas esperanzas de encontrarla con vida. Desesperado, se aferró a una mata de hierba y la arrancó de cuajo. Si había pasado por allí, ya era demasiado tarde.

Hannah abrió los ojos a regañadientes y parpadeó, intentando aclararse la visión. Al final, su cuerpo exhausto había cedido. Sin fuerzas para seguir moviéndose, poco a poco había aceptado la derrota y se había sentado en el frío suelo. Ahora ya no quería nada más que caer en un profundo sueño, y deseaba que todo terminara. Era evidente que Dios consideraba que había pecado demasiado y la estaba castigando como le correspondía. No era más de lo que merecía, eso lo aceptaba en toda su crudeza. Cerró los ojos una vez más.

Algo la perturbó y torció el gesto, molesta. ¿Es que ni siquiera podían dejarla morir en paz? Con esfuerzo, miró de soslayo hacia el cielo y creyó oír su nombre. ¿Acaso era así como tenía que suceder? ¿San Pedro te llamaba por tu nombre antes

de ser juzgado? No se acordaba.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay... hay alguien a... ahí?

Las palabras resonaron a su alrededor y tardó un momento en darse cuenta de que, cuando regresaron a ella, también se oía algo más. Era cierto que alguien la estaba llamando.

Con dificultad, se puso de pie y aulló una vez más:

—¡Hola! —Y esperó la respuesta.

—¡Hannah-chan! ¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Dónde estás? La voz que le llegaba le resultaba dolorosamente familiar y Hannah notó cómo por sus mejillas resbalaban lágrimas de alegría. No era San Pedro, gracias al cielo, y ella aún no había muerto.

—Taro —lo llamó, respondiéndole—. Es... estoy aquí abajo, en... en una cornisa. No estoy segura de... de a qué distancia. No... no estoy herida, no mucho, al menos.

A Hannah le castañeteaban tanto los dientes que le costaba formar las palabras.

—Es... es que hace tan... tanto frío.

—Espera ahí. Voy a buscar una cuerda.

A Hannah le entraron ganas de reírse de esa orden absurda. A fin de cuentas ¿qué otra cosa podía hacer, sino esperar? El corazón le latía como enloquecido y de pronto encontró la energía para volver a saltar arriba y abajo, intentado caldear su cuerpo helado.

—Aguarda, Hannah, voy a bajar.

—¡Te... ten cuidado!

Cayó una pequeña avalancha de piedras y tierra, y Hannah se escondió a esperar. Oyó los ruidos que causaba Taro en su descenso, pero no se atrevió a mirar hacia arriba, por si acaso se desprendían más escombros. Al cabo de un rato, que a ella se le hizo eterno, oyó el impacto de sus pies contra el suelo, a su lado. Se volvió y se dejó caer entre sus brazos, por fin, suspirando aliviada. Él la estrechó tan fuerte que Hannah pensó que le iba a romper las costillas.

—Eh, cuidado, es... estoy un poco débil —lo reprendió, pero tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Estás temblando, debes de estar congelada. Que alguien traiga mantas —les gritó a sus criados.

»Vamos a subirte —le dijo a Hannah—. Voy a atarte una cuerda alrededor de la cintura, después quiero que me eches los brazos al cuello y que te agarres fuerte. ¿Podrás hacerlo?

—Sí.

Taro también iba atado con una cuerda por seguridad, y tras gritarles más instrucciones a sus hombres, estos iniciaron el lento ascenso. A Hannah le

maravillaba la fuerza que demostró Taro al cargar con el peso de los dos hacia arriba mientras aseguraba los pies contra la pared del barranco. Aun con sus hombres tirando desde arriba, debía de ser una dura tarea. Finalmente, alcanzaron la cima y se desplomaron en el suelo, donde estuvieron sentados un momento.

—Gra... gracias —susurró Hannah.

Taro se limitó a asentir, pero la miró con una expresión que le transmitía lo aliviado que se sentía por haberla encontrado. Poco después, él la cogió en brazos y la llevó hasta los caballos. La envolvieron en las mantas sobrantes que habían traído y la subieron para que se sentara delante de Taro, y fue lo más opuesto que podía existir a la pesadilla de la noche anterior. Se reclinó, suspirando satisfecha, y los robustos brazos de Taro la rodearon en actitud protectora.

—Estoy tan... tan contenta de que me... me hayas encontrado —murmuró Hannah—. Ya... ya había perdido la esperanza.

—Fue el destino —respondió él, y Hannah sintió que la abrazaba con más fuerza. Ella se arrellanó aún más contra su pecho y cerró los ojos, demasiado agotada como para hacer otra cosa.

—¿Cómo está? ¿Hay alguna lesión permanente?

Taro estaba arrodillado junto a la cama de Hannah y hablaba entre susurros con Yanagihara, que había posado la palma de su mano en la frente de Hannah. Ella estaba dormida, pero su rostro magullado y arañado ofrecía un aspecto ceniciento, y Taro no se había convencido del todo cuando le había dicho que estaba bien.

—No, se curará, pero debéis darle tiempo. Ha sufrido una gran conmoción y su cuerpo reaccionará despacio.

—¿La... tocaron?

Taro vaciló a la hora de expresar con palabras su horrible temor. Pese a que ahora Hannah estaba acostumbrada al acto de amar, ser violada por unos completos extraños habría sido una experiencia horrenda. Era algo de lo que algunas mujeres nunca se acaban de recuperar mentalmente, según tenía entendido. No soportaba la idea de que su Hannah pudiera haber sufrido hasta tal punto y sentía deseos de matar a esos hombres con sus propias manos por haberle hecho daño, por mínimo que fuera.

Yanagihara negó con un gesto.

—No. De eso, al menos, podemos dar gracias. Pero ha debido de pasar mucho miedo, y sobrevivir a esa caída, eso ha sido extraordinario.

Se volvió hacia Taro, mirándolo con perspicacia.

—No tendría que haber sucedido, lo sabéis, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Y soy consciente de quién lo ha ordenado, pero no puedo demostrarlo. ¿Qué puedo hacer, Yanagihara? No puedo hacer que torturen a mi

cuñada hasta que confiese. Su padre se sentiría ultrajado. Lo único que se me ocurre es mantener una vigilancia más estrecha sobre Hannah, asegurarme de que está custodiada en todo momento.

—El tiempo resuelve todos los problemas. No os apuréis, mi señor. Ahora, dejémosla. Le he dado un brebaje para que duerma y aún tardará muchas horas en despertar.

Mirando a una durmiente Hannah por última vez, Taro abandonó la habitación junto con el anciano. Al salir al pasillo, no obstante, vio que una dama se aproximaba corriendo hacia ellos, gritando:

—Mi señor, por favor, venid de inmediato. Es la señora Reiko...

Taro tuvo una sensación de *déjà-vu* y se preguntó si se habría equivocado de plano en sus suposiciones. Si su cuñada también había sido secuestrada, entonces no podía estar detrás del atentado contra la vida de Hannah, como había pensado. Miró a la mujer con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? ¿También se la han llevado a ella?

—No, no, nada más lejos, pero se ha vuelto loca. Su padre está intentando tranquilizarla, pero ella lo amenaza con una daga.

La mujer se retorció las manos, y sus ojos saltaban de Taro al anciano una y otra vez.

—¿Qué... qué hago?

Taro y Yanagihara se miraron el uno al otro antes de encaminarse apresuradamente hacia los aposentos de la señora Reiko. Taro llegó antes que el anciano y la escena con la que se toparon sus ojos era de caos absoluto.

—¿Qué significa esto? —bramó, y en la habitación todo el mundo se quedó helado, volviendo los ojos hacia él. Yanagihara llegó por detrás, arrastrando los pies, resollando en busca de aliento, pero Taro lo ignoró por el momento. Tenía la mirada clavada en Reiko.

Su rostro estaba desencajado y el pelo le colgaba enmarañado por la espalda. En lugar de sus habituales ropas inmaculadas, iba vestida con su ropa de dormir, y en la mano derecha sostenía una daga de aspecto letal que refulgía a la luz. Tenía los ojos entornados y sus labios formaban una línea rígida. No tardó en recuperarse de la sorpresa que le causó la entrada de Taro y abrió la boca para pronunciar una retahíla de improperios, seguida de una interminable arenga.

—Desgraciados patanes de baja cuna... ni siquiera son capaces de cumplir con lo que se les manda... debería haber muerto, ¡muerto, os digo! ¡No pienso admitirla en esta casa, robándome lo que es mío de pleno derecho! Ah, vergüenza me da, que prefieras a esa asquerosa forastera de pelo rojo antes que a alguien de alcurnia como yo, incluso por encima de las concubinas que yo te habría elegido. Es el colmo. —Apuntó a su padre con la daga—. Os lo dije, mi señor, que no casarais a mi hermana

con este hombre. Os dije que no la merecía, pero ¿me escuchasteis? No, claro que no.

Estalló en una risa histérica.

—Es uno de los mejores partidos de todo Japón, ja, ja, ja, eso fue lo que dijisteis. ¡Imbécil! Estúpido, cretino, no tenéis ni el seso de un animal...

El señor Takaki contenía su ira, por las apariencias, y Taro juzgó que había llegado la hora de intervenir. Entró en la habitación y avanzó hacia Reiko.

—Dadme el cuchillo —le ordenó, en un tono directo—. No vais a hacerle daño al señor Takaki, vuestro honorable padre.

Levantó la mano hacia el cuchillo, pero ella volvió a retroceder.

—Ah, no, si no puedo matarlo a él, y tampoco a ella, entonces tendré que mataros a vos, y luego a mí misma.

Volvió a reírse, pero sus ojos rebosaban de un odio que ya ni siquiera se esforzaba por ocultar.

Sin embargo, Taro no era un experimentado espadachín en vano, y embistió hacia delante, pillándola por sorpresa. Lucharon cuerpo a cuerpo por un momento, entonces él fintó hacia la izquierda y, rápido como una centella, se volvió para agarrarla por la muñeca. Se la retorció hasta que ella gritó de dolor y el cuchillo resbaló de sus dedos. Se revolvió y pateó, intentado escapar, pero él la tenía firmemente sujeta. Ni siquiera la soltó cuando ella hundió los dientes en su brazo. En lugar de eso, la abofeteó enérgicamente y la mandó de bruces contra el colchón.

—Atadla —ordenó a los guardias, que habían permanecido indecisos junto a la puerta.

Ella ahogó un grito y se hizo un ovillo, y se puso a chillar, con un agudo pitido, casi insoportable.

Taro la ignoró y miró a su padre, solicitando instrucciones.

—¿Qué queréis que haga con ella, mi señor? Puesto que yo soy el culpable de esta situación, me atenderé a vuestra decisión.

Se inclinó ante el otro hombre.

Tenía cierto sentimiento de culpa, pero en realidad no consideraba que hubiera hecho nada malo. Un hombre tenía derecho a tener una consorte, varias, de hecho, y él nunca le había prometido matrimonio a Reiko, por mucho que ella hubiera asumido que sí lo haría. Lo cierto era que no era asunto suyo lo que él hiciera en su castillo.

El señor Takaki suspiró.

—No veo que tengáis ninguna culpa en esto. Si no he entendido mal, mi hija ha pretendido que asesinaran a vuestra consorte. Yo tenía la esperanza... Pero, claro, eso ahora es imposible. —Miró a su hija fríamente—. Además, me ha insultado de manera imperdonable. Me la llevaré a casa conmigo, señor Kumashiro. Aunque deshonne a mi familia, deberé soportarlo como mejor pueda. Para mí queda claro que

algo ha fallado en su educación. Tendré que investigarlo a mi regreso a casa y castigar a los responsables.

—No quiero vivir —aulló Reiko—. Solo quiero morir.

—¡No! —gritó Taro, pese a no tener, en verdad, ninguna competencia sobre ella. Quería que Reiko viviera, y que tuviera el tiempo suficiente para arrepentirse de sus crímenes.

—El señor Kumashiro tiene razón —convino Takaki—. Vendrás a casa conmigo y podrás pasarte el resto de tus días meditando tus errores.

Taro asintió.

—Gracias, señor Takaki. Siento que hayamos llegado a este punto. La culpa es toda mía.

—No, no, es mía, sin duda.

La cortés discusión prosiguió aún durante un buen rato, con ambas partes proclamando sus defectos. Ambos sabían que no era más que un ejercicio para salvar las apariencias y, al final, ambos se retiraron, satisfechos por haber mantenido su honor. No había nadie a quien culpar, salvo a Reiko, y ella sería castigada como correspondía.

Mientras tomaba el camino de regreso a sus aposentos, Taro musitó:

—¡Que se pudra!

No veía el momento de deshacerse de ella.



El señor Takaki y su séquito se marcharon al día siguiente y Taro fue a despedirse de ellos en persona. Miró por última vez el rostro de la señora Reiko, un rostro que en un tiempo había sido casi tan bello como el de su hermana. Ahora ya no quedaba nada de esa mujer. Solo una cáscara vacía, con la mirada ausente, los ojos inyectados en sangre por el llanto. Lo inundó un sentimiento de tristeza, aunque sabía que en realidad él no era responsable, y que no servía de nada reprocharse que ella hubiera perdido el juicio. Desde el principio hubo algo en su cabeza que no funcionaba.

Tan pronto hubo desaparecido el grupo del señor Takaki, no obstante, los guardias lanzaron el aviso de que otra comitiva se aproximaba al castillo. Taro se apresuró a subir a una de las torres de vigilancia para verlo mejor, pero no pudo distinguir ningún estandarte que anunciara quiénes podían ser los visitantes. Frunció el ceño.

—Ven a informarme de su identidad antes de dejarlos entrar —le ordenó al capitán de la guardia, y entró en el gran salón con paso decidido.

Se sentó en su lugar acostumbrado y esperó, intentando mantener a raya su impaciencia. ¿Es que nunca iba a encontrar descanso en el castillo? Lo único que quería era pasar más tiempo con Hannah. Hablar, intentar convencerla para que se quedara con él para siempre.

—Mi señor, si me permitís. —El capitán entró y lo saludó con una inclinación—. Hay un hombre fuera que afirma ser el esposo de la señora Hannah. Desea conocer su paradero.

Taro adoptó un gesto grave.

—Lo que me faltaba —musitó, pero en voz alta dijo—: ¿Y se lo has dicho?

El hombre pareció quedarse pasmado.

—Por supuesto que no, mi señor. Nadie les ha dicho nada.

—Bien. Asegúrate de que así sea. Dile que estoy muy ocupado en este momento, pero que los veré tan pronto como me sea posible. El extranjero y sus hombres pueden quedarse en el castillo. Lléalos a las habitaciones de la torre oeste y vigílalos de cerca. No tienen permiso para deambular a sus anchas, ¿entendido?

—Sí, mi señor. Ahora mismo.

El capitán se retiró a toda prisa. Taro apoyó la barbilla sobre un puño y suspiró.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó, dirigiéndose a nadie en particular. Entonces se le ocurrió una idea y se levantó para ir en busca de Yanagihara. A fin de cuentas, el responsable de que Hannah estuviera aquí era él. Lo justo era que fuera él quien aportara una solución.

Por desgracia, Yanagihara no fue de gran ayuda.

—¿Deseáis que ella se quede, mi señor? —preguntó.

—Pues claro que sí. Pero ¿y si el hombre sigue siendo su esposo de pleno derecho? Ella me dijo que el matrimonio se había acabado, pero puede ser que su marido no esté de acuerdo.

—¿Acaso importa eso? Y, en todo caso, ¿eso os habría impedido convertirla en vuestra consorte?

Taro se paseaba por la galería, con un sentimiento de agitación como no lo había tenido jamás.

—No. Sí. Ay, no lo sé. Pero claro que importa. Si afirma ser su marido de acuerdo con sus leyes bárbaras, yo no puedo mantenerla aquí. El del pelo amarillo tiene el beneplácito de Anjin-san, y sabes que el shogun escucha lo que él dice. Podrían hacerle algo a Ichiro a modo de represalia y no puedo permitir que eso ocurra. *Chikusho!* Nunca pensé que vendrían aquí a buscarla, al menos no tan pronto.

—Alguien ha debido de contarles dónde la encontrarían, aunque siempre podéis negar que esté aquí.

—Eso no serviría de nada, ahora que han despertado sus sospechas. No creo que se vayan a ir sin más. Seguramente enviarían espías y descubrirían que he mentado.

—Al menos eso los distraería por un tiempo.

—¿Quieres decir que debería hacer eso?

—No voy a deciros lo que tenéis que hacer, mi señor. Tenéis que seguir los dictados de vuestro corazón.

—¿Mi corazón? Querréis decir mi cabeza, ¿no? Mi corazón no tiene nada que ver con esto.

—Eso depende.

Taro se llevó las manos a la cabeza, indignado. Era evidente que no valía la pena hablar con el anciano cuando estaba de semejante talante.

—Bueno, nunca deberías haberme hablado de su llegada, y así ahora no tendría este problema.

—Era vuestro destino encontraros, no tuvo nada que ver conmigo.

—Mmm.

Taro se enfureció, totalmente insatisfecho con esa respuesta.

Dos días más tarde, permitió por fin a los visitantes que comparecieran ante él en el gran salón. Se había vestido lo más espléndidamente que pudo para darles la impresión de que no debían tomarlo a la ligera. En comparación, ellos ofrecían un aspecto más bien desastrado. Sus extrañas vestimentas ni siquiera estaban limpias, pese a que uno de ellos parecía haberse esmerado un poco más en este sentido. Taro procuró no arrugar la nariz, asqueado como estaba.

Había dos extranjeros, a los que reconoció de la visita del señor Matsura a su barco. Uno de ellos era, en efecto, el del pelo amarillo, el capitán con el que Hannah había estado, o estaba, casada. El japonés que iba al frente del grupo también le resultaba vagamente familiar. Taro esperó mientras su compatriota se postraba ante él y los extranjeros se inclinaban, de un modo algo peculiar. Él saludó a su vez, pero permaneció sentado en el estrado.

—Exponed el asunto —dijo secamente.

—Mi señor, si me lo permitís, seré el intérprete de estos hombres, pues no hablan vuestro idioma. Yo soy Hoji.

Cuando Taro asintió, dando su consentimiento, el hombre prosiguió.

—Os presento a Rydon-san y a Marston-san, ambos son capitanes de barcos extranjeros que se encuentran anclados en Hirado. Tengo entendido que ya se conocían. Rydon-san tiene una esposa, llamada Hannah, que lleva desaparecida varios meses. Nos han informado de que una mujer extranjera de cabello rojo ha sido vista en vuestro castillo. ¿Es eso cierto?

Taro emitió un extraño ruido, pero ni confirmó ni negó la alegación.

—Continúa —ordenó.

—Naturalmente, Rydon-san está ansioso por recuperar a su esposa, y el otro caballero es el hermano de la dama. También él está preocupado por su bienestar. Si la dama que han visto aquí es, en efecto, Hannah, agradeceríamos cualquier información en relación a su paradero actual.

Taro escudriñó a los hombres que tenía ante sí y trató de juzgar su carácter. El hombre que era el marido de Hannah parecía tener un talante malhumorado e impaciente. El otro estaba tranquilo y sereno, escuchando con atención las respuestas de Taro que Hoji le iba traduciendo. Taro comprobó el parecido que este guardaba con Hannah. A pesar de no tener el cabello de un tono tan encendido como ella, compartían otros rasgos. Asimismo, advirtió que Marston-san estaba verdaderamente preocupado por ella. Ninguno de los hombres estaba haciendo el más mínimo esfuerzo por ocultar sus sentimientos.

—Dime, ¿puede demostrar el capitán que es el esposo de la dama?

Hoji asintió y extrajo un documento enrollado de una de sus mangas.

—Sí, esta es la carta de un sacerdote extranjero que declara que tuvo lugar una boda. El contrato fue firmado por ambas partes.

—¿Puedo verlo?

Taro extendió la mano imperiosamente y Hoji le entregó el documento. Gracias a las clases de Hannah, Taro pudo al menos leer su nombre y el del capitán, aunque el resto estaba en una lengua que desconocía. Con todo, no cabía duda de que el intérprete estaba diciendo la verdad. Pero frunció el ceño al llegar a la parte final del documento.

—¿La dama firmó con un símbolo cristiano?

—¿Perdón?

Hoji parecía confuso, y miró donde Taro señalaba.

—Ah, bueno... —titubeó—. Las mujeres no tienen por qué firmar al uso, creo. Su hermano hizo una marca en su nombre.

—¿De verdad? Muy bien, voy a preguntar —dijo Taro, procurando no delatar el desánimo que se había cernido sobre él con esa respuesta—. Hace algún tiempo estuvo aquí una mujer de pelo rojo, pero no sé si sigue en el castillo. Mis dominios son muy vastos, como comprenderéis.

—Gracias, sois muy gentil.

Agitó la mano para indicar que la audiencia había tocado a su fin. Marston-san le dijo algo a Hoji, que vaciló antes de volver a hablar, mientras el otro extranjero, irritado, dejaba escapar un bufido.

—Por favor, disculpadme, mi señor, pero Marston-san me ha pedido que os diga lo agradecido que está por vuestra ayuda en este asunto. También desea daros las gracias por vuestra hospitalidad.

Taro asintió y vio salir a la comitiva. Así que el hombre al menos tenía modales. Bueno, al fin y al cabo, era pariente de Hannah, y en el fondo Taro no había encontrado falla alguna en su comportamiento. Suspiró. Tenía mucho en que pensar.

Entretuvo a los extranjeros todo el tiempo que pudo, pero empezaron a inquietarse. Incluso el hermano de Hannah mostró signos de nerviosismo y, al final, Taro se vio obligado a contarles parte de la verdad.

—He averiguado el paradero de la dama —le dijo al pequeño traductor— y el hombre que la acoge desea convertirla en su consorte, dada su buena relación. ¿Estaría dispuesto su esposo a divorciarse de ella? ¿Tal vez a cambio de una generosa compensación?

—Lo preguntaré, pero... ¿ella está bien?

Taro pensó que Hoji-san parecía estar especialmente angustiado cuando le hizo esa pregunta, y él se apresuró a tranquilizarlo.

—Eso creo, aunque según tengo entendido hace poco sufrió una caída de la que se está recuperando.

—¿Una caída? ¿Cómo es eso?

Taro adoptó una expresión de lo más altanera.

—No conozco los detalles.

—Por supuesto que no, mi señor. Permitidme que traslade vuestra pregunta al esposo de la dama.

No obstante, al parecer a Rydon-san no le entusiasmaba la idea de entregar a Hannah a cambio de dinero. Prorrumpió en una expresión iracunda que fue

inmediatamente acallada por sus acompañantes, aunque Marston-san parecía sentirse tan ultrajado como él. Estallaron en una jerigonza de la que Taro consiguió descifrar algunos fragmentos. Oyó palabras como «Extranjero», «Creen que pueden quedarse con lo que nos pertenece» y «No está bien». Todas ellas eran ciertas, francamente. Solo las palabras tranquilizadoras de Hoji consiguieron que los hombres recobraran algo semejante a la normalidad. Al final fue Marston-san el que respondió, por medio del intérprete.

—Lo siento, mi señor, pero los extranjeros no tienen divorcios. Solicitan que la dama sea devuelta inmediatamente.

—¿En serio? ¿No hay forma de disolver un matrimonio?

Taro clavó la mirada en Rydon-san y lo vio sufrir cuando Hoji le traducía detenidamente sus palabras.

El *gai-jin* del pelo amarillo murmuró:

—Quizá ella no me quiera, pero que me parta un rayo si la voy a dejar aquí.

Demostrando su sentido común, Hoji no le trasladó el sentido de esa frase, aunque Taro captó la idea y apretó los puños, ocultos bajo las mangas de su túnica.

—Está bien. La mandaré traer —dijo.

Lo había intentado, pero en el fondo sabía que no podía ser. Pese a estar seguro de que podía derrotar fácilmente a los pretendidos rescatadores de Hannah y retenerla por la fuerza, eso iría en contra de todos los principios que le había enseñado a respetar. Y, sencillamente, no podía poner en peligro el bienestar de su hijo de ninguna manera.

Además, había otra razón que no había dejado de inquietarlo. Su Akai estaba viviendo un momento feliz, ahora que estaban juntos y todo era nuevo y emocionante. Aún estaba aprendiendo todos los placeres sensuales que él pudiera enseñarle, pero Taro sabía muy bien que llegaría el momento en que hacer el amor no sería suficiente. Echaría de menos su hogar, anhelaría la compañía de su gente y sus costumbres, y entonces sería demasiado tarde. Llegarían los reproches, luego la rabia y el resentimiento.

Consolidó su decisión. Era un hecho que Hannah no era una mujer libre si Rydon-san se negaba a cejar en su empeño por reclamarla. No comprendía las leyes de los ingleses, pero estaba convencido de que la anulación de la que ella hablaba no podría hacerse efectiva a no ser que ambos miembros estuvieran de acuerdo.

Viendo al enojado extranjero, supo que eso era extremadamente improbable.

Hannah tomó asiento en una de las grandes piedras que rodeaban el estanque ornamental y cerró los ojos, inclinando la cabeza para orientarla al sol. La tranquilidad que se respiraba en ese apacible rincón de los jardines del castillo hizo que se relajara por completo y sintió su poder reparador en su maltratado cuerpo. Esa

mañana se encontraba mejor, pero aún seguía algo aletargada.

El agua de la pequeña cascada caía con un sonido sosegador, surgiendo de forma sutil del tronco hueco de un viejo árbol. Prácticamente dormitaba y dejó que sus pensamientos fluyeran libremente. Sumergía, en actitud ausente, una mano en el agua fría, y deslizaba los dedos arriba y abajo con movimientos lánguidos. Los coloridos peces koi que vivían en el estanque se acercaron a ver si las puntas de sus dedos eran comestibles. Al principio Hannah se sobresaltó, cuando el más valiente le dio un cauteloso mordisquito, pero luego quedó cautivada al comprobar que las resbaladizas criaturas permitían que les acariciara la cabeza, grande como era. Los observaba mientras, con un coletazo, pasaban a su lado en silencio, cerca de la superficie del agua. Los más glotones emergían una y otra vez para abrir una inquisitiva boca.

Era imposible decidir cuál de los peces era el más hermoso, de tantas combinaciones de colores como había. Negro, naranja, blanco, dorado y plateado; la oferta era infinita. Hannah atisbó una enorme bestia naranja con manchas negras y, sonriendo, pensó que ese debía de ser el abuelo. Entonces le llamó la atención un magnífico pez cuyas escamas tenían un precioso tono dorado, con la cabeza blanca y una franja también blanca que le recorría todo el lomo, y de pronto había hecho su elección.

—Tú eres el más guapo, no cabe duda —le dijo, mientras él abría la boca tristemente, con la vaga esperanza de obtener comida, y abanicaba el agua despacio con sus aletas delanteras—. Aunque supongo que a ti te da igual, mientras nadie se te coma.

Dicho esto, Hannah volvió a cerrar los ojos. Tenía que tomar otra decisión mucho más difícil y, aunque no era sencillo, había que hacerlo.

Taro la encontró allí, con su rojo cabello captando vivamente la luz del sol, fiel reflejo del color de algunos peces. Permaneció un largo rato contemplando la bella estampa, guardándola en la memoria para el futuro. Ahora sabía que no podía mantenerla allí para siempre, por mucho que quisiera.

—Akai —dijo suavemente, para no sobresaltarla. Sabía que aún estaba débil tras el terrible trance. Ella abrió los ojos y le dio la bienvenida con una sonrisa, y Taro se sentó junto a ella sobre las piedras calientes—. ¿Te encuentras bien esta mañana?

—Sí, gracias, mi cuerpo se está reponiendo rápidamente. ¿Y tú? —Estudió el rostro de Taro y en su entrecejo se formó una leve grieta—. Pareces preocupado. ¿Sucedó algo?

Él suspiró.

—Sí, me temo que tengo una noticia que darte.

—¿Sobre los secuestradores? ¿O la señora Reiko?

—¿Cómo? No, no. —Casi se había olvidado de ellos—. Es algo completamente distinto.

Tomó una de sus manos y la estrechó entre las suyas.

—Hannah, ¿sabes que acordamos que regresarías con tu gente en primavera?

El gesto ceñudo de Hannah se acentuó.

—Sí. ¿Por qué? ¿Quieres deshacerte de mí ya? Creí que habías dicho...

Se volvió y trató de apartar las manos de las de él, pero él no se lo permitió.

—Bueno, no importa. Si te soy sincera, he estado pensando que sería mejor que me fuera más pronto que tarde. Estaba a punto de planteártelo.

No quería mirarlo para que él no pudiera leer su expresión.

—¿Qué te parecería si te dijera que tu marido ha venido para llevarte con él?

—¿Rydon está aquí? ¿Cómo puede ser? ¿Cómo me ha encontrado?

Sus ojos buscaron desesperadamente los de él, alarmados.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé, pero alguien lo informó de tu paradero. ¿Reiko, tal vez? Sería muy propio de ella.

—¿Y ha pedido que regrese?

—Sí. Es inflexible. Le pregunté si tendría en cuenta la posibilidad de divorciarse a cambio de una compensación, pero se negó. —No pudo evitar añadir, en un tono ligeramente acusador—: El intérprete dice que en tu país no hay divorcio. Creí que me habías dicho que te habías librado de él. Me ha enseñado un documento que demuestra que sigue siendo tu marido.

—Yo... ¿Eso ha hecho? Pero...

Al principio Hannah estaba desconcertada, luego se enfadó. Taro esperaba que ella pudiera explicarle que había algún error y que los otros extranjeros se equivocaban, pero no lo hizo.

—¿Te ofreciste a pagar por mí? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Sí, pero no quiso aceptar.

—Que sepas que no soy la posesión de nadie para que se me pueda comprar y vender de esa manera.

Sus ojos de zafiro despedían un destello de indignación.

—Nunca he pensado que lo fueras, pero creí que así podría convencer a Rydon-san. —Taro ahogó un suspiro—. En cualquier caso, se ha traído a tu hermano, que, según creo, está más preocupado por tu bienestar.

Procuró controlar sus emociones, no demostrarle lo mucho que le costaba hablar sobre ese tema de un modo tan prosaico.

—¿Jacob también está aquí? Dios mío. Bueno, eso lo explica todo.

Hannah dejó caer la cabeza, para volver a levantarla a continuación.

—Siento haberte causado problemas. Por favor, perdóname.

—Yanagihara-san me ha asegurado que esto tenía que pasar, así que ¿quién soy yo para contravenir a los dioses? Además, esto me lo he ganado yo, por secuestrarte.

Se levantó. Se sentía incapaz de permanecer sentado tan cerca de ella sin estrecharla entre sus brazos. Quería retenerla, pero eso no estaría bien.

—Me siento agradecido por el tiempo que hemos pasado juntos, he aprendido mucho —dijo formalmente—. Gracias. Ahora iré a informar a tu esposo y a tu hermano de que estarás lista para partir mañana al amanecer.

—¿Tan pronto? —Hannah levantó aquellos maravillosos ojos azules hacia los suyos y Taro vio lágrimas asomando sobre sus pestañas. Estiró una mano hacia él—. Taro, yo...

—¿Sí?

—¿Vendrás a la casa de baños esta noche? ¿Por última vez?

Él vaciló un momento, luego asintió. Sería suya una noche más, ¿qué tenía de malo, después de todo el tiempo que habían pasado juntos? Su marido la tendría durante el resto de su vida.

Hannah miró a Taro mientras se alejaba y se tragó las lágrimas. Podría haberle dicho que no se quería marchar, pero ¿de qué habría servido? No tenía la carta que Rydon había firmado como prueba de la inminente anulación, y estaba segura de que Taro no habría tardado en preferir que se fuera, de todos modos. Había oído decir que los hombres siempre se cansan de las concubinas y las consortes, y comoquiera que no había nada que los atara el uno al otro, acabaría siendo descartada. Y entonces ¿qué sería de ella? No, era mejor que se fuera ahora que aún tenía la posibilidad de regresar a Inglaterra. Y le había prometido a Dios que expiaría sus pecados si la salvaba de morir.

Tenía que mantener su parte del trato.

Tanto si iba a seguir casada como si no, había pecado. Abandonar a Taro era su penitencia.



Cuando Hannah salió al patio a la mañana siguiente, fueron a saludarla su marido, su hermano y Hoji. Se alegraba de ver a dos de los tres, y se apresuró a estrechar las manos de Jacob y de Hoji, obviando a Rydon.

—¡Jacob! ¡Hoji-san! Creí que no volvería a veros. ¿Cómo estáis?

—Estamos bien, pero ¿y tú? —Jacob la escrutó atentamente, como si buscara signos de maltrato—. ¿Te han hecho daño? Nos han dicho que has sufrido un accidente ¿Qué te han hecho?

—Nada, en realidad. Es una historia muy larga, os la contaré más tarde. Ahora estoy bien, de verdad. ¿Hoji-san? —Se volvió hacia su viejo amigo y se dirigió a él en japonés, ansiosa por cambiar de tema—. ¿Qué tal tú?

—Nunca he estado mejor, Hannah-chan, y es un alivio verte. Había empezado a temerme lo peor. —Dejó caer la cabeza—. ¿Podrás perdonarme algún día?

—¿Perdonarte? ¿Por qué?

—Por no haberte proporcionado una guardia adecuada. Salta la vista que esos imbéciles a los que contraté no ofrecían suficiente protección para nadie. Debería haberme asegurado antes de salir para Edo.

—No, no, no es culpa tuya. Los ninjas podrían haber reducido a cualquiera. No había forma de contrarrestar su ataque, estoy segura. No hay nada que perdonar.

—Eres demasiado buena.

Rydon interrumpió rudamente su conversación.

—Si habéis acabado de parlotear, quizá podrías saludar como es debido a todos tus rescatadores —dijo, con desdén.

—Desde luego. —Hizo una reverencia y lo miró fríamente—. Buenos días.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Ni un «gracias por salvarme de estos bárbaros»? ¿Nada de «me alegro tanto de verte por fin»?

—No son bárbaros y no había ninguna necesidad de rescatarme. De todas formas, me habrían llevado de vuelta antes de la primavera.

—Tan gentil como siempre.

—Pues no sé por qué te has preocupado —le espetó Hannah—. Creí que te alegrarías de librarte de mí.

—Puede que sí —dijo Rydon—, pero no he venido hasta aquí y he puesto en riesgo mi vida para irme con las manos vacías. Hemos viajado durante días y días, sin saber si nos iban a rebanar el pescuezo esos paganos, y todo para que nos reciba un señor engreído que cree que se puede comprar todo lo que quiera. No ofreció dinero

por ti, ¿sabes? ¡Por una inglesa! Condenada insolencia...

—Tal vez deberías haber aceptado —dijo Hannah, apretando los dientes. Sabía que era ridículo ser comprada y vendida como una esclava, pero tal y como se sentía en aquel momento, no le habría importado, si eso significara que podía quedarse.

—Ni muerto. No perteneces a este lugar. Te vienes con nosotros.

Rydon se volvió, indignado, pero Jacob le tendía la mano.

—Venga, Hannah, no vamos a discutir. Estoy tan contento de verte y tan aliviado de comprobar que estás bien. Partimos con los nervios algo crispados, por así decirlo. ¿Podemos dejar las discusiones en el pasado, que es donde tienen que estar? He estado muy preocupado por ti.

Hannah se acordó de que ya había desaprovechado una vez la oportunidad de subsanar el distanciamiento que había nacido entre ambos y no se lo pensó dos veces antes de cogerle la mano.

—Con mucho gusto. Pero, por favor, comprenderás que nunca podré aceptar mi mal llamado matrimonio. Deberá ser anulado tan pronto pisemos Inglaterra, Rydon convino en ello por escrito.

Jacob lanzó una mirada a Rydon, que ahora estaba apartado y no podía oírlos. Él asintió.

—Está bien. Podemos discutir ese asunto más tarde. Estoy seguro de que tienes muchas cosas que contarme.

Hannah tuvo que conformarse de momento con esa respuesta. Él tenía razón, no eran ni el momento ni el lugar adecuados para hablar de ello.

—En efecto.

Taro se presentó en ese punto y saludó cortésmente. Se dirigió a Hannah para decirle:

—*Sayonara*. Que tengas un buen viaje. Voy a enviar una escolta de cien hombres para que os acompañe hasta que lleguéis a la costa.

Su expresión era neutra y Hannah no vio nada del hombre apasionado con el que había pasado la noche. El hombre al que se había aferrado por última vez antes de salir de la casa de baños, hacía solo un rato. Llegó a la conclusión de que debía de estar contento de librarse de ella. Simplemente, era demasiado educado como para decírselo.

Dominó su propia expresividad y sonrió antes inclinarse para despedirse.

—*Sayonara*, mi señor. Gracias por todo. Ha sido una estancia... muy agradable.

Él asintió y de su amplia manga extrajo un paquetito.

—Por favor, aceptad este pequeño obsequio.

—Oh, pero no es necesario.

—Es la costumbre.

Ella lo tomó en su mano y él la rozó con sus dedos por última vez, cortándole el

aliento de golpe. Sentía un dolor tan intenso en el corazón, como si le estuvieran clavando un atizador al rojo vivo. *Oh, Dios, ayúdame a soportarlo, ayúdame a superarlo...* Apretó los dientes.

—Gracias. —Volvió a inclinarse—. Sea lo que sea, lo guardaré siempre como un tesoro.

—Vamos, Hannah, es hora de partir.

Jacob le puso una mano en la base de la espalda y la guio hacia el palanquín, donde Sakura esperaba pacientemente, con la tristeza reflejada en el rostro. La pequeña doncella había disfrutado de aquella vida de lujos en el castillo y estaba consternada por tener que marcharse. Hannah estaba demasiado desolada como para consolar a la chica. Subió y se desplomó sobre los mullidos cojines, aferrándose el paquetito como si le fuera la vida en ello. No debía llorar ahora, eso la desprestigiaría. Taro le tendría menos consideración. No iba a llorar...

Su partida se desarrolló en una nebulosa y Hannah se hundió en las tinieblas a medida que salían del patio. Cuando la caravana alcanzó la cima de la colina y la coronó, y el castillo dejó de verse, Hannah sucumbió por fin y dio rienda suelta a sus lágrimas. No le importaba lo que pensara nadie. Tenía el corazón roto y sabía que nunca volvería a curarse.

Los extranjeros habían viajado hasta el castillo de Shiroi por la carretera Oshu Kaido desde Edo, pero como regresaban directamente a Hirado, los hombres de Taro los llevaron por otra ruta distinta. Hoji le dijo a Hannah que el daimio les daba permiso para hacer uso de un barco. Dado que reconocía algunas de las marcas del camino, Hannah se dio cuenta de que seguían el mismo trayecto que había hecho ella muchos meses atrás, y eso le hizo sentir deseos de volver a llorar.

El viaje se le hacía interminable, y lo único que la mantenía cuerda era Hoji. Hannah estaba encantada de volver a estar con él y se pasaban muchas horas juntos, hablando. Siempre que paraban a comer, los dos se aseguraban de sentarse apartados de los demás, para que nadie los oyera. En esos interludios del viaje, le contó la verdad.

—Tengo que explicárselo a alguien, o me moriré —le dijo—. Espero que no te importe.

—Claro que no. De todas formas, ya me lo había imaginado —respondió Hoji—. El señor Kumashiro dijo que había un hombre que te quería como consorte, pero a mí me dio la sensación de que estaba hablando de sí mismo. Él era el único hombre de rango suficiente como para tener más de una esposa.

Titubeó antes de preguntarle:

—¿Habrías aceptado?

—¿Ser su consorte? Sí. Ya lo soy. Es decir, lo era.

—Entiendo. ¿Y va a haber un hijo?

—¿Un hijo?

Hannah miró a Hoji y parpadeó al caer en la cuenta de que ni siquiera había considerado esa posibilidad.

—Yo... no lo sé. La verdad, no lo había pensado...

Echó cuentas mentalmente, tratando de recordar el último periodo y frunció el ceño. Nunca había sido muy regular en ese aspecto, pero ahora se percató de que había sido muchos meses atrás, demasiados, a decir verdad. Y aunque no se había sentido enferma, sí que había notado que últimamente tenía los senos muy sensibles.

—Dios mío, ¿cómo he podido ser tan estúpida?

De repente reparó en la magnitud de lo que eso implicaba.

—Hoji, ¿cómo voy a obtener ahora la anulación de mi matrimonio? Antes Rydon hubiera podido jurar que estaba inmaculada, pero eso será una mentira flagrante si hay un niño. Ahora nunca lo hará. No puede, de ninguna de las maneras. Oh, Dios mío...

Hoji sacudió la cabeza, pero no hizo ningún comentario. A fin de cuentas, no podía decir nada.

—Pero tampoco puedo volver —continuó Hannah—. ¿Qué diría Taro? Seguro que no desea un hijo que resulte ser una mezcla tan extraña.

Un hijo. El hijo de Taro. Hannah no pudo evitarlo y una sensación de calidez la invadió por dentro. Después de todo, iba a tener algo para recordarlo. Aunque sería una mujer caída con un bastardo de aspecto extranjero al que tendría que cuidar ella sola. ¿Cómo se las iba a arreglar? ¿Qué suerte correría el niño?

—Oh, Dios mío —repitió—. Rydon tampoco querrá al niño, claro. Hoji, ¿qué voy a hacer?

—Espera y verás. Algunas veces estas cosas se arreglan solas.

Hoji sonaba tan confiado como siempre, sin embargo Hannah detectó signos de inquietud en sus ojos. Con mucho tacto, él cambió de tema.

—¿Qué te dio el señor Kumashiro como regalo de despedida?

—¿Cómo? Oh, no lo sé. Aún no lo he abierto. No he tenido valor para hacerlo, pero tal vez sea el momento.

En cuanto Hannah regresó al palanquín, se sacó el paquetito de la manga, donde lo había tenido escondido. Estaba sola, afortunadamente, pues Sakura aún no había vuelto de comer. Con dedos súbitamente temblorosos, Hannah abrió el regalo.

Era una cajita lacada, con exquisitas incrustaciones en pan de oro, esmalte y madreperla. Sobre la tapa se veía la imagen de una flor roja anaranjada, como las que había en el blasón del clan de Taro. La sostenía un oso blanco con sus enormes garras. Hannah ahogó un grito.

—¡Cielos!

¿Qué significaba eso? ¿Qué Kumashiro, el oso blanco, quería aferrarse a ella, su flor roja? ¿O era solo una ilusión? No, no encontraba otro modo de interpretarlo. Debía de haberlo encargado especialmente, esperando que lo comprendiera.

Levantó la tapa. Dentro había una nota, y en un papel aparte, un haiku con su sello al final. Había intentado transcribir fonéticamente las palabras japonesas en el alfabeto de Hannah, además de en *kana*, un detalle por su parte. Pese a la extraña apariencia que ofrecían, al menos las entendió al leerlas lentamente y en voz alta.

La nota decía: «Hannah-chan, había mandado confeccionar esta caja para ti y pensaba dártela cuando te hubieras recuperado del secuestro. He pensado que tal vez sería un regalo de despedida apropiado».

Había firmado sencillamente «Taro».

El poema era aún más corto. Decía así:

Sigue en mi jardín,  
que tus pétalos rojos  
se abran para mí.

—Oh, Taro, ¿significa esto lo que creo que significa? —susurró.

Agarró la cajita y trató de pensar. En su cabeza se arremolinaban las imágenes: de su noche de bodas con Rydon, de su primera noche en la casa de baños con Taro, de los muchos momentos maravillosos que había vivido desde entonces. Pensó en el modo en que Rydon la había saludado en el patio, delatando que no se alegraba más que ella por su reencuentro. Estaba ansioso por anular el matrimonio, pero ahora eso no sucedería. La frase «hasta que la muerte nos separe» resonó de pronto en su cerebro y una tea de angustia se encendió en su interior.

¿Cómo iba a soportarlo?

Se metió la cajita dentro de la manga y volvió a salir en busca de Hoji, con pasos tan apesadumbrados como su corazón. Por fortuna no se encontraba lejos y, en silencio, se apartaron un poco de los demás para poder hablar con libertad.

—¿Qué ocurre? ¿Has abierto el regalo? —Escrutaba su rostro con inquietud.

—Sí, y es una señal. Quiere que me quede. Estoy segura. Pero no puedo, Jacob nunca me permitirá volver.

Sabía que su hermano se consideraba a sí mismo responsable de ella y no cabía ninguna posibilidad de que la dejara atrás, en Japón.

—Bueno, estaba bastante claro que quería quedarse contigo.

—No, no solo quedarse conmigo como si fuera una curiosidad, él me desea por mí misma. Creo que me ama, aunque no se da cuenta.

Había dicho esta última frase en su propia lengua, pues sabía que en japonés no había ninguna palabra para decir «amor».

—¿Amor? Eso no existe. El deseo por una persona, anhelar estar con ella, sentirse

a gusto con el otro, sí, pero...

—No, no es así. Amor es cuando no puedes vivir sin la otra persona, cuando no quieres hacerlo. Eso es lo que siento por él, y creo que él siente lo mismo.

—¿Todo eso lo has sacado de un regalo? ¿Qué era?

Hannah se lo enseñó, y él asintió.

—Ya veo. Entonces ¿qué quieres hacer? ¿Quieres volver?

—Claro que sí, pero no puedo. —Se sintió abrumada por la desesperación y agachó la cabeza—. Es demasiado tarde. No puedo hacer nada. Oh, Hoji, ojalá nunca hubiera venido a tu país.

Taro estaba sentado en la galería de la casa del jardín, con la mirada perdida en el follaje. Había acudido allí cada tarde desde que Hannah se marchara, en un vano intento por sosegar su espíritu y hallar de nuevo la paz y la armonía dentro de sí mismo. No sirvió de nada. Había demasiados recuerdos que se negaban a desaparecer. Sobre todo allí.

Quizá debería mandar demoler la casa de baños.

Si cerraba los ojos, podía visualizarla aproximándose por el camino, vestida como las demás damas, si bien tan distinta. No solo en su aspecto, sino también por dentro. Era única, su Hannah, y sabía que nunca volvería a conocer a otra mujer como ella en lo que le quedaba de vida.

No podía olvidar su coraje y su determinación para no reflejar el miedo que él le infundía cuando la trajo por primera vez. Sonrió. Se había mostrado tan transparente, era tan fácil leer en ella por muchos esfuerzos que hiciera por ocultar sus pensamientos. Resultaba evidente que no la habían educado para ello desde la cuna, como ocurría con todos aquí. No obstante, eso a él le gustaba. Le gustaba como le brillaban los ojos siempre que estaban juntos, cómo sonreía y se reía abiertamente cuando algo la divertía. Nunca se cohibía y nunca se proponía cautivarlo. Eso había sido su perdición.

Lo había conquistado, en cuerpo y alma.

Apoyó su cansada frente sobre una mano y suspiró. «Tenía que ser así». Eso era lo que había dicho Yanagihara-san cuando lo informó de la partida de Hannah. «Sed paciente, mi señor, y todo saldrá bien».

Paro Taro no comprendía por qué los dioses querían que pasara por esto. Le parecía que no tenía sentido.

Como evocado por sus pensamientos, Yanagihara apareció por la esquina de un sendero y se aproximaba, apoyándose pesadamente en su bastón.

—Buenas tardes, mi señor.

—*Konban wa.*

—¿Aún seguís vuestro duelo?

—¿Duelo? No sé si esa es la palabra más adecuada. Digamos que intento olvidar.

—¿Para qué queréis olvidar? La señora Hannah y vos gozaron de su tiempo juntos y ella cumplió con su propósito al venir aquí.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

—¿No os habéis enterado de la noticia? La familia del señor Takaki ha caído en

desgracia. Sus dos hijos mayores han estado conspirando contra el shogun y todos van a ser castigados. Quienquiera que tenga relación con ellos está también bajo sospecha, pero como vos ya no tenéis ninguna alianza con ellos, no tenéis nada que temer.

—¿Y tú crees que ese era el propósito de Hannah al venir aquí?

—Estoy seguro. Si no hubiera venido y no hubiera provocado que la señora Reiko actuase como lo hizo, tal vez ahora estaríais casado. Por mucho que el shogun creyera en vuestra inocencia, habríais perdido su favor y viviríais bajo vigilancia perpetua. De modo que, ya veis, las cosas no podían haber salido mejor. Ahora dejad de preocuparos, mi señor. Ya os lo he dicho, todo saldrá bien.

—¿Cómo va a salir bien si ella ya no está?

—Pues haced algo al respecto. Sois un daimio, ¿no es cierto? —lo desafió Yanagihara.

Taro arrugó el entrecejo.

—¿Quieres decir que la traiga de vuelta?

—Pues claro. No vais a quedaros ahí sentado y permitir que esos bárbaros se la lleven, ¿verdad? Nunca educarían bien a vuestro hijo y...

—¿Hijo? ¿Qué hijo? —Taro se puso de pie de un salto. Se daba cuenta de que estaba hablando al borde del grito, pero Yanagihara ni se inmutó siquiera. Simplemente movió la cabeza y suspiró.

—Ah, estos jóvenes. Están completamente ciegos.

Taro fue hasta donde se encontraba el anciano.

—¿Estás seguro de que Hannah lleva en su seno un hijo mío?

—Por supuesto. Pensé que lo sabíais, si no, no lo habría mencionado.

Por un momento, Taro no creyó lo que le decía. Sin duda Yanagihara estaba jugando de nuevo a uno de sus juegos profundos, pero daba igual. Lo único que importaba era que tenía que ir a por Hannah.

—Tengo que darme prisa, o no los alcanzaré antes de que lleguen a la costa.

—Lo haréis, confiad en mí.

—¿Otra de tus profecías, sensei?

Yanagihara sonrió.

—No, esta vez solo es intuición.

—Entonces, espero que no te equivoques. ¡Por todos los dioses, más te vale!

Hannah ideó y descartó al menos un centenar de planes, mientras se hundía más y más en la melancolía. Se pasaba la mayor parte del tiempo tendida en el palanquín, con las cortinas cerradas y fingiendo estar enferma, para que nadie la molestara. Al final, Jacob se acercó hasta ahí y, golpeando un lado del palanquín, y le ordenó que saliera.

—Te tiene que dar un poco el aire y tienes que hacer algo de ejercicio, o vas a ir



de mal en peor —le dijo. Ella abrió la boca con ánimo de alegar que ya lo había hecho, pero él levantó una mano—. No, no pienso irme mientras no salgas de ahí. Un paseo corto, es lo único que te pido. No puedes estar tan enferma si me puedes mirar así.

Hannah refunfuñó, pero al final hizo lo que le decía. Jacob le ofreció su brazo y ella se apoyó en él mientras caminaba despacio, como si siguiera encontrándose débil; sin embargo, él ignoró ese detalle y la llevó adonde los demás no pudieran oírlos.

—Hannah, tenemos que hablar sin falta acerca de todo lo que has pasado durante los largos meses de tu cautiverio. Soy consciente de que este tema debe de resultarte doloroso, pero necesito saber exactamente lo que sucedió. Y quizá hablar te ayude a reconciliarte con todo ello, y así ya no tendrás que estar compungida.

—No, no lo haré. De todas formas, ¿qué más da ya? —Hannah miró al frente, al tiempo que se tragaba un nudo que se le estaba formando en la garganta solo de pensar en aquellos buenos ratos que pasó con Taro.

—Bueno, si hubieras sido... maltratada, de alguna forma, podría pedirle a Will Adams que presente una queja formal. A fin de cuentas, aquí tienen unas leyes muy estrictas.

—¡No! —Hannah se percató de que su reacción había sido un poco extrema y procuró moderar el tono—. Es decir, por favor, no lo hagas. Te juro que nadie me ha puesto la mano encima sin mi consentimiento.

Jacob la miró ceñudo.

—¿Y eso qué significa?

—Estoy bien. No me han hecho daño. ¿Qué más quieres? Ahora ¿puedo volver al palanquín, por favor? Es verdad que estoy indispuesta, ¿sabes?

Jacob adoptó una expresión testaruda.

—Si me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo, ¿no crees que deberíamos hablarlo?

Hannah se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—Jacob, no hay nada de qué hablar. Agradezco que te preocupes por mí, de verdad, te estoy sinceramente agradecida, pero me gustaría dejar atrás este episodio de una vez por todas. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? Si cambio de idea, te lo diré.

Él vaciló, y entonces asintió.

—Está bien. Si estás tan segura.

—Sí, te lo prometo. Gracias, Jacob.

Asaltada por un impulso, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un arrebatado abrazo. A continuación se fue andando hacia su palanquín, apretando los dientes para evitar derramar ninguna lágrima hasta encontrarse a salvo en el interior.

Una hora más tarde, la caravana se detuvo, esta vez junto a un río de rápida corriente. Hannah se volvió a bajar de su vehículo y Hoji fue a recibirla.

—Tenemos que cruzar todos a pie —dijo—. Es más seguro.

—No recordaba que fuera tan ancho la última vez que pasé por aquí. —Hannah se quedó mirando el torrente que bajaba a gran velocidad, arrastrando ramas y barro—. ¿Estás seguro de que se puede vadear en este punto?

—Sí. Ha llovido mucho últimamente. Baja de las montañas. Lo cierto es que tenemos suerte de que no esté aún peor.

Un par de valientes se abrieron paso hasta el otro lado con una cuerda, que ataron bien tensa por encima del agua. Había pasaderas en casi todo el trayecto, pero estaban sumergidas y resbalaban. El volumen de agua era muy superior a lo normal y eso hacía muy difícil mantener el equilibrio. Con todo, no tenían alternativa si querían llegar a la costa, y la larga hilera de hombres y caballos empezó a avanzar hacia la otra orilla.

Hannah esperaba su turno, pero Rydon se adentró en el agua con su habitual impaciencia, dando grandes zancadas y tirando de su caballo.

—Menudo atajo de mujerzuelas —gritó—. No es más que un poco de agua, por todos los demonios.

—Esperad, Rydon —le gritó Jacob, pero el capitán prefirió no escuchar, tan tozudo como siempre.

—¿Qué hace? —exclamó Hannah—. ¿Por qué no se agarra a la cuerda? Qué hombre tan insensato.

Rydon había soltado la cuerda para poder tirar de las riendas de su aterrado caballo con las dos manos. Hannah sacudió la cabeza al verlo. El animal necesitaba ánimos y palabras tranquilizadoras, no fuerza bruta. Cuando más tiraba Rydon, más se plantaba el caballo, relinchando con todas sus fuerzas. Hannah vio el blanco de sus ojos mientras trataba de liberarse de las riendas, que Rydon mantenía bien sujetas, y de retroceder al mismo tiempo.

—¡Vamos, condenado! —gritó Rydon.

Hannah vio que el caballo reculaba, aterrorizado. Agitando las patas delanteras, coceó a Rydon en el pecho y este cayó derribado, de espaldas en el agua. Hannah observó horrorizada, con los ojos abiertos de par en par, esperando a que Rydon se levantara, farfullando y enojado. No sucedió.

—¡Rydon!

Jacob gritó y trató de alcanzar las riendas del caballo, que salió huyendo para regresar a tierra firme.

—¡Que alguien se haga con este animal, ahora mismo! —ordenó, pero todos se habían quedado inmóviles, con los ojos clavados en el río, y Jacob fue arrastrado por

el aterrorizado caballo, que trataba de escapar. Solo una persona se movió, pero no en dirección a Jacob.

Hoji salió disparado hacia el agua, aullando en la lengua de Rydon:

—¡Capitán-san! ¡Ya voy!

—No, Hoji, no lo hagas.

Hannah fue tras él, con la intención de sacarlo de allí.

—Es demasiado peligroso. No puedes salvarlo —dijo, al borde del sollozo, con el miedo atenazándola por dentro. Aunque alcanzó a agarrar a Hoji por la manga, él se zafó y Hannah se vio obligada a detenerse a pocos pasos de la orilla, donde el agua ya empezaba a salpicar su kimono.

—Tengo que hacerlo. Le debo la vida. —Hoji continuó, con tenacidad.

—No, no quiero perderte. ¡Por favor, para!

Pero Hoji o bien no la oía o no quería oírla. Se fue adentrando en el río y se lanzó al agua cerca del lugar en el que Rydon había desaparecido. Hannah lo vio emerger para respirar y volver a sumergirse de nuevo. Se mordió el labio. Hoji le había dicho que sabía nadar, pero no tenía idea de si era bueno o no. En todo caso, necesitaría ayuda para sacar a Rydon, si lo encontraba. Tomó una decisión: tenía que intervenir.

Como si el grito de Hoji los hubiera despertado de un hechizo, los hombres de la escolta entraron por fin en acción. Algunos salieron corriendo detrás de Jacob para ayudarlo con el caballo, mientras que otros se apresuraron a llegar al borde del río y empezaron a vadearlo detrás de Hannah, gritándole que regresara. Ella fingió no oírlos, echó mano de la cuerda y siguió avanzando hacia el centro.

—¡Por el amor de Dios, Hannah! —oyó gritar a Jacob a su espalda, pero lo ignoró, demasiado concentrada en no perder el equilibrio. El agua bajaba más arremolinada a medida que Hannah se internaba en el río y su túnica empezó a pesar excesivamente. Contempló la posibilidad de quitarse la ropa, pero no podía desatarse el *obi* con una sola mano y necesitaba la otra para sujetarse a la cuerda.

La cabeza de Hoji volvió a asomar, pero seguía sin haber rastro de Rydon.

—¡Hoji, ya basta! Se ha ido —gritó Hannah, pero él negó con la cabeza y lo intentó de nuevo.

Estaba muy cerca de él cuando un golpe de agua especialmente fuerte le hizo perder pie, pillándola por sorpresa. La cuerda estaba resbaladiza y se le escurrió entre los dedos. Con la cabeza sumergiéndose en el agua, tanteó en busca de algún asidero. Sus manos tocaron grandes cantos rodados, pero la corriente era demasiado fuerte y no conseguía aferrarse a ellos. El agua la empujaba hacia el fondo y la arrastraba. Pasado el vado, el río se hacía más amplio y profundo, y Hannah fue rápidamente propulsada río abajo, volteada por la corriente. No podía hacer nada por resistirse y solo conseguía agitar furiosamente los brazos y las piernas para mantenerse a flote.

Logró sacar la cabeza por encima del agua para tomar un poco de ese aire que

tanto necesitaba, pero se le hacía más difícil a cada brazada, con el peso de sus ropas tirando de ella hacia el fondo. Fue presa del pánico, no conseguía nadar; tragó un poco de agua, lo que la hizo toser y esputar. Sabía a lodo y a tierra, y escupió para enjuagarse la boca, notando la lengua rasposa por la arenilla. Al salir a la superficie una vez más, creyó haber oído la voz de Taro llamándola y pensó que estaba sufriendo alucinaciones. Al momento, su cabeza golpeó contra algo duro y no quedó más que oscuridad.

La impaciencia hizo que Taro espoleara su caballo para que se pusiera al galope siempre que pudiera, cabalgando al frente de sus hombres, pese a saber que seguramente no era la mejor idea. Quería dar alcance a Hannah lo antes posible y, de tener que esperar a sus criados, estaba convencido de que llegaría demasiado tarde.

Sabía qué ruta tomarían los extranjeros, ya que había dado órdenes a sus hombres personalmente de que los llevaran por ese camino, y pudo así calcular aproximadamente cuánto habrían progresado. Suponía que estarían por los alrededores del vado. Solo había uno en varios kilómetros a la redonda, y dado que conocía muy bien el trazado del terreno, tomó un atajo que lo llevaría hasta allí.

Cuando ya estaba cerca, oyó gritos y decidió llevar a cabo una aproximación cautelosa, por si acaso el grupo había sido víctima de una emboscada. Desmontó y caminó hacia delante quedamente, para observar desde detrás de unos arbustos, con sus cinco sentidos a flor de piel. Procuró no pensar en Hannah a merced de un *ronin* o de cualquier otra escoria, pero cuando vislumbró lo que había fuera del bosque, la escena con la que se encontró era mucho peor de lo que había imaginado.

—¡Por todos los dioses...! —siseó, apretando los puños con tanta fuerza que el cuero de sus guantes protestó con un crujido.

Vio a Hannah inmediatamente. Llevaba puesto otra vez el infernal kimono escarlata y era fácil de distinguir, aunque no alcanzaba a entender por qué se encontraba sola en medio de un río salvaje. Horrorizado, vio que resbalaba y se sumergía. Vislumbró al resto de la gente y captó la indecisión que se podía leer en todos los rostros. A pesar de que Marston-san estaba gritando algo, nadie le prestaba la más mínima atención, y Taro no vio a ningún otro extranjero por allí.

—Imbéciles —musitó, y decidió que no serviría de nada pretender que intentaran ayudar a rescatar a Hannah. Solo él estaba realmente interesado en ella y, si quería que se salvara, se dio cuenta de que tendría que encargarse de ello personalmente. Sus ojos enfocaban a Hannah a medida que el río la arrastraba corriente abajo. El rojo de su ropa facilitaba la tarea de seguir su progreso, pero el agua la hacía bajar muy rápido. Corrió de regreso a su caballo y lo puso al galope, desandando el camino por donde había venido para evitar una zona de espesa maleza, y volviendo después para seguir el curso del río por la orilla, donde los arbustos eran más ralos. Enseguida dobló un recodo, tratando de adelantarse a Hannah por un amplio margen.

El temor lo hizo cabalgar como llevado por el viento y su caballo debía de haberse contagiado de los sentimientos de su amo, porque prácticamente volaba sobre

un terreno escabroso. Cuando Taro consideró que estaba lo suficientemente adelantado respecto a Hannah, tiró con fuerza de las riendas y descabalgó de un salto, antes incluso de que el animal se hubiera detenido del todo. Corrió hacia la orilla del agua, arrancándose el sombrero, la armadura y los zapatos. Saltando sobre una pierna mientras llevaba a cabo esta última maniobra, se adentró en el río con tiempo de sobra.

*Ojalá Hannah esté bien.*

No la había visto sacar la cabeza desde hacía unos minutos y eso lo tenía preocupado. Se veían puntos de rojo y destellos ocasionales de hilo dorado y plateado, cuando el sol se reflejaba en la tela al emerger, de vez en cuando; pero por lo que Taro veía, había dejado de nadar.

—¡Hannah! —gritó, tanto para liberar sus propias emociones como para llamarla. No hubo respuesta.

Taro se arrojó al agua. Él era fuerte, pero aun así se enfrentaba a una lucha titánica por contrarrestar la corriente, que estaba completamente decidida a llevárselo por delante también a él. Lo único que quería era llegar al centro del río, el lugar al que él juzgaba que se dirigía Hannah, pero tuvo que librar una batalla extremadamente dura para conseguirlo.

El agua estaba fría, tanto que casi paralizaba, pero su esfuerzo le confirió el calor suficiente como para proseguir. Divisó algo escarlata que estaba a punto de pasar a su lado como un rayo. Con una fuerza nacida de la desesperación, se abrió camino por el agua aún más rápido para poder alcanzarlo. Lo logró por un pelo y agarró un puñado de tela, que atrajo hacia sí al tiempo que pateaba en el agua para mantenerse a flote. Tras comprobar que Hannah seguía, en efecto, dentro del kimono, echó a nadar de vuelta a la orilla, arrastrándola tras de sí, tirando de su túnica.

Taro sabía que el tiempo era un factor crucial. Podía incluso ser ya demasiado tarde, pero se negó a pensar en ello. En cambio, se concentró en proceder con la mayor rapidez posible. Justo cuando creía que había agotado sus últimas reservas, sus pies tocaron fondo y consiguió apoyarse en las rocas y los cantos rodados para impulsarlos a los dos más rápidamente hacia tierra firme. En cuanto el agua le llegó a la cintura, levantó a Hannah por encima del agua y recorrió caminando el resto del trecho.

—¿Hannah? ¿Me oyes?

La dejó suavemente sobre el musgo e intentó deshacerle el *obi*, para poder oír si su corazón seguía latiendo. Sus pálidas mejillas estaban aún más blancas de lo habitual y su piel se notaba helada al tacto. Sus propios dedos estaban demasiado fríos para forcejear con los nudos del cordón que mantenía el *obi* en su sitio y, en lugar de seguir intentándolo, se sacó un cuchillo del bolsillo y lo cortó. No tardó más que un momento en liberarla de parte de su atuendo y llevó el oído a su pecho. No

oyó nada.

—¡Kumashiro-sama!

Taro alzó la vista y se encontró con el intérprete, Hoji, arrastrándose hasta la orilla, no muy lejos de donde Taro permanecía arrodillado.

—¿Está viva? —resolló el hombre, con signos evidentes de estar exhausto, pero avanzando a gatas para llegar hasta Hannah.

—No lo sé.

Taro aún no había perdido la esperanza. Colocó las manos en el punto en el que se encontraría el corazón y apretó con fuerza.

—¿Qué estáis haciendo, mi señor?

—Una vez vi a mi sensei hacerle esto a alguien. Lo devolvió a la vida.

Taro no apartó los ojos de Hannah y siguió apretando a intervalos regulares, tal y como había visto hacer a Yanagihara. Al poco, sus esfuerzos se vieron recompensados cuando Hannah escupió de repente y volvió la cabeza hacia un lado para expulsar una enorme cantidad de agua. Taro le levantó ligeramente los hombros y la sostuvo mientras ella esputaba un poco más.

—Alabados sean los dioses —murmuró.

—Y todos los espíritus —añadió Hoji.

Taro levantó la vista y vio que ese hombre mayor estaba parpadeando furiosamente, como si intentara reprimir las lágrimas, pero como estaba empapado, costaba discernirlo. Se sonrieron el uno al otro y Taro dejó escapar un gran suspiro de alivio.

—¿Taro? —La débil voz de Hannah volvió a atraer su atención—. ¿Qué...? ¿Cómo...?

—Chist, no intentes hablar, te lo explicaré más tarde. Ahora vamos a quitarte esta ropa empapada.

Apartó el kimono rojo y llamó a su caballo, que no se había alejado demasiado. Era una montura obediente y se acercó al trote, bufando y resoplando suavemente, mientras Taro se levantaba a coger las riendas.

—Buen chico —susurró; a continuación, estiró el brazo para desabrochar la silla. De debajo sacó una manta que utilizó para abrigar a Hannah.

—Has venido a por mí —susurró Hannah, y entonces frunció el ceño—. Taro, tengo que... hablar contigo.

—Ahora, no, Hannah-chan, ya hablaremos después.

—Pero no habrá un después si no te lo digo ahora. —Hannah parecía resuelta, a pesar de la terrible experiencia por la que acababa de pasar.

—¿Qué quieres decir? —Taro se sentó en el suelo y la atrajo hacia sí para intentar darle un poco de calor. Cerca de allí, Hoji se estaba despojando de algunas de sus ropas y daba saltitos para intentar recuperar su propio calor corporal. Taro también

tenía frío, pero, sabiendo que Hannah estaba a salvo, no le importaba gran cosa.

—¿Los demás pueden vernos? —preguntó Hannah, con la voz todavía ronca y debilitada.

—No, están río arriba, bastante lejos. Te llevaré de vuelta con ellos enseguida para recoger tus pertenencias y para informarles de que te llevo conmigo. Esas extrañas leyes tuyas no son válidas en este país, así que tendrán que negociar conmigo conforme a nuestras reglas.

—¡No! No debes hacer eso.

Taro frunció el ceño y la miró con la inquietud reflejada en los ojos.

—*Nani*? ¿No quieres quedarte?

—Sí que quiero, pero, si lo hacemos como tú dices, no funcionará. Tienes que volver con ellos solamente con el kimono y decirles que no pudiste salvarme. Di... di que me hundí, que desaparecí. No pudiste cogerme, era demasiado tarde.

—Hannah, ¿acaso se te ha subido toda esa agua a la cabeza?

—No, te lo juro, estoy completamente en mis cabales. La cuestión es que mi hermano nunca dejará que me quede aquí contigo, pase lo que pase, así que tienes que convencerlos de que he muerto.

—¡Pero eso es algo terrible! —Taro estaba conmocionado—. Seguro que podremos convencerlo. Parece un hombre razonable y solo quiere lo mejor para ti.

—Sí, pero para él eso significa llevarme de vuelta a casa, a Inglaterra. Nunca entenderá que estoy mejor aquí, créeme. Conozco a Jacob, puede llegar a ser muy tozudo cuando se lo propone. No dejaría a su hermana con lo que él considera un puñado de paganos, en ningún caso.

—Tiene razón, mi señor. —Hoji intervino en la conversación, en un tono sombrío, pero serio—. Si deseáis que permanezca aquí, es la única forma de hacerlo. He oído hablar a Marston-san con el capitán. Él cree que la ha salvado de un destino peor que la muerte.

—Esto es ridículo. —A Taro le asaltó otro pensamiento—. ¿Y el otro extranjero?

—Está muerto —dijo Hoji—. Intenté salvarlo, pero creo que su caballo lo dejó inconsciente de una coz y se ahogó antes de que pudiera alcanzarlo.

—Entiendo.

A Taro todo eso no le gustaba nada, pero quería que Hannah se quedara y tenía que admitir que ella conocía mejor a su hermano. Si ese era el precio que había que pagar, que así fuera. Suspiró.

—Está bien, si estás segura de que es la única manera, Akai.

—Estoy segura, completamente.

—Entonces, quédate aquí mientras yo vuelvo con Hoji-san. Iremos lo más rápido posible.

—No, esperad un momento. —Hoji lo miró con gesto grave.



—¿Qué ocurre? No tenemos mucho tiempo.

Taro estaba impaciente por seguir con aquello y sabía que cualquier retraso era perjudicial para Hannah.

—¿Alguien os ha visto llegar hasta aquí?

—No, creo que no.

—Entonces, dejad que vaya yo solo —le rogó Hoji—. Si Marston-san os ve, podría sospechar. Es mejor que sea yo el que le lleve el kimono y le dé la mala noticia. No tiene motivos para no creerme. Él sabe que me preocupo por Hannah-chan.

Taro miró a Hannah, que asintió brevemente.

—Hoji-san tiene razón —susurró—. Será mejor que no te veas implicado en modo alguno. Y eso significa que podemos irnos inmediatamente.

Aquello zanjaba el asunto para Taro. Cuanto antes llevara a Hannah a algún lugar en el que pudiera entrar en calor, mejor.

—De acuerdo, pero, por favor, ven a buscarnos después, si te puedes escapar, Hoji-san. Hannah querrá saber cómo ha ido.

Hannah se sentía terriblemente culpable por engañar a su hermano de esa manera. Probablemente sería un pecado mortal, pero esperaba que Dios pudiera perdonarla y no siguiera castigándola. Consideraba que ya había sufrido bastante y estaba segura de que Dios no la había llevado hasta ese punto para nada.

Sentía de todo corazón que su destino pasaba por quedarse con Taro.

Ahora era una mujer libre. Si bien no había deseado la muerte de Rydon, no dejaba de ser un alivio saber que uno de sus problemas estaba resuelto. Hannah también se sentía agradecida por que su hermano estuviera sano y salvo, y esperaba que lograra regresar a Inglaterra con la maravillosa mercancía que, según le había dicho, había logrado negociar por fin. Su padre estaría contento.

En cuanto a ella, era imposible saber lo que le depararía el futuro, pero siempre que Taro estuviera involucrado, le daba igual.

—¡Aquí estás, por fin!

Habían vuelto al castillo de Shiroi aquella tarde y Taro había estado esperando a que Hannah se diera un baño y se cambiara de ropa. Tuvo que vestirse con algunas de las prendas de Taro para emprender el camino de regreso, pero ahora volvía a ir ataviada como una dama. Cruzó el jardín caminando con pasos rápidos, levantándose los pesados ropajes para facilitar sus movimientos. Taro salió apresuradamente a su encuentro a mitad de camino.

—Akai —susurró hundiendo la cara en su pelo, mientras ella sonreía y se lanzaba

a sus brazos. Él la levantó en el aire y la hizo girar, abrazándola con fuerza, sin dejar que volviera a poner los pies en el suelo—. ¿Por qué has tardado tanto?

Le acarició la suave mejilla y miró aquellos preciosos ojos azules. Cómo había echado de menos aquella mirada transparente.

—Intenté meterle prisa a la sirvienta, pero querían que estuviera perfecta para ti.

—Siempre lo estás, Hannah-chan. No te hacen falta todos esos ungüentos, créeme. —De pronto la miró, poniéndose serio—. Pero ¿estás absolutamente segura de que quieres quedarte? Lo di por hecho cuando fui a buscarte, pero puede que me equivocara.

—Pues claro que quiero quedarme, más que nada en el mundo. En cuanto abrí tu regalo, supe que marcharme había sido un error, pero no sabía qué hacer. —Se apoyó en él—. Todavía me siento fatal por hacer creer a Jacob que he fallecido, pero mientras tú me quieras, merece la pena. Nadie lo sabrá nunca si guardamos el secreto hasta que zarpen rumbo a casa. Y de todos modos, podría haber muerto en el viaje. ¿Quién sabe lo que hubiera podido suceder?

—Sí. —Taro frunció el ceño levemente—. Hoji-san insistió en que tenías razón y parece que te adora.

—Hoji se ha portado muy bien conmigo. Es mi amigo, mi gran amigo y mentor. Estoy tan contenta de que haya podido volver para quedarse con nosotros una temporada. ¿A Jacob le importó que se fuera?

—No, al parecer le dijo a Hoji-san que había cumplido su voto con el capitán y que por lo tanto, era libre de marcharse. Además, obviamente, él no les dijo que venía aquí. —Le sonrió—. La pérdida de tu hermano es mi ganancia. He convertido a Hoji-san en uno de mis consejeros.

—¡Oh, Taro, eso es maravilloso! Gracias.

—Será un honor para mí tener a mi servicio a un hombre tan leal. Tengo que redactar un documento para nombrarlo formalmente.

Hannah se mordió el labio.

—Hay otra cosa que creo que debería contarte.

—¿Y qué es? —Taro podría haber imaginado lo que le iba a decir a continuación, pero quería oírlo de sus propios labios.

—Estoy encinta.

Taro sonrió.

—En realidad, ya lo sabía. Yanagihara-san me lo dijo. Solo espero que el bebé no sufriera ningún daño en nuestra reciente aventura.

—Creo que no, me encuentro bien. —Vaciló—. ¿Te alegras? ¿De verdad?

—Más de lo que podría expresar con palabras. Sí, ya sé que no será fácil para nosotros ni para nuestros hijos, pero nos las arreglaremos.

Hannah se acercó aún más a él.

—Entonces, me alegro. Este es mi sitio.

—Sí, creo que es nuestro destino estar juntos. Añorarás a tu gente, pero supongo que eso es inevitable.

—A ti te añoraría más. Es lo que en mi lengua llamamos «amor», y una vez que lo sientes, ya no se puede remediar. Y yo estoy decididamente enamorada de ti.

—Ah, eso lo explica todo. Yo también debo de estar enamorado, por eso no hallaba la armonía después de que te marcharas.

—Juntos nos aseguraremos de no volver a perderla.

Él se rio entre dientes.

—Desde luego, mi pequeña *gai-jin*.